MARIO VILLANI | FERNANDO REATI

DESAPARECIDO

memorias de un cautiverio

CLUB ATLÉTICO. EL BANCO. EL OLIMPO.
POZO DE QUILMES Y ESMA

Editorial Biblos
LATITUD SUR
COLECCION

Desaparecido. Memorias de un cautiverio

(Mi paso por el Club Atlético, Banco, Olimpo, Pozo de Quilmes y ESMA)

Mario Villani - Fernando Reati

A Jorge Gorfinkiel, querido compañero de militancia y de profesión, amigo entrañable, secuestrado en una cita conmigo, prisionero en el Club Atlético y El Banco.

A Juana Armelín, prisionera en El Banco. Fue mi inolvidable oasis afectivo.

Los dos están desaparecidos, pero siguen vivos en los que los queremos y en los lugares donde dejaron su huella solidaria.

Mario Villani

A César Passamonte ("Beto" o "Gringo") y José Honorio Fernández ("Santi"). El 2 de setiembre de 1976 el destino nos reunió a los tres, por primera y única vez, cuando la policía allanó el departamento de Córdoba donde yo vivía con mis padres.

Ellos no sobrevivieron, yo sí. Hoy sus cuerpos no están pero su memoria sigue viva en quienes los quieren y recuerdan.

Fernando Reati

Agradecimientos

A Rosita, mi querida esposa, no sólo por el marco de amor que me brindó para desarrollar mi nueva vida, sino también por sus sutiles y agudas observaciones y su infinita paciencia. Al Dr. Eugenio Raúl Zaffaroni por el honor de prologar este libro y por su invalorable aliento. Muy especialmente, a Nora Strejilevich por su atenta lectura, inteligentes señalamientos y correcciones de estilo. A Ana María Careaga por sus atinados consejos y por su apoyo. A Carlos Slepoy y Susana Poch por su también atenta lectura y acertadas sugerencias. A Roberto Ramírez, Jorge Allega, Juan Carlos Guarino, con quienes compartí cautiverio, reflexiones y apoyo mutuo en momentos difíciles. A todos aquellos sobrevivientes, muchos para nombrarlos aquí sin correr el riesgo de omisiones, con quienes discutí, acordando o no, diversas cuestiones que nuestra común experiencia nos suscitó. A mi familia y a mis amigos que han sabido soportarme y apoyarme. Y, finalmente, a mis tres nietos que, sin sospecharlo, constituyen el refugio al que llego en busca de alivio, cada vez que vuelvo de mis duros viajes al pasado para la escritura de estas memorias.

Mario Villani

Son muchas las personas a las que debo agradecer por su aliento y sus intervenciones (grandes o pequeñas, presentes o pasadas) que me posibilitaron encontrar el tiempo y el deseo de colaborar en la escritura de este libro. Mi agradecimiento va en primer término a Yvette, mi esposa, por su paciencia, apoyo y comprensión durante las interminables horas que pasé transcribiendo al papel las entrevistas grabadas. También a Nora Strejilevich, por su lectura atenta del manuscrito y las correcciones y sugerencias que sólo una persona como ella, con su experiencia de escritora y de sobreviviente, podría hacer. A Ana María Careaga, por las charlas que tuvimos sobre este proyecto en medio de su ajetreada tarea en el Instituto Espacio para la Memoria de Buenos Aires. A Rosita, la esposa de Mario, por su jovial amistad y sobre todo por ser el pilar que sostuvo a Mario en tantos años de lucha por la memoria. A mi sobrina Antonella de Miami por alegrarme la vida con sus juegos cada vez que venía de entrevistar a Mario, y a su mamá Albita por ser tan buena anfitriona cuando me alojé en su departamento. También a mis sobrinos de Argentina (Vicente, Carolina, Gastón, Estefanía, Carla y ahora Margarita) que me inspiran a continuar esta tarea: a ellos pertenece el futuro y su generación decidirá qué hacer con estas historias. A mi hermano Gustavo, a quien en 1976 le tocó en suerte el papel menos reconocido y tal vez más difícil durante la represión: cuidar de toda la familia cuando mis padres se exiliaron y mi hermano Eugenio y yo fuimos a la cárcel; a mi prima Inés que a riesgo de su vida escondió a mis padres mientras buscaban cómo escapar, y a mi prima Graciela que también sufrió por la familia. A mi cuñada Alba y sus hijas Luciana y Virginia en Buenos Aires, que me permitieron asomarme al mundo doloroso de H.I.J.O.S. Al doctor Avrum Weiss, el extraordinario terapeuta de Atlanta que me enseñó a hablar sobre el trauma y a aprender de él. A Ralph y Evelyn Lehman, mis “padres” norteamericanos, que me recibieron hace años en su hogar de St. Louis cuando salí de Argentina y hoy continúan siendo parte de mi familia.

Y al Center for Human Rights and Democracy (CHRD) de Georgia State University, por su generoso apoyo que permitió en parte la concreción de este proyecto.

Fernando Reati

INDICE

Prólogo (Eugenio Raúl Zaffaroni)

Introducción (Fernando Reati)

1. A modo de presentación

2. El secuestro

3. Club Atlético

4. El Banco

5. El Olimpo

6. Pozo de Quilmes

7. Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA)

8. Libertad y después

9. Bibliografía

10. Base de datos de Mario Villani: lista de secuestrados

11. Base de datos de Mario Villani: lista de represores

PROLOGO

(Carta de Eugenio Raúl Zaffaroni, Ministro de la Corte Suprema de Justicia, a Mario Villani)

Querido Mario:

Cuando me invitaste a escribir este prólogo, sentí que se trataba de un enorme desafío, el de una víctima a un penalista. Pero no sos la víctima del delito común, sino del propio estado, del que el derecho pretende que su más elemental razón de ser es precisamente evitar la victimización. Creo que inconscientemente, en el fondo de la invitación me formulabas un interrogante, algo así como: *Decime ¿cómo fue posible?*

La verdad es que me lo pregunté muchas veces. Hace treinta años que vengo meditando la respuesta y creo que me voy aproximando a ella, aunque tal vez nunca la alcance del todo.

Quizá parte de la respuesta se halle en la misma razón de ser del prólogo que me pedís. *¿Cómo es posible este prólogo?*

Si, efectivamente, lo pensamos fuera del contexto que hemos vivido es casi increíble. Si las cosas hubiesen sido diferentes —*normales* por así decir— tal vez vos y yo nos hubiésemos encontrado enfrentados. Podía haber sido el juez que te sentenciase. Y ahora estoy prologando tu testimonio. En esta paradoja está la primera clave: no hubo *dos demonios*, sino un infierno que impidió ese enfrentamiento. Cualquiera sea el juicio sobre lo que vos y otros muchos más hayan hecho, el infierno me une a vos en solidaridad con tu dolor de víctima sobreviviente de campos de concentración.

Esto es posible porque la brutal ruptura de toda racionalidad nos une a los que en el derecho debíamos estar enfrentados, simplemente porque aniquiló al derecho y lo reemplazó por el crimen de estado, acabó con el orden y entronizó el caos del estado secuestrador, violador, asesino.

Imaginemos una escena hace muchos años. Imaginate que vos eras el procesado y yo el juez —o a la inversa, no importa— y de pronto, en medio de la audiencia, se hubiese desatado un terrible terremoto y juntos nos hubiésemos cobijado debajo de alguna mesa

fuerte mientras caían pedazos de mampostería. Algo así ha sucedido y por eso es posible este prólogo.

Pero si cortase aquí estas líneas dejaría en el tintero algo muy importante y que hace a la pregunta que inconscientemente me lanzas. *¿Cómo fue posible el terremoto mismo? ¿Qué me decís vos con todo tu derecho penal de esto? ¿Dónde quedaron tus penas supuestamente justas y proporcionales? ¿Qué me decís de la racionalidad del derecho cuando el estado se vuelve asesino?*

Estas mismas preguntas me las he formulado muchas veces y al final, después de consultar a los hombres sabios y ver que muchas de sus respuestas estaban vacías, llegué a la conclusión de que el poder penal del estado no es algo racional, sino un puro hecho político que sirve fundamentalmente para canalizar venganza, pero que no lo podemos suprimir porque nuestra civilización, por el momento al menos, no lo permite. Quizá algún día pueda desaparecer, pero eso sólo podría suceder mediante un formidable cambio civilizatorio que no está en las pobres manos de los penalistas. Y menos aún cuando creen que manejan ese poder. En realidad, lo único que podemos hacer es esforzarnos por contenerlo y acotarlo.

El derecho penal que sirve al ser humano es el que proyecta el agotamiento del poder jurídico en la contención del poder represivo, filtrándolo en la forma más racional posible. Pero cuando nos quitan de las manos esa posibilidad de filtro de contención, no sólo el derecho penal sino todo el derecho desaparece y el estado se vuelve el peor de los criminales.

Y esto pasa cuando no se puede contener la construcción de un *chivo expiatorio*, de un *Satán*, que en hebreo significa *enemigo*, al que se atribuyen todos los males y se le asigna el poder de una fuerza destructiva como amenaza universal. En ese momento se descontrola la venganza y quienes debían canalizarla se vuelven aliados de ella. Ese es el terremoto que cobra víctimas borrando los antagonismos que en el mundo jurídico podía haber, porque ese mundo deja de existir, simplemente porque el crimen nunca puede ser derecho. Es el caos provocado por quienes proclaman el orden y la máxima degradación ética del estado.

Por eso, Mario, debemos estar siempre atentos a estos signos. Todos los días se lanzan semillas de caos cuando se quieren construir nuevos *Satanes*, que por suerte en la

inmensa mayoría de los casos caen en terreno estéril o pierden poder germinativo. Pero no podemos jugar ni distraernos, porque alguna puede germinar y arrasar al derecho. No será en tal caso el derecho penal lo que pueda contener el fenómeno, porque es éste el que en esos casos resulta arrasado. Somos nosotros, es nuestra cultura y nuestra civilización que debe romper el ciclo de las masacres estatales que en el siglo pasado se llevaron más de cien millones de vidas humanas.

Es así: cuando el derecho penal se neutraliza en su función de filtro selectivo racional de ese poder que no manejamos, cuando se inutiliza el semáforo jurídico que da luz verde a algún poder represivo, luz roja a otro y amarilla para pensarlo, quedamos aplastados sobre el pavimento.

Te confieso que no lo había entendido antes de darme cuenta de la magnitud del crimen que se estaba cometiendo. Yo también creía que manejaba el poder represivo, porque me habían enseñado a creerlo y jamás me permitieron ponerlo en duda. No ignoraba las atrocidades cometidas en otros países, había vivido en Europa y había escuchado y leído de todo, pero creía que estaba lejos, que nuestro país era diferente, que eso era resultado de particulares desarrollos exóticos.

Ahora sé muy bien que puede pasar en cualquier lado, que no manejo el poder represivo, que sólo puedo contribuir a contenerlo y filtrarlo y, además, aprendí que su naturaleza es peligrosísima y altamente perversa. Por lo menos, el dolor de los que sufrieron lo que testimoniás me ha servido para espantarme ante su explosión y darme cuenta de eso.

Al leer tu relato, no puedo dejar de pensar en Viktor Frankl, el psicólogo que sobrevivió al campo de concentración nazista. Se preguntó qué fue determinante para la supervivencia de algunos y concluyó que había *algo* diferencial y al análisis de eso dedicó el resto de su vida, construyendo una entera teoría psicoanalítica de vertiente existencial: la *logoterapia*.

No pretendo meterme en campo ajeno, pero *algo* hay en eso, por lo menos un fondo de verdad, que tu relato parece confirmar. Pasando las páginas me preguntaba si yo hubiese tenido tu fortaleza para sobrevivir. En frío no creo tenerla, pero viviendo el infierno no sé si no la tendría, o sea, que no puedo responderme esa pregunta. Vos —como Frankl— sabés que la tenés.

No sé si estas líneas te sirven de prólogo. Por lo menos espero que nunca volvamos a estar juntos debajo de la mesa, para lo cual debemos tener las antenas bien alertas para detectar los signos amenazadores.

Te mando un abrazo.

E. Raúl Zaffaroni (Guatemala, abril de 2011)

INTRODUCCIÓN

> No estoy obsesionado con la muerte sino con los muertos, con las víctimas. Me pregunto constantemente si no los traiciono, ya sea por hablar o por no hablar lo suficiente.
>
> Elie Wiesel, sobreviviente del Holocausto (*Harry James Cargas in Conversation with Elie Wiesel*)

> Maldito sea aquel que se mantiene en silencio después de recuperar la libertad.
>
> Graffiti hallado en la letrina de un campo de trabajo soviético (Terrence Des Pres, *The Survivor: An Anatomy of Life in the Death Camps*)

> Pon atención, y no te olvides de cuanto has visto con tus ojos para no dejarlo escapar nunca de tu corazón. Antes bien, enséñaselo a tus hijos y a los hijos de tus hijos.
>
> *Antiguo Testamento* (*Deuteronomio* 4.9)

A comienzos de 2005, Betina Kaplan, una profesora argentina que enseña literatura latinoamericana en University of Georgia (en la ciudad de Athens, a hora y media de Atlanta), me telefoneó para avisarme que un ex desaparecido venía a dar una charla en su universidad. Ese individuo —me explicó Betina— tenía una particularidad muy especial: había estado secuestrado tres años y ocho meses en cinco centros clandestinos de detención y tortura durante la dictadura militar de los años 70. Betina quería saber si la universidad donde yo enseño, Georgia State University, estaba interesada en patrocinar una charla de este ex detenido que ahora residía en Miami. Le dije que me interesaba la idea y, tras conseguir algunos fondos, organicé una charla en mi universidad y otra en el Centro Presidencial Jimmy Carter. Así fue como conocí a Mario César Villani.

Villani es un físico licenciado por la Universidad Nacional de La Plata en 1968. Nacido el 25 de mayo de 1939 en Buenos Aires, tenía 38 años cuando fue secuestrado en plena calle el 18 de noviembre de 1977 para ser llevado al primero de los cinco centros clandestinos donde permaneció hasta agosto de 1981. En su juventud ingresó al Liceo Naval Militar de Río Santiago, y uno de sus recuerdos más perdurables es cuando en 1952, con apenas 13 años de edad, hizo guardia junto al féretro de Eva Perón como cadete del Liceo. Sin embargo, a los 16 años pidió la baja durante la presidencia de Aramburu, poco después del golpe militar de 1955 contra Juan Domingo Perón, desilusionado y, según

confiesa, sintiéndose indisciplinado y harto del régimen militar. A los 17 años ingresó a la Facultad de Ingeniería de La Plata pero al poco tiempo comenzó a cursar la licenciatura en Física. Tras recibirse fue profesor adjunto de Física y Matemáticas en distintas facultades de La Plata, mientras simultáneamente llevaba a cabo trabajos de investigación en Espectroscopía por Microondas en la Facultad de Ciencias Exactas.

Su concientización política comenzó durante la dictadura de Onganía y se acentuó cuando en 1974 se lo designó Secretario Académico de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de La Plata. Poco a poco se acercó al peronismo de izquierda y profundizó su actividad gremial en la Asociación de Trabajadores de la Universidad de La Plata (ATULP) y en la Juventud Trabajadora Peronista (JTP). Cuando comenzaron los asesinatos de opositores por parte de la Triple A, durante el gobierno de Isabel Perón, renunció en protesta junto con todos los decanos y secretarios académicos de la universidad. Para escapar de las amenazas de la Triple A dejó La Plata y se mudó a Buenos Aires, donde en 1975 ingresó a la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA). Sin embargo, al producirse en abril de 1976 la desaparición de su amigo y compañero de militancia en la CNEA, el físico Antonio Misetich (hermano de Mirta Misetich, secuestrada y desparecida en julio de 1971 junto con su compañero Juan Pablo Maestre), presentó su renuncia y comenzó a trabajar dando clases privadas. Cuando fue secuestrado en noviembre de 1977 llevaba un tiempo viviendo solo para no poner en peligro a su familia, aislado de su compañera y amigos y siempre con temor a ser localizado. Tras ser liberado, casi cuatro años más tarde, ocupó un puesto en el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), integró la Asociación de Ex Detenidos-Desaparecidos y, hasta su mudanza a Miami en el año 2003, fue miembro del grupo encargado de la recuperación arqueológica de las ruinas del antiguo campo de concentración Club Atlético en Buenos Aires.

El 21 de febrero de 2005 Villani dio la charla en Atlanta, que anuncié con el siguiente título: “Surviving State Terror in Argentina: A Conversation with a Former *Desaparecido*” (Sobrevivir el terrorismo de Estado en Argentina: una conversación con un ex desaparecido). Debajo del título, una breve descripción aclaraba que Mario Villani, secuestrado por la dictadura, era uno de los pocos sobrevivientes del campo de concentración de la ESMA. Desde el momento en que lo fui a buscar al hotel tipo “bed and breakfast” donde se alojó durante los tres días que duró la visita (una hermosa casona

antigua en una de las pocas zonas de Atlanta que todavía conservan el aire señorial del viejo Sur), me llamaron la atención dos rasgos de su personalidad. Por un lado, la objetividad distante con que contaba los sucesos más horrorosos de su historia como si no le hubieran ocurrido a él sino a otra persona, algo que fácilmente podía confundirse con frialdad o falta de apasionamiento. El otro rasgo —en aparente contradicción con el primero— era la calidez de su sonrisa y su humor constante cuando no estaba dando testimonio público. Eso hacía aún más intrigante la personalidad de Villani: ¿se trataba de un ser comunicativo y lleno de vida, o estaba rodeado de una caparazón autoimpuesta para no dejar traslucir sus sentimientos?

Yo había conocido a otros ex desaparecidos a lo largo de los años, pero nunca a nadie con una historia tan inusual. Una querida amiga, Nora Strejilevich, había estado secuestrada en el Club Atlético, y su hermano y dos primos habían muerto a manos de la represión. Nora relató luego sus experiencias en una novela conmovedora oscilante entre lo testimonial y lo lírico, *Una sola muerte numerosa*, ganadora del Premio Letras de Oro 1995-1996. También conocí a Alejandra Naftal, sobreviviente del centro clandestino conocido como Vesubio, quien en la organización Memoria Abierta coordinó un ambicioso proyecto de digitalización del archivo de testimonios orales de familiares de desaparecidos. Años más tarde conocí a Ana María Careaga, sobreviviente del Club Atlético, quien hoy dirige el Instituto Espacio para la Memoria (IEM) en Buenos Aires; ella me ayudó a coordinar las visitas de estudiantes norteamericanos a sitios de memoria tales como la ESMA y el Parque de la Memoria.

Mucho antes había tenido un contacto brevísimo y traumático con la dimensión de los centros clandestinos de detención cuando permanecí ocho días en el D2 (Departamento de Informaciones) de la Policía de Córdoba en setiembre de 1976, junto a mis padres y mi hermano menor. Cuando me "legalizaron" y me trasladaron a la Unidad Penitenciaria Nro. 1 de Córdoba, conocí a compañeros que antes habían pasado por los campos de La Perla y La Ribera. En la cárcel, por lo general, no hacíamos preguntas sobre lo que cada uno había vivido durante su secuestro. Se trataba de una medida de seguridad (mientras menos supiéramos mejor) sumada a cierto respeto por la intimidad de cada persona. Pero cada vez que se abría la puerta del pabellón y entraba alguien nuevo diciendo "vengo de La Perla" (la base militar en las afueras de Córdoba donde desaparecieron cerca de dos mil personas),

se nos erizaba la piel como si un soplo helado recorriera el pasillo. Todavía tengo grabadas ciertas imágenes: las quemaduras de picana en las piernas de un compañero que estuvo en La Perla cerca de dos meses, las cicatrices en los brazos de otro que trató de suicidarse cortándose las venas con un cepillo de dientes partido en dos. También se susurraban casi en secreto los espantos innombrables relatados por algunos compañeros llegados de centros clandestinos en Tucumán: gente enterrada en pozos con la cabeza afuera a merced de las hormigas, personas colgadas de las piernas desde helicópteros que sobrevolaban los árboles a baja altura para que las ramas los azotaran. La certeza de que la línea divisoria entre la relativa seguridad de la cárcel y el submundo infernal de los campos era muy tenue nos mantenía en permanente tensión, y el temor a que nos llevaran a esos lugares no nos abandonaba nunca.

Ese contacto tangencial con los centros clandestinos de detención alimentó durante años mis peores temores y fantasías. ¿Cómo había sido la vivencia de quienes estuvieron secuestrados en esos lugares inimaginables? ¿Qué se siente cuando se está encapuchado por semanas o meses, escuchando los gritos de los supliciados? ¿Se puede volver a la realidad y sacar fuerzas para seguir viviendo después de semejante experiencia? Tal vez por eso, cuando salí en libertad y me mudé a St. Louis (Estados Unidos) donde me inscribí en la universidad, un curso inmediatamente me llamó la atención: el que ofrecía el inolvidable profesor Harry James Cargas (hoy fallecido) sobre la literatura del Holocausto. Más que leer devoré las memorias y novelas escritas por sobrevivientes de los campos nazis, buscando allí respuestas a las preguntas que me venían atormentando desde Argentina. *Noche*, una breve novela autobiográfica de Elie Wiesel (Premio Nobel de la Paz 1986), me impactó particularmente por el relato de su paso por Auschwitz y la pérdida de toda su familia cuando sólo tenía quince años. De allí mi emoción indescriptible cuando recibí una nota de puño y letra de Wiesel: el profesor Cargas, amigo suyo, le había hecho llegar una copia de mi trabajo final para el curso sobre literatura del Holocausto donde, en mi inglés todavía precario, yo reflexionaba sobre lo que había visto en las cárceles argentinas.

Desde entonces leo ávidamente todo lo que cae en mis manos en relación a la supervivencia, la memoria y el trauma. Pero la lectura de testimonios del horror es como una droga dura: mientras más se lee, más se siente la insatisfacción de no poder llegar al

fondo de un misterio que apenas se vislumbra y se muestra siempre elusivo: ¿cómo narrar aquello que por su naturaleza misma es inenarrable? Y si no se lo puede narrar, ¿cómo acceder mínimamente a eso que se niega a dejarse representar? Años después de aquellas primeras lecturas sobre el Holocausto, conocí la filosofía de Ludwig Wittgenstein y encontré en él una parecida frustración y el comienzo de una posible solución al dilema. Para el filósofo austríaco, el paso por las trincheras de la primera guerra mundial y su posterior internación en un campo italiano de prisioneros de guerra fue lo que lo llevó a preguntarse sobre cómo hablar de lo indecible cuando el lenguaje no alcanza para representarlo. Esta preocupación de Wittgenstein se tradujo en su breve *Tractatus Logico-Philosophicus* de 1921 donde plantea que, si es imposible hablar sobre lo indecible (el horror, lo traumático o incluso lo inefable), sólo caben dos opciones: callar para que el silencio abrume como un grito, o "mostrar" en/con los padeceres del cuerpo aquello que no se puede decir. *Wovon man nicht sprechen kann, darüber muß man schweigen*: "de lo que no se puede hablar, hay que callar", dice la proposición final de su *Tractatus*.

El trauma es indecible. Sólo es comprensible aquello que se puede expresar con el lenguaje, pero al mismo tiempo sólo se puede pensar aquello que es factible traducir en palabras. En esta paradoja —hay una dimensión impensable, pero no por ello menos real, que radica más allá del lenguaje humano— Wittgenstein complementa a Freud y su noción de lo traumático y la repetición del síntoma. También se anticipa al dilema ético/filosófico del Holocausto (Primo Levi, Elie Wiesel, Viktor Frankl, Jorge Semprún, Imre Kertész, Hanna Arendt y tantos otros) que plantea la incapacidad última del lenguaje para "poner palabras a lo que está fuera de discurso ya que ese acontecimiento real llamado trauma es un agujero en lo simbólico" (Bejla Rubin de Goldman, *Nuevos nombres del trauma*, 103). Como indica Hernán García Hodgson (*Wittgenstein y el Zen*), Wittgenstein se topa "con los límites del lenguaje, con los confines de la significación y constata la existencia de una dimensión inefable que no puede ser transferida ni expresada por medio de palabras" (12). Ante lo traumático sólo cabe entonces alcanzar un "silencio ostensible" o una "mostración de lo indecible" (Françoise Fonteneau, *La ética del silencio. Wittgenstein y Lacan*, 47). Pero ese silencio no representa pasividad y, por el contrario, es un silencio "activo". Al imperativo de callar ante lo indecible le sigue otro: *mostrar* por otros medios aquello que no se puede nombrar. Para Wittgenstein, "se puede mostrar allí donde no se puede hablar"

(Fonteneau, 39), y en esto acompaña la teoría psicoanalítica de Freud para quien el cuerpo y los síntomas de sus enfermedades revelan lo silenciado a modo de discurso no verbal que llena los huecos del discurso lógico. Igual que el arte, la poesía o el misticismo religioso, el cuerpo muestra en silencio aquello que el discurso lógico no puede representar y expresa a gritos, por medio de sus marcas, aquello que el lenguaje calla: el inconsciente no calla nunca (Rubin de Goldman, 154). Para expresarlo de otro modo: ante lo indecible el lenguaje falla; pero donde el lenguaje falla, el cuerpo muestra.

Tal vez por eso me intrigó la historia que Villani nos contó sobre su experiencia en los campos cuando dio su charla en Georgia State University aquel febrero de 2005. Me intrigó su relato sobre los horrores vividos, pero también los silencios reveladores de ese "hueco" en el discurso lógico de que hablan los estudios de Wittgenstein: la sonrisa enigmática de Villani cuando narra hechos difíciles de imaginar, o su humor cáustico (a veces rayano en el humor negro) que desmiente su aparente distancia emocional y revela que hay algo intransferible más allá de las palabras. A partir de aquella visita a Atlanta, Mario y yo nos hicimos amigos. Nos volvimos a ver pocos meses después, en abril de 2005, con motivo de un congreso en Hood College (Maryland) organizado por la profesora argentina María Griselda Zuffi. Más tarde nos reencontramos varias veces porque los familiares de mi esposa viven en Miami y aproveché nuestras visitas a esa ciudad para reconectarme con él y conocer a su esposa Rosita Lerner. A lo largo de los siguientes dos años fue germinando lentamente una idea hasta que, después de muchas charlas telefónicas y encuentros informales, me atreví a planteárselo: ¿y si escribiéramos juntos un libro sobre tu experiencia en los campos en base a entrevistas grabadas? Para mi sorpresa, Mario y Rosita respondieron con un rotundo sí.

Grabadora en mano, nos reunimos por primera vez en marzo de 2008 en Miami. Volvimos a hacerlo en abril, julio y noviembre de ese mismo año. Cada encuentro representó dos días y cerca de 8 horas de grabación por vez. En junio de 2009 grabamos otros dos días de charla por Skype. Por último, volvimos a reunirnos en Miami cuatro veces más, dos días en agosto y dos en diciembre de 2010. Además de eso hubo numerosas conversaciones telefónicas e intercambios de correos electrónicos que nos permitieron ir discutiendo aspectos del libro, mientras Mario me enviaba textos de sus escritos, testimonios judiciales y conferencias públicas que me sirvieron para corroborar ciertos

datos y agregar otros. Al comienzo me fue difícil escuchar por horas el relato de sus historias llenas de situaciones traumáticas; por sobre todo, me fue muy difícil transcribir esas historias al papel durante el largo proceso de desgrabado de las entrevistas. Incluso mi esposa Yvette, que a veces escuchaba desde otra habitación la voz sonora de Mario saliendo de la grabadora, llegó a sentirse afectada por el flujo de hechos terribles relatados con un tono neutro y calmo. Avrum Weiss, un extraordinario terapeuta de Atlanta que se especializa en el tratamiento del síndrome post traumático y ha trabajado extensamente con veteranos de Vietnam y ahora con los de la guerra de Irak, fue quien me dio la solución. Escuchar relatos de sufrimiento y muerte —me advirtió Weiss— es como penetrar en un territorio sagrado: no se puede entrar y salir casualmente como quien visita un centro comercial. Así como al entrar a un templo religioso marcamos la frontera entre lo profano y lo sagrado con cierto ritual —persignarse en una iglesia católica, dar dos palmadas frente a un altar shintoista, cubrirse la cabeza en una sinagoga— para escuchar y transcribir las historias de Mario sin sentirme abrumado debía adoptar un ritual que honrara el mundo de las víctimas y lo distinguiera de mi vida cotidiana. Ese ritual consistió en lavarme las manos y meditar por unos segundos sobre el significado de la tarea: de allí en más lo hice antes y después de encender la grabadora para una entrevista, y antes y después de prender la computadora para transcribir su relato.

Mis estudios de literatura latinoamericana y, en particular, del así llamado "género testimonial" me prestaron un modelo a seguir en el trabajo de entrevistar, escuchar y desgrabar las largas horas de charlas, y decidir qué incluir y qué no a partir de un constante proceso de discusión con Mario. Dos fueron los textos que me guiaron: *Biografía de un cimarrón* del etnógrafo cubano Miguel Barnet (1966), y *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* de Rigoberta Menchú y la antropóloga venezolana Elisabeth Burgos-Debray (1983). El primero consiste en el relato en primera persona de la vida de Esteban Montejo, un ex esclavo de 104 años que Barnet entrevistó en el hogar para ancianos de La Habana donde se alojaba. Barnet logra reproducir la voz y las vivencias de Montejo, un hombre que fue testigo de varias etapas cruciales en la conformación de la nación cubana: la esclavitud primero, su huida a los montes luego, la guerra de independencia contra España, la ocupación norteamericana y, ya hacia el final de su larga vida, la Revolución. Se trata de un documento fascinante que nos remonta a la

cotidianeidad y las costumbres en las plantaciones de esclavos; pero es sobre todo el método seguido por Barnet (que en su introducción atribuye a "los recursos habituales de la investigación etnológica", 15) el que ilustra las dificultades y desafíos de escribir una historia como la de Mario Villani. Barnet señala que Montejo "nos contaba de una manera deshilvanada, y sin orden cronológico, momentos importantes de su vida [...] hemos tenido que parafrasear mucho de lo que él nos contaba. De haber copiado fielmente los giros de su lenguaje, el libro se habría hecho difícil de comprender [...] Indudablemente, muchos de sus argumentos no son rigurosamente fieles a los hechos. De cada situación, él nos ofrece su versión personal. Cómo él ha visto las cosas" (16-19). En pocas palabras, el proceso de grabar y luego transcribir las cintas magnetofónicas es apenas un primer paso: lo importante es cómo se negocia el territorio impreciso entre el recuerdo personal y lo histórico, entre el documento y lo literario. Por eso Barnet aclara: "Sabemos que poner a hablar a un informante es, en cierta medida, hacer literatura" (18).

En cuanto a Rigoberta Menchú, tras sus experiencias en Guatemala como activista indígena en los años 70, la muerte de sus familiares a manos de la represión y su huida al exterior para salvar la vida, en 1982 se encontró fortuitamente con la antropóloga Burgos-Debray, residente en ese entonces en París. Tras ocho días de grabaciones durante las cuales Menchú le contó su niñez, su adolescencia y la tragedia de su familia y su pueblo maya, la antropóloga se dedicó a transcribir, ordenar y editar el relato, dividiéndolo en capítulos y por sobre todo adaptando el español imperfecto de Menchú (cuya lengua materna es el quiché) a un registro más convencional al alcance del lector medio. La dificultad de definir la autoría del texto —¿es biográfico o autobiográfico?— se presentó desde el primer momento: en los catálogos y estudios del libro Elisabeth Burgos aparece a veces como autora, a veces como editora, y otras simplemente como prologuista. Más problemática aún es la polémica nacida a partir de 1999 cuando el antropólogo norteamericano David Stoll publicó un controvertido ensayo, *I, Rigoberta Menchú and the Story of All Poor Guatemalans*, donde demuestra que hay francas contradicciones entre el relato de Menchú sobre algunos hechos y los documentos históricos disponibles. Cuando la misma Menchú concedió que, en efecto, había cambiado algunos hechos puntuales de su historia familiar para hacer más efectivo su relato, pero que eso no disminuía la veracidad última de su testimonio, se desató una verdadera tormenta entre los defensores y los

críticos del género testimonial: ¿la voz del testigo directo ofrece un registro de verdad que no tienen otros documentos o es simplemente una ficcionalización más de los hechos?

Cuando hace un par de décadas se comenzó a teorizar sobre el significado del género testimonial se abrió esta discusión que todavía no llega a su fin. ¿La voz de un testigo que vivió los hechos está más cerca de la verdad histórica? ¿O se trata de otro tipo de verdad? Me inclino a pensar que el testimonio es un género híbrido, intermedio entre la ficción y la historia, o por decirlo de otro modo, entre la subjetividad y la verdad. Aunque parezca una contradicción de términos, tal vez debiéramos hablar de "verdad subjetiva" porque se trata de la subjetividad de un individuo de carne y hueso que alude a una verdad histórica desde su posición privilegiada de testigo directo. Este dilema estuvo presente durante toda la escritura "a dos manos" de este libro. Es evidente que una simple transcripción de las entrevistas grabadas no hubiera bastado, como puede comprobar cualquiera que escuche las cintas originales: se perciben las pausas, las repeticiones de cosas ya dichas, los desvíos temáticos, la densidad de esos momentos de silencio en que Mario se queda pensando en algo que no puede transmitir. En cuanto transcriptor de las entrevistas, estoy a la vez adentro y afuera de su relato. Estoy adentro en la medida que me lo permite mi propia experiencia carcelaria y mi interés por el tema, que me ha llevado durante años a leer todo lo que he podido encontrar y a conversar con otros sobrevivientes; pero estoy irremediablemente afuera porque nunca mi vivencia podrá equipararse a eso intransferible que es el paso por un sitio clandestino de tortura. Mi tarea más difícil ha sido meterme en la piel de Mario y adoptar su voz, sabiendo a la vez que nunca podré estar realmente en su piel ni hablar con sus palabras.

Pero también Villani está, de algún modo, adentro y afuera de su propia experiencia. El hecho de haber estado en los campos no le concede necesariamente mayor validez a su propia interpretación de lo que significaron: es su reflexión posterior a lo largo de años lo que le presta valor. En *Los hundidos y los salvados* (1986), el tercer libro de la trilogía de Primo Levi (los otros dos son *Si esto es un hombre* y *La Tregua*), el pensador italiano y ex resistente antifascista que sobrevivió como trabajador esclavo en Auschwitz, incluye un capítulo titulado "La zona gris". El capítulo se abre con un interrogante que constituye para el autor una obsesión atormentadora: "¿Hemos sido capaces los sobrevivientes de comprender y de hacer comprender nuestra experiencia?" (32).

Encuentro en esta pregunta el *fulcrum* de la pulsión testimonial que mueve a personas como Levi y Mario Villani a contar lo vivido por ellos, no tanto para que el mundo sepa cuanto para *comprenderlo ellos mismos*. Porque, como señala Hugo Vezzetti refiriéndose precisamente a Primo Levi, "la experiencia vivida en el campo no ofrece ninguna clave para el conocimiento y la interpretación" (*Sobre la violencia revolucionaria*, 220). Dicho de otro modo, ni haber estado en un campo garantiza la capacidad de entender su significado, ni la supervivencia presta necesariamente autoridad alguna para interpretar el pasado: es sólo la reflexión posterior, continua, profunda y valiente sobre esa experiencia la que autoriza el testimonio y le da valor.

En ese sentido, Villani lleva décadas hablando y preguntándose por el sentido de lo que le ocurrió en los cinco centros clandestinos en los que permaneció secuestrado. Debido a su conocimiento directo de un gran número de represores y desaparecidos, producto de sus casi cuatro años de cautiverio, ha sido testigo en numerosos juicios llevados a cabo en Argentina y en el exterior por violaciones a los derechos humanos. Fue uno de los testigos claves de la Comisión Nacional por la Desaparición de Personas (CONADEP) en 1984, así como en el juicio contra las Juntas de comandantes de la dictadura militar en 1985. Entre otros juicios, declaró en el que emprendió la familia del matrimonio Poblete; en la causa referida a Luis Guagnini; en la del ingeniero del INTI Alfredo Giorgi; en la del licenciado Jorge Gorfinkiel; en la referida al secuestro de Mariana Patricia Arcondo de Tello; en la causa por la desaparición de Telma Jara de Cabezas, a quien vio con vida en una isla del Tigre perteneciente a la Marina; y en el proceso judicial de 2005 contra el torturador Julio Héctor Simón (el Turco Julián). En 1999 sirvió de testigo en los llamados Juicios de la Verdad en La Plata. Recientemente testificó via teleconferencia desde Miami, en el juicio conocido como ABO (Atlético-Banco-Olimpo) concluido en diciembre de 2010 con varias condenas a cadena perpetua, y en el juicio por la ESMA.

En el exterior, Villani viajó a Madrid en septiembre de 1997 para servir como testigo en el Juzgado de Instrucción N° 5 del juez Baltasar Garzón, cuyas investigaciones sobre crímenes de lesa humanidad condujeron a las acusaciones internacionales contra los ex dictadores Jorge Rafael Videla de Argentina y Augusto Pinochet de Chile. En junio de 1998 viajó a Roma para testimoniar ante el juez de Instrucción D'Angelo en la 2° Corte de Apelaciones por el caso de los desaparecidos de origen italiano en Argentina, aunque su

presentación se pospuso para marzo del año siguiente por distintos motivos. En esa ocasión participó como conferenciante en un taller sobre los desaparecidos italianos en el Auditorio de San Carlos de la Universidad de Milán, y en un coloquio en Torino sobre la Operación Cóndor. En septiembre de 2000 volvió a Italia, esta vez como testigo de la fiscalía en el juicio por los desaparecidos de origen italiano en la Corte Criminal de Roma (Rebibbia), y sus declaraciones ayudaron a condenar a cadena perpetua *in absentia* a los generales Guillermo Suárez Mason y Santiago Omar Riveros. En septiembre y octubre de 2001 viajó a Francia como testigo de la fiscalía en el Tribunal de la Grande Instance de Paris, en un juicio por la desaparición de dos hermanos de nacionalidad francesa, Pablo Daniel y Rafael Arnaldo Tello, a quienes conoció en el centro clandestino de detención El Banco. En febrero de 2005 regresó a España como testigo de la fiscalía en el juicio de la Audiencia Nacional de Madrid contra el ex capitán naval Adolfo Scilingo por su participación en los vuelos de la muerte, con el resultado de una condena a 640 años de prisión.

A esta ocupadísima agenda como testigo se le suma el hecho de que la historia de Villani se ha mencionado muchas veces en ensayos y películas documentales sobre el terrorismo de Estado en Argentina. En *A Lexicon of Terror. Argentina and the Legacies of Torture* (1998), la escritora norteamericana Marguerite Feitlowitz incluye una larga entrevista con Mario y su esposa Rosita (71-88). En *ESMA. Fenomenología de la desaparición* (2004), el ensayista y profesor de filosofía Claudio Martyniuk menciona su cautiverio en la ESMA (16). Eduardo Anguita lo nombra repetidamente en *Sano juicio* de 2001 (316-318, 321, 322, 324, 327, 333–334), y lo mismo hace el conocido periodista Horacio Verbitsky en *El silencio* de 2005 (130, 131, 132 y 141). En Italia, su historia aparece mencionada en *El Tano, Desaparecidos italiani in Argentina* (2000), de Carlo Figari (191-196). En la versión electrónica de *El País* de Madrid, un artículo del novelista argentino Tomás Eloy Martínez, "El Olimpo del horror", ofrece una semblanza de Villani como testigo en los juicios (2006). En el cine documental, aparecen referencias a él en *Montoneros, una historia* (Andrés Di Tella, 1995) y *Prohibido* (Andrés Di Tella, 1997); en el film francés *Tortionnaire* (Frederic Brunnquell y Pascal Vasselin, 1998); y en *The Disappeared* (2007) del norteamericano Peter Sanders. En *Garage Olimpo* (1999), el director ítalo-argentino Marco Bechis combina libremente elementos de varios campos

clandestinos que existieron en Buenos Aires y basa uno de sus personajes en Mario Villani, quien además sirvió como asesor histórico del director

Son demasiadas las cuestiones políticas, éticas y filosóficas que trae a luz el testimonio de Villani como para enumerarlas todas. En su relato se pregunta una y otra vez cuáles son los límites de la supervivencia, en qué punto la colaboración de un prisionero con el mantenimiento del campo se hace inadmisible, y cómo es posible que torturadores y torturados a veces mantengan un diálogo o incluso jueguen un partido de ajedrez. El lector puede sacar sus propias conclusiones; yo sólo quiero señalar aquí cuál ha sido mi propio aprendizaje a lo largo de estos años de familiarizarme con su historia. He mencionado el capítulo "La zona gris" de Primo Levi sobre sus experiencias en Auschwitz, y nada mejor que la expresión "zona gris" para intentar definir lo que significa sobrevivir en un campo de exterminio: los dilemas morales cotidianos, la falta de respuestas claras ante situaciones de vida o muerte, la galería de seres humanos confrontados con situaciones para la mayoría de nosotros impensables. En *Los hundidos y los salvados*, Levi sostiene que la experiencia límite de los campos impide dividir tajantemente a las personas entre ellos y nosotros, amigos y enemigos, porque la frontera entre víctimas y verdugos se desdibuja: "el enemigo estaba alrededor, pero dentro también, el 'nosotros' perdía sus límites…" (33). Levi se niega asimismo a condenar moralmente a quienes hicieron lo impensable para sobrevivir en los campos nazis ("Es un juicio que querríamos confiar sólo a quien se haya encontrado en condiciones similares y haya tenido ocasión de experimentar por sí mismo lo que significa vivir en una situación apremiante", 38). Cuando habla de los que trabajaban como mano de obra esclava, integraban los *Sonderkommandos* encargados de las cámaras de gas y hornos crematorios o incluso actuaban de *Kapos*, sostiene que todos fueron víctimas de un régimen que posibilitó semejante aberración: "la culpa máxima recae sobre el sistema, sobre la estructura del Estado totalitario" (38).

La prudencia de Villani al juzgar lo menos posible es paralela a la de Levi. Según el escritor italiano, no debemos buscar en los prisioneros "el comportamiento que se espera de los santos y de los filósofos estoicos" (43), y en su relato Villani revela la humanidad subyacente aún en los actos más deleznables. En Auschwitz hubo quienes extendieron su vida unos pocos meses más haciendo el trabajo infernal de los *Sonderkommandos*, pero "nadie está autorizado a juzgarlos, ni quien ha vivido la experiencia del Lager ni, mucho

menos, quien no la haya vivido" (Levi, 52). Sin embargo, el juicio moral sobre los sobrevivientes es algo que abunda en Argentina. En *La mujer en cuestión* (2003), una novela de la cordobesa María Teresa Andruetto, un informe burocrático sobre una mujer que sobrevivió su paso por un campo de concentración (presumiblemente La Perla) reproduce las sospechas de sus vecinos: ¿qué hizo en el campo? ¿Tuvo allí un hijo? ¿Tuvo que ver con el arresto y muerte de su amigo? Más inculpatorio aún es el hecho de que el "por algo habrá sido" de los vecinos cuando la mujer desaparece se convierte en un "por algo habrá salido" cuando vuelve con vida del campo. En una ilustración perfecta de la expresión que dice maldito si lo haces, maldito si no lo haces, la sociedad la condena antes y después: "Aun en la actualidad, Eva tiene que oír comentarios, como hace años oyó insultos [...] Desde entonces, 'comunista' y 'puta comunista', primero, y años después 'traidora', 'botona' y otras expresiones de parecido calibre..." (34).

El tema de la condena a los sobrevivientes por ser sospechosos de colaboración aparece tempranamente en la ficción argentina. En la novela de Miguel Bonasso *Recuerdo de la muerte* (1984), basada en la historia real de un ex diputado de la Juventud Peronista que logró escapar de la ESMA, una de las escenas culminantes es cuando el protagonista arriba al centro clandestino y descubre horrorizado que muchos de sus compañeros, que creía muertos, están trabajando como mano de obra esclava. Ya en 1982, no terminada aún la dictadura, el historiador británico Richard Gillespie se había referido a este fenómeno en su concienzudo estudio *Soldiers of Perón, Argentina's Montoneros* (publicado luego como *Soldados de Perón: Los Montoneros*), donde anotaba: "dentro de la ESMA, algunos prisioneros consiguieron idear una estrategia que, durante el período 1977 a 1979, les salvó la vida. Simulando colaborar con sus apresadores de la Armada, escaparon al destino de la gran mayoría" (301). Más tarde, al cumplirse el vigésimo aniversario del golpe militar, la novela de Liliana Heker *El fin de la historia* (1996) abrió un largo debate al ficcionalizar la historia real de una ex guerrillera montonera que formó pareja con el oficial naval que la capturó y mató a su compañero. Más que sobre los méritos literarios de la novela, la polémica giró alrededor del significado de la "traición" de la mujer, y quizás tuvo que ver menos con la incapacidad de la protagonista de ser fiel a sus ideales que con el fracaso de una generación y la pérdida de las ilusiones.

A la desazón evidente de Liliana Hecker ante lo que considera una traición de la sobreviviente, se le contrapone la profunda reflexión de Pilar Calveiro en su notable estudio *Poder y desaparición: Los campos de concentración en Argentina* (1998). La autora, sobreviviente de la ESMA y hoy profesora universitaria en México, refuta la división simplista de los secuestrados en héroes y traidores, y revela los mecanismos concentracionarios que posibilitaron todo tipo de situaciones ambiguas y grises. Más importante aún, Calveiro sostiene que todo mecanismo individual de supervivencia dentro del campo (desde simular y colaborar en pequeñas tareas hasta pasarse abiertamente de bando) no puede comprenderse sino en el contexto de los mecanismos sociales de adaptación al poder militar: "ni la guerrilla ni los militares, ni por supuesto los campos de concentración constituyeron algo ajeno a la sociedad en su conjunto" (98). Los campos y la sociedad civil deben pensarse entonces como dos caras de un espejo que reflejan la misma ambigüedad: "Pensar el campo de concentración como un universo de héroes y traidores permite separarlo de lo social [...] Por el contrario, el infierno del campo y la sociedad se pertenecen, por eso héroes y traidores, víctimas y victimarios son también esferas interconectadas entre sí y constitutivas del entramado social, en el que todos están incluidos" (137).

A esa misma vasta zona gris se refieren otras cinco sobrevivientes, las autoras de *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA* (2001). Munú Actis, Cristina Aldini, Liliana Gardella, Miriam Lewin y Elisa Tokar, todas ellas participantes en el plan de "recuperación" de la Armada, se reunieron durante un año y grabaron sus conversaciones sobre lo vivido, en un ejercicio de introspección que luego se virtió en el libro. De manera descarnada dicen saberse sospechosas por haber sobrevivido ("la culpa de estar vivo, el miedo a que te señalen por la calle y te digan: ¡Si está vivo, por algo será!", 238) y sostienen que "más allá de pequeños episodios de heroísmo o de santidad, la verdadera historia la hicieron contradictorios seres humanos" (14). Más aún, comparan su caso con el de los campos nazis y se preguntan por qué en Argentina se mide a los sobrevivientes del terrorismo de Estado con una vara diferente: "por qué todo el mundo entiende que algunas prisioneras judías se hayan acostado con alemanes para sobrevivir y se horrorizan sin embargo de que haya pasado lo mismo aquí en la ESMA" (99).

Las mismas dudas y autocuestionamientos marcan la experiencia de Mario Villani y sus reflexiones a lo largo de tres décadas y media, que hoy se cristalizan en este libro. Una y otra vez se pregunta por qué él sobrevivió y otros no, y la única respuesta posible es la que ofrece al final de su relato: "¿Por qué hoy estoy vivo? No lo sé, no soy yo quien lo decidió". Lo único que estuvo a su alcance fue hacer lo posible, día tras día a lo largo de 44 interminables meses, para que no lo mataran. Debió mentir, simular y ocultar sus verdaderos sentimientos mientras trabajaba como mano de obra esclava en los campos reparando aparatos electrónicos, acondicionando automóviles y ayudando a limpiar y cocinar. Durante todo ese tiempo una mínima esperanza le permitió seguir adelante: el deseo de quedar vivo para que alguien contara lo sucedido. En *Los hundidos y los salvados*, Primo Levi reproduce las palabras de uno de los pocos sobrevivientes de los *Sonderkommandos*: "Es verdad que hubiera podido matarme o dejarme matar, pero quería sobrevivir para vengarme y para dar testimonio de todo aquello. No creáis que somos monstruos, somos como vosotros, aunque mucho más desdichados" (46). ¿Es posible —o incluso moral— pagar un precio semejante para lograr dar testimonio? Que cada lector decida por sí mismo. Pero que al hacerlo tenga en cuenta que los actores de esta historia fueron contradictorios e imperfectos como todos los seres humanos: "murieron los peores y los mejores, sobrevivieron los mejores y los peores" (Vezzetti, 141). Como ejemplifica Mario Villani en su relato, ni morir fue prueba última de heroísmo, ni sobrevivir lo fue de traición a los ideales. Los sobrevivientes de los centros clandestinos no son monstruos ni fenómenos de circo. Por el contrario, son seres humanos, tan humanos como nosotros, tal vez incluso más humanos porque acarrean consigo el deber (y la desdicha) de para siempre tener que atestiguar.

Fernando Reati
Atlanta, mayo de 2011

1. A modo de presentación

Soy un ex desaparecido, un sobreviviente, o si se quiere un desaparecido *reaparecido*. El 18 de noviembre de 1977 a las 9 de la mañana me secuestraron en plena calle en la ciudad de Buenos Aires. No lo sabía entonces pero cuando un grupo de hombres armados y vestidos de civil me sacó del auto por la fuerza, me convertí en un desaparecido por los próximos tres años y ocho meses de mi vida. Durante ese largo tiempo que hoy puedo medir cronológicamente pero que mientras duró consistió simplemente en tratar de sobrevivir cada día hasta el siguiente, pasé por los centros clandestinos de detención conocidos como el Club Atlético, el Banco, el Olimpo, el Pozo de Quilmes y la ESMA.

Desde mi retorno de las tinieblas creció en mí la necesidad de hacer públicas mis memorias y compartir las reflexiones que esa experiencia me suscitó, tanto durante mi permanencia en los campos como después de mi liberación. Estas me ayudaron a sobrevivir entero, no sólo allí adentro sino también en el arduo período que siguió a mi liberación. Me ha llevado muchos años concretar este deseo. No soy un escritor y, por añadidura, me resulta muy difícil escribir sobre experiencias personales tan traumáticas, sobre todo en lo relacionado a las emociones y los afectos. Adentro de los campos no me podía permitir sentir o emocionarme, so pena de que se resquebrajara la armadura que me ayudaba a soportar ese infierno. Una vez en libertad, tuve que empezar a deshacerla lentamente —proceso que aun continúa— para poder recuperar la alegría de vivir.

Afortunadamente surgió la propuesta de mi querido amigo y escritor, Fernando Reati, de hacer de este libro un trabajo conjunto. Tras una larga serie de entrevistas grabadas, que él desgrabó y a las que —reflejando fielmente mis dichos— les dio forma literaria, el libro pudo concretarse. Pretendemos que este relato contribuya a la denuncia del terrorismo de Estado. No se me escapa que muchas de mis reflexiones pueden resultar polémicas. No me considero el dueño de la verdad y no le temo a la discusión, más bien le doy la bienvenida. De ella podemos aprender todos; la discusión ayuda a que se mantenga viva la memoria.

Este es entonces el relato de mi paso por el infierno.

2. El secuestro

> Los integrantes de la "patota" iban siempre provistos de un voluminoso arsenal, absolutamente desproporcionado respecto de la supuesta peligrosidad de sus víctimas. Con armas cortas y largas amedrentaban tanto a éstas como a sus familiares y vecinos [...] La cantidad de vehículos que intervenían variaba, ya que en algunos casos empleaban varios autos particulares (generalmente sin chapa patente)...
>
> Comisión Nacional Sobre la Desaparición de Personas, *Nunca Más* (17)

Aquel 18 de noviembre de 1977 me acababa de levantar para ir al trabajo. Vivía en la calle Patagones entre Monasterio y Juan García del barrio de Mataderos, y estaba empleado en la empresa de un amigo donde ayudaba a armar equipos de electrónica. Ya no era un jovencito, tenía 38 años, y debido a mis actividades políticas hacía un tiempo había dejado de trabajar en la Comisión Nacional de Energía Atómica donde desarrollaba modelos matemáticos para el funcionamiento de reactores nucleares. Ese día, después de bañarme y tomar el desayuno, salí de casa y subí a mi Fiat 600. La calle donde vivía era mano hacia la derecha y, media cuadra hacia la izquierda, otra calle me llevaba directamente al centro de la ciudad. Para ahorrar tiempo hice como todos los días y recorrí a contramano esos cincuenta metros. Después doblé a la derecha para dirigirme al trabajo, pero tuve que detenerme frente a un semáforo en rojo. Fue en ese momento que me rodearon tres autos.

Uno era un típico Ford Falcon de la época. Otro era un taxi Siam Di Tella con su habitual techo amarillo. Al tercero no lo recuerdo bien pero probablemente era un Torino. Uno se me cruzó adelante, otro atrás y el último se me paró al lado. Se bajaron unas diez personas con armas a la vista, todos vestidos de civil con remeras y pantalones vaquero, alguno incluso con barba. Yo iba con la ventanilla abierta porque hacía calor y me metieron un arma por la ventanilla apuntándome a la cabeza. Me gritaron "¡bajate!". Todo fue muy rápido. Yo estaba aterrorizado. Fueron apenas unos pocos instantes pero en mi memoria parece mucho tiempo: para contar algo que tal vez duró unos segundos necesitaría horas. Todo ocurrió como en un flash. Sin embargo no vi pasar mi vida como una película frente a mis ojos, según dicen que ocurre en el momento de enfrentarse a algo terrible. Siendo un militante, de algún modo estaba esperando que eso sucediera. Había grandes posibilidades de que a un militante le pasara algo así de manera que pensé: "me llegó la hora".

Se me cruzaron recuerdos de todo lo que había escuchado que le pasaba a la gente en situaciones similares; en base a eso empecé a tratar de prever lo que me podía ocurrir. Se me presentaron ideas de todo tipo: desde que me matarían allí mismo hasta que me torturarían de inmediato. Pensé que me darían picana —ya sabía de la picana por relatos de otra gente— o que me quebrarían los huesos; tal vez me meterían agujas debajo de las uñas o me quemarían los ojos. Durante el viaje me patearon y me amenazaron verbalmente, aunque no lo tengo grabado como una experiencia física sino más bien como una vivencia terrorífica. No sabía quiénes eran. Si bien me imaginaba que eran policías o militares no lo podía confirmar y eso me aterrorizaba más. Al mismo tiempo sabía que si me dejaba llevar por la imaginación no lograría cosas mínimas como descubrir quiénes eran y dónde me llevaban. Lamenté, ahí tirado en el piso, no haber gritado mi nombre a los vecinos que pasaban en el momento en que me secuestraron. Cuando me pusieron el revólver en la cabeza y abrieron la puerta del Fiat podría haber tratado de pegar un tirón y salir corriendo pero la sorpresa y el miedo me frenaron. Llegué a pensar que perdería el control de esfínteres y me orinaría encima.

Después de vendarme los ojos me taparon la boca con un esparadrapo, me ataron las manos con una cuerda y me tiraron en el piso trasero de uno de los autos, creo que el Siam Di Tella. Todo duró apenas unos segundos. Ya en el piso, dos personas se sentaron atrás y me pusieron los pies encima. Uno de ellos tenía un arma en la mano y cada vez que el auto se paraba en un embotellamiento o frente a un semáforo la sacaba por la ventanilla sin disimular y les gritaba a los otros conductores para que abrieran paso. Aunque estaba vendado podía oír los gritos de sus compañeros que lo instaban a ser más disimulado: "¡Ché, Pepona, meté el arma adentro!" Estaba muerto de miedo pero trataba de pensar y distinguir el posible camino que llevábamos, prestando atención a las frenadas, los giros y otros movimientos que me pudieran indicar hacia dónde íbamos. No sé cuánto tiempo transcurrió desde que me capturaron hasta que llegamos porque mi mente iba ocupada en registrar el trayecto que seguíamos. Calculo que habrán sido unos quince o veinte minutos ya que íbamos muy rápido ignorando los semáforos. Cuando llegamos al lugar pensé que estábamos cerca de la calle Azopardo, entre Belgrano y Constitución. Muchos años después, cuando salí en libertad y me puse a investigar dónde había estado, comprobé que

se trataba del centro clandestino de detención Club Atlético, en la manzana comprendida entre Paseo Colón, Garay, Cochabamba y Azopardo. No le había errado tanto.

3. Club Atlético

> Funcionó en la Av. Paseo Colón entre Cochabamba y Av. San Juan, a escasas cuadras de la Casa de Gobierno, desde principios de 1977 hasta el 28 de diciembre del mismo año. Estaba ubicado en los sótanos del edificio del Servicio de Aprovisionamiento y Talleres de la División Administrativa de la Policía Federal Argentina. La construcción original se terminó de demoler a fines de 1979 para la ejecución de las obras de la Autopista 25 de Mayo. Los detenidos-desaparecidos eran llevados al lugar en el interior de vehículos particulares, con los ojos vendados ("tabicados"). Al llegar, eran bajados violentamente por una escalera pequeña a un subsuelo sin ventilación. Se les retiraban todos sus efectos personales y se les asignaba una letra y un número. El centro tenía dos sectores de celdas que estaban enfrentadas en un pasillo muy estrecho, contaba con tres salas de tortura llamadas "quirófanos", baños, una celda común para un grupo numeroso de detenidos llamada "leonera", una enfermería, una sala de guardia y tres celdas individuales. El lugar tenía capacidad para unas doscientas personas y, según refieren los liberados, durante su funcionamiento habría alojado a más de 1.500.
>
> *Proyecto de Recuperación de la Memoria Centro Clandestino de Detención y Tortura "Club Atlético"* (11)

Al llegar a destino sentí que se abría un portón. El que manejaba dijo por un walkie-talkie: "atención Club Atlético, abran que venimos con el paquete". Fue la primera vez que escuché ese nombre. Yo sabía de la existencia de los "chupaderos", esos sitios secretos adonde iban a parar los secuestrados, pero lógicamente no conocía el nombre de ninguno de esos campos. El "paquete" era yo, eso estaba claro. Se abrió algo parecido a una cortina o portón metálico y entramos a un lugar donde el auto se detuvo. No podía ver nada, pero tiempo después supe que estábamos frente a una especie de casilla para la guardia junto a una entrada al sótano del edificio. Me sacaron del vehículo a los empujones y bajamos por una escalera de cemento. Ellos y yo, el "paquete". Al final de la escalera una voz que parecía venir desde abajo, como de alguien sentado frente a un escritorio, me ordenó: "¡pará!". La voz comenzó a hacerme preguntas: "edad", "domicilio", "nombre". Cuando contesté "Mario Villani" me dieron un tremendo golpe y me dijeron: "vos no te llamás más Mario Villani, grabate bien esto en la cabeza, desde ahora sos X-96". En ese momento recordé que antes de bajar por la escalera me habían dicho: "vos sos X-96". Pero mi reacción espontánea fue decir el nombre cuando me lo preguntaron. Otra voz repitió: "¿cómo te llamás?" "Mario Villani", volví a contestar, y recibí una trompada tan fuerte que fui a parar al suelo. Me levanté como pude y la voz declaró: "es la tercera vez que te decimos que ya no te llamás Mario Villani, la próxima vez que digás ese nombre te vas

para arriba". Me hicieron unas cuantas preguntas más y otra vez: "¿cómo te llamás?" Esta vez contesté: "X-96". Había aprendido la lección.

Perder el nombre: ese era el primer paso en el proceso de desintegración de la personalidad a que eran sometidos los prisioneros y así comenzó mi "tratamiento". Después de ese intercambio me llevaron a una especie de celda, la "leonera". Era una habitación relativamente amplia, de unos tres metros de lado, que no pude ver en ese momento porque estaba vendado. Con el tiempo llegué a observarla con más detenimiento. Estaba dividida por tabiques de mampostería de unos 60 centímetros de altura y en el espacio que quedaba entre tabique y tabique, también de unos 60 centímetros de ancho, había colchonetas de gomaespuma. Frente a cada colchoneta había una argolla de metal en la pared para sujetar al prisionero en su correspondiente espacio. Cuando me metieron en el cuarto me pusieron grillos —una cadena de acero asegurada alrededor de cada tobillo con un candado. Cuando permanecía tirado en la colchoneta soltaban la cadena de un tobillo y sujetaban el extremo a la argolla de manera tal que quedaba encadenado a la pared y con la cabeza hacia el pasillo. Me quitaron la venda que traía puesta desde el comienzo del secuestro y la reemplazaron por un "tabique", una especie de antifaz que ya tenían preparado. Esos grillos y el tabique me acompañaron por mucho tiempo. Después del período en la leonera me llevaron a una celda individual donde había que tenerlos puestos incluso cuando la puerta de la celda estaba cerrada. Según las ganas que tuvieran los guardias de trabajar, adentro de la celda a veces aseguraban la cadena de los pies a una argolla en la pared.

Quedé tirado en la leonera junto a otras personas encadenadas, sin saber todavía que ese lugar era donde se alojaba transitoriamente a los recién secuestrados durante un período de "ablande". Este período incluía, además de las sesiones de tortura, el terror de estar en un lugar desconocido. Tirado en la colchoneta comencé a "ratonearme" pensando en todo con la cabeza a mil por hora. Me era difícil calcular el tiempo transcurrido desde el secuestro: había momentos que se me hacían eternos y otros eran como pantallazos. En la leonera escuché los primeros gritos de personas siendo torturadas y el ruido de la guardia entrando y saliendo para controlar a los prisioneros, dándoles trompadas y patadas cuando se movían o se llevaban una mano al antifaz. Era un ambiente espeluznante y estremecedor: gritos, insultos, alguien que pasaba exclamando "¡hijo de puta!" y daba una patada. Intenté

susurrarle a la gente que tenía más cerca, para averiguar dónde estaba y quiénes me acompañaban, pero era muy difícil en medio de tanta incertidumbre y sin poder ver ni confiar en nadie. Tal vez habría sido diferente si hubiera caído con otros compañeros de militancia, pero me habían secuestrado solo y no conocía a ninguno de los que me rodeaban.

En ese lugar pasé los primeros dos o tres días. Me es difícil saberlo con exactitud, pero lo supongo porque en cierto momento alguien me dijo: "hoy te salvás de la tortura pero mañana no". Si bien durante mi permanencia en la leonera no me alimentaron, se escuchaban ruidos y movimientos que indicaban que le daban de comer a otros. Esto me permitió deducir cierta rutina, indispensable para tratar de medir el paso de las horas. En ése y otros campos, donde se cancela el tiempo, medirlo se convirtió en una especie de obsesión para mí: aún vendado y aislado trataba de llevar la cuenta de los días para saber la fecha exacta. Eso me resultó más fácil cuando más adelante comencé a tener cierta libertad de movimiento dentro del chupadero. Pero aún durante las primeras semanas en el Club Atlético pude conservar una noción aproximada de qué fecha era y, aunque no la hora exacta, por lo menos qué momento del día era según la rutina de las comidas. Así como no recibí alimento en la leonera, tampoco pude ir al baño. En algún momento del segundo día me alcanzaron un "papagayo". Era un recipiente similar al que se usa en los hospitales para que orinen los enfermos. En este caso era una botella de detergente de material plástico a la que le habían perforado un costado. Había que orinar con cuidado dentro del papagayo para no derramar el líquido, porque lo hacíamos acostados en la misma colchoneta sobre la que permanecíamos casi todo el tiempo.

No sé por qué recién me torturaron al segundo día. Sé que hay distintas técnicas de ablande: a algunos los torturaban desde que se bajaban del auto e ingresaban al campo, y a otros los dejaban esperando, escuchando gritos y preguntándose cuándo les tocaría y cómo los torturarían. La incertidumbre misma era una tortura y parte de esta etapa. A veces es peor imaginar la tortura que sufrirla. Uno trata de imaginarse el dolor pero nunca es igual al dolor real. En mi caso usaron este sistema de ablande y pasé la primera noche solo con mi conciencia y mis fantasías. Alcancé a dormitar algo y creo haber tenido fragmentos de sueños donde hablaba con mi mujer y con compañeros de militancia. La realidad era confusa y era muy difícil saber si estaba soñando o imaginando cosas.

A media mañana del segundo día tuve mi primera sesión de unas horas de tortura, seguida por otra un día después. Tras cada sesión me llevaban a ducharme y me insistían en que no bebiera agua diciéndome que si lo hacía podía morirme. No sé si es verdad que no se debe beber agua pero antes y después de la tortura machacaban con que no lo hiciera. En el momento de ducharme alguien me dijo: "si tenés tanta sed, tomá agua nomás", pero era tal mi miedo que no me atreví. Tampoco sé cuál era la función de esa ducha posterior a las sesiones de tortura, pero lo cierto es que en ambas ocasiones me hicieron bañar antes de volverme a la leonera, permitiéndome secarme (si así puede llamárselo) con una toalla mugrienta y húmeda que ya habían usado otros. Supongo que era una forma de ir metiendo al prisionero en la rutina siniestra y pesada del campo de concentración: uno se duchaba porque ellos lo decidían y no porque uno lo eligiera. Eran los dueños de la vida y la muerte: había que ducharse si lo ordenaban, y no se podía beber agua para no morirse hasta que ellos quisieran. Les escuché decir que un secuestrado no podía siquiera suicidarse: ellos decidían cuándo debía morir. Al prohibirme tomar agua me hacían saber que eran los dueños del momento de mi muerte.

Antes de la segunda sesión de tortura me llevaron a una sala de interrogatorio que no era la misma donde habitualmente se torturaba. Era una habitación pequeña donde no estaba la "parrilla" o cama en que se acostaba al prisionero para atormentarlo. Allí me golpearon mucho con bastones de goma como los que usa la policía, hasta que terminé con todo el cuerpo —desde el cuello a la cintura— convertido en un solo moretón gigante. En cierto modo fue peor que la picana eléctrica: sentía que los golpes eran eternos y me preguntaba qué daños internos me estarían causando. Temí que terminaran matándome a golpes. La combinación de los golpes y el miedo fue en cierto modo peor que la picana misma. En base a mi experiencia personal y a lo escuchado de otras personas, el objetivo del tormento no es obtener la confesión de verdades absolutas, como si fueran imágenes en blanco y negro, sino más bien producir una infinita paleta de grises. El dolor es un elemento central en la tortura física y cuentan con un menú de métodos para producirlo: la aplicación de la picana eléctrica, los golpes en la planta de los pies o en los oídos, las quemaduras con cigarrillos, la asfixia con líquidos o bolsas de plástico, la extracción de uñas o dientes, la privación de sueño, alimentos y bebidas. A esto se le agrega, en el caso de los centros clandestinos de detención, que el prisionero está aislado, tirado sobre un

pedazo de goma espuma o directamente sobre el suelo, en un estado de confusión y alucinaciones causado por el uso de la venda o capucha que le hace perder todo referente espacio-temporal. Superpuesto a todo esto está, además, el abrumador tormento psicológico de escuchar permanentemente los gritos de los otros torturados, y no saber cuál es el destino final de uno.

Mientras me daban bastonazos me hacían preguntas pero, como no se conformaron con mis respuestas, en cierto momento alguien dijo "¡basta, a la parrilla!" y me llevaron al otro cuarto. Igual que el día anterior, me ataron a una superficie de metal que tenía una argolla en cada esquina. Con correas parecidas a las que se usan para las cortinas de enrollar me aseguraron las muñecas y los tobillos a las argollas. Previamente habían mojado la plancha de metal y me arrojaron más agua sobre el cuerpo antes de comenzar a darme electricidad con la picana. La picana es como una caja de la que sale un cable que se ata al dedo gordo del pie; el otro cable es la punta de la picana. El que va al dedo gordo es el de retorno de la corriente —sin este cable el que se pasa por el cuerpo no tendría efecto porque no se cierra el circuito eléctrico. Obviamente no la pude ver en esa ocasión pero con el tiempo llegué a ver muchas veces las picanas que usaban con los prisioneros.

En ese momento me ocurrió algo fundamental que me enseñó a manejarme con los torturadores a partir de entonces. Uno de los que me interrogaba era un miembro de la Policía Federal al que le decían Tosso, el único de mis tres torturadores cuyo nombre real no he podido averiguar hasta el día de hoy. Tosso era un sujeto de altura media, de unos 30 años, con pelo ondulado de color castaño claro. Siempre estaba prolijo y vestido de sport, como una persona de clase media de buen pasar. Cuando más tarde lo conocí un poco más comprobé que no era de mucho hablar y que, a diferencia de otros interrogadores, pocas veces contaba cosas personales. En general hablaba correctamente, como alguien educado, y cuando no estaba enojado su tono era tranquilo y suave. En cambio cuando perdía la paciencia gritaba y la voz se le afinaba. No recuerdo exactamente qué preguntas me hacía ese día pero eran muy generales; estaba como a la pesca de algo, no estaba muy seguro de en qué andaba yo. Cada shock eléctrico lo sentía como si fuera el último y no sabía si podría aguantar otro. Los golpes de corriente duraban diez o quince segundos, a lo sumo medio minuto, pero se hacían eternos. En ese momento el tiempo es elástico. El paso de la electricidad por el cuerpo hace que los músculos se contraigan; como uno está atado a las

argollas no puede contraerlos y eso lo hace muy doloroso. Pero más que el dolor físico, que es real y efectivo, está el sufrimiento psicológico de no saber qué le está pasando a uno en el cuerpo, el corazón o los otros órganos, y eso hace que la fantasía se dispare.

Yo estaba enloquecido tratando de hallar un respiro de diez segundos en medio de esa sensación de que me tironeaban, me desgarraban y me iba a morir. Era agotador y buscaba desesperadamente un mecanismo de escape, como hace todo torturado. El que sabe algo y no puede aguantar más confiesa cualquier cosa, un nombre, lo que sea, y el que no por lo general lo inventa. Yo traté de inventar un montón de cosas pero mi objetivo central era que pararan por un rato. Entonces hice, por instinto, algo que no fue consciente. Tosso me hizo cierta pregunta que ahora no recuerdo y le dije: "no te entiendo". Tosso me dio otro golpe de picana y me volvió a hacer la misma pregunta. Esta vez le contesté: "no, ya entendí la pregunta; es a vos al que no entiendo". Dejó de picanearme y pareció sorprendido, como si estuviera pensando "este tipo atado a la parrilla debe estar loco para ponerse a filosofar justo ahora". Cuando me preguntó "¿qué me querés decir?", pensé: "¡lo tengo!". "A vos no te entiendo" —repetí— "porque sos un militante como yo, aunque estemos en campos distintos. ¿No te das cuenta de que el tipo que te mandó a torturarme está sentado en un escritorio? El no está aquí torturando pero vos sí, y cuando esta guerra se termine a vos te van a patear". Por extraño que parezca, Tosso comenzó a discutir conmigo y a refutar lo que le había dicho, lo cual me dio el respiro que estaba buscando. Dejó de aplicarme la picana. Después concluyó: "puede ser que tengas razón, pero nosotros estamos organizados, y si eso que decís de que me van a patear llegara a pasar, al turro del escritorio lo vamos a agarrar y lo vamos a reventar también". "Entonces sos más boludo de lo que yo creía" —contesté— "porque en ese caso sos vos el que va a estar en la parrilla recibiendo picana". "¡Flaco de mierda!", me gritó Tosso. Después de darme un último golpe de electricidad, salió del cuarto. Quedé allí atado, tal vez media hora, hasta que llegó otro torturador y me soltó para llevarme a la leonera.

Ese incidente me sirvió para darme cuenta de que no estaba equivocado en algo que siempre había pensado: que los torturadores también son seres humanos. Con eso no justifico lo que hacen —un ser humano puede ser cualquier cosa, desde un santo hasta Hitler. Decir que son seres humanos no es un elogio sino, simplemente. constatar un hecho. Tener eso presente me permitió comprender mejor al torturador. Comprobé que Tosso no

era un monstruo invencible sino un tipo como yo, como cualquier otro, al que podía tratar de sorprender o confundir. Más adelante, cuando comenzaron a darme tareas en el campo, esta lección me sirvió en mi trato diario con los torturadores: pude manejarme con ellos de otra forma. Lo que me ocurrió me ayudó a desmitificar a esos individuos, que no eran monstruos invencibles de otro planeta. Ellos viven en una realidad en blanco y negro, tienen una visión maniquea del mundo, y si yo no los viera como seres humanos sino como seres de otro planeta o como bichos —tal vez invencibles, pero bichos al fin— ¿en qué me distinguiría de ellos? No estaba dispuesto a ir por ese camino. Mi lucha por conservar la identidad, que comenzó en los campos, sigue hoy. No pensar como ellos fue una parte fundamental de esa lucha: ellos podían verme como un objeto pero yo debía verlos como seres humanos.

A partir de entonces me sentí más seguro de dónde estaba parado yo y dónde ellos. Sabía que eran más fuertes y me podían matar, pero comencé a sentir que tenía algún control y podía manejarme con ellos, que ya no estaba completamente a su disposición. Alguna vez leí un libro cuyo título y autor no recuerdo, pero del que me quedó una imagen en la tapa que mostraba la puerta de una celda con una pequeña mirilla, y del lado de adentro la inscripción: "la libertad está de este lado". No sé si realmente leí ese libro o me lo imaginé —lo he buscado por todas partes y no lo he podido encontrar— pero esa imagen de la tapa no me abandona. Así fue cómo me sentí a partir del incidente con Tosso: me controlaban pero una parte de mí seguía libre. En las semanas siguientes Tosso volvió a hablarme varias veces pero jamás tocó el tema de aquel breve intercambio que, con el tiempo, se fue haciendo cada vez más importante en mis reflexiones. Con Tosso llegué incluso a hablar de política, aunque lógicamente evité recordarle aquella pequeñísima discusión. Igual que con todo torturador, debía andar con pies de plomo, decirle ciertas cosas y guardarme otras. Aunque estuvo poco tiempo en el campo y mi relación con él no duró mucho, con Tosso aprendí a caminar sobre el filo de la navaja. El azar es parte de la supervivencia; la otra es cómo se aprovecha o no ese azar. La decisión de aprovecharlo tiene que ver no sólo con las ideas sino también con la actitud personal y la historia de vida de cada uno. El intercambio con Tosso durante la tortura —que me permitió ganar tiempo e hizo que dejara de darme picana— tiene que ver con lo que pensaba en aquel momento pero también con mi historia. Esa idea mía de que los torturadores son seres humanos era

una discusión que antes había sostenido con mis propios compañeros de militancia. Ver a Tosso como un ser humano me permitió encararlo como tal y sorprenderlo con mis palabras, igual que me hubiera sorprendido yo en su lugar.

Mis otros dos torturadores fueron un subcomisario de la Policía Federal, Luis Rinaldi, apodado la Pepona o Cara de Goma, y Oscar Augusto Rolón, auxiliar segundo de la Policía Federal a quien llamaban Soler. A Rinaldi le decían Cara de Goma por su cara cuadrada, de rasgos toscos, que parecía hecha a golpes: la nariz un poco torcida y ancha como de boxeador, y la pera partida al medio. Tenía el cabello corto y ondulado de color castaño oscuro y parecía una persona de clase media baja, una especie de carnicero rústico o compadrito del barrio de Mataderos. Hablaba con tono duro de patotero y le gustaba hacerse el malo. Era un individuo difícil de tratar y cuando quería hacerse el bueno no le salía bien porque se le notaba el desprecio que sentía por los prisioneros. El fue quien, durante mi secuestro, sacó el arma por la ventana amenazando a los otros conductores. En cuanto a Soler, parecía un nene bien de San Isidro, un pituco al estilo de Isidoro Cañones —aquel personaje de la historieta de Patoruzú con el cabello tirando a largo y siempre bien peinado con fijador. Le gustaba andar de saco azul y pantalón gris, a veces con una corbata o una camiseta elegante de marca Lacoste, como esos tipos de clase media alta que juegan al rugby. Se jactaba de ser duro en la tortura y se hacía el importante, pavoneándose y alardeando de que los jefes del campo lo escuchaban y apreciaban sus opiniones como experto en inteligencia. Si bien era muy autoritario con los detenidos, conmigo se las tiraba de amigote y se hacía pasar por mi protector diciéndome: “si tenés problemas con alguien avisame”. Igual era capaz de amenazarme con la parrilla en cualquier momento.

Cuando se cerró el Club Atlético y a algunos de nosotros nos llevaron a otro destino, la Pepona y Soler continuaron integrando el equipo de interrogadores. Con ellos, igual que con Tosso, fui desarrollando una relación propia de las que nacían a veces entre prisioneros y torturadores. Ellos me decían Tito, mi nombre de guerra en la militancia, y yo me dirigía a ellos por sus apodos. Las relaciones en el campo variaban mucho, pero era común que los victimarios hablaran con sus víctimas. Es difícil definir qué había en común entre todas esas relaciones; mi trato con Soler no era igual al que tenía con la Pepona, cada caso dependía de la personalidad del prisionero tanto como la del interrogador. A la vez, esas relaciones formaban parte del proceso de tortura y destrucción de la identidad en el

campo. En ese sentido, hay una diferencia fundamental entre las cárceles comunes y los sitios secretos de detención donde yo estuve. En las cárceles legales por lo general hay una clara demarcación entre el territorio de los presos y el espacio de los guardias: éstos raramente entran en los pabellones donde viven aquéllos. En los campos clandestinos, por el contrario, esa frontera no existe. Es claro que hay límites que el prisionero no puede trasponer porque está encerrado, pero los guardias conviven con él, están siempre adentro del campo y comparten un mismo espacio. Eso se convierte en un mecanismo de control y a la vez de tortura ya que las víctimas no tienen intimidad en ningún momento. En una cárcel pueden formarse grupos dentro de los que se desarrolla cierta complicidad y confianza (y hasta formación política), algo que es imposible en los campos. En la vida diaria de los campos los guardias se comportan con los prisioneros como si fueran insectos a los que pueden aplastar, pero también pueden, de a ratos, tratar a los que someten a trabajo esclavo como si fueran compañeros: juegan con ellos al truco, les cuentan cosas de su vida, cantan y tocan la guitarra con ellos.

Esas extrañas relaciones pueden desarrollarse en mucho tiempo o en cuestión de días. A mí no me volvieron a llevar a la "parrilla" después de la conversación con Tosso, si bien los golpes y maltratos continuaron como parte de la vida cotidiana. Sin embargo, las mismas personas que me torturaron y podían todavía verduguearme en cualquier momento empezaron a relacionarse conmigo a partir de situaciones inesperadas. Pocos días después de la última sesión de picana, cuando ya me habían pasado de la leonera a una celda individual, llegó Ricardo Taddei, un interrogador a quien le decían el Padre, y me trajo una barra de confitura de manteca de maní, el Mantecol. Uno o dos días antes, en alguna conversación, yo había dicho que me gustaba ese dulce. El Padre abrió la puerta de la celda y me dijo: "tomá, flaco ¿vos no dijiste que te gustaba el Mantecol?" El Padre, uno de los peores interrogadores del Club Atlético, no me había torturado. Cada prisionero tenía especialistas asignados a su caso —los míos eran Tosso, Soler y la Pepona. En esas relaciones que se desarrollaban entre secuestrados y secuestradores era común que ellos tomaran bajo su protección, por decirlo de alguna manera, a uno o más prisioneros a su cargo. El Padre no estaba asignado a mi caso y apenas me conocía, por lo que me sorprendió el obsequio. Sólo atiné a decirle "gracias, sos un amigo". Claro está que no lo sentía como un amigo ni mucho menos —ni a él ni a ninguno de los otros— pero como

prisionero me convenía hacerle el cuento de que le estaba agradecido. Todo era una obra de teatro, y si él actuaba yo también lo hacía.

Sobreviví a las sesiones de tortura y a aquella extraña discusión con Tosso porque no estaban muy seguros de quién era yo y qué grado de militancia tenía. Sin apartarme demasiado de la realidad les di nombres de gente que estaba muerta o desaparecida, y ellos creyeron o simularon creer que yo no sabía el destino real de esos compañeros. Sabían que había estado involucrado en Radio Liberación, un proyecto de la organización Montoneros para fabricar aparatos que podían interferir emisiones de televisión y transmitir breves proclamas contra el gobierno. Paradójicamente, eso tal vez terminó salvándome la vida. Les reveló que yo tenía conocimientos avanzados de electrónica, conocimientos que luego aprovecharían poniéndome a reparar aparatos. Pero desconocían muchas otras cosas. Habían llegado a mi casa de una manera algo fortuita gracias al método de secuestrar y torturar indiscriminadamente para obtener nombres y direcciones de militantes. La novia de mi compañero de vivienda había sido capturada poco antes y en la tortura había revelado nuestra dirección. Como él estaba en el exterior se salvó, pero por ese dato llegaron a mí.

De la leonera me pasaron a una celda donde estuve algunos días con un muchacho cuyo nombre no recuerdo, tal vez militante en la zona de Morón; me contó que lo habían secuestrado en esa localidad o por Ramos Mejía. Después lo cambiaron de celda y creo que lo mataron en uno de los "traslados" antes de cerrar el campo. Compartí la celda con otra gente pero cuando se llevaron a ese muchacho estuve varios días solo. Dentro de la celda continuaba vendado y a veces encadenado a la argolla en la pared. Solo me sacaban para ir al baño, para lo cual soltaban la cadena de la argolla y me la sujetaban al otro tobillo a modo de grillo. Las idas al baño por lo general eran colectivas: abrían todas las celdas alineadas a lo largo del estrecho pasillo y nos ordenaban que saliéramos. Una vez afuera, siempre vendados, nos hacían poner la mano en el hombro del compañero que teníamos a la derecha y se armaba un trencito de personas que se dirigía al baño. El primer prisionero de la fila se tomaba de la mano de un guardia u otro prisionero integrante del "Consejo" (el grupo de secuestrados que trabajaba en la limpieza y mantenimiento del campo), y el trencito marchaba por el pasillo con un sonoro ruido de cadenas arrastrándose por el piso. Ese ruido lo tengo grabado indeleblemente en la memoria. Muchas veces el trencito debía pasar entre guardias que se divertían golpeándonos con las porras, escupiéndonos o

atravesando un pie para hacernos caer en medio de risotadas e insultos. A veces un prisionero no aguantaba y se ponía a llorar o rogaba que no le pegaran más. Entonces era peor porque lo sacaban de la fila y lo molían a golpes. Así de ida y vuelta una o dos veces por día, o a veces ninguna, porque podían dejarnos varios días sin ir al baño. En esos casos había que aguantarse con el papagayo que teníamos en la celda, donde podíamos solamente orinar.

Los candados que nos ponían eran de aquellos comunes de color amarillo que se compran en cualquier ferretería, con un número marcado en el metal con un martillo y un cuño. Ciento cincuenta personas cautivas representaban trescientos candados, ya que usaban dos por prisionero. Es decir que había trescientos números, y el método más fácil era que cada prisionero memorizara los suyos; de otro modo, la guardia que abría los candados para llevar los secuestrados al baño no podía identificar la llave. Era un sistema complicado por el gran número de candados. En alguna ocasión pude ver un panel de madera en la pared con cientos de llaves colgando. Cuando a alguien le cambiaban los candados le tocaba memorizar los nuevos números so pena de quedarse sin ir al baño si no podían abrir los grillos. Si un prisionero se olvidaba su número y no podían encontrar la llave, eventualmente había que romper el candado y de paso le rompían la cabeza al pobre infeliz por desmemoriado. Los pies terminaban hinchados y los tobillos lastimados por el peso de las cadenas y candados que arrastrábamos. En el Club Atlético los tuve puestos todo el tiempo. Recién en el Banco, cuando pasé a formar parte del Consejo, comenzaron a quitármelos para trabajar, aunque también hubo épocas en que hasta eso lo hacíamos con los grillos puestos. El ruido de las cadenas arrastrándose es uno de los que más perduran en mi memoria después de tantos años y todavía me resulta repugnante. También me resisto a usar esos antifaces que dan en los aviones para dormir durante los largos viajes internacionales.

Un día se descompuso la bomba que desagotaba las letrinas. Los baños tenían letrinas o baños turcos, simples agujeros en el piso que había que usar colocándose en cuclillas; un par de caños precarios que salían de la pared servían de duchas. Las letrinas desembocaban en un pozo séptico que tenía que vaciarse periódicamente con una bomba extractora, porque estábamos en el sótano del edificio. Cuando se rompió la bomba no pudimos seguir usando las letrinas y dejaron de llevarnos al baño, por lo que a los tres o

cuatro días comenzamos a hacer nuestras necesidades dentro de las celdas. El sótano empezó a apestar y estábamos desesperados. Al fin, cuando distribuían la comida, me atreví a decirle a uno de los prisioneros del Consejo que yo podía arreglarla. Los guardias decidieron hacer la prueba y me llevaron a un cuartito donde estaba la bomba junto a una cantidad de objetos robados de las casas de los secuestrados. Al revisarla descubrí que no le llegaba la corriente eléctrica y supuse que el problema estaba en otra parte. Para comprobarlo pedí que me trajeran un portalámparas y una bombita de luz con los que hice una prueba de paso de corriente. Me ofrecí para arreglar la bomba porque estábamos desesperados por el olor y la imposibilidad de usar el baño. No podía saber, en ese instante, que mi función de arreglador de todo tipo de cosas estaba comenzando. Y que eso me salvaría la vida.

Me subieron a la planta baja del edificio al nivel de la calle, donde estaba el tablero eléctrico central, por la misma escalera por la que había bajado al centro clandestino semanas antes. Ya estaba ducho en espiar por debajo de la venda y pude ver la casilla de guardia que custodiaba la entrada al sótano. Por los tabiques de metal y vidrio pude ver un retrato de Hitler colgando de la pared. Fue la primera impresión gráfica que tuve de las simpatías nazis de mis secuestradores, que ya había podido deducir por algunos de sus comentarios. Luego, al tomar por un pasillo que llevaba hacia el cuartito donde estaba el tablero eléctrico, pasé frente a una puerta abierta que daba a un gran salón; en una pared alcancé a ver un gran retrato del comisario Villar, el jefe de policía que había volado por los aires junto con su esposa cuando los Montoneros colocaron una bomba bajo su yate de paseo. Era imposible no reconocerlo: su foto había salido en todos los diarios después del atentado y era famoso por su celo represivo. Eso terminó de confirmarme que quienes me tenían secuestrado eran de la Policía Federal.

La bomba del sótano tenía un motor monofásico alimentado por una de las fases de la corriente trifásica que entregaba la compañía de electricidad, y esa fase estaba faltando en la alimentación que provenía de afuera. La única manera de hacerle llegar corriente sin hacer huecos en las paredes era tender un cable largo desde otra fase del tablero hasta el sótano, cosa que les expliqué a los guardias y me permitieron hacer. Fue así que volvió a funcionar la bomba con lo que, además de solucionarles a los secuestradores un problema, resolví la situación insoportable de unos ciento cincuenta cautivos desesperados por el olor

a orina y excrementos. Aunque era evidente que podía serles útil, no era consciente todavía de que estaba dando el primer paso hacia mi supervivencia: ese proceso se fue dando solo y sin pensarlo.

El segundo incidente fue la traducción de un manual para uno de los represores. Los miembros de los grupos de tareas acostumbraban robar todo tipo de objetos durante los allanamientos, y uno de los integrantes del Club Atlético se había traído un centro musical de la casa de alguna víctima. Se trataba de uno de aquellos equipos integrados, de origen japonés, que incluían una radio, un grabador y un tocadiscos. Los dueños originales seguramente no habían llegado a usarlo porque venía completo en su caja y traía todos los manuales de instrucción de uso. Los manuales estaban en inglés, idioma que el guardia no entendía, y cuando preguntó entre los prisioneros quién lo hablaba salté: "¡yo!" Mi único objetivo era que me sacaran por un rato de la celda y supuse que el guardia tendría que llevarme a algún lugar con luz donde pudiera trabajar con un papel y un lápiz. Y así fue: me sacó de la celda, me encerró en un "quirófano" (una de las salas de tortura que no estaba en uso en ese momento) y me dio una máquina de escribir que colocó directamente sobre la parrilla en que ataban a los prisioneros para darles picana. Usándola como mesa de trabajo, en el mismo cuarto donde tal vez el día anterior habían torturado a alguien, traduje al castellano los manuales de instrucción.

Aquella fue la segunda señal de que podía haber una manera de durar vivo un día más: mis conocimientos de electrónica y de inglés técnico. Cuando comencé a llevar a cabo esas tareas, no me preguntaba si con eso estaba colaborando y contribuyendo al funcionamiento del campo: arreglar la bomba fue simplemente una manera de poder usar el baño; traducir el manual fue una excusa para salir un rato de la asfixia de la celda. Recién cuando llegué a la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada) mucho tiempo después, pensé que gracias a esas tareas quizás saldría con vida del campo. Durante el primer año y medio consideré que mi trabajo era una manera de seguir con vida hasta el día siguiente. Esa problemática de la colaboración y de sus límites se me fue planteando más adelante, con otros pedidos. Es claro que contribuir a las tareas de inteligencia del enemigo, participar en los interrogatorios de otros prisioneros o incluso ayudar en la tortura constituyen grados extremos de colaboración; hubo gente que lo hizo y hasta llegó a

torturar a sus propios compañeros. Pero también se colabora cuando se ayuda en la limpieza del campo o se distribuye la comida: todos son grados de colaboración.

Yo no estaba dispuesto a colaborar en nada que condujera a la muerte o el secuestro de alguien, pero el solo hecho de estar vivo les servía, por lo tanto constituía un tipo de colaboración. Cuando un secuestrado llega a un centro clandestino y ve que hay otros prisioneros vivos puede pensar: "ése está vivo, quizás si me porto bien yo también puedo salvarme". Eso ayuda a los torturadores, porque el prisionero se siente motivado a colaborar o por lo menos a "portarse bien". Cuando un detenido ayuda a torturar a sus propios compañeros, este grado máximo de colaboración es muy eficaz en varios sentidos: no es igual de impactante ser torturado por Tosso o Soler que ser torturado por alguien que fue un compañero. En ese caso el suplicio no es solamente para el que está siendo torturado sino también para el ex compañero que ayuda a torturar. Por más que el colaborador se haya dado vuelta y crea estar convencido de lo que hace, en el fondo tiene que ser una tortura también para él. ¿Acaso no se está torturando a sí mismo?

Hubo distintos niveles de colaboración y cada secuestrado debió decidir hasta dónde llegar. Hubo quienes colaboraron en grado extremo pensando que con eso salvaban la vida; sin embargo muchos de ellos desaparecieron y hoy están muertos. Para mí el límite era no afectar a otros. Cuando arreglaba la bomba o traducía el manual lograba salir por un rato de la celda y me sentía por un instante como un ser humano de nuevo. Traduje el manual de instrucciones en un quirófano y con una parrilla de tortura sirviendo de mesa; al menos no estaba vendado en una celda oscura e inmunda y eso ya era un alivio inmenso. Unos meses después, cuando arreglé una radio a transistores en el Banco, le hice un favor a un guardia hijo de puta, pero era como cuando a uno lo para un policía en la calle y uno trata de caerle simpático para que no lo moleste. Cuando me empezaron a traer cosas mayores para arreglar traté de dilucidar si con eso perjudicaba a los compañeros. Más adelante me instalaron un pequeño taller para hacer reparaciones cada vez más complejas y me convertí en un privilegiado dentro del campo. Soy consciente de que ese privilegio constituía un tipo de colaboración: los compañeros podían ver mi situación como un incentivo para tratar de mantenerse ellos también con vida, algo que ayudaba a los torturadores a controlar el campo y por lo tanto perjudicaba indirectamente a los prisioneros. Sin embargo, mi mandato era tratar de mantenerme con vida para contar la

historia. Con eso no sólo me beneficiaría yo sino también todos los que no tuvieran la misma suerte.

Siempre he sido muy racional y reflexivo sobre lo que me ocurre. En los campos me preguntaba mucho por qué me pasaba lo que me estaba pasando. ¿Por qué me secuestraron? ¿Por qué este señor me tortura? Era una forma de manejar la situación. Lo que me llevó bastante tiempo entender fue que periódicamente "trasladaran" a grupos de personas que estaban conmigo en el chupadero. Me parecía muy sospechoso eso que los interrogadores llamaban "traslado", pero cuando me atrevía a preguntar sobre el destino de un "trasladado" me decían que se había ido en libertad, a un penal o a lo que ellos denominaban una "granja de recuperación". Decían que había granjas de recuperación en el sur donde no se torturaba más, se trataba bien a los detenidos y se los recuperaba socialmente a través del trabajo. Esto lo escuché prácticamente en todos los campos en que estuve. Cuando se producía un traslado se percibía algo especial en el ambiente: de pronto se sentía un silencio diferente al habitual. En el campo siempre había períodos prolongados de silencio porque los prisioneros no hablaban y los guardias se desplazaban en zapatillas para acercarse a las mirillas de las celdas sin ser percibidos. Salvo los gritos de los torturados cuando había una sesión de interrogatorio, o los ruidos de puertas que se abrían y cerraban, por lo general no había sonidos discernibles. Cuando se estaba por producir un traslado, en cambio, el silencio y la quietud eran especiales. Se detenían las otras actividades del campo y no se torturaba. Se abrían las puertas de las celdas y se hacía formar a los seleccionados en el pasillo como si se los fuera a llevar al baño. Se les decía que se quitaran la ropa y se quedaran en ropa interior porque donde se dirigían les iban a dar prendas nuevas. Para cualquier prisionero eso podía sonar razonable: la mayoría estaba con la ropa que llevaba puesta al momento del secuestro, mugrienta y rotosa después de días o semanas en esas condiciones, o simplemente con prendas de cualquier medida y condición provenientes de una enorme pila de ropa perteneciente a los que habían sido trasladados antes.

A mí me parecía raro que los llevaran a una granja de recuperación; no me resultaba lógico que las mismas personas que hacían las atrocidades que veíamos todos los días estuvieran dispuestas a perdonarnos la vida. En el corto tiempo que estuve en el Club Atlético fui testigo de sólo uno o dos traslados, por lo que recién más tarde entendí

cabalmente esa mecánica. No tenía prueba fehaciente de que se practicara un exterminio, pero cuando me mudaron al Banco, después de un traslado masivo que incluyó a la mayoría de los detenidos en el Club Atlético, noté que el grupo que llegó era mucho más reducido que el que salió. Además, constantemente entraba gente nueva, como lo demostraba la conmoción de gritos, golpes e insultos que se escuchaba cada vez que se iniciaba la tortura de un recién llegado. La lógica me indicaba que si había un número limitado de celdas era necesario que se vaciaran periódicamente para acomodar a los nuevos. Cuando llegamos al Banco, por ejemplo, había una cantidad de celdas vacías; al poco tiempo ya estaban todas ocupadas.

En su testimonio ante la justicia, Tito Ramírez contó que desde la enfermería del Banco donde estaba internado pudo ver filas de trasladados a los que al parecer les hacían firmar papeles frente a un escritorio. El promedio de vida de los prisioneros era muy corto debido a que los trasladaban apenas los represores consideraban que no podían extraerles más información. Eso también incluía a los miembros del Consejo, ya que la mayoría hacía trabajos que cualquiera podía llevar a cabo. Calculo que los traslados se hacían una vez cada quince días o a lo sumo una vez al mes, cuando la capacidad del campo se colmaba. No tenía forma de comprobarlo porque no tenía una noción precisa de cuánta gente ocupaba el Club Atlético antes de la mudanza al Banco, pero todo indicaba que el número se había reducido sustancialmente y que había comenzado a aumentar otra vez en el nuevo destino. Otra señal fue que, tras el primer traslado del que fui testigo al poco tiempo de mi llegada al Club Atlético, pude comprobar que se habían llevado a todos los integrantes del Consejo con la excepción de dos. Me lo dijeron los prisioneros del Consejo que se salvaron, mientras me pasaban la comida: “se los llevaron a todos y quedamos solamente nosotros dos”. En los traslados siempre se iba alguno del Consejo. Quizás yo mismo estuve a punto de ser trasladado y me salvé porque alguien intercedió por mí debido a que le estaba reparando un objeto personal.

En el Banco confirmé mis sospechas: los traslados a supuestas granjas de recuperación ocultaban algo mucho más siniestro. Fue cuando Estela (Teresa Pereyra), una prisionera que trabajaba de enfermera, me contó que había recibido la orden de darle inyecciones a un grupo numeroso de personas. Les habían dicho que las vacunaban contra enfermedades porque se iban a una granja del sur. Años más tarde, durante los juicios de la

CONADEP (Comisión Nacional Sobre la Desaparición de Personas), conocí el testimonio del gendarme Omar Torres: declaró haber llevado a un grupo de personas en un camión al aeropuerto de Don Torcuato, previa administración de inyecciones. El suboficial contó que durante la época en que prestaba servicio en Campo de Mayo, dependiente del Primer Cuerpo de Ejército, fue asignado a una "misión especial" para la cual debió adoptar un apodo y dejarse crecer la barba y el pelo. En julio de 1978 fue enviado al centro clandestino conocido como el Olimpo, donde participó en la seguridad interna del campo. En su declaración el gendarme recuerda: "Los presos eran conducidos a la Base Aérea El Palomar, adonde llegaban otros camiones con detenidos, y todos eran subidos a aviones. Por lo que comentaban, luego los arrojaban al mar". En una ocasión incluso regresó con el camión y cuando llegó al campo encontró que el interior del vehículo estaba todo salpicado de vómito. Ese testimonio coincidía por completo y confirmaba lo que me había contado uno de los miembros del Consejo que trabajaba en el sector de mecánica del Olimpo reparando vehículos: lo habían llevado a limpiar un camión después de un traslado de prisioneros y le había tocado lavar restos de vómitos desparramados por todas partes. Esta metodología se asoció con la ESMA a partir de la confesión del capitán Scilingo, en el libro de Horacio Verbitsky *El vuelo*. Por los relatos que escuché de boca de los compañeros en el Banco y el Olimpo (que dependían del Primer Cuerpo de Ejército), se puede concluir que fue un método de exterminio generalizado.

En el Club Atlético los miembros del Consejo pasaban buena parte del día fuera de sus celdas limpiando, distribuyendo comida, llevando detenidos al baño y haciendo tareas de mantenimiento, casi siempre con los grillos envueltos en trapos para no lastimarse los tobillos. El número de integrantes del Consejo era variable y podía fluctuar entre cinco y quince personas según las características del campo y las necesidades del momento. Cuando pasé a formar parte del Consejo, por ejemplo, llegué a tener dos o tres personas trabajando conmigo en el taller de electrónica que me instalaron. Con el pretexto de que no daba abasto ante tantos pedidos de reparaciones que me encargaban, me las ingenié para hacer creer a los guardias que necesitaba ayuda extra. Como otra de mis tareas era ayudar en la distribución de la comida, aprovechaba para preguntarles a los compañeros encerrados en las celdas si tenían conocimientos de mecánica o de electrónica que me sirvieran para justificar un pedido de pase a mi taller. El primer compañero a quien logré

sacar de su celda fue un muchacho a quien llamaban Pacho. Después de él, habrán sido entre doce y quince los que en distintas ocasiones se sumaron al taller. Me bastaba con que dijeran que sabían soldar, o incluso que podían aprender a soldar, para que me atreviera a pedirlos a la guardia como ayudantes. Antes de hacerlo les preguntaba si querían trabajar conmigo y hubo quienes prefirieron no hacerlo. Yo debía respetar su decisión.

Ese fue el caso de Jorge Gorfinkiel, un físico que militaba conmigo y había caído por un error que cometimos. Estando en el Banco me dijo que no le parecía buena idea formar parte del Consejo: "gracias, flaco, pero si trabajo con vos en el taller voy a ver caras y escuchar cosas, y entonces me voy a quedar pegado y no me largan más… yo quiero que me trasladen porque quiero volver a ver a mi familia". El confiaba en el traslado. Yo, que para entonces ya no creía que eso significara salvarse, intenté disuadirlo. Le expliqué que no me parecía factible que a la gente le perdonaran la vida después de las cosas que les habíamos visto hacer. "No, flaco, ¡no pueden ser tan hijos de puta!", me respondió Gorfinkiel. "Está bien," —le dije— "si no querés no te pido, tal vez vos tenés razón y yo soy el equivocado". No insistí más y ahí terminó el tema. Lo triste es que este compañero se negó a trabajar no porque lo considerara una forma de colaboración y estuviera dispuesto a dar la vida por su convicción, sino al contrario porque calculó erróneamente que no trabajar le permitiría vivir. Cuando yo pedía a alguien para el taller mi intención era darle una oportunidad de pasar mejor los días que le tocaban vivir en el campo, fueran pocos o muchos. Era la posibilidad de pasar un rato fuera de la celda; jamás pensé que de esa manera le estuviera ofreciendo una salvación a nadie, ya que yo mismo no tenía la certeza de sobrevivir por el hecho de estar trabajando. Mi único poder de decisión era pedirlos: aceptar o no era una decisión de ellos. Yo aprovechaba cuando un guardia me encargaba un trabajo para decirle que no daba abasto, y a partir de allí era una cuestión de muñeca convencerlo de que me permitiese buscar ayuda. El resto no dependía de mí.

Jorge Gorfinkiel era un entrañable amigo de unos 35 años que provenía de la Juventud Peronista. Era físico y trabajaba en el área reactores nucleares de la Comisión Nacional de Energía Atómica. Muy querido por todos, tenía anteojos gruesos, cabello castaño crespo y unas entradas que anunciaban la próxima calvicie. Era muy idealista y un poco impráctico: el estereotipo del científico. Vivía en un edificio monoblock al costado de la autopista Panamericana y era conocido en el barrio como una persona solidaria, aunque

no era allí donde desarrollaba su militancia. Años después hablé primero con su hermana y luego con su esposa, y les conté lo que le había sucedido. A la hermana la conocí cuando fui a prestar declaración en la CONADEP con motivo de los primeros juicios por violaciones a los derechos humanos en 1985. Ella buscaba información sobre Gorfinkiel y vino a verme porque alguien le comentó que yo había mencionado el nombre de su hermano. Fue un encuentro muy difícil para ambos porque le conté el incidente en que Gorfinkiel optó por no trabajar en el taller y todo lo que yo sabía sobre el motivo de su captura.

El tenía una cita conmigo al día siguiente de mi secuestro y yo traía una agenda en la que había anotado la cita en clave sin su nombre. Como parte de nuestra militancia teníamos instrucciones de dejarnos mensajes en lo que llamábamos una "posta telefónica", uno de aquellos servicios que abundaban en los años en que mucha gente no tenía teléfono propio. Se contrataba el servicio con la excusa de que uno era viajante de comercio o algo por el estilo, y se dejaban mensajes aparentemente inocentes como un pedido de mercadería o instrucciones para una venta que el empleado del servicio telefónico no podía entender pero el compañero sí. Poco antes habíamos comenzado a sospechar que la posta telefónica que usábamos estaba "pinchada", es decir, intervenida por los servicios de inteligencia. Al no estar seguros decidimos contratar otro servicio donde dejar los mensajes de importancia, reservando el teléfono pinchado exclusivamente para advertencias de emergencia. En otras palabras, un mensaje en la posta sospechosa debía interpretarse como una advertencia de que el compañero que llamaba estaba secuestrado y no había que responder a la cita.

Cuando me secuestraron, los interrogadores cayeron en cuenta de que la anotación en mi agenda representaba una cita y comenzaron a apretarme para que llamara a la posta y concertara un nuevo encuentro. Como no sabían que habíamos decidido usar la posta pinchada solamente para transmitir señales de alarma, decidí simular que les obedecía, convencido de que si un compañero escuchaba el mensaje interpretaría que yo estaba secuestrado. Mi intención era dejar un mensaje para encontrarnos tal día y a tal hora en la Academia Oscar, una escuela de manejo de automóviles que había por Parque Centenario. Oscar era el nombre de guerra de un compañero nuestro desaparecido hacía poco tiempo y eso reforzaría el mensaje en clave que estaba tratando de enviar. Los interrogadores se

olieron algo y no me permitieron mencionar la Academia Oscar en el mensaje: me obligaron en cambio a dejar la misma dirección de la cita anterior. Igual pensé que quien recibiera el mensaje no acudiría a la cita porque se trataba del teléfono pinchado que habíamos acordado usar para señales de alarma. Gorfinkiel escuchó el mensaje y a pesar de todo decidió acudir al encuentro. Allí fue secuestrado.

Me llevaron en un auto a la intersección de las calles Larrea y Córdoba donde se produciría la cita. Yo iba muy preocupado por lo que me harían cuando descubrieran que nadie acudía al encuentro. Al ver que Gorfinkiel venía por la calle no lo pude creer. Cuando se le tiraron encima y lo metieron a empujones en un auto me puse a llorar y traté de correr hacia él pero el que me tenía sujeto del brazo me lo impidió. Yo seguía llorando y el tipo simulaba consolarme: "mirá flaco, es lo mejor que le podía haber pasado, si seguía en la calle lo terminaban matando". A Gorfinkiel se lo llevaron al Club Atlético y más tarde al Banco. Allí me hablaba mucho de su esposa e hijos diciéndome que los extrañaba y quería verlos. No era una persona proclive a hacer escenas; pasaba mucho tiempo pensativo en la celda. Un día que yo repartía la comida pudimos hablar brevemente. Gorfinkiel se puso a llorar y me pidió disculpas. También llorando le dije: "soy yo el que te tiene que pedir disculpas, vos caíste por mi culpa". Le pregunté entonces por qué había acudido a la cita sabiendo que el mensaje estaba en la posta telefónica pinchada, y me contestó: "es que pensé que si no, no te iba a ver nunca más".

He pensado mucho en aquellas palabras y en su significado profundo. Cuando a uno lo secuestran se siente extrañamente un alivio, una sensación de que por fin se terminó todo: ya basta de estar ocultándose y esperando lo peor. Supongo que, de alguna forma, ese mecanismo funcionó en Gorfinkiel, a quien no volví a ver después de que se lo llevaron en el último traslado que se produjo en el Banco. Pero eso no impidió el remordimiento insoportable que sentí, repitiéndome una y otra vez que si no fuera por mí hoy Jorge estaría vivo. Fue muy duro contarle todo esto a su hermana en 1985. Cuando le dije que esperaba que hubiera un castigo para quienes lo habían secuestrado, casi me gritó: "¡ustedes son todos iguales!" Y agregó: "¿vos sabés las que yo pasé porque mi hermano desapareció?" Me largué a llorar y salí con las piernas temblando. Creo que en realidad no estaba enojada conmigo sino con su hermano, no por lo que le pasó a él sino por lo que le tocó vivir a ella. Con la esposa de Gorfinkiel, en cambio, tuve una experiencia diferente. El fiscal Strassera

la había llamado como testigo en el juicio contra las Juntas en el cual yo también testifiqué, y pudimos charlar un rato antes de entrar a la sala. La esposa quería saber de él, qué pensaba en el campo, cómo fueron sus últimos días. Ella también estaba testimoniando en el juicio y el hecho de que no me cuestionara sino que más bien deseara comprender qué había pasado me ayudó a dar mi propio testimonio. Sentí que se compadecía de mí. Me hubiera destrozado tener un encuentro semejante al que había tenido con la hermana: habría testimoniado exactamente lo mismo pero lo habría hecho en muy mal estado de ánimo.

En el Club Atlético no formé parte del Consejo y permanecí encerrado en la celda la mayor parte del tiempo. Poco a poco fui poniéndome ducho en mirar por debajo del tabique y agudicé el sentido del oído, hasta formarme una idea del lugar en que estábamos. Aprendí a reconocer los movimientos del campo por los sonidos. Incluso diferenciaba los ruidos de los guardias que nos cuidaban de los que hacían los interrogadores cuando venían a hablar con algún prisionero a su cargo. Además tuve la suerte de que me tocara la primera celda, con una ventanita en lo alto que daba a una habitación grande, más o menos cuadrada, que hacía ángulo recto con el pasillo donde estábamos los prisioneros. En esa habitación desembocaba la escalera por la que me habían bajado al sótano el primer día. Al comienzo yo no entendía qué pasaba: desde mi celda escuchaba un sonido insólito —pin-pin-pin— como el de una pelotita que iba y venía. En mi celda había dos camastros, uno encima del otro, y cuando con el paso de los días adquirí cierta confianza, me atreví a subirme y miré por la ventanita. Me levanté el tabique y pude ver una mesa de ping pong verde con los bordes blancos y una red reglamentaria, lo cual explicaba el intrigante pin-pin-pin y las conversaciones animadas y exclamaciones del tipo "¡pegó en la red!" que venía escuchando. Los guardias mataban el tiempo jugando y cuando les faltaba un jugador para completar los equipos traían un prisionero del Consejo para terminar de armar las parejas. A partir de allí me entretuve mirándolos jugar por la ventanita, lo cual me daba el doble placer de matar el tiempo y de contradecir la prohibición que teníamos de levantarnos el tabique.

Tanto los guardias como los interrogadores que vi estaban siempre con ropa de civil y se hacían llamar con nombres de guerra. Por supuesto no sabíamos su nombre real, pero con el tiempo aprendimos sus apodos, ya fuera porque nos los decían o porque un integrante del Consejo nos los revelaba mientras repartía la comida. Uno que se hacía

llamar Poca Vida durante sus guardias acostumbraba sacar al pasillo a dos prisioneros, casi siempre un hombre y una mujer, para que cantaran y tocaran la guitarra. Eso ocurría por lo general de noche cuando Poca Vida estaba aburrido, y a veces él mismo los acompañaba: era pésimo cantante pero sabía algo de guitarra. Ocasionalmente recorría el pasillo preguntando "¿quién se anima a cantar?" y sacaba al pasillo a uno. Aunque a veces se ensañaba con algún prisionero que le caía mal y lo trataba duramente, esperábamos con ansiedad sus guardias: por lo menos esas noches nos entreteníamos con la música. Con gente en el pasillo cantando y tocando una zamba o una chacarera teníamos unas horas de paraíso: la fantasía nos llevaba momentáneamente a nuestras casas y nuestras familias. Era todo lo que necesitábamos para que se nos dispararan el recuerdo y la ilusión.

La comida en el Club Atlético era siempre la misma. Muchas veces consistía en una olla de fideos hervidos en un caldo al que le habían agregado unos huesos de caracú para darle un poco de sabor. Por lo común los fideos en la parte superior de la olla estaban demasiado cocinados y ya casi deshechos, mientras que en el fondo quedaba un mazacote de pasta pegada y casi cruda. La olla posiblemente venía de la parte superior del edificio donde estaba la policía —nunca observé que se cocinara en el sótano. La ponían sobre una especie de carrito hecho con tablones de madera y cuatro ruedas de metal que alguien del Consejo empujaba mientras servía los platos. No me olvido del sonido de las ruedas del carrito rodando por el pasillo: el momento de la comida era una fiesta. Traían a menudo una polenta cruda en partes y recocida en otras, y en casos excepcionales un guiso de lentejas que constituía un motivo de celebración. Casi nunca había pan, y si lo había era por lo general viejo y duro, a veces con moho o verdín. Las porciones eran siempre escasas y la sensación de hambre no nos dejaba nunca. Tampoco nos abandonaba la sed —sólo nos permitían beber cuando nos llevaban al baño, donde nos entregaban un jarrito para que recogiéramos agua de la canilla, que inmediatamente después teníamos que devolver porque en la celda no se nos permitía tener nada. Tampoco podíamos guardar en la celda los platos enlozados con un escudo de la Policía Federal en que nos entregaban la comida, ni las chapitas que usábamos de cucharas —viejos cargadores de fusil Máuser a los que les habían abierto la punta para adaptarlos para ese uso.

A pesar de lo pobre y escaso de la comida siempre comía lo que me daban. Estaba dispuesto a ingerir todo lo que me pusieran delante, así fueran ratas, ya que no iba a

permitir que me mataran de hambre. Esa decisión me sirvió más tarde, cuando fui integrante del Consejo en el Banco y tuve que preparar la comida para todos los prisioneros. Normalmente los guardias me traían un pedazo de hueso con carne para hacer el caldo y con eso preparaba la típica comida cuartelera consistente en arroz o polenta. Un día no había víveres y me trajeron una bolsa de afrecho, el sobrante del grano de trigo que se usa para alimento de cerdos o caballos. Por suerte yo tenía la costumbre de guardar siempre, por las dudas, un pedacito de cebolla o ají para la próxima comida, y además había conservado esa vez un poco de grasa de los huesos del caldo. Piqué los trocitos de cebolla, ají y algo de verdura que había sobrado de días anteriores y los freí hasta casi quemarlos en la grasa derretida en el fondo de una gran olla. En esa mezcla agregué el afrecho con agua y herví todo junto: ese día comimos afrecho condimentado, un alimento que prácticamente no tiene valor nutritivo pero sirve para engañar el estómago. Imaginaba a los guardias pensando: "vamos a darles afrecho a estos hijos de puta para que coman". Pero si también esto formaba parte del maltrato sistemático nosotros, los "hijos de puta", teníamos que ingeniarnos para comer afrecho y sobrevivir.

Las camas consistían en planchas de madera colocadas sobre dos hierros superpuestos uno arriba de otro que iban de pared a pared en la dirección longitudinal de la celda. Sobre la madera había por lo general un trozo de colchoneta de gomaespuma que por su forma irregular parecía cortada con los dientes. Si uno tenía suerte le podía tocar una colchoneta más o menos completa, pero también podía tocarle una a la que le faltara un pedazo y entonces la cabeza o los pies se apoyaban directamente sobre la madera. La gomaespuma estaba sucia, a veces con manchas de sangre, e invariablemente tenía un olor asqueroso que hacía pensar en quién habría sido el último infeliz en usarla. Para cubrirnos nos daban una manta gris de uso militar que por suerte no tuve que usar porque era verano y en el sótano hacía un calor insoportable. La única ventilación era por una pequeña ventanita de rejas en la parte superior de la puerta de metal macizo que servía para que entrara algo de aire y un mínimo de luz del pasillo central, ya que el sótano no tenía ventanas al exterior. Esa ventanita, más una pequeña mirilla que se abría desde afuera cuando nos espiaban, eran las únicas aberturas de la celda. Las puertas no tenían pasa platos y solamente se abrían en el momento de darnos la comida. De manera que la pequeña ventanita era nuestra salvación: con mucho riesgo podíamos subirnos a la cama

superior y desde allí mirar hacia la celda que estaba enfrente para comunicarnos con el prisionero que la habitaba.

El riesgo que implicaba ser descubierto comunicándose o haciendo cualquier cosa dentro de la celda que no fuera estar absolutamente inmóvil, se me hizo carne un día que Poca Vida me sorprendió por la mirilla frotándome los ojos por debajo del tabique. Creyó que estaba tratando de quitármelo y abrió de golpe la puerta gritándome: "¡flaco de mierda, salí para afuera!". Me hizo parar contra la pared y empezó a darme trompadas en el estómago como si yo fuera una bolsa. Después me obligó a correr por el pasillo con los ojos vendados, haciendo cuerpo a tierra cada vez que lo ordenaba: "¡Carrera mar... cuerpo a tierra! ¡Carrera mar… cuerpo a tierra!". Yo corría a ciegas y me golpeaba contra las puertas y paredes sin saber qué tenía por delante. En un momento dado me hizo girar hacia la derecha por un pasillo transversal y tropecé con unos caños rectangulares de chapa galvanizada —estaban tirados en el piso porque planeaban usarlos para un sistema de ventilación que nunca se llegó a construir. Algunos caños estaban soldados o remachados entre sí y el punto de unión formaba una especie de pestaña de metal que sobresalía del conjunto. Tropecé con ese obstáculo inesperado y, al caer, di con la frente contra esa pestaña de metal con tal fuerza que empecé a sangrar profusamente. Era tanta la sangre que salía que Poca Vida paró el castigo y me hizo llevar a la enfermería, donde me hicieron una curación de emergencia sin usar puntos.

En esa ocasión tuve oportunidad de conocer la enfermería por primera vez. Trabajaba allí un médico hoy desaparecido, Rubén Raúl Medina, conocido por el nombre de guerra de Gerónimo. Estaba en el Club Atlético junto con su compañera embarazada, Laura Pérez Rey, a quien le decían Soledad. A ella se la llevaron cuando estaba a punto de dar a luz, posiblemente a la ESMA según comentarios de Angelita (Mirta Trajtemberg), que estuvo en ese campo transitoriamente. Yo había visto algunas veces a Soledad con su panza de embarazada, y hay testimonios de otros detenidos que la vieron en la ESMA antes de que desapareciera. A Gerónimo lo sacaron del Club Atlético en un traslado individual, es decir, no uno de los traslados colectivos que se producían periódicamente, antes de que se llevaran a Soledad. Le habían hecho el cuento de que lo iban a mudar a un lugar donde se iba a reencontrar con su compañera y el bebé después del parto, y alcancé a ver por la ventanita de mi celda cuando se despedía de sus compañeros del Consejo en la habitación

del ping pong. Oí la historia del supuesto reencuentro de boca de otra persona del Consejo, en esos segundos en que podíamos intercambiar unas palabras durante la distribución de comida. Gerónimo fue el primero pero no el único prisionero que conocí en funciones de médico improvisado en los centros clandestinos. Hubo otros, desde uno que era médico recibido —Jorge Vásquez, conocido como Víctor o Caballo Loco— hasta enfermeros, estudiantes de medicina e incluso una chica que era odontóloga.

En el Club Atlético pasaba las 24 horas del día encerrado en la celda. Al principio mataba el tiempo pensando en mi vida pasada, por qué me habían secuestrado, si me había arriesgado inútilmente o si la militancia había sido un error. Pero pronto caí en la cuenta de que no valía la pena. No sólo me angustiaba con esos pensamientos sino que me ponía en peligro: me distraía del aquí y ahora del campo. Cualquier descuido, como el que provocó la paliza de Poca Vida, podía costarme la vida, y entendí que no podía distraerme con fantasías que me alejaran del objetivo primordial: sobrevivir hasta el día siguiente. Al comienzo hacía planes sobre qué haría si me liberaban, cómo sería mi vida futura, si me iría del país o no; pero llegué a la conclusión de que los únicos planes que me podía permitir eran aquellos que tuvieran que ver con tratar de vivir hasta mañana. Siguiendo esta estratagia, llegué a decirme al final de cada día: "¡lo logré, ahora uno más!", y me preparaba esa noche para encarar el día siguiente. Mi vida en el Club Atlético se convirtió entonces en una rutina que consistía en estar todo el tiempo atento al entorno para que no me sorprendieran, algo extenuante porque demandaba un esfuerzo permanente. El único respiro que me permitía como distracción era tratar de reconstruir de memoria poesías que había leído o resolver mentalmente ecuaciones diferenciales. No era una tarea fácil porque nunca he tenido una memoria de esas que llaman fotográficas, y en el Club Atlético no tenía acceso a ninguna lectura que me permitiera ejercitarla. Recién más tarde, en el Banco, se me permitió leer poesía de Miguel Hernández y pude completar algunas estrofas de las que sólo me acordaba trozos sueltos.

Otra manera de matar el tiempo era caminar por la celda o tomarme del travesaño que sostenía el camastro superior y hacer flexiones de brazos, siempre con temor a ser descubierto y recibir una paliza. No puedo imaginar lo que Poca Vida me hubiera hecho si en vez de sorprenderme tocando el tabique me hubiera descubierto haciendo gimnasia: se suponía que teníamos que permanecer todo el día sentados en la cama sin movernos. El día

era largo y estaba puntuado solamente por los tres únicos horarios que conocíamos: el almuerzo, la cena y la salida al baño. En realidad no sabíamos exactamente en qué momento ocurrían esas tres cosas porque adentro la luz estaba siempre encendida y no se distinguía el día de la noche. Sólo sabíamos que era hora de ir a dormir cuando servían la cena. Supongo que eso también formaba parte del proceso de desestructuración de nuestra personalidad: es muy difícil mantener el reloj interno *aggiornado* cuando no hay horarios, de ahí mi obsesión por tratar de saber al menos en qué fecha aproximada estábamos. Esos ejercicios mentales, la ocasional gimnasia y la distracción que podía representar pasarme una hora espiando un partido de ping pong por la ventanita eran las únicas treguas que me permitía en la tarea constante de analizar el entorno, prestando atención a las voces de los guardias y los movimientos del campo. El objetivo era construir una realidad con los pocos retazos de información que tenía. Por eso el tiempo se hacía eterno, y no sólo el breve período que estuve en el Club Atlético. Los años posteriores, en otros campos, también parecen ocupar en la memoria un espacio larguísimo, como si hubieran sido diez o veinte años de vida. Cada minuto allí era como una herida que se profundiza; esa constante lucha por llegar vivo al día siguiente era agotadora y a la vez iba formando una especie de callo en el espíritu.

Esa sensación, por paradójico que parezca, se intensificó en el Banco, cuando empecé a desarrollar cierta relación con los guardias y torturadores que me permitió alimentar la ilusión de salir con vida. Para entonces sabía que unos pocos prisioneros habían salido en libertad y, cuando mis captores me decían que con suerte podía convertirme en uno de los afortunados, era difícil no perder de vista mi objetivo de no fantasear. El que está en esa situación, si bien no sabe si le están diciendo la verdad, empieza a pasarse los días dándole vueltas a esa idea en la cabeza. Si bien remotas, la supervivencia a largo plazo y la libertad se convierten entonces en una posibilidad. A la espera de eso el tiempo se hace eterno. En los distintos campos por los que pasé hubo períodos de disciplina muy dura y otros más relajada, momentos en que había mucha gente y otros menos gente; más allá de esos vaivenes, sin embargo, la espera y la expectativa estaban siempre a la orden del día. Por eso era tan importante no distraerse del instante presente. En este sentido, es verdad que se establecían ciertas rutinas dentro del centro clandestino y hasta se podía llegar a sentir un extenuante aburrimiento. De todos modos, en

los campos no existía algo que se pudiera llamar un día "normal": cada día podía ser repetitivo e idéntico a muchos otros, pero también podía ser el último. Eso es lo que hacía al sistema tan cruel: repetir cientos de veces una rutina donde cada día "normal" es igual y a la vez puede ser el definitivo constituye un sofisticado sistema de tortura. Con un sistema así ni siquiera es necesario ponerle un dedo encima a la víctima para que desespere. Por esta razón se pueden comparar los centros clandestinos argentinos con los campos de concentración nazis: en ambos casos se usaron métodos efectivos, aunque distintos, para infligir daño y llegar a la despersonalización de las víctimas.

Pasé la Navidad de 1977 en el Club Atlético. Tengo un recuerdo vago de haber espiado por la ventanita de mi celda la fiesta de los guardias que nos vigilaban esa noche. Colocaron sillas alrededor de la habitación y sobre la mesa de ping pong pusieron comida y bebidas para los guardias y los integrantes del Consejo a los que les permitieron unirse a la celebración. Trajeron una guitarra y el Turco Julián, uno de los peores torturadores, vino con una botella de sidra. Recuerdo que en algún momento todos cantaron y brindaron. Desde lo alto del camastro los espiaba con envidia y sin hacer el menor ruido: si me hubieran descubierto me hubieran molido a golpes. A pesar del esfuerzo enorme por no dejar volar la imaginación hacia el mundo exterior, me resultó imposible no pensar en mi familia que a esa hora seguramente estaría reunida en la casa de mi tía en Adrogué. Para nosotros, los prisioneros, esa noche navideña no trajo nada especial, ni siquiera una comida más abundante que la de todos los días.

El 28 de diciembre, tres días más tarde, fue una jornada muy silenciosa en el campo. Quedábamos apenas veinte o treinta personas después de un traslado en el que se habían llevado a un gran número de secuestrados. Yo todavía era un prisionero bisoño pero intuía, por comentarios dejados caer al pasar por los compañeros que repartían la comida, que algo se preparaba. Temprano a la mañana se sintió un movimiento de preparativos diferente al habitual. Comenzaron a abrir las puertas de las celdas y nos hicieron formar en el pasillo para armar el trencito acostumbrado con la mano derecha sobre el hombro del que teníamos delante. Pero esta vez no nos dirigimos al baño sino hacia la escalera para subir al nivel de la calle donde nos aguardaban uno o dos autobuses con las ventanillas tapadas o pintadas por fuera. El que me tocó no parecía preparado para el traslado de prisioneros: no tenía celdillas sino asientos como los que se encuentran en cualquier vehículo de transporte

público. Vendados y engrillados hubiéramos ofrecido un extraño espectáculo de no haber ocurrido todo eso en el interior del edificio lejos de ojos curiosos. Nos dijeron que nos mudaban a otra parte y fuimos a parar a un nuevo destino. No sabía cuántos iban ni quiénes eran pero sentía que el vehículo estaba lleno de gente.

Estaba muy preocupado porque no podía adivinar el significado de todo ese movimiento; me preguntaba si nos aplicarían la ley de fuga o algo semejante. Se percibía que en el vehículo iban guardias armados, cosa que adentro del campo nunca ocurría (allí no portaban armas en la zona de prisioneros). En parte me tranquilizaba saber que éramos un grupo grande, en vez de tres o cuatro en un auto. Me parecía más factible justificar una matanza en un supuesto intento de fuga si se trataba de un grupo reducido. Todavía no sabía que periódicamente sacaban decenas de prisioneros de los campos y los mataban en masa, y menos aún que existían "vuelos de la muerte", o sea, vuelos desde donde arrojaban personas vivas al mar. No se me ocurría que pudiera existir semejante nivel de crueldad. Imaginaba que podían matarnos haciéndonos bajar del vehículo, ametrallándonos para simular el intento de fuga de un grupo guerrillero, pero nada más. De ahí que me tranquilizara percibir la presencia de tantas personas a bordo del autobús. Quizás por el miedo que me invadía, no recuerdo haber sentido la presencia de la ciudad ni los ruidos del tráfico mientras recorríamos las calles. Más tarde supe que la mudanza, motivada por la necesidad de demoler el edificio del Club Atlético para hacer lugar a la autopista 25 de Mayo, incluyó sólo a los prisioneros considerados útiles. La idea de la jefatura era mantener en actividad el grupo de tareas del Club Atlético y construir un nuevo campo, específicamente destinado a sitio secreto de detención. Incluso obligaron a cuatro compañeros secuestrados a ayudar en el desmantelamiento del campo, rescatando todo lo que se pudiera aprovechar en el nuevo centro clandestino, reciclando desde puertas de celdas hasta herrajes y mobiliario.

Nos sacaron el 28 de diciembre y yo había llegado un 18 de noviembre: había pasado cuarenta días en el Club Atlético, poco menos de un mes y medio que hoy se me figuran eternos. No podía imaginar que recién empezaba mi largo trayecto de tres años y ocho meses en situación de desaparecido. Sé que durante su existencia el Club Atlético alojó a unas mil quinientas personas y calculo que de ellas unas cien a doscientas estuvieron en la misma época que yo. De todo el tiempo que pasé en los campos, aquel

primer período fue el más difícil: tabicado dentro de la celda tenía pocas posibilidades de interpretar la escasa y mala información que recibía. De las personas cuyas caras y nombres llegué a conocer en ese lugar, no he vuelto a ver a nadie vivo. Tengo apenas un recuerdo borroso de las caras de Gerónimo y Soledad —el médico y su compañera embarazada— y de los rostros de alguno que otro miembro del Consejo. Años después, cuando se organizó una comisión de homenaje a las víctimas y recuperación del sitio, conocí a otros sobrevivientes, pero ninguno de ellos había estado secuestrado en la misma época que yo.

Ya en democracia comencé a regresar periódicamente al sitio a raíz de mis actividades en la Comisión de Recuperación Arqueológica del Club Atlético. En el sector que se empezó a excavar pude reconocer la enfermería y las dos celdas de aislamiento. Ante esas habitaciones que empezaban a salir a luz después de haber estado sepultadas una década y media, sentí que estábamos desenterrando a los compañeros; no sus cuerpos, porque no sabemos dónde están, pero sí su memoria. Y la nuestra también, porque ese lugar estuvo tapado y de pronto lo sacamos al aire a la vista de todos. O mejor dicho, lo estamos sacando al aire de a poco, en un esfuerzo que tiene que ver tanto con el pasado como con el presente. Un día alguien me preguntó si no era peor para nosotros los sobrevivientes desenterrar esos restos: "¿no les va a hacer mal?", fue la pregunta bien intencionada. "Al contrario" —le dije— "quiero que esto se excave y que se encuentre todo lo que se pueda encontrar porque es una forma de que salgan de ahí adentro los compañeros que están desaparecidos, y salgamos nosotros, los que reaparecimos".

Poco tiempo después de formada la comisión, miembros y vecinos de la zona hicieron un homenaje con pinturas conmemorativas y siluetas de papel representando a los desaparecidos. Las colocaron sobre una de las columnas de la autopista que hoy se levanta sobre lo que fue el Club Atlético. Una noche de 1996 alguien destruyó ese homenaje con bombas molotov, pero al poco tiempo se lo reemplazó con una obra de arte más permanente, hecha con figuras de metal. Ante aquel acto de vandalismo sentí que a las emociones que asociaba con el lugar —el terror que pasé ahí— se sumaba la sensación de estar peleando de nuevo por las mismas cosas. En una ocasión regresé solo y caminé por la vereda mirando la excavación, para reconocer los lugares familiares. Me volvió el recuerdo de cuando estaba adentro y de cómo era mi estado de ánimo entonces. Pensé que ahora estaba de este lado, afuera de aquel lugar atroz del que creí que no saldría nunca. No sólo

estoy afuera sino, además, ayudando a desenterrar lo que otros quisieron ocultar. No sólo salí sino que también están saliendo de a poco los compañeros. Todo esto me produce una sensación de triunfo amargo. Los compañeros murieron, pero los torturadores tampoco se salieron totalmente con la suya: muchos de ellos ahora están en la cárcel.

4. El Banco

> Cerca de la intersección de la Autopista Ricchieri y el camino de cintura […] El edificio reservado a los detenidos clandestinos estaba rodeado de otras construcciones antiguas, pertenecientes a la Policía de la Provincia de Buenos Aires. A partir de una playa de estacionamiento, se ingresaba por un portón de doble hoja de acero, con barrotes en la parte superior. A la izquierda, un pasillo donde daban tres salas de tortura, una de ellas con un bañito anexo. Más allá, la enfermería. A la derecha, las oficinas de inteligencia y el laboratorio fotográfico, luego una "leonera" o celda colectiva, después transformada en un taller electrónico. Separadas del sector anterior por una circulación transversal casi 50 calabozos o "tubos", muy estrechos, letrinas, baños, pileta, duchas, lavadero y cocina.
>
> Comisión Nacional Sobre la Desaparición de Personas, *Nunca Más* (84)

El viaje en autobús desde el Club Atlético hasta el Banco duró unos veinte minutos. El Banco, donde luego estuvo la Brigada Femenina de la policía de la provincia de Buenos Aires, era un edificio ubicado cerca de la intersección de la autopista Ricchieri y el Camino de Cintura, frente a otro lugar, conocido como El Vesubio, que también se usó como centro clandestino de detención. Parecía una casa estilo chalet con una parte nueva y otra vieja; como era previsible, las celdas en peores condiciones eran las de la parte vieja porque les entraba agua cuando llovía. Había otra casa cercana donde vivían los guardias, y creo que allí también había un casino de suboficiales. La policía de la provincia de Buenos Aires la había usado para alojar la Brigada de Perros, pero se lo había prestado a la policía Federal que nos tenía secuestrados. Al entrar vislumbré, por debajo del tabique, una puerta de rejas y una especie de mampara como las que suelen encontrarse en las casas viejas, con varillas de hierro y cuadraditos de vidrio grueso. Una vez dentro del edificio pasamos por una sala grande y llegamos a un pasillo con quirófanos o salas de tortura a un costado, y al fondo una puerta de reja que conducía al sector de celdas. Me pareció que no había otros secuestrados allí, algo que confirmé cuando constaté que los prisioneros del Banco provenían, como yo, del Club Atlético o fueron llegando de otros lugares después de nuestro ingreso. En otras palabras, nosotros inauguramos el nuevo centro clandestino de detención.

Cuando llegamos ese 28 de diciembre de 1977 nos encerraron en celdas no muy diferentes a las del Club Atlético. Me tocó en suerte una en un pasillo del sector nuevo de la casa, si bien en los meses siguientes me cambiaron de celda dos o tres veces. El trato en

los primeros tiempos no varió demasiado pero me sentía más veterano: había aprendido a relacionarme con los guardias y sabía cómo hablarles y qué esperar de cada uno, algo que se facilitó cuando comprobé que eran los mismos que había conocido en el Club Atlético. La mudanza había sido completa: junto con los prisioneros venían todos los interrogadores y el personal de seguridad. Estaban mis conocidos Soler, la Pepona y Tosso (aunque éste no duró mucho tiempo), y el jefe del Club Atlético, un comisario ya muerto de apellido Fioravanti, cuyo apodo era De Luca, el Coronel o Tordillo (porque era canoso). Fioravanti continuó como jefe del Banco por un tiempo y fue reemplazado unos meses después por un mayor del Ejército de apellido Minicucci a quien llamaban Odera o Petiso Rolando.

Permanecí en el Banco unos siete meses, desde fines de diciembre de 1977 hasta los primeros días de agosto de 1978. Hacia febrero o comienzos de marzo de ese año comencé a salir regularmente de la celda para hacer los trabajos de electrónica que me encargaban los guardias y jefes del campo. Fue así como pude familiarizarme con el entorno del campo. El pasillo de celdas donde estaba tenía unas claraboyas en lo alto por donde se veían personas caminando por el techo, guardias armados que nos custodiaban desde el exterior ya que en el interior del edificio estaba absolutamente prohibido portar armas. Ese sector de la casa formaba parte de la nueva construcción, por lo que supongo que habían diseñado las claraboyas y un espacio para caminar por el techo con el fin específico de custodiar a los secuestrados. Además del pasillo de celdas donde yo estaba, otro pasillo conducía a una cocina nueva y en el medio había una especie de hall perteneciente al sector viejo al que daban otras celdas. Otro ambiente grande tenía varias puertas que desembocaban en él: la enfermería, la habitación que luego fue mi taller de electrónica, y el laboratorio fotográfico donde se falsificaban documentos para uso de los grupos represivos. Todos los campos por los que pasé, desde el Banco en adelante, contaban con un laboratorio de falsificación similar siempre a cargo de un secuestrado. En la ESMA, Víctor Basterra estuvo a cargo del área de documentación; en el Banco y el Olimpo el prisionero obligado a trabajar en esa tarea fue Andrés, cuyo verdadero nombre era Daniel Merialdo. Víctor había sido fotógrafo y obrero gráfico antes de caer en la ESMA, por lo que tenía conocimientos técnicos de impresión y reproducción que lo hacían ideal para esa tarea; Merialdo en cambio era un simple fotógrafo que aprendió a falsificar documentos en el campo, y posiblemente eso le salvó la vida. En cuanto a la habitación que

hacía de enfermería, más adelante me tocó entrar allí algunas veces a limpiar o reparar una toma eléctrica y pude ver a algunas personas acostadas. En la enfermería de los campos por lo general se practicaban curas de emergencia, como coserle una herida de bala a alguien o sacar a un torturado del coma para continuar interrogándolo. Se prestaban servicios precarios con unos pocos bisturís, agujas y gasas, pero en la enfermería del Banco había tubos de oxígeno, así como en la del Atlético había un viejo equipo de rayos X seguramente robado en un allanamiento.

El número de prisioneros durante los meses que permanecí en el Banco fluctuó entre cincuenta y doscientos en los tiempos de mayor sobrepoblación. Desde que empecé a trabajar regularmente compartí la celda con algún miembro del Consejo ya que por lo general éramos dos por celda, pero llegó a haber tres y hasta cuatro personas en los momentos previos a los traslados. En el Banco no nos hacían bañar todos los días pero tampoco estábamos tanto tiempo sin bañarnos que pareciéramos mendigos. Los hombres nos afeitábamos con cierta regularidad, si bien por lo general había una sola maquinita y una hoja de afeitar que ya no tenía filo cuando llegaba al último de la fila: el que tenía la suerte de estar entre los primeros podía más o menos rasurarse sin mayores dificultades, pero el último prácticamente se arrancaba los pelos como mejor podía. La afeitada se complicaba porque en el baño no había espejos (para que no tuviéramos acceso a un pedazo de vidrio con el cual suicidarnos o fabricar un arma improvisada) sino unas planchas de acero inoxidable en las que más que mirarnos nos adivinábamos la cara, deduciendo por el tacto si nos habíamos afeitado. No estábamos andrajosos porque a veces nos permitían cambiarnos, debiendo aceptar lo que nos dieran de una pila de prendas. Era una suerte si nos tocaba algo de la medida correcta; ahí no se podía elegir y casi todo lo que vestíamos estaba roto, viejo o descosido. Allí vi por primera vez algo que se repitió en otros campos: la existencia de una ropería donde dos o tres compañeras del Consejo lavaban y cosían prendas para que duraran más. Había pilas de ropa amontonada; a veces estaba doblada y colgada si habían tenido tiempo de ordenarla. Cuando llegó el invierno vi a un guardia luciendo una abrigada campera de cuero que había sido mía, una prenda que me encantaba y que había comprado apenas un mes antes de mi secuestro: "¡puta que te parió!", pensé cuando lo vi caminar tan ufano con mi campera mientras yo andaba con lo que me dieran. No es de sorprender que ese guardia anduviera con mi ropa si se tiene en cuenta que se

robaban hasta los calzoncillos de los secuestrados. A nosotros, por lo general, nos tocaba lo que había pertenecido a otros prisioneros: una vez vi a un compañero que llevaba puesta la camisa que yo traía encima el día que me secuestraron.

Los primeros dos meses en el Banco fueron una extensión de la rutina aprendida en el Club Atlético: esperar la comida en la celda vendado y engrillado, ir al baño, matar el tiempo con juegos mentales y dormir cuando llegaba la noche. Pero así como en el Club Atlético salí dos veces de la celda para arreglar la bomba y traducir el manual del equipo de sonido, eventualmente se me presentó una oportunidad en el Banco que me abrió las puertas: el arreglo de una pequeña radio a transistores. Un guardia se había enterado de que yo sabía de electrónica y me buscó en la celda. Me preguntó: "Flaco, ¿te podés fijar qué le pasa a esta radio?" Le expliqué que me era imposible hacerlo sin tener algunas herramientas básicas: "te la arreglo con mucho gusto, pero ¿con qué querés que la repare si ni un destornillador tengo?" Entonces me trajo una chapita con la que logré destornillar la tapa y comprobé que había un cablecito suelto que era necesario soldar de nuevo. "Llevame a la cocina y ahí veo si con un clavo calentado al rojo vivo te lo puedo soldar", le sugerí. De esa manera logré reparar la radio y a partir de ese guardia se corrió la voz y empezaron a llegarme otros pedidos de arreglos. Se comenzaron a acumular aparatos eléctricos descompuestos, ya sea robados en los allanamientos o traídos de sus casas, y como algunos eran más complicados tuve que pedir herramientas cada vez más especializadas: así empecé a trabajar para ellos y me hice útil a sus ojos.

Ya he mencionado que cuando salí de la celda en el Club Atlético para hacer reparaciones no me pregunté si eso constituía una colaboración con el enemigo: lo hice simplemente para salir un rato del encierro asfixiante en que me encontraba. Pero a partir del arreglo de la radio en el Banco comencé a preguntarme cada vez más sobre los alcances y el significado de trabajar en el centro clandestino y formar parte del Consejo. Cada prisionero debía decidir si colaborar o no y cómo definir lo que es colaborar, no sólo en el momento de la tortura sino también después, si lo consideraban útil para llevar a cabo alguna tarea de mantenimiento. Como ya mencioné muchos optaron por no trabajar, incluso cuando se les dio esa oportunidad, ya sea por consideraciones prácticas o por convicción ideológica. Para esa crucial y dificilísima decisión cada uno estuvo absolutamente solo. En el Banco, incluso, algunos guardias tomaron la costumbre de traer

barro y repartírselo a los detenidos para que hicieran algo con él; si les gustaba lo que hacía un prisionero le encargaban una cara, una vasija o cualquier otro objeto artesanal y se lo llevaban a su casa. Esa tarea, para algunos secuestrados, fue un escape que les permitió matar el tiempo, pero a la vez podía intepretarse como una servitud denigrante.

En las cárceles comunes los presos políticos están con sus compañeros en la celda o en el patio de recreo y pueden hablar, intercambiar opiniones y consultarse unos a otros sobre tal o cual problema. Hay grupos de discusión y hasta clases de formación política fuera del alcance de los guardias, y cuando a la noche se cierran las celdas pueden hablar con relativa libertad sobre lo que están viviendo y cómo reaccionar ante ello. En los centros clandestinos, en cambio, los guardias nunca estaban del otro lado de la reja: siempre estaban adentro compartiendo el mismo espacio y prácticamente conviviendo con los secuestrados sometidos al trabajo esclavo. Para el prisionero de un centro clandestino nunca existía la oportunidad de compartir abiertamente sus experiencias con otro, por temor a la figura omnipresente del guardia o por desconfianza hacia lo que otro prisionero pudiera revelar en caso de ser "apretado". La dificultad se acentuaba porque la desconfianza era mutua: así como yo no sabía dónde estaba parado el de la celda de al lado, él tampoco sabía dónde estaba parado yo. La única manera de superar esa desconfianza era a través de la intuición, una mirada, el mensaje no verbal de un gesto o un movimiento: cómo me toca el hombro ese compañero, cómo se sonríe, cómo me mira con rabia o con miedo.

Trabajar o no trabajar —colaborar o no en el funcionamiento del campo para tratar de salir con vida— fue la situación dilemática por excelencia: maldito si lo haces y maldito si no lo haces. Se llega a dudar quién es uno, prisionero o qué, cuando no se sabe si el guardia que habla de fútbol o juega al truco con el secuestrado es un torturador o un "amigo". Un prisionero que optaba por trabajar —o mejor dicho, aceptaba trabajar, porque ningún secuestrado tenía el poder de decisión sobre esa alternativa— podía terminar incluso desarrollando lazos de complicidad con el mismo torturador que antes lo había sometido a suplicios y que, de ser necesario, podía volver a hacerlo en cualquier momento. Cada interrogador tenía casos a su cargo y no era raro que protegiera a "su" prisionero de los malos tratos de otro miembro del equipo de torturadores, e incluso que le comentara a su "protegido" lo malo que era tal o cual guardia porque verdugueaba demasiado a los

detenidos. En ese momento, cuando el torturador jugaba al truco con el prisionero y le confiaba que no gustaba de otro interrogador, se convertía en algo así como un cómplice de la víctima, algo muy difícil de entender si no se lo ha vivido.

La confusión de roles se acentuaba porque, así como los guardias y torturadores nos maltrataban y nos veían como basura, unos pocos compañeros hacían exactamente lo mismo: participaban en interrogatorios y, en algunos casos, hasta en la tortura de otros. Estos extremos contribuían a crear una atmósfera de ambigüedad, multiplicada por el hecho de que el prisionero, supuestamente en una situación de privilegio por cocinar o ayudar en la limpieza del campo (y que recibía por eso una mejor porción de comida o no tenía que andar todo el día con los grillos puestos), tampoco se salvaba de escuchar todo el día los gritos de los torturados: no por "portarse bien" le tapaban a uno los oídos. Colaborar en las tareas del campo no eximía de amenazas y maltratos por parte de guardias que a veces sólo buscaban divertirse. Nadie se salvaba de eso, ya fuera un colaborador que se prestaba a ayudar en la tortura o uno que no iba más allá de hacer tareas de limpieza.

Volviendo a la reparación de aparatos electrónicos, les hice saber a los guardias que necesitaba un soldador y un tester: cuando me los trajeron, para mi sorpresa, reconocí que eran los mismos que tenía en mi taller en casa. Después fueron llegando otras herramientas de mi propiedad. No sólo me reencontré con mis viejas herramientas sino que más tarde me trajeron incluso la mesa de taller que yo había armado en mi casa con enchufes especiales, llaves térmicas y un cableado especial, diseñada especialmente por mí para tareas avanzadas de electrónica. Por una de esas ironías incomprensibles la mesa calzaba casi a la perfección en la pequeña habitación que me asignaron para trabajar en reparaciones, y así me encontré en una situación surrealista: trabajando en un centro clandestino con los mismos objetos que tenía en mi taller cuando estaba en libertad. Cuando trajeron la mesa fue cuestión de enchufar el cableado a la electricidad y estuve en condiciones inmediatamente de hacer las mismas reparaciones complejas que hacía en casa. Después supe que, además de las herramientas y la mesa, se habían robado todo lo que había en mi vivienda; supongo que hasta entonces todo había estado guardado en un depósito, ya que nunca tuve conocimiento de que en el Club Atlético hubiera un taller de electrónica similar al del Banco. No sé cómo se acordaron de la existencia de mis instrumentos cuando decidieron ponerme a trabajar en reparaciones, pero es evidente que en alguna parte tenían

guardadas y catalogadas todas las cosas robadas, para eventualmente venderlas o quedárselas para uso propio: televisores, aparatos electrodomésticos, herramientas especializadas, muebles. Mi mesa de taller no era una mesa cualquiera, yo la había diseñado muy cuidadosamente y la había hecho fabricar en una carpintería, por lo que posiblemente alguien vio en ella su valor potencial y la llevó al depósito.

Fui saliendo cada vez más seguido de la celda para hacer reparaciones de todo tipo y comencé a insinuarles que podía hacer otras tareas de mantenimiento. Fue un proceso gradual que me llevó mucho tiempo, durante el cual sentí que entraba y salía alternativamente de la situación de privilegio y que las cosas mejoraban por un rato para volver a empeorar. Nunca sabía dónde estaba parado ni qué debía hacer para seguir contribuyendo a que las cosas cambiaran sin ponerme en peligro. Para el que busca una salida como la mía se trata de una lucha agobiante y permanente, casi diría una lucha política también. Como en cualquier proyecto que uno emprende, había recompensas y retrocesos: a veces sentía que avanzaba y otras que no, día tras día durante meses interminables. Por la noche, de vuelta en mi celda, trataba de reflexionar sobre lo que había hecho en esa jornada y si había logrado un avance, y trataba de analizar racionalmente el comportamiento de los otros tanto como el mío. No sé si llegaba realmente a entender sus comportamientos pero ese ejercicio me ayudaba a mantenerme armado para preservar mi identidad. Tal vez por mi entrenamiento científico o por el hecho de que siempre me he considerado un poquito esquizoide, cuando analizaba fríamente si iba por buen camino o no podía casi verme a mí mismo como desde afuera de la experiencia. Nunca me gustó sentir que las cosas suceden independientemente de mi voluntad; no es que me considere omnipotente pero no me gusta bajar los brazos con respecto a mi integridad personal. Deseaba sentir que yo era yo, y todo en el campo, en particular esa confusión de roles y la incertidumbre sobre dónde estaba parado cada uno, apuntaba a destruir la identidad del detenido. ¿Soy yo? ¿Soy el torturador? Y si no soy el torturador pero tampoco soy yo, ¿quién soy?

Recién hacia fines de febrero o comienzos de marzo empecé a salir regularmente de la celda para tareas de mantenimiento, lo cual llevó a mi eventual incorporación al Consejo. Para entonces ya llevaba entre tres y cuatro meses de cautiverio. A veces la gente tiene curiosidad por saber si me preguntaba por qué todavía estaba vivo y cómo había durado

tanto. El problema es que la palabra "tanto" implica la noción de un plazo predeterminado, un "cuánto" que se puede medir, y yo no guardaba la menor esperanza de que hubiera un "cuánto". Por el contrario, era fatalista y me resignaba a la idea de que en un día, un mes o un año me iban a matar. Estaba convencido de que allí todos estábamos condenados a muerte, especialmente desde que dejé de creer en los supuestos traslados a una granja de recuperación, y pensaba que la única forma en que los responsables de los centros podían quedar impunes era borrando toda huella de lo sucedido, lo cual significaba liquidarnos a todos. No sabía por qué después de la tortura me habían mantenido vivo y mi respuesta era que lo hacían porque por ahora les convenía más vivo que muerto. Trataba de resguardar pedacitos de vida a cambio de reparar aparatos pero no me hacía ilusiones de que al día siguiente de reparar una radio alguien no dijera: "listo, chau, ya no nos es útil". Tenía que ganarme entonces, minuto a minuto, la postergación de ese segundo en que alguien podía decidir que ya era suficiente; pero vivir un minuto extra no era garantía de vivir dos minutos más, ni mucho menos un día, un mes o un año. Era como participar en un juego donde no se sabe cuáles son las reglas: yo tenía que establecer mis propias reglas de juego en base a intuición y suerte. Si en una partida de ajedrez muevo una pieza de una manera determinada, lo hago previendo cierto marco de permanencia y anticipando cuáles son las posibles jugadas con que mi contrincante puede responder; muevo mi pieza en base a la confianza en las reglas y a la expectativa sobre lo que el rival puede hacer. Pero en el centro clandestino cada decisión mía servía apenas para ese momento y no me aseguraba nada para el futuro inmediato. Era agotador pero no podía bajar la guardia.

Así las cosas, logré que me permitieran trabajar en el taller por las noches y dormir en la celda de día. Era algo raro porque pocos prisioneros estaban autorizados a algo semejante. Mi excusa frente a los guardias fue que durante el día había demasiado movimiento, con gente que entraba y salía, prisioneros conducidos al interrogatorio o a la enfermería, ruidos de puertas y cadenas cuando los detenidos iban al baño. Logré convencerlos de que, para hacer bien los arreglos, necesitaba trabajar con cierta tranquilidad y sin interrupciones, y que la noche, mientras todos dormían, era el momento ideal. El cambio no se produjo de un día para otro. Por el contrario, me llevó largo tiempo lograr quedarme en el taller de noche. La primera vez aduje que necesitaba un par de horas extras para terminar una reparación; la vez siguiente fueron tres horas, y con excusas de ese

tipo fui estirando cada vez más el espacio de tiempo que me quedaba trabajando en el taller. Argumentaba que la noche anterior me había quedado muchas horas trabajando y pedía permiso para dormir durante el día. Les insinuaba que si me quedaba trabajando dos o tres noches seguidas, sin descansar, terminaría por hacer mal los arreglos. Algunas veces la respuesta era que si no reparaba de inmediato lo que me habían encargado me iban a "mandar para arriba" (matar, en la jerga del campo), pero otras veces me dejaban dormir todo el día. Así llegó un momento en que prácticamente vivía de noche y de día me desconectaba de la realidad, a la inversa del resto de los prisioneros. Perseguí esta estrategia para aislarme del caos que era la vida cotidiana en el centro clandestino durante el día: me mantenía ocupado de noche en resolver problemas prácticos, en un lugar donde nadie me molestaba. Con eso lograba huir por momentos de aquella realidad espantosa.

Hoy me parece increíble que en aquel entonces lograra dormir en medio de la batahola diaria de gritos y ruidos, pero uno se acostumbra a cualquier cosa: yo estaba feliz de que durante algunas horas nadie me molestara. Por supuesto hubo veces en que durante el día un guardia abría de golpe la puerta de mi celda y gritaba, "¡flaco, vení que te necesito!"; en ese caso simplemente apretaba los dientes y me consolaba pensando que más tarde recuperaría el sueño perdido. Por suerte, en general respetaban mis horarios porque la mayoría de las reparaciones no eran de emergencia: tanto daba que arreglara un televisor de día que de noche. Cuando, poco a poco, fui incorporándome al Consejo, tuve que encargarme también de otras tareas como limpiar los baños y preparar la comida, lo cual fue dándome aún más libertad de movimiento dentro del espacio reducido del campo. Llegó un momento en que podía quedarme hasta muy tarde trabajando en el taller, y cuando terminaba recorría solo los pocos metros que me separaban de la celda y me iba a dormir como quien vuelve al hogar tras una jornada en la oficina. Según las guardias y los aconteceres de la vida en el campo, a veces tenía los grillos puestos y a veces no; lo mismo ocurría con la venda, que podía dejarme alzada sobre la frente cuando tenía que trabajar. La excepción era cuando venía algún jefe superior a pasar revista al centro clandestino, como cuando visitó el Banco el general Suárez Mason, comandante del Primer Cuerpo de Ejército, en cuya ocasión incluso los miembros del Consejo tuvimos que permanecer encerrados en nuestras celdas con la venda sobre los ojos. Lo mismo ocurría cuando venía

un interrogador de otro campo que tenía interés en algún prisionero del Banco: también entonces teníamos que bajarnos la venda para no verle la cara.

Mi radio de movimiento dentro del Banco fue haciéndose mayor, con la excepción de un sector de tres o cuatro celdas para prisioneros incomunicados al que nos estaba absolutamente prohibido acercarnos, a tal punto que la comida no se la llevaban los miembros del Consejo sino los guardias. Excepto ese pequeño sector, poco a poco fui ganando acceso al ínfimo mundo que era el universo de los secuestrados. El espacio total en que me movía —mi taller, la cocina, la habitación con la mesa de comer, la enfermería, los baños y el pasillo de celdas comunes— era tal vez de unos 20 x 20 metros, pero en relación a las dimensiones mínimas de una celda era comparativamente inmenso y se convirtió en mi mundo. Tenía el privilegio de comer con otros integrantes del Consejo en una vieja mesa, en la habitación donde convergían el taller, la enfermería, la sala de inteligencia y el laboratorio fotográfico y de documentación. Yo mismo construí los bancos con pedazos de madera provenientes de algún allanamiento, y a veces sobre esa mesa jugábamos a las cartas entre nosotros o con algún guardia aburrido. De vez en cuando entraba a limpiar la enfermería, una habitación con cuatro camas para los que llegaban heridos o quedaban muy estropeados después de la tortura, donde varios murieron. Otras veces me entretenía con un libro de los pocos que nos permitían tener en una especie de biblioteca circulante formada por libros robados en los allanamientos. Habíamos convencido a algunos guardias, especialmente a uno que se creía culto y había leído algunas cosas de marxismo —Pedro Santiago Godoy, un Oficial Primero de la Policía Federal conocido como Calculín— de que nos dejaran armar la biblioteca; a veces permitían que Angelita, una integrante del Consejo, se sentara en medio del pasillo y leyera en voz alta para todos. Hubo momentos en que nos permitieron distribuir libros en las celdas, y me acuerdo en particular de las poesías de Miguel Hernández, que me ayudaron a sobrevivir. Pero los libros que la guardia consideraba subversivos los tiraban a la basura, o les arrancaban hojas y nos las daban a propósito como papel higiénico.

Se fue desarrollando así cierta rutina dentro de la absoluta falta de rutina en un campo donde todo lo que sucede es imprevisible. Hay días y semanas enteras de las que no guardo ningún recuerdo porque eran siempre lo mismo: arreglar cosas en mi taller, ayudar en las tareas de mantenimiento, cocinar y limpiar, dormir cuando no hacía nada y escuchar

los gritos de los torturados. Porque, aunque parezca mentira, también eso forma parte de esa especie de rutina no rutinaria, esa incertidumbre repetida que termina por hacerse rutina. Casi todos los días tenía que escuchar los gritos de los prisioneros y los de los interrogadores que levantaban la voz cuando golpeaban, picaneaban y amenazaban. Los alaridos, llantos e insultos eran una presencia diaria estuviera donde estuviera dentro del campo. Quizás los prisioneros encerrados en las celdas más alejadas de los quirófanos recibían los sonidos un poco más amortiguados, pero en general era inevitable convivir con los gritos. En el Atlético los quirófanos estaban ubicados en el centro y se podía escuchar lo mismo desde cualquier celda; en el Banco estaban ubicados en el extremo de un pasillo y el sonido tenía que dar la vuelta para llegar a las últimas celdas. Pero ni siquiera cuando me encerraba en mi taller podía evitarlo del todo. En un lugar así es imposible ignorar los gritos desgarradores de gente que está siendo torturada todos los días y a cualquier hora, pero uno termina por "acostumbrarse"; uno no puede ponerse tapones en los oídos de modo que, a lo sumo, termina por putear hacia adentro en silencio y continúa trabajando.

El ingreso periódico de nuevos secuestrados era parte de lo que podría llamarse la rutina del campo. Llegaban de a dos, tres, cinco por día según el ritmo de las tareas de inteligencia que se llevaban a cabo, aunque también había días en que no ingresaba nadie. Recuerdo en particular un grupo muy grande que llegó una noche de mucho frío y clima tormentoso, entre quince y veinte personas capturadas en un operativo masivo. El ingreso de nuevos prisioneros siempre causaba un movimiento interno, porque había que reacomodar gente en las celdas para hacer espacio, especialmente en el Banco, donde la leonera era reducida y no podía albergar demasiados ocupantes. En esa ocasión el Banco estaba repleto de gente y no había un sitio adecuado para llevar a cabo el ablande acostumbrado. Por eso amontonaron a los secuestrados en la habitación central, donde estaba la mesa que usábamos para comer, y en un hall contiguo muy pequeño. Como de costumbre estaban tirados en el piso, vendados y engrillados, cuando comenzó una terrible paliza con cadenas. Se escuchaban las risotadas de aproximadamente diez guardias que participaban en el castigo y se divertían compitiendo por ver quién pegaba más. Con las mismas cadenas que usaban como grillos daban golpes sin discriminar entre los cuerpos apilados; luego los hicieron desnudar y continuaron dándoles cadenazos.

Desde mi taller oía los aullidos de dolor de los torturados y los de excitación de los guardias que habían dejado de tratar eso como una sesión rutinaria de ablande y se habían cebado hasta convertirse en sádicos. Pude ver a algunos detenidos muy golpeados, especialmente los que recibieron golpes de cadena en la cara. No puedo olvidarme de uno que tenía el labio tan espantosamente hinchado que parecía la trompa de un tapir; la carne estaba tan inflamada que parecía un monstruo de una película de Bela Lugosi. Hombres y mujeres recibieron el mismo trato. Cuando comenzó la paliza tenían la ropa puesta, pero al rato se veían las prendas desgarradas y ensangrentadas; más tarde, eran cuerpos desnudos con marcas por todas partes. Empezaron a llevárselos de a uno o dos a los quirófanos para interrogarlos, mientras seguían dándoles cadenazos a los que esperaban su turno tirados en el piso. Al final eran apenas una masa de cuerpos inmóviles en el piso —ninguno se atrevía siquiera a respirar. A algunos tuvieron que llevarlos directamente a la enfermería por el estado lamentable en que quedaron. No sé cuántas horas duró todo eso. Mi recuerdo es de borbotones de golpes y alaridos que se prolongaban por quince minutos, se interrumpían un rato como si los guardias estuvieran descansando, y recomenzaban otra vez. En mi taller yo estaba prácticamente arrinconado y no me atrevía a acercarme a la puerta, aterrorizado porque esto iba más allá de la tortura habitual y los guardias se habían convertido en animales descontrolados. Para mí esa noche fue terrible, como ser parte de una película de terror. En mi recuerdo se mezcla lo que vi —el muchacho con el labio hinchado como una trompa de animal— con lo que posiblemente imaginé. Nunca pude averiguar quiénes eran esas personas, a qué grupo político pertenecían o por qué se ensañaron tanto con ellas.

Otro recuerdo persistente que tengo de incidentes que escaparon a la rutina del campo es un dilema que me tocó vivir en el Banco cuando tuve que reparar una picana eléctrica. Un día se me acercó Colores (el policía Juan Antonio del Cerro, que años después murió de un ataque al corazón en la cárcel donde estaba detenido esperando un juicio por violación a los derechos humanos) y me trajo su picana predilecta porque estaba descompuesta: "flaco, no sé qué le pasa que no anda, ¿me la arreglás?" Colores había sido estudiante de ingeniería antes de cursar en la Escuela de las Américas en Panamá y había estado infiltrado en el Partido Revolucionario de los Trabajadores haciendo tareas de inteligencia. Se jactaba de tener la mejor picana del campo y de no usar nunca las provistas por las autoridades. La suya era muy sofisticada, tal vez construida por un ingeniero amigo

o quizás por él mismo en base a sus estudios. No se la prestaba a nadie. Le había adosado un dispositivo que le permitía dejarla conectada a la víctima mientras él se ausentaba. Un temporizador la prendía y apagaba a intervalos regulares fijos: un golpe de electricidad, un minuto de descanso, otro golpe de electricidad, otro minuto de descanso, y así por horas y horas mientras Colores se dedicaba a otras cosas. Usaba este método especialmente para ablandar a los prisioneros antes del interrogatorio propiamente dicho.

Cuando me dijo que le arreglara la picana me atreví a contestarle: "no puedo, Colores". "¿Cómo no vas a poder si has reparado cosas mucho más complicadas?", me preguntó. Le respondí: "no se trata de que no pueda por una cuestión técnica; lo que pasa es que no puedo arreglar un instrumento de tortura". No había terminado de decir estas palabras cuando me asusté y pensé: "listo, aquí se termina todo, con esto me revelé como no confiable". Para mi sorpresa, Colores fue mucho más sutil de lo que esperaba y con gran tranquilidad me dijo: "¿No podés? Está bien, de aquí en adelante voy a torturar con *variac*". El *variac* es un transformador variable que va de 0 a 280. Enchufado a los 220 voltios de la pared puede llegar a dar, en tensión alterna, 280 voltios de salida, es decir que se puede usar con más o menos tensión que los 220 voltios habituales. Se usa mucho en talleres de electrónica para trabajos donde se necesita una tensión de distintos valores, porque permite controlar la salida. Si imaginamos a la electricidad como agua que pasa en mayor o menor cantidad por un conducto, el *variac* es como un caño corto y grueso que permite el paso de un gran flujo de líquido: tanto flujo como el receptor —en este caso el cuerpo humano— pueda aguantar. La picana, en cambio, sería como un caño largo pero delgado que sólo permite el paso de un limitado flujo de agua. Por eso la picana es muy dolorosa pero en general no causa la muerte, salvo que se produzca un ataque al corazón, que puede ser causado más por el miedo del que no sabe lo que le está pasando que por la electricidad misma. La picana no produce electrólisis en los tejidos y por eso es menos mortal.

Colores empezó a torturar con el *variac* y, según pasaban los días, yo veía gente que salía del quirófano en condiciones terribles, incluso en estado de coma. A los que estaban muy maltratados por lo general los llevaban a la enfermería para darles cuidados mínimos y ponerlos otra vez en condiciones de ser torturados. Colores se aseguró de que sus víctimas pasaran siempre frente a la puerta de mi taller, para que yo los viera. Noté que

muchos más prisioneros salían en estado de coma que cuando se usaba la picana normal, además de que se los veía destrozados y con quemaduras terribles en el cuerpo. Soporté ese espectáculo alrededor de una semana, hasta que no pude más y le dije a Colores: "traeme la picana que te la arreglo". Convenía que siguiera torturando con la picana que con el *variac*. Por otra parte, especulé que si Colores era incapaz de arreglarla a pesar de haber estudiado ingeniería, no se daría cuenta de lo que yo estaba por hacer. Revisé la picana y descubrí que simplemente tenía un *relay* que no funcionaba, algo muy fácil de arreglar, pero le dije que se trataba del capacitor que determina la energía de la chispa y que había que reemplazarlo. Hice que me comprara un capacitor nuevo (pero de menor valor) y lo instalé, y arreglé el *relay* que era donde estaba el verdadero desperfecto. La picana reparada quedó en perfectas condiciones de funcionar, pero producía menos energía, aunque hacía un escándalo espantoso porque la tensión seguía siendo de 12.000 volts. Colores nunca descubrió que la picana transmitía menos energía que antes y siguió usándola el resto del tiempo que estuvo en el Banco. Por mi parte, comprobé que la gente salía en estado menos calamitoso de las sesiones en el quirófano: sin que Colores se diera cuenta, la nueva picana producía menos dolor y quemaduras que la original y les permitía a los torturados aguantar mejor el maltrato.

Esto lo pude confirmar años más tarde, durante los juicios por violaciones a los derechos humanos en los que testimonié. Una señora mayor que estuvo secuestrada conmigo en el Banco y el Olimpo, de unos 75 a 80 años para la época de los juicios, escuchó mi testimonio frente al juez sobre el incidente de la picana de Colores. Poco después vino a verme a casa y tras abrazarme me dijo: "ahora entiendo, flaco, qué pasó cuando me estaban torturando en el Banco y el interrogador se quejaba porque la corriente estaba muy débil". Según esta señora el torturador estaba furioso porque notaba que la picana hacía menos efecto sobre las víctimas, y le echaba la culpa a la compañía de electricidad que supuestamente no daba un buen servicio. Hacía comentarios sobre lo mal que estaban los servicios públicos en Buenos Aires y no se daba cuenta de que estaba torturando con la picana que yo había debilitado. Siempre tuve la secreta esperanza de que mi acción sirviera de algo y esta señora vino a confirmármelo con su relato. El incidente del arreglo de la picana formó parte más tarde de una escena de *Garage Olimpo*, la película sobre los centros clandestinos de detención que hizo en 1999 Marco Bechis. Marco estuvo

secuestrado un tiempo en el Club Atlético en 1977 y logró salir con vida. Cuando decidió filmar la película un grupo de sobrevivientes lo asesoramos en la recreación de la atmósfera del centro clandestino. En una escena clave, un personaje debe optar entre arreglar una picana o dejar que sigan torturando con un cable pelado, y ése soy yo.

Otro hecho que rompió la rutina abrumadora de la vida en el Banco fue cuando se jugó en Argentina el Mundial de Fútbol en junio de 1978. Para esa época había en mi taller varios televisores en arreglo, seguramente robados en los allanamientos, y las autoridades del campo decidieron que algunos prisioneros debíamos compartir ese momento de felicidad nacional. Me ordenaron construir, al final de uno de los pasillos de celdas, una especie de tarima alta de madera sobre la que me hicieron colocar un televisor. Cada vez que jugaba Argentina les permitían a los prisioneros salir de las celdas para ver el partido sentados en el piso, con los pies engrillados y el tabique levantado. Los guardias veían los partidos junto a nosotros mientras que el resto del personal del campo lo hacía en otra parte del edificio. Quizás creían otorgarnos un privilegio al permitirnos disfrutar del campeonato, pero para mí esa pantalla de televisor era como una ventanita por la que se podía vislumbrar el exterior. Cuando veía a las multitudes gritando en los estadios o celebrando en la calle, no podía dejar de pensar que esos miles de argentinos ignoraban mi existencia de desaparecido. Los prisioneros no existíamos para ellos; y al mismo tiempo, ellos y el mundo exterior estaban desaparecidos para nosotros. Los podía ver por esa ventanita pero era como si no existieran: yo estaba borrado de su mundo y ellos del mío. Habíamos abandonado el universo cotidiano, pero los partidos nos permitían ver que la realidad exterior seguía su marcha como si nadie hubiera desaparecido, como si nadie estuviera siendo torturado.

Mientras duraban los partidos no se torturaba, pero una vez terminados se volvía a la rutina normal del campo con los maltratos y los gritos de siempre. Unos días después venía otro partido y unas pocas horas de tranquilidad, y luego otra vez los gritos y el terror. Las horas de televisión en cierto modo constituían una forma sutil de tortura, porque el mensaje implícito era que veíamos los partidos porque ellos se dignaban permitirlo: “lo ves porque somos buenos”. Y constituía una tortura el hecho que, cuando se apagaba el televisor, el mundo de la ventanita desaparecía y no teníamos idea si lo volveríamos a ver. Esto me generaba mucha impotencia y me resultaba enloquecedor por el doble mensaje que

conllevaba. Formaba parte del principio desestructurador de la personalidad: se le hacía saber al secuestrado que no era dueño de su vida y su muerte, y que ni siquiera podía decidir si ver o no un partido de fútbol. De hecho, nadie nos decía que teníamos la obligación de salir de la celda a ver jugar el seleccionado nacional y gritar sus goles, pero ¿quién se hubiera atrevido a no hacerlo? ¿Quién se hubiera arriesgado a que lo catalogaran de raro o de rebelde por no prestarse a ese simulacro de festejo? Tal vez había compañeros que preferían no ver los partidos y lo hicieron de todos modos: también eso constituyó una forma de colaboración obligada en el funcionamiento del campo porque les permitió a los guardias sentirse generosos o patriotas por unas horas. Resultó igualmente enloquecedor el hecho de que el televisor se instaló solamente en uno de los dos pasillos de celdas: la posibilidad de distraerse un rato dependía enteramente de qué pasillo le tocaba en suerte a cada uno. El televisor no se usó como premio para los prisioneros de mejor comportamiento: simplemente se escogió un pasillo al azar. Para la inmensa mayoría de los secuestrados, ver o no el Mundial dependió de la arbitrariedad con que les permitieron a algunos salir por unas horas al pasillo. Fue otro ejemplo del poder divino que se atribuían a sí mismos los torturadores: "ustedes ven televisión si nosotros queremos que la vean; nada importa que se porten bien o mal porque somos dueños de sus vidas".

Cuando se jugó el partido final por el campeonato entre Argentina y Holanda hubo prisioneros sentados en el suelo con los pies engrillados que gritaron con entusiasmo los goles que le dieron el triunfo a nuestro país. Es imposible saber qué pasaba por la mente de cada uno de ellos en ese momento, pero no puedo dejar de pensar que la mayoría de los que festejaban los goles ya estaban programados para morir en el próximo traslado. De allí el carácter siniestro de esa escena: estábamos gritando goles sin saber si nuestro nombre ya estaba en una lista para morir. Esta percepción me hacía sentir como un extraño entre mis compañeros y hacía todo aún más espantoso. Era la culminación de lo que yo llamo el doble mensaje enloquecedor de los sitios clandestinos de detención, un mensaje instalado también en la sociedad, afuera de los campos. Para quien gusta del fútbol la alegría de un gol no es individual: uno no es propietario único de ese sentimiento. Si uno se siente parte de un pueblo, una sociedad o una clase, es lógico compartir las motivaciones y alegrías del conjunto. Eso se lleva adentro incluso estando desaparecido. De allí que me sea tan difícil hoy reflexionar sobre lo que significó aquella situación del Mundial y entender o condenar

la actitud de los secuestrados que celebraban un gol en el campo, y la de las personas que lo hacían estando afuera en libertad. No recuerdo con certeza si yo mismo no grité los goles en el Banco y me puse contento. Tal vez lo hice. No me extrañaría que algún torturador me haya dicho "¡ganamos!", incluyéndome en un colectivo que abarcaba —al menos en materia de fútbol— a los torturadores, los desaparecidos y los hinchas en los estadios. Sí recuerdo, en cambio, la angustia que me causaba ese televisor, esa ventanita horrible por la que contemplaba el festejo de las multitudes: el afuera para mí era un conjunto de figuritas moviéndose en una pantalla que me mostraba una realidad a la que no tenía acceso, a la que había pertenecido y ya no pertenecía más. Los estadios llenos de gente y la masividad de las celebraciones me impresionaban y me angustiaban. Ellos estaban libres y yo no. A la vez intuía algo que elaboré después: tampoco esas personas en los estadios eran realmente libres. El país entero era una extensión del campo de concentración.

El Mundial de Fútbol me recuerda otra situación perversa y ambigua que ocurrió, meses más tarde, en otro centro clandestino. Lo cuento ahora por su semejanza con la transmisión de los partidos en el Banco. Me refiero a las insólitas funciones de teatro que se dieron en el Olimpo. Esas funciones resultaron el reverso de los partidos del Mundial, porque si con éstos tuvimos una vislumbre fantasmal del mundo exterior, con aquéllas echamos una mirada no menos surrealista al mundo cerrado que habitábamos. Fue teatro hecho por y para desaparecidos y se dieron dos o tres funciones. Se trataba de sketches con guiones sencillos donde los actores y autores— todos prisioneros— tomaban a broma distintos sucesos del campo y se burlaban de los compañeros e incluso de los torturadores, que también venían a presenciar las funciones. En un extremo de un pasillo de celdas se improvisó un telón con una frazada, detrás de la cual se cambiaban los actores. Mi trabajo fue instalar unos parlantes para la música que acompañaba los sketches. Igual que con los partidos del Mundial, los espectadores eran secuestrados sentados en el suelo, a quienes se les permitió por un rato levantarse el tabique. En el otro extremo del pasillo se sentaban, en un par de bancos de madera, los represores que deseaban presenciar la función. Supongo que la intención de los prisioneros que pidieron permiso para llevar a cabo esas funciones precarias fue aliviar momentáneamente su situación con un toque de humor, pero el resultado final fue terrible: habían sido espantosamente torturados y ahí estaban, actuando

o sirviendo de público en una representación de la misma situación en que estaban atrapados, sin saber quién de ellos ya estaba programado para el próximo traslado.

Para hacer esta escenificación de nuestra propia existencia de desaparecidos más absurda aún, un día cerraron las celdas tras la función de teatro y entró un grupo de guardias, tal vez borrachos, al mismo pasillo donde se acababa de dar la obra. Por algún motivo abrieron la puerta de una celda donde estaba una pareja y la hicieron salir entre gritos y golpes. Los guardias obligaron al hombre y la mujer a pelearse entre sí. Como no les pareció suficiente el nivel de agresión que desplegaban, les propinaron trompadas, patadas y cadenazos hasta dejarlos muy maltrechos. Mientras tanto, los que acabábamos de presenciar la función teatral con el supuesto fin de tener un rato de esparcimiento, escuchábamos aterrorizados los gritos desde nuestras celdas y nos preguntábamos si seríamos los próximos apaleados. De presenciar un entretenimiento pasamos, en cuestión de minutos, a ser el entretenimiento de guardias borrachos.

Otro hito traumático fue el cruel manejo psicológico que hizo conmigo un represor, aprovechándose de mi relación con una detenida. Era una época muy lluviosa y, a causa de las enormes goteras en el Banco, entraba agua por todos lados. Como miembro del Consejo me tocaba limpiar los pasillos con un balde y un trapo, echando una y otra vez baldazos de agua en el baño. Las celdas se inundaban y los prisioneros tenían que salir al pasillo mientras yo entraba con mi secador a hacer lo que pudiera, de forma tal que los pobres vivían prácticamente mojados. En una celda de la parte vieja que era la más afectada estaba Juana Armelín, una chica a la que decían Juanita. Era una rubia muy atractiva, de pelo corto, que en La Plata había militado en el pequeño PCMLRA (Partido Comunista Marxista Leninista de la República Argentina), del que en broma decíamos que tenía más letras en la sigla que militantes. Fue secuestrada en febrero de 1978. Un día de abril de ese año, harto y cansado de trapear pisos porque la lluvia parecía no parar nunca, estaba mascullando por lo bajo mientras trabajaba, cuando Juanita comenzó a calmarme: "tranquilo, flaco, tomátelo con calma, no te amargués". Ella tenía hijos pequeños de los que no sabía nada desde su secuestro, y se la pasaba preguntándose dónde estarían y si a su marido también lo habrían capturado. En esos momentos era ella la que lloraba y yo trataba de darle apoyo. De ese deseo mutuo de ayudarnos fue naciendo entre nosotros una relación afectiva, en los breves instantes en que podíamos hablar mientras yo hacía mi trabajo.

Uno de los jefes de guardia, el subcomisario de la Policía Federal Samuel Miara, a quien le decían Cobani, intuyó lo que pasaba entre Juanita y yo. Cobani era el jefe de la guardia (en el campo se rotaban tres equipos de guardia que servían 48 horas y descansaban 24) que casi siempre estaba a cargo cuando se producían los traslados. Era uno de los tipos más crueles y siniestros que conocí en los campos, y me entró pavor cuando me dí cuenta de que había captado lo que ocurría entre nosotros. Confirmé mis temores cuando se me acercó un día y me dijo: "flaco, ¿te gusta la rubia?" Sentí que se me movía el piso y empecé a pensar rápido alguna respuesta segura. Al cabo de una fracción de segundo alcancé a decirle: "¿y a quién no?" Con tono canchero y burlón me dijo entonces: "si te gusta, esta noche te la llevo al tubo". Así fue: esa noche se abrió la puerta de mi celda y entró Cobani con Juanita. "¿Viste, flaco?", me dijo. "Lo prometido es deuda. Juanita va a pasar la noche con vos y mañana la vengo a buscar. Que se diviertan". Apenas se cerró el candado de la puerta Juanita y yo nos pusimos a llorar y a insultar por lo bajo a Cobani, conscientes de que quería ensuciar algo que había empezado como un acto de solidaridad entre dos prisioneros. Nos pasamos la noche entera hablando: ella de sus hijos y su marido, yo de mi mujer y mi familia. Al día siguiente Cobani se llevó a Juanita sin decir una palabra, pero esa noche la volvió a traer a mi celda por segunda vez.

Recién al tercer día se reveló el juego de Cobani, cuando se produjo un traslado de prisioneros. Los traslados casi siempre ocurrían con Cobani como jefe de guardia: esta vez incluyeron a Juanita en el grupo que se iba. Cada vez que había un traslado los miembros del Consejo teníamos que quedarnos en nuestras celdas. Sólo se abrían las puertas de los que llamaban por su número para formar fila en el pasillo, como si fueran al baño, pero los llevaban en cambio a un patio donde los esperaba un vehículo. En esta ocasión, sin embargo, no me mandaron a la celda sino que me ordenaron quedarme en el taller de electrónica con la puerta cerrada. De pronto se abrió la puerta del taller y entró Cobani a decirme socarronamente: "Flaco, se va Juanita en el traslado. Me imagino que no estarás ratoneándote, ¿no?" Estaba angustiado y la cabeza me daba vueltas. Si bien todavía no estaba seguro de lo que significaban los traslados, ya tenía dudas sobre la existencia de las supuestas granjas de recuperación. En un flash se me cruzó por la mente cómo reaccionar ante la obvia provocación de Cobani. Hice fuerza y tragué, a pesar del nudo terrible que tenía en la garganta. Lo miré fijo a los ojos y le contesté con simulada indiferencia:

"Cobani, mujeres hay muchas…" Me palmeó entonces el hombro y me dijo: "bien, flaco, bien".

No sé si se sorprendió o era la respuesta que esperaba, pero me estaba poniendo a prueba. Tenía que evitar revelarle mis verdaderos sentimientos. Si me hubiera lamentado por el traslado de Juanita no sólo no la hubiera salvado sino que, además, me hubiera condenado a mí mismo. Detrás de la maldad implícita en su actitud intuí que se trataba de una prueba, y que de ella dependía mi propio traslado futuro. Parte del proceso de destrucción de la personalidad incluye eliminar en el prisionero todo sentimiento de afecto y compasión hacia el otro. Como lo sabía muy bien, al nudo en la garganta por lo que sentía hacia Juanita se le agregó el temor por mi propia vida. Me sentía en la cuerda floja. Pero faltaba lo más espantoso. De pronto Cobani me preguntó: "¿querés despedirte?" Le dije que sí. Me sacó al patio y me encontré con el espectáculo de unos veinte prisioneros, hombres y mujeres, esperando el camión, sentados en los banquitos de madera que yo había construido para la mesa del Consejo. Todos estaban sin vendas en los ojos porque no importaba que vieran caras si los iban a matar de todos modos. Los habían vestido con las peores ropas que había en la ropería, con la excusa de que en la granja de recuperación les darían uniformes nuevos. Por suerte Cobani no estaba en el patio y pude abrazarme a Juanita, llorando. Mientras la abrazaba sentía grabada a fuego la cara burlona de Cobani y me dije que si sobrevivía nunca me olvidaría de él.

Cada vez que presté testimonio ante la CONADEP, en el juicio a las Juntas y en numerosos juicios en Francia, Italia y España, relaté la historia de Juanita. Hoy Cobani está condenado a prisión perpetua por torturas, homicidios y la apropiación de mellizos hijos de desaparecidos. Poco después de llevarse a Juanita secuestraron a su marido José Ríos, de sobrenombre Tote. Su hermano Oscar Ríos (el Cabezón) y su esposa Norma Beatriz Longhi (Bea) ya llevaban un tiempo secuestrados. Tote llegó al Banco con varios balazos recibidos durante el secuestro y, todavía desangrándose, lo llevaron a la sala de tortura. Después lo internaron en la enfermería para mantenerlo vivo y poder seguir torturándolo. Su cuñada Bea integraba el Consejo y por ella me enteré de la llegada de Tote. Me resultaba imprescindible hablar con él para contarle lo ocurrido entre Juanita y yo porque en un lugar como ése toda relación afectiva, del tipo que fuera, cobraba una importancia enorme. Un día que no estaba Cobani de guardia me las ingenié para entrar a la enfermería

con la excusa de una reparación eléctrica. Me acerqué a la cama de Tote y, simulando arreglar un enchufe en la pared, le relaté todo lo sucedido. Terminé diciéndole que a su esposa Juanita se la habían llevado en un traslado, sin saber si él tenía idea de lo que eso significaba pero sintiendo que era mi deber transmitirle esa información. Con Juanita habíamos intercambiado los nombres de familiares para el caso de que uno de los dos saliera con vida, y aquí tenía a su propio esposo frente a mí. Le conté todo, sin guardarme ningún detalle de las dos noches que pasamos juntos en mi celda. Tote me puso una mano en la rodilla y me dijo: "gracias, vos le serviste de continente". No pude contener las lágrimas: ese hombre baleado y torturado, que reaccionaba de esa manera ante la noticia de que su mujer había pasado la noche con otro, era de oro puro. Mi permanencia en la enfermería no se podía prolongar demasiado tiempo y la conversación duró apenas unos pocos minutos que me parecieron eternos. Poco después trasladaron a Tote.

Hasta el día de hoy creo que lo que me ocurrió con Juanita y Tote fue de las peores cosas —peor que la tortura física— que me tocó vivir en los campos. Una de las peores y una de las más profundas. Dentro de los campos cualquier tipo de afecto que se pudiera lograr era tremendamente importante y siempre me apoyé en eso. Eran cruciales el afecto hacia otro prisionero, los afectos pasados y los que uno imaginaba en caso de salir vivo. Siempre fui negado para el afecto, el tipo de persona que no le dice al otro lo que siente, que no exterioriza las emociones y nunca llora en público. Descubrí en los campos algo que creía inexistente en mí. No sólo la importancia de preservar los pequeños afectos que podía encontrar sino también lo que se puede transmitir a través de códigos sutiles: ir caminando al baño con los ojos vendados y los grillos puestos y sentir de pronto la mano de un prisionero atrás mío que me aprieta el hombro con una presión que lo dice todo. Un susurro, un sonido o un suspiro pueden ser señales muy claras en esa situación. De ahí la poderosa conexión que tuve con Juanita a pesar de que duró apenas tres o cuatro días.

Cuando repaso la actitud de Cobani al descubrir el lazo entre nosotros, y cómo trajo a Juanita dos noches a mi celda con una postura cómplice y falsamente paternalista, me doy cuenta de que alentó esa relación para herirnos en lo más profundo. Como responsable de los traslados él sabía perfectamente que en pocos días se la iban a llevar. Sabía que lo considerábamos uno de los represores que más miedo infundía, y su comportamiento en apariencia bonachón respecto al "secreto" entre Juanita y yo encubrió un nivel de

perversidad único. Cobani hizo muchas cosas terribles pero una anécdota en particular muestra qué clase de individuo era. Un día trajeron a una chica muy bonita y, después de picanearla durante varias horas, la dejaron desnuda atada a la parrilla. Los torturadores se fueron del quirófano y la dejaron sola con sus pensamientos para que se preguntara si no le convenía hablar, una técnica de ablande muy común. Cobani aprovechó que los interrogadores no estaban, cerró la puerta del quirófano y la violó allí mismo sobre la parrilla donde estaba atada en cruz. Al rato volvieron los torturadores y siguieron con su tarea mientras Cobani se iba tranquilamente a continuar sus cosas. En otra ocasión se puso muy violento con un muchacho porque su esposa, también secuestrada, se negaba a acostarse con Cobani por las buenas. Como la mujer se negaba una y otra vez, en vez de violarla trajo al marido y delante de ella lo deshizo a golpes. El recuerdo de Cobani me persiguió por mucho tiempo. Llegué a fantasear con salir en libertad y buscarlo para matarlo, incluso soñé con torturarlo para que me dijera qué había pasado con Juanita. Pero esa fantasía me duró poco. Me di cuenta de que si pensaba así no era diferente a él. Mejor era contribuir a que pagara algún día con la cárcel toda su maldad.

Cuando salí en libertad traté por mucho tiempo de encontrar a la familia de Juanita, Tote, Oscar y Bea para contarles lo que vi. Con Juanita nos habíamos intercambiado información aquellas dos noches que pasamos juntos, pero todo lo que podía recordar era que provenía de Gualeguaychú y que sus hijos se llamaban Camilo y Silvia. Durante años intenté sin suerte usar ese dato para llegar a alguien. Un día estaba hablando con estudiantes de la Universidad de La Plata donde yo había estudiado y enseñado. Cierto comentario sobre una pareja de hermanos cuya madre había desaparecido me hizo entender que se referían a Juanita Armelín. Así pude conseguir el teléfono de Silvia, la hija de Juanita que entonces vivía con su abuela materna, y la llamé con cierto nerviosismo. Cuando me atendió le dije que había estado con su madre en sus últimos días de vida y que quería conocerla para contarle todo. Se quedó paralizada y por un rato no pudo decir nada. Por fin empezó a hacerme preguntas, al comienzo con desconfianza porque no tenía idea de quién era este desconocido que aparecía de la nada. Por suerte era amiga del matrimonio Falcone y la tranquilicé diciéndole que ellos podían dar fe de mí: los Falcone eran unos señores mayores, muy conocidos en La Plata, que habían salido en libertad del Banco y fueron los primeros en hacerle saber a gente de confianza que me habían visto con vida en

un campo. La hija de Juanita los conocía y eso me permitió aclararle las dudas que sentía ante mi sorpresiva llamada.

El primer encuentro se produjo en su casa. No sé quién lloraba más: yo la veía llorar entre mis propias lágrimas. Quería saber de qué hablaba Juanita en sus últimos días y si mencionaba mucho a sus hijos. Al igual que con Tote cuando llegó herido a la enfermería del Banco, le conté del intenso afecto que Juanita y yo alcanzamos a sentir en esas pocas horas compartidas en la celda. Ese detalle la consoló porque le permitió conectarse con su sufrimiento y con una dimensión afectiva de su madre imposible de imaginar en semejante sitio. La tranquilizó mucho comprender que, aún en la situación de secuestro en un campo clandestino, su madre había podido mantener hasta el último momento un sentimiento humano. En encuentros posteriores pude hablar con el hijo de Juanita y con un hermano de Tote y Oscar, el único de los Ríos que quedó vivo. Con el paso del tiempo me hice bastante amigo de Camilo y Silvia. Camilo viajaba a menudo de La Plata a Buenos Aires para charlar sobre su madre, su padre y sus tíos desaparecidos, y yo viajaba a La Plata a visitarlos. Cuando Silvia se casó me invitó a la boda. Otras veces nos juntamos a comer asado en la quinta de sus amigos.

El secuestro y desaparición del núcleo familiar constituido por José y Oscar Ríos y sus respectivas esposas, Juanita Armelín y Norma Beatriz Longhi, es emblemático de lo que pasaba en los campos y de cómo operaban los grupos de tareas. La patota del Club Atlético, que después pasó al Banco, se encargaba, como casi todos los grupos represivos, de perseguir sobre todo a militantes de Montoneros y del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Además tenía asignada la tarea de destruir al Partido Comunista Marxista Leninista de la República Argentina (PCMLRA), un grupo pequeño del que prácticamente el 90% desapareció. Fui testigo de cómo primero llegaron al campo Oscar y Bea, después Juanita, por último Tote. Todos cayeron en poder de la patota y a todos los trasladaron, incluso a Bea que formaba parte del Consejo y estaba encargada de tareas de limpieza. El traslado de Juanita se produjo poco antes de que llegara al campo Tote, y éste posiblemente nunca llegó a ver a su hermano Oscar (a pesar de que su celda y la enfermería donde estaba Tote quedaban a pocos metros de distancia). Bea, en cambio, tenía una relativa libertad de movimiento como integrante del Consejo y pudo comunicarse con su esposo Oscar e

incluso alentarlo con unas palabras de cariño y una manta extra. Es posible que Bea llegara a ver a su cuñado Tote en la enfermería, aunque no me consta.

Lo que me parece sintomático de esta historia es cómo la colaboración, en el grado que fuere, no garantizó la supervivencia de nadie. Bea trabajaba en el Consejo, Juanita mantuvo un perfil bajo, a Tote lo torturaron estando herido de bala y Oscar sufrió torturas sangrientas sin decir palabra. Todos tuvieron el mismo destino final: el traslado. Es igualmente sintomática la falta de lógica por la cual Bea pasó a formar parte del Consejo y los otros no. Salvo ejemplos muy específicos de gente que les fue útil por razones particulares (en mi caso por los conocimientos de electrónica y mecánica), la mayoría terminó haciendo tareas de mantenimiento por causas que sólo los torturadores sabían. ¿Eligieron a Bea y no a Juanita para hacer tareas de limpieza por algo que aquella dijo o no dijo en la tortura? ¿Tiraron una moneda o los dados para decidir entre una y otra? ¿Vieron algo en Bea que no vieron en Juanita? No lo sé y posiblemente nadie lo sepa jamás.

Hablar con Camilo y Silvia fue difícil pero liberador porque sólo tenía cosas buenas que contarles sobre sus padres. Sin embargo, no siempre es así y a veces el sobreviviente debe enfrentarse al dilema de qué transmitirles a los familiares cuando hay secretos terribles de las víctimas de por medio. Se han dado casos en que el sobreviviente opta por no relatarle al hijo de un desaparecido ciertos actos relacionados con su padre o su madre. Este dilema se me presentó cuando conocí al hijo de aquella muchacha que violó Cobani cuando la dejaron atada a la parrilla entre sesiones de tortura. Ella sobrevivió y fue testigo en los juicios por violaciones a los derechos humanos. Pero una sola vez se atrevió a decir en público, ante las cámaras de televisión, que había sido violada, porque sabía que su hijo estaba viendo el programa. Nunca más volvió a denunciar el incidente y se limitaba a repetir: “eso ya lo he dicho, no me lo pregunten más”. En un caso así, ¿qué podía yo decirle al hijo? Cuando lo conocí y hablé con él traté de poner el énfasis en el poder de los torturadores y la indefensión de las víctimas, pero es un tema intratable. También me sería imposible hablarle al hijo de un militante (cuyo nombre me reservo) que se convirtió en uno de los peores colaboradores. Torturó a sus compañeros y a pesar de eso hoy está desaparecido. A ese hijo debo ocultarle la historia de su progenitor porque nada gana con conocerla y no tengo derecho a hacerle cargar con la cruz de lo que hizo su padre. No hay que olvidar que la tortura no fue un hecho individual, a través de las víctimas se buscó

torturar a la sociedad toda. La violación o la transformación de un militante en torturador se prolongan en el sufrimiento de sus hijos y en la sociedad que los rodea.

En casos así siento que debo callar nombres y detalles para evitar que el ciclo de tortura se perpetúe en los hijos. Es diferente con los colaboradores sobre los que existen testimonios de sobrevivientes que fueron torturados por ellos: éstas son historias de dominio público. Es el caso del Tano (Oscar Alfredo González) y Cristoni (Horacio Cid de la Paz), que no sólo ayudaron a torturar sino que se esmeraron en proveer la mejor tarea de inteligencia posible para contribuir al desmantelamiento de las organizaciones militantes. Cuando en 1996 se formó la organización H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio), ésta no sólo incluía a hijos de los desaparecidos sino también de los sobrevivientes y exiliados. Cuando un hijo del Tano quiso integrarse a la agrupación, algunos hijos de sobrevivientes que habían denunciado el comportamiento de aquél no le permitieron ingresar porque su padre había sido un torturador. Fue una decisión muy dura y no sé qué hubiera hecho en su lugar. No es el único caso de un hijo que se entera de que su padre tuvo una conducta deleznable y llegó a torturar gente, pero no debemos olvidar que ese padre también fue antes que nada un torturado. No hay peor cosa que ser torturado por un ex compañero que poco antes arriesgó la vida con uno y creyó en las mismas cosas. Sigo pensando que quien tortura a un compañero de algún modo se está torturando a sí mismo y sufre por eso, lo sepa o no.

La vez que salí al patio para despedirme de Juanita fue la segunda oportunidad que tuve de estar un rato al aire libre en el Banco. El patio estaba rodeado de paredes altas con trozos de vidrio en el borde para impedir que alguien se trepara. En un extremo había un portón de hierro por el que entraban y salían los vehículos. Allí fabriqué los bancos de madera, porque era el único lugar del edificio donde había espacio suficiente para serruchar y martillar sin problemas. En esa ocasión llevaba varios meses sin ver el cielo y, mientras armaba los bancos, aproveché para levantar la vista hacia la inmensidad azul y constatar de paso que estábamos bajo el trayecto de aviones que se dirigían al aeropuerto de Ezeiza. Eso me permitió imaginar la ubicación aproximada del Banco, que pude confirmar años después cuando volví junto a la delegación investigadora de la CONADEP. Después de lo de Juanita tuve otras oportunidades de salir al patio: me hacían acompañar a un prisionero que sabía de mecánica automotriz para que lo ayudara a reparar sistemas eléctricos en los

vehículos que usaban para los secuestros, así como en los de uso personal. Muchas veces nos dejaron solos, sin guardias a la vista, pero yo sabía que por los techos circulaban hombres armados que constituían el perímetro de seguridad exterior. Era impensable considerar escaparme: en medio de la incertidumbre y el desconocimiento del entorno un prisionero no está en condiciones de planear una fuga. Debía luchar por mantener mi identidad dentro del campo, pero pensar en el mundo de afuera estaba más allá de mis posibilidades. La única batalla posible era la que libraba día a día por sobrevivir veinticuatro horas más; trasponer una pared coronada de trozos de vidrio y escapar a la vigilancia de los guardias armados me era sencillamente impensable. De modo que me conformaba con hacer mi trabajo y aprovechaba para respirar un poco de aire puro en el patio.

Esa barrera psicológica de no poder concebir la fuga la experimenté también cuando una vez me llevaron a "lanchear", es decir a recorrer las calles para obligarme a marcar a algún compañero de militancia que tuviera la mala suerte de cruzarse conmigo. Yo no pensaba marcar a nadie pero siempre corría el riesgo de cruzarme con alguien que me reconociera e hiciera un gesto que lo delatara, en cuyo caso no sólo lo secuestrarían a él sino que me volverían a torturar a mí por no haberlo marcado. En esa ocasión dos hombres armados y vestidos de civil me llevaron a caminar por Parque Patricios. En un momento dado alcancé a vislumbrar a Raúl, un gran amigo mío que venía hacia nosotros sin mirarnos. Yo estaba aterrorizado de que Raúl me viera e hiciera un gesto que lo denunciara, pero por suerte pasó distraídamente a nuestro lado y no hice nada que pudiera alertar a los guardias. Supongo que podría haber intentado una fuga en ese preciso instante: salir corriendo después de empujar a los guardias. Pero desconocía quiénes formaban parte del operativo, si había otros hombres armados cerca o si uno de los autos que pasaban por la calle iba ocupado por miembros del grupo de tareas. Lo único que sabía con certeza era que había dos guardias acompañándome: el resto era pura especulación. Ante eso, la fuga equivalía casi seguramente a la muerte. Años después, ya en libertad, me reencontré con Raúl y le conté lo cerca que estuvo de desaparecer si me hubiese reconocido. Se quedó paralizado de la impresión.

No sé por qué mis interrogadores escogieron Parque Patricios para lanchear. Supongo que en base a su trabajo de inteligencia creían que en esa zona podía haber

alguien que me conociera. Antes de dejar el campo me dijeron: "vas a salir y nos vas a decir si reconocés a alguien". Por supuesto les dije que sí, sabiendo que no lo iba a hacer: no tenía ninguna intención de quedar como un valiente ante ellos y me conformaba con saber, en mi fuero íntimo, que no iba a colaborar delatando a compañeros. Para los interrogadores era imposible saber quién iba a marcar gente y quién no, quién simulaba la colaboración y quién la prestaba de verdad. Supongo que en mi caso me tenían confianza porque hacía tareas de mantenimiento y no me mostraba confrontativo. Mi actitud era "amistosa" pero no sumisa. Cuando podía los trataba como se trata a los amigotes, usando un vocabulario lunfardo para sonar como uno más del montón: "¡andá a cagar, este repuesto que me trajiste no sirve para nada!" O si no: "¿y me vas a pagar el arreglo que te hice con un par de cigarrillos? ¡Dame por lo menos un atado!" En aquella ocasión de la salida a Parque Patricios hacía meses que no veía la calle. Cuando me sacaron la venda, ya entrando a la ciudad, me sentí como un turista que por primera vez llega a París y todo le produce asombro. Estaba ansioso por ver si la ciudad seguía como la recordaba o si algo había cambiado. Al mismo tiempo no me podía sacar de encima la sensación de que estaba siendo cómplice en una representación. Quien lanchea no debe despertar sospechas entre los transeúntes, cosa nada sencilla. Los guardias visten al prisionero de la mejor forma posible pero es evidente que algo no encaja: el que viene de un campo de concentración está pálido, mal afeitado y con ropa que seguramente no es de la medida correcta.

Algo más surrealista aún me pasó en otra salida del campo que ocurrió cuando todavía estaba en el Club Atlético. Mi secuestro se produjo porque la novia de mi compañero de vivienda, que estaba entonces en México, dio bajo tortura nuestra dirección; luego la obligaron a llamarlo a México por teléfono para atraerlo de vuelta al país con engaños y, cuando él volvió, terminó secuestrado en el Club Atlético. Un día, como parte del trabajo de inteligencia por el cual intentaban convencerlo de colaborar, nos llevaron a los tres a una parrilla ubicada junto a una iglesia muy conocida en el barrio de Belgrano. Ibamos mi compañero de vivienda (al que llamábamos el gordo Mariano), su novia (conocida como la Rubia Mireya) y yo, acompañados de un grupo de torturadores entre los que se contaban el Padre, Soler, Pepona y dos o tres más. Nos hicieron rasurar con una maquinita de afeitar frente al acero pulido que hacía las veces de espejo y nos dieron una ropa algo más decente que la que llevábamos a diario en el campo. Estábamos comiendo

carne y tomando vino con la patota de torturadores, sin atrevernos a hacer nada en medio de los otros comensales que ignoraban lo que sucedía a su lado, cuando se me hizo más patente que nunca nuestra condición de desaparecidos: rodeados de gente que no nos veía e incluso nos hubiera ignorado si intentábamos llamar la atención gritando o tratando de correr, estábamos tan desaparecidos en ese restaurante como en el campo clandestino. Estábamos en un restaurante pero en realidad no estábamos allí; no me sentía "afuera" del campo aunque estuviéramos más allá de sus muros. El mozo nos servía asado, chorizos y ensalada, tomábamos vino y agua mineral, pero cuando regresamos al Club Atlético no sentí que "volvíamos" al campo: en realidad nunca salimos de él, ni siquiera durante el par de horas que duró la comida. Para mí ese restaurante fue como un escenario de teatro: parecía que había estado en un lugar público pero no me había movido del campo.

Esa experiencia profundizó, tal vez más que ninguna otra, mi comprensión de lo que significa estar desaparecido. La sensación de sentirse perdido para el mundo es muy difícil de describir. Todavía hoy me cuesta poner en palabras lo que sentía entonces; tal vez la misma perplejidad de quien hoy lee este relato es la que sentía yo. Recuerdo que en la enfermería del Club Atlético, en el sótano del edificio, había un ventanuco alto que daba a la avenida Paseo Colón por el que se veían pasar las sombras de las piernas de personas caminando. Esas personas que pasaban por la vereda casi podrían habernos tocado si hubieran sabido que a un par de metros bajo tierra estábamos nosotros. Pero no lo sabían. Estábamos en el mundo pero afuera de él. Ese mismo mundo exterior del cual yo había desaparecido es el que vislumbré por televisión cuando nos permitieron ver el Mundial de Fútbol. En el televisor colocado en medio del pasillo se veía gente gritando en los estadios y recorriendo las calles de Buenos Aires con banderas. No era que el mundo había desaparecido para nosotros sino que nosotros no existíamos para el mundo: el televisor era como una ventana que daba a esa realidad en la cual yo no existía. Veía a toda esa gente celebrando, la mayoría de la cual no tenía idea de que nosotros estábamos secuestrados, y me parecía estar en otro mundo. Pero no estaba en otro mundo: estaba muy cerca de allí y eso era lo terrible. Quien está desaparecido siente que no sólo está desaparecido para los demás, para los que no saben de la existencia de los campos de concentración: está desaparecido para si mismo.

5. El Olimpo

> Calle Ramón Falcón y Olivera. Floresta. Capital Federal […] Un tinglado de chapa de unos 10 metros de altura cubría casi todas las dependencias. Estas eran nuevas, de unos 3 metros de altura, con techo de cemento, donde estaban dos o tres guardias […] Un sector de incomunicados con grandes ventanas ojivales, tapadas con mampostería, dejando libre sólo una parte superior. Salita de torturas, letrinas. Del otro lado otra sala de torturas, una celda, un laboratorio fotográfico y dactiloscópico, una oficina de operaciones especiales. Una cocina y un comedor enfrente. Una enfermería para curaciones y otra para internaciones. Sala de archivo y documentación, otra para rayos X. Tres pasillos con celdas, cada línea de celdas tenía un baño con una cortina como puerta, en la tercera línea había un lavadero y duchas. Un cuarto de guardia con ventana hacia la playa de estacionamiento. Una habitación mayor se usaba para reparar los artículos del hogar, eléctricos y electrónicos robados en los allanamientos.
>
> Comisión Nacional Sobre la Desaparición de Personas, *Nunca Más* (80)

Después de poco más de siete meses en el Banco, a los que se suma el mes y medio en el Club Atlético, llegué al Olimpo a comienzos de agosto de 1978. En menos de un año había pasado por tres centros clandestinos de detención. No sabía que en este nuevo campo permanecería otros cinco meses, hasta enero de 1979. Unos días antes se había producido, en el Banco, el último traslado de unos cincuenta a ochenta secuestrados, entre ellos Juanita Armelín. Después supe que el Olimpo estaba en la calle Ramón Falcón, en Flores, un barrio de la Capital Federal. Su nombre proviene de una inscripción escrita en la pared de un quirófano y asimismo en el sector de inteligencia: "Bienvenidos al Olimpo de los Dioses", firmado por "Los Centuriones": un ejemplo más de cómo los represores se sentían dueños de nuestra vida y nuestra muerte. Parecía ser un lugar más estructurado porque, si bien había cierta improvisación, existía un diseño: estaba pensado para campo de concentración. Allí entendí que el Banco había sido concebido como un lugar temporario después de cerrarse el Club Atlético, mientras que este nuevo sitio era lo que realmente tenían en mente como lugar ideal para los secuestrados. Apenas llegamos reconocimos algunos objetos pertenecientes al Club Atlético, como las puertas de las celdas, los platos de aluminio con el sello de la Policía Federal y otros adminículos que nos resultaron familiares. Esto lo comentamos entre los miembros del Consejo y luego lo confirmamos con los pocos presos antiguos que venían con nosotros del Club Atlético.

Estos compañeros habían sido mantenidos con vida por razones de inteligencia, ya que el promedio típico de sobrevida era de muy corta duración. Cuando se vació el Banco

fueron no más de cuarenta o cincuenta los prisioneros mudados al Olimpo, entre ellos una decena de integrantes del Consejo. Digo "mudar" con plena conciencia de la palabra para no emplear el término "trasladar", que para mí se asocia con un viaje cuyo destino final era la muerte. Calculo que el Banco llegó a contener unas ochocientas personas; apenas medio centenar fuimos a parar al Olimpo. La mudanza era inminente y se sentía en el aire, se percibía en el ambiente una o dos semanas antes por alguna confidencia de un represor a un miembro del Consejo. Intuíamos que el Banco no era un campo de concentración definitivo y que, tarde o temprano, nos llevarían a uno más permanente. Incluso creo recordar que se rumoreaba la construcción de un nuevo campo, sin la precariedad que tenía el Banco por sus goteras y problemas de edificación. No quiere decir que pensaran en nuestra comodidad, por supuesto, sino en un mejor funcionamiento de aquello que los represores por lo general llamaban "el pozo": la palabra "pozo" se refería a cualquier sitio de detención, a tal punto que cuando escuché el término por primera vez, en el Club Atlético, creí que era porque estaba en un sótano; sólo más adelante comprendí que todos los campos eran "pozos", estuvieran o no bajo tierra.

La mecánica de la mudanza fue semejante a cuando nos llevaron del Club Atlético al Banco. Nos subieron en dos o tres autobuses con las ventanas pintadas o tapadas. Esta vez, por ser del Consejo, me tocó llevar puesto solamente un tabique, a diferencia de otros prisioneros que iban engrillados y tabicados. Al llegar percibimos de inmediato que se trataba de una construcción nueva. No tenía ese aire de las casas recién terminadas que huelen a pintura y donde todo se siente limpio y fresquito, sino el olor de una obra con el revoque fino, recién aplicado en las paredes, todavía fresco. No estaba pintado, por lo que más tarde nos tocó pintar algunos sectores. Los pisos eran de cemento, sin el acabado fino que uno espera encontrar en un lugar destinado a alojar seres humanos; no era precario pero parecía un galpón o el depósito de una fábrica. Nos llamaron la atención los techos relativamente bajos que en algunos lugares podíamos alcanzar con la mano, así como unos tragaluces enrejados en lo alto que dejaban pasar el aire pero no la luz. Se escuchaban pasos de guardianes sobre nuestras cabezas y recién más adelante, cuando reconocí el lugar con más detenimiento, entendí el porqué de esa extraña edificación: las celdas y demás instalaciones estaban en realidad construidas debajo de un techo alto estilo galpón industrial, como si se tratara de un edificio adentro de otro. Después supimos que era un

inmenso edificio de la Policía Federal que ocupaba casi toda una manzana usado para la inspección, registro y numeración de automotores, con altos techos de chapa de zinc en forma de dientes de sierra sostenidos por una estructura de hierro. Debajo de los techos habían construido, en cemento, el nuevo campo de concentración lindante con la calle Fernández. Una vieja pared, posiblemente anterior a la construcción del galpón policial, exhibía ventanas altas y angostas que culminaban en un semicírculo en la parte superior. Esas ventanas estaban casi completamente tapiadas con ladrillo, con la sola excepción de un pequeño ventanuco en la parte superior del semicírculo que dejaba pasar algo de luz.

Sobre esa pared que daba a la calle Fernández instalaron mi pequeño taller de electrónica con las mismas herramientas que venía usando en el Banco. El taller tenía una puerta que se abría a una especie de hall o patiecito interno frente al cual se ubicaba una pequeña oficina de inteligencia perteneciente al Batallón 601 de Inteligencia. Este grupo no tenía un campo propio, pero hacía secuestros y trabajos de inteligencia con celdas prestadas por las autoridades del Olimpo, para que mantuvieran allí a sus propios prisioneros. A un lado del taller de electrónica había unos baños y, más allá, a lo largo de un pasillo al que sólo tenían acceso los guardias y un miembro del Consejo que distribuía la comida, un sector de ocho o diez celdas para los incomunicados. En realidad todos los prisioneros estaban incomunicados: esas celdas eran, más bien, para gente a la que se le impedía todo contacto con los otros detenidos. En el sector de celdas normales siempre existía la posibilidad de hablar con algún integrante del Consejo durante el reparto de comida, o con alguien de otra celda cuando había una guardia más relajada. Los incomunicados del sector especial, en cambio, estaban siempre de a uno por celda (el resto a veces compartía de a dos, por falta de espacio) y su único contacto humano era con los guardias y los interrogadores. Esos presos debían convivir las 24 horas del día con los gritos que se escuchaban en las dos salas de tortura contiguas que daban a la pared sobre la calle Fernández.

Del sector que incluía mi taller, los baños y las celdas de incomunicados, salía una especie de pasillo que conducía a otra zona amplia con varias oficinas. En una de ellas solían reunirse Soler, el Turco Julián y otros represores que decían especializarse en trabajos de inteligencia sobre lo que ellos llamaban la conspiración sionista. Allí guardaban ficheros y centralizaban información sobre prisioneros judíos y todo lo que tuviera que ver

con el sionismo o lo que ellos llamaban el judeo-marxismo. Es de recordar que si bien los judíos constituyen un dos por ciento de la población argentina, alrededor del diez por ciento de los desaparecidos fueron de ese origen; el trato que les dieron fue particularmente salvaje porque, además de interrogarlos sobre sus actividades políticas o gremiales, trataban de extraerles información sobre la supuesta conjura sionista de alcance mundial. A Rebeca Sakolsky, por ejemplo, la obligaban a cantar de modo denigrante por ser judía; en otra oficina cercana que servía a veces de sala de tortura, el Turco Julián mató brutalmente a un maesto judío. Doblando hacia la izquierda salía otro pasillo con varias puertas. Entre ellas, una daba al lugar que usábamos como comedor y lugar de descanso para los miembros del Consejo. Esta habitación contaba incluso con un televisor, algo que no vi en ningún otro campo. Frente al comedor estaba la cocina donde a veces trabajé preparando comida y, en otra zona, la enfermería con dos ambientes comunicados: una habitación grande con camas y un pequeño lugar que llamaban el archivo. Por último, estaba la sala de inteligencia donde los interrogadores se reunían y guardaban carpetas, comunicada a su vez con el archivo. Más allá, en otro sector, las aproximadamente ochenta celdas donde mantenían al resto de los prisioneros.

Llegué a familiarizarme con todo este sector gracias a que mi trabajo me permitía una relativa libertad de movimiento. En el Olimpo hice de todo: cociné, reparé automóviles, arreglé un tanque cisterna y muchas cosas más. Eso me daba la excusa para ingresar de vez en cuando a ciertas áreas restringidas como la sala de inteligencia. No podía estar allí cuando se reunían los interrogadores, pero a veces tenía que limpiar o hacer alguna reparación y aprovechaba para espiar. En la sala de inteligencia alcancé a ver sobre la pared, desplegado como si fuera un gobelino, algo que venía del Banco: un inmenso paño rojo, cuadrado y con un círculo blanco, con una swastika en el medio. En el cuartito que funcionaba como archivo vi estantes y cajoneras metálicas que contenían las carpetas con los datos de los secuestrados y sus organizaciones. Era muy riesgoso investigar más en detalle y no se me ocurrió jamás tratar de acceder a esa información. Ante todo por miedo a lo que pudiera ocurrirme si me sorprendían, pero también porque todavía creía que no saldría con vida del campo porque estaba condenado al traslado. No podía hacer nada para cambiar el curso de los acontecimientos y la muerte era simplemente cuestión de tiempo. Para mí, insisto, la vida se había acabado y cada día me levantaba con la sola esperanza de

llegar al día siguiente. Si la misión de mis captores era matarme, la mía era tratar de sobrevivir una jornada más, aprovechando que no esperaban nada de mí salvo servirles para hacer reparaciones. Desde ese punto de vista, no veía ninguna utilidad en arriesgarme para contrabandear información secreta que en última instancia nunca podría sacar afuera. Eso mismo me hacía pensar que les importaba poco y nada que yo fisgoneara; de todos modos, no quería arriesgarme a que se vieran compelidos a reemplazarme por otro. Creo incluso recordar —no estoy seguro si la memoria me traiciona— que cierta vez un prisionero me pidió que entrara al archivo y buscara un dato sobre él que le serviría para el caso de ser interrogado nuevamente. Le dije que no porque hubiera necesitado horas para bucear en el mar de información que contenían las carpetas y, a lo sumo, disponía de minutos para entrar al cuartito sin que me vieran.

En el Olimpo tuve que comenzar a ambientarme a mi nueva "casa". Las celdas típicamente albergaban a dos personas, aunque llegaron a contener a tres en épocas de mucho movimiento. Eran rectángulos de tres metros de largo por un metro y medio de ancho, con dos planchas superpuestas de hormigón armado para las colchonetas de gomaespuma en que dormían los detenidos. Tenían una puerta de chapa de acero y una pequeña mirilla, y arriba un tragaluz enrejado dejaba pasar el aire pero no la luz natural. Por lo general los miembros del Consejo compartían las celdas de a dos. En mi caso me las ingenié para estar solo buena parte del tiempo gracias a mi trabajo nocturno en el taller de electrónica. Otro privilegio del que gozaba era que, si bien usaba el baño común de los prisioneros, podía hacerlo cuantas veces quisiera porque mi puerta estaba casi siempre abierta. Podía recorrer varias veces al día esa distancia de pocos metros que separaba mi celda del taller; a veces iba más allá aún, al lavadero a reparar un lavarropas o a otra parte del campo para arreglar alguna instalación eléctrica.

En una ocasión trabajé varios días en un tendido eléctrico en el casino de suboficiales que estaba en un primer piso fuera del sector de prisioneros. Se trataba de una instalación nueva y tuve que hacer un proyecto bastante complejo con luces, cableados y tomacorrientes, para lo cual mandé a comprar materiales. La mayor parte del tiempo la pasaba en un salón que daba a la calle Fernández, que se veía por una ventana del primer piso. Aprovechando los ratos que me dejaban solo, miraba por la ventana y veía algo que me llamaba poderosamente la atención. Cruzando la calle se levantaba una vieja casa de

dos pisos, típica de los barrios de Buenos Aires, con un balcón que tenía una característica insólita: no correspondía a puerta o ventana alguna, como si lo hubieran corrido después de construir las aberturas. Cuando, años más tarde, volví al Olimpo como parte del equipo de la CONADEP que hacía el reconocimiento de los campos para el juicio a las Juntas militares, uno de mis objetivos era ofrecer datos que sirvieran de prueba incontestable de que yo había estado secuestrado en ese lugar, que recién entonces se comenzaba a conocer como ex sitio clandestino de detención. Antes de la visita hablé del balcón que me había llamado tanto la atención y, cuando comenzamos a recorrer la calle Fernández, aparecieron primero las ventanas tapiadas del Olimpo, que había visto desde adentro, y después la casa del extraño balcón. Nunca supe por qué esa casa tenía un balcón tapiado o si alguna vez hubo una ventana que luego se clausuró, pero ese curioso detalle me sirvió para demostrar la veracidad de mi testimonio.

En el casino de suboficiales pasé un tiempo instalando el cableado eléctrico y haciendo otras tareas menores, como poner estantes en una pequeña cocina. Un guardia me acompañaba hasta allí y a veces me dejaba trabajando solo. Frente a esa ventana me pregunté muchas veces si debía huir. La ventana era relativamente alta pero podía alcanzarla sin demasiado esfuerzo; si bien estaba cerrada y tenía vidrios no había barrotes, porque estaba en un sector del edificio que no alojaba prisioneros. No sabía si las hojas de la ventana estaban clavadas. Como cada tanto venía el guardia a controlar si necesitaba algo, tampoco sabía en qué momento podía sorprenderme tratando de abrirla. Miré hacia afuera muy a menudo y tuve la fantasía de escaparme pero, como otras veces a lo largo de mi cautiverio, varias cosas me detuvieron. Una, la certeza de que no iba a llegar muy lejos si rompía el vidrio y me tiraba desde el primer piso. Además, aún sobreviviendo, no estaría en condiciones de enfrentarme a la fuerza superior de ellos. Otro problema era la advertencia que me habían hecho en el Club Atlético, cuando me hicieron saber que conocían todo sobre mi familia: “Vos tenés un sobrino que se llama Facundo, otro Federico, tu sobrina se llama Cecilia y tu hermana Eloísa. Sabemos exactamente dónde viven. Vos elegís si querés que mañana mismo los traigamos a todos acá y los torturemos a ellos en vez de a vos”. Me dieron datos tan precisos sobre mis familiares, incluso al punto de describírmelos físicamente, que no dudé de lo que eran capaces.

Para mí el campo se extendía mucho más allá de las paredes del edificio donde estaba secuestrado: el país entero era una inmensa prisión y si me escapaba era sólo para cambiar un lugar del campo por otro. La única diferencia entre el afuera y el adentro era que la gente que caminaba por la calle no tenía conciencia de estar presa y yo sí. En ese sentido, tirarme por la ventana hubiera significado algo así como salir de la prisión para caer en el patio de la prisión. Una vez más sentía que mi única posibilidad de triunfar sobre ellos era permanecer vivo y que, cuanto más tiempo lo lograra, más ganaba yo y más perdían ellos. Es difícil explicar hoy para qué quería permanecer vivo. Yo mismo no lo entiendo del todo y quizás el motivo esté enterrado en mi inconsciente. En aquel entonces creía que la forma de ganarles era permanecer vivo el mayor tiempo posible: dos horas, dos días o dos años representaban mi triunfo sobre ellos, ya que las fuerzas no eran parejas y no tenía otra manera de vencerlos. Aunque apenas fuera por un día más, era yo quien decidía no dejarme matar. En nuestra cultura existe la idea de que la muerte del héroe representa una victoria, tiene un significado social mayor. Pero ahí adentro mi muerte era mi muerte y nada más, sin trascendencia: pasaría desapercibida dado que estaba desaparecido. Mi muerte no alteraba nada, el sistema seguiría exactamente igual.

Durante los primeros años de cautiverio estuve convencido de que a la larga terminarían por matarme. Pero, insisto, como la decisión de mi muerte estaba en sus manos lo único que podía controlar era la lucha por extender mi sobrevida. Ya que no podía decidir que no me mataran, podía al menos intentar que no me mataran *hoy*: que desistieran de matarme hoy aunque lo hicieran mañana. Intentar escaparme por la ventana significaba echar por la borda todo el esfuerzo que había hecho durante largos meses por ganarles la partida. No sé si me planteé estas ideas conscientemente frente a esa ventana del primer piso, con la calle a unos pocos metros, pero me rondaban la mente todo el tiempo. Hubo gente que logró escapar de campos clandestinos, como los cuatro muchachos que huyeron desnudos de un sitio secreto que mantenía la Aeronáutica en la Mansión Seré. Muchas veces me han preguntado por qué no lo intenté. ¿Por qué no rompí el vidrio de esa ventana y me tiré a la calle para salir corriendo? Es algo que no sólo yo sino muchos otros que han pasado por situaciones similares se han planteado sin cesar, y quizás no tiene respuesta. Sólo puedo decir que el camino que escogí me fue útil, a la larga, porque hoy puedo contar todo lo que viví, aunque me costó muchos años de sufrimiento. Hoy puedo testimoniar para

que se conozca la verdad sobre el sistema concentracionario; si hubiera muerto en un intento de fuga sería, simplemente, un desaparecido más y un testigo menos.

Esa ventana no fue la única situación dilemática a la que me enfrenté en el Olimpo. Allí conocí a dos embarazadas, hoy desaparecidas: Anteojito (Lucía Victoria Tartaglia) y la Chilena (Cristina Carreño Araya). Cuando Anteojito llegó a término la llevaron al Hospital Militar a dar a luz. El mayor Minicucci, jefe del campo, vino un día y nos contó que había tenido un varoncito y se lo habían entregado a sus abuelos: "Anteojito y el chico están muy bien", nos dijo. Hasta ahora los parientes de Anteojito no saben nada de ella ni del bebé, si tuvo un varón o incluso si se produjo el parto, pues lo único que consta es que se la llevaron embarazada del Olimpo cuando estaba a punto de dar a luz. A las embarazadas las cuidaban hasta ese momento, las sacaban a veces al patio a caminar y tomar sol. Cierto día decidieron llevarlas a pasear al Parque Chacabuco y, por esas extrañas relaciones que se dan entre los cautivos y los guardias, uno de ellos me ofreció, con el tono casual de quien invita a un amigo a tomar café: "flaco, ¿querés venir a pasear?". En varios autos de civil fuimos al parque con las dos embarazadas y cuatro o cinco tipos con pistolas disimuladas bajo la ropa. En aquel tiempo había un trencito para niños que recorría el parque y, aprovechando que era un día de semana y había poca gente, se les ocurrió que diéramos todos juntos un paseo. Así fue: las dos embarazadas, los hombres armados y yo dimos varias vueltas en el trencito, supuestamente divirtiéndonos y pasando un buen rato. Cuando se terminó el paseo nos llevaron por media hora a un bar cercano, a tomar una cerveza, como haría cualquier grupo de amigos que comparte una mesa para charlar. Lo único en común entre los guardias y nosotros era la vida cotidiana en el centro clandestino de detención, así que terminamos intercambiando chismes a viva voz sobre cosas del campo. Mientras hablábamos pensaba: "estamos rodeados de gente, en las otras mesas, que se va a dar cuenta de todo y se va a armar un gran lío". Pero enseguida comprendí que si alguien hubiera prestado atención a nuestra conversación no habría entendido de qué hablábamos, porque eran cosas dichas en la jerga propia del submundo de los campos. Así, después de conversar un rato y tomarnos unas cervezas, nos subieron a los autos y regresamos al Olimpo.

¿Por qué no intenté huir de ese restaurante con la excusa, por ejemplo, de ir al baño? No se trataba simplemente de miedo a que me pegaran un tiro. Lo repito como me lo

repetía entonces: los límites del campo no acababan en el Olimpo, el país entero era una prisión. Por lo tanto: ¿a dónde huir? Y si me escapaba ¿cómo encontrar la forma de llevarme a mis familiares a otro país? Si el baño de aquel restaurante hubiera tenido dos puertas —una que se abriera al sector de mesas y otra a una calle apartada de la mirada de los guardias— hubiera podido engañarlos saliendo por la puerta trasera, pero el cálculo de lo que pasaría luego me lo impedía. Si esa hipotética puerta hubiera dado no a una calle de Buenos Aires sino a otro país, tampoco me hubiera atrevido a trasponerla porque no tenía respuesta a la pregunta: ¿cómo evitar las consecuencias de mi huida? Quizás no me hubiera escapado incluso si los guardias se hubieran ido a dar una vuelta por ahí y me hubieran dejado solo por un rato con las dos embarazadas.

Más allá de estas racionalizaciones está la cuestión del policía interior que uno lleva consigo: hasta ese punto el terror paraliza. Un ejemplo del terror que se infiltra en uno es lo que me pasó en 1985 cuando, junto a dos o tres sobrevivientes, regresé al Olimpo con miembros de la CONADEP para reconocer el campo. De vuelta en las oficinas de la CONADEP los periodistas de televisión pidieron entrevistar a los sobrevivientes. La encargada de la comisión, Graciela Fernández Meijide, les dijo que primero tenía que consultarnos, para ver si estábamos dispuestos a ser entrevistados. Cuando me preguntó si quería participar mi primera reacción fue de pánico porque iba a salir en televisión, todo el mundo me iba a ver y los represores, que seguían libres, se enterarían de que los estaba denunciando. Justo antes de decir que no miré alrededor y comprendí que esta vez no había nadie a mi lado con un dedito levantado diciéndome: “mirá que si hablás te reviento”. De pronto comprendí que esa persona que levantaba el dedito y me amenazaba estaba dentro de mí. Entonces le dije a Fernández Meijide: “sí, que me entrevisten”. En ese preciso instante sentí que empezaba a sacarme el policía interior, ¡y esto era cuatro años después de haber salido en libertad! Por ese policía es que hasta el día de hoy tanta gente no se atreve a testimoniar contra los torturadores. En uno de los muchos actos que hicimos frente al Club Atlético para recordar a las víctimas, había un señor mezclado entre los vecinos del barrio presenciando la ceremonia. En un momento dado ese hombre mayor le confesó con gran emoción a mi esposa, que estaba a su lado, que había estado secuestrado en ese lugar quince años atrás, pero nunca se lo había contado a nadie, ni siquiera a su propia familia. Jamás hasta ese día le había dicho una palabra a nadie, jamás lo había compartido con su

esposa e hijos, jamás había vuelto a pasar por ese sitio: tal es el poder del policía interno que todavía nos aterroriza.

Durante los cinco meses que permanecí en el Olimpo, además de las reparaciones en el taller de electrónica mi trabajo consistió en lo habitual: cocinar, distribuir comida, limpiar baños, poner trozos de periódico junto a los inodoros para usarlos como papel higiénico. Los interrogatorios eran parte de la rutina diaria y, como en todos los campos, los alaridos de los torturados eran como esa música ambiental que nunca se deja de escuchar: seguía día y noche, si bien se interrogaba más de noche. Para sobrevivir en ese ambiente era necesario disociarse, como hacían en los campos nazis los prisioneros que convivían con el olor a carne quemada de los crematorios. Como aquellos *sonderkommandos* encargados de los hornos, para quienes cada día de vida era un triunfo, había que resistir para llegar cuerdo al día siguiente: la otra alternativa era morirse. Lo peor era que los gritos de los torturados le recordaban a uno sus propios gemidos cuando había pasado por lo mismo. Al escucharlos revivía la sensación que tenía en la garganta cuando gritaba durante la tortura en el Club Atlético. No tenía la opción de taparme los oídos para no escuchar; para que no me afectara tanto, cada vez que podía prendía la radio o ponía una cinta de ópera en el taller. A veces eso me traía problemas: de pronto venía un guardia y me insultaba porque en vez de un chamamé ponía música clásica. Por suerte las salas de tortura en el Olimpo estaban relativamente lejos del taller. Si ponía la radio a un volumen un poco más alto que lo habitual podía no escuchar, siempre que la guardia no me ordenara bajarla. Otras veces mi radio competía con la que los interrogadores ponían sobre un banquito al lado del quirófano, mientras torturaban. No entendía por qué les molestaba mi música si ellos siempre acompañaban las torturas con música a todo volumen.

Es difícil entender cómo se puede vivir durante tantos meses y años escuchando gritos de gente torturada: ¿cómo algo tan anormal puede convertirse en la norma y la rutina? Esa capacidad de disociarse es extraña, sin embargo no recuerdo que nadie se volviera loco, si bien he visto a gente más desencajada que otra. Nadie conoce sus límites hasta que se encuentra en las regiones fronterizas. Esos límites están, por lo general, mucho más allá de lo concebible. Como digo siempre, cada día en el campo era una lucha por sobrevivir veinticuatro horas más: aguantar el horror era parte de esa lucha. Era extenuante, pero si uno se dejaba abrumar perdía la batalla. No quedaba otra opción que aguantar.

Fueron cientos de días así, días que fueron y son interminables. Uso el tiempo presente porque todo aquello sigue vivo en mí. No se acabó cuando salí en libertad: es como si lo siguiera escuchando. Si me tocara volver hoy a un campo de concentración sería horrible pero me resultaría familiar y sabría de inmediato cómo comportarme. Uno llega a reconocer los diferentes tipos de alaridos y sabe si a alguien lo están picaneando, garroteando o arrancándole una uña. Quizás no sabría distinguir el grito de alguien a quien le hacen el submarino húmedo metiéndole la cabeza en un tacho con agua, orín y excremento para que al abrir la boca por instinto se trague esa mezcla, porque nunca me lo hicieron. Si existiera un código de gritos podría reconocerlos a casi todos menos a ése. Nunca me sacaron una muela pero oí los gritos de alguien a quien le arrancaban una para torturarlo. Todo eso queda grabado en uno.

Por lo general me tocaba ver a los prisioneros después de las sesiones de tortura. Algunos quedaban muy maltrechos y otros morían. En el Olimpo, en octubre de 1978, me tocó presenciar el caso de un muchacho a quien, después de picanearlo, le hicieron el submarino húmedo en una letrina del baño, accionando incluso repetidas veces la descarga para ahogarlo más. El muchacho entró en coma y lo llevaron a la sala de inteligencia donde nos obligaron a varios del Consejo a darle respiración artificial por turnos, para revivirlo. Víctor (el médico prisionero Jorge Vásquez) controlaba la operación, pero el corazón del torturado latía tan débilmente que con el estetoscopio no se alcanzaba a percibir si seguía vivo. Entonces Víctor le insertó entre las costillas una aguja hipodérmica para ver si la cabeza de la aguja se movía en señal de que el corazón seguía latiendo. Con la aguja así clavada le dimos respiración artificial mientras empujábamos con fuerza sobre el tórax. Cuando me tocó el turno entré en pánico por temor a matarlo accidentalmente si presionaba demasiado y la aguja le penetraba el corazón. El muchacho desnudo continuaba inmóvil sobre una manta en el piso y, junto al miedo a matarlo, me preguntaba si tenía sentido salvarlo para que lo volvieran a torturar, ya que ése era el propósito de revivirlo. Fue una de las situaciones más dilemáticas que me tocó vivir en los campos: el resultado final de ambas opciones era igualmente espantoso. Cuatro o cinco nos turnábamos en silencio cada tantos minutos, haciendo presión sobre su pecho. Mis dudas aumentaban sobre qué actitud adoptar: ¿revivirlo o dejarlo morir? Quienes intentábamos resucitarlo éramos todos sobrevivientes de la tortura que, de alguna forma, habíamos llegado a donde estábamos.

¿Tenía derecho a no darle a ese muchacho la misma oportunidad? La ecuación quedó irresuelta porque dejamos de darle respiración artificial cuando la aguja permaneció inmóvil. No murió en mis manos porque había salido por un rato de la sala de inteligencia, pero escuché decir que se había ido. Había visto morir a mucha gente a causa de la tortura o por enfermedades pero esta situación fue mucho más traumática. No me sentí culpable —quienes lo mataron fueron los interrogadores— pero me impactó enormemente. Muchos años después, ya en libertad, pude averiguar su nombre: Roberto Lázzara, alias Tanga.

La muerte era una presencia constante en los campos y la veíamos en persona u oíamos casos que ocurrían a nuestro alrededor. A Guillermo Jolly, después de torturarlo en el Olimpo, lo sacaron a lanchear para ver si reconocía a alguien. Lo llevaron a una estación de tren y lo pararon en el andén porque esperaban a alguien que venía en ese transporte. Cuando el tren se aproximó el muchacho se arrojó a las vías y murió atropellado, pero igual atraparon al que esperaban: su sacrificio resultó inútil. A Alfredo Giorgi, un ingeniero del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), lo vi en el Olimpo tras su secuestro en noviembre de 1978. Poco después se lo llevaron en un traslado. Un día, mientras arreglaba una radio a transistores en el Pozo de Quilmes, escuché un informativo de Radio Colonia de Uruguay sobre el hallazgo de su cadáver cerca del Autódromo Municipal, supuestamente por una cuestión de tráfico de drogas. Poco antes lo había visto con vida en el Olimpo y ahora me enteraba de la mise-en-scène armada para disimular su asesinato. Esto confirmó mis crecientes sospechas de que los traslados eran equivalentes a la muerte. Otro caso fue el de un grupo apresado en el Olimpo a raíz de un atentado con bomba contra el almirante Lambruschini, llevado a cabo por Montoneros. Aunque los capturó el grupo de tareas del Olimpo se los llevaron a la ESMA porque Lambruschini pertenecía a esa fuerza, y supongo que allí los mataron. También me tocó vivir, entre tantos otros casos, el del matrimonio de Carlos Fassano y Lucila Révora, cuyos cadáveres trajeron al Olimpo en octubre de 1978 para incinerarlos en el patio en un tambor de aceite vacío. Vi el cadáver de Fassano tapado con una frazada en el patio. Todavía hoy puedo sentir el olor de los cuerpos quemándose.

Ver gente morir en los campos era cosa de todos los días. Una vez que los torturadores superan el tabú cultural que prohíbe matar, la tortura y el asesinato se convierten en una especie de segunda piel. Una de las muertes más crueles que presencié

en el Olimpo fue la de un maestro comunista en manos del Turco Julián, suboficial de la Policía Federal cuyo verdadero nombre era Héctor Julio Simón. El Turco Julián era un tipo morrudo, fuerte y con cara de matón, de nariz grande y medio aplastada. Se decía que había sido guardaespaldas del sindicalista Lorenzo Miguel y que había integrado la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina). Un hermano suyo, policía, había muerto a manos de la fracción 22 de Agosto del ERP, de ahí la particular inquina que les tenía a los prisioneros de ese grupo. Antes de mi llegada al Club Atlético se decía que el Turco Julián había participado en el secuestro de un par de militantes del ERP 22, aparentemente conectados con la muerte de su hermano, y que los había despedazado en la tortura.

Era muy nazi y consideraba a los judíos la última escoria de la tierra. Sin embargo era muy contradictorio. Por alguna razón protegía a una detenida judía: si bien la molestaba diciéndole "judía de mierda", la cuidaba de otros interrogadores. En cambio a otra muchacha judía la obligaba a caminar en cuatro patas por el campo y la hacía gruñir como un cerdo. Si decidía proteger a un prisionero porque se encariñaba con él o porque lo consideraba su propiedad personal para extraerle información, era capaz de pelearse con sus superiores para que no lo tocaran. Pero si venía de mal ánimo porque se había levantado con el pie cruzado, buscaba cómplices entre los guardianes y seleccionaba prisioneros al azar para reventarlos a cadenazos con las mismas cadenas que se usaban de grillos. A veces traía un perro policía que tenía y amenazaba con él a los detenidos. En ocasiones se mostraba rebelde frente a sus superiores, como el día que entró al Banco con un fusil FAL a pesar de la estricta prohibición de portar armas dentro del campo. Alguien le dijo, "Turco, estás loco", y contestó: "¡váyanse al carajo, yo aquí hago lo que quiero!" Esa misma actitud se manifestó cuando, en dos ocasiones, trajo marihuana al centro clandestino y la fumó con otro guardia. Los jefes trataban de sacárselo de encima porque era un sujeto muy impredecible.

En el Club Atlético llegó a ser jefe de una de las tres guardias rotativas y, si bien le teníamos miedo, esperábamos su turno porque siempre venía con un paquete de yerba para preparar una inmensa olla de mate cocido que hacía repartir entre los prisioneros. Si venía de buen ánimo era capaz de ponerse a jugar al truco con un detenido. En una ocasión incluso trajo una torta. Le gustaba mucho la ópera clásica, en particular Wagner, también Verdi y otros. Traía de su casa cintas grabadas para escucharlas y comentarlas conmigo, y a

veces me las dejaba hasta la próxima guardia para que las terminara de disfrutar. Debía cuidarme de su comportamiento supuestamente amistoso porque era extremadamente inestable y podía cambiar de actitud en cualquier momento: terminada la música volvía a ser la bestia de siempre. En cierta ocasión protesté porque una de mis tareas era aprovisionar los baños con trozos de periódico que hacían las veces de papel higiénico; hacía muchos días que no nos daban nada y debíamos limpiarnos con la mano. Me quejé al Turco Julián diciéndole: "nos prometiste papel pero me estás mintiendo". Me gritó: "¡flaco de mierda!" y me tiró a dos metros de una trompada brutal que me tomó por sorpresa. Otras veces me decía: "flaco, vos sos un duro porque te bancás todo y no te arrastrás pidiendo clemencia". Quizás era su mentalidad nazi la que le hacía admirar las actitudes supuestamente duras, la misma mentalidad que hacía que algunos interrogadores respetaran a los prisioneros que morían en la tortura sin hablar.

En el Olimpo, a principios de diciembre de 1978, el Turco Julián llevó a un maestro comunista a la pequeña oficina que se usaba como lugar de reunión del grupo que perseguía al sionismo. Lo hizo desnudar y lo ató sobre la mesa de tal modo que quedó con la parte inferior del cuerpo colgando sobre el borde. La puerta estaba abierta, no sé si a propósito. En un momento dado pasé por allí y alcancé a ver que le había introducido un palo de escoba en el ano y le aplicaba electricidad no con la picana sino con un cable pelado enchufado a la pared. Esta técnica produce terribles quemaduras y a menudo resulta en la muerte. Me quedé petrificado por un instante pero seguí caminando como si no hubiera visto nada, aterrorizado por el salvajismo de la escena. El Turco Julián se dio cuenta de que lo había visto y al rato se me acercó a decirme: "¡Judío de mierda! ¡Se me murió el muy turro! Menos mal, si no lo iba a tener que soltar porque ya nos llegó la orden de arriba". Su muerte se había producido porque el maestro se retorcía de tal modo con los golpes eléctricos que el palo de escoba terminó destrozándole los intestinos.

Después supe, por comentarios de miembros del Consejo, que se trataba de un muchacho muy joven con tres cosas en su contra que el Turco Julián consideraba lacras: era judío, maestro y un cuadro importante del Partido Comunista. La orden de darle la libertad tenía que ver con que en aquella época el gobierno trataba de hacer buena letra con la Unión Soviética, principal comprador de granos de Argentina. Como la Unión Soviética presionaba a las Naciones Unidas para que no se sancionara al régimen, los militares

trataran de no ser demasiado duros con el Partido Comunista argentino y, por lo general, le perdonaban la vida a sus militantes. Es posible que alguien dio la orden de soltar al maestro pero, si así fue, llegó tarde: ya había muerto en manos del Turco Julián. Nunca pude averiguar el nombre de ese muchacho ni hay testigos que corroboren lo que vi. Tampoco había otros interrogadores cerca de la oficina donde lo torturó: estábamos solamente el maestro, el Turco Julián y yo. Cuando años después declaré en un juicio contra el Turco Julián y conté esta historia se mantuvo impávido, sin desmentirla ni confirmarla. Hasta el día de hoy es su palabra contra la mía: yo sigo sosteniendo que vi lo que vi.

Mi segunda Navidad en calidad de secuestrado transcurrió en el Olimpo y fue en algunos aspectos diferente a la primera. En el Club Atlético todavía estaba bajo los efectos del shock inicial: no terminaba de entender dónde estaba ni qué ocurría. Un año después, para diciembre de 1978, en el Olimpo ya tenía cierta rutina: había establecido relaciones con otros prisioneros y sabía mejor dónde estaba parado. Los gritos de los torturados seguían siendo cosa de todos los días y yo mismo no estaba exento de recibir golpes de vez en cuando, pero al menos sabía cómo evitarlos o soportarlos. Creo recordar que ese 24 de diciembre de 1978 no se torturó a nadie ni se salió a secuestrar. Sin embargo, el día anterior, hubo un operativo de otra naturaleza que consistió en robar un camión de reparto de una panadería lleno de pan dulce. Trajeron el cargamento al campo y nos pusieron a los miembros del Consejo a repartir pan dulce entre los prisioneros; los interrogadores se encargaron de llevarles algunas tajaditas a los que estaban en las celdas de incomunicados. El resto del día comimos pan dulce hasta hartanos ya que había un camión entero para repartir. Estaban acostumbrados al robo: robados eran los autos que usaban en los operativos, la ropa que usábamos, los aparatos electrónicos que me hacían arreglar, y tantos otros objetos que iban a parar al campo.

Esa Navidad, después de repartir el pan dulce entre los prisioneros, los integrantes del Consejo tuvimos una pequeña reunión en la sala que hacía las veces de comedor. El mayor Minicucci se presentó a saludarnos como jefe del campo. No soy sentimental y nunca le presté especial atención a las fiestas de fin de año, pero aquella Navidad de 1978 la viví con mucha intensidad, pensando todo el tiempo en mi familia. Cuento esto y vuelvo a sentir aquella angustia que me invadía. Llegué a recordar incluso a esos primos y familiares lejanos con los que uno se reúne una vez al año, esos brindis y abrazos que no se

repiten sino hasta doce meses después, y de pronto me invadió una inmensa necesidad de verlos. Sabía que no podía hacerlo y eso me angustiaba aún más. Aunque cuando estaba en libertad no me reunía con ellos por propia decisión, en el cautiverio ese alejamiento era impuesto. Los lazos sanguíneos me habían parecido hasta entonces una formalidad, pero en el campo añoraba un encuentro con esos familiares lejanos. Algunos eran diametralmente opuestos a mí y sin duda disentían con mis ideas. Pero ahora que no los podía ver descubría el vínculo que nos unía. No se sabe lo que se tiene hasta que se lo pierde, afirma el dicho popular. Yo lo cambiaría por: no se sabe lo que se tiene hasta que se lo necesita.

El mayor Minicucci nos trajo de regalo una botella de sidra y él mismo la sirvió en vasos y brindó con nosotros por una feliz Navidad. Aunque parezca increíble, correspondimos con un "feliz Navidad". ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Cada uno de nosotros sabía perfectamente el lugar que le correspondía y nadie se hubiera atrevido a decir "con usted no brindo". Claro está que brindar con un torturador responsable por la muerte de tantos compañeros puede interpretarse como un grado de colaboración, dentro de esa gama que va desde las tareas de limpieza y mantenimiento hasta el interrogatorio de otros prisioneros. Pudo haber quienes nos recriminaran por ayudar a repartir el pan dulce de los represores y tal vez alguien en su celda se negó a recibirlo. Es un ejemplo más de lo que considero las dos únicas alternativas que se le presentan al secuestrado: morir o tratar de sobrevivir sin ceder en lo más importante. Si alguien en una celda hubiera rechazado el pan dulce y me hubiera recriminado por aceptar el vaso de sidra, yo le hubiera dicho "te envidio y respeto tu actitud de firmeza", pero ése no era mi camino de lucha. Mi batalla era por sobrevivir una hora, un día o un mes más, y frente al mayor Minicucci hice lo que debía hacer: simular un agradecimiento que, de más está decir, no sentía, para que él se creyera bueno y generoso. Era parte del paquete que les vendí durante años de cautiverio: simular mi recuperación. Contarles un cuentito que iba tejiendo con cada represor de manera diferente, según la personalidad de cada cual. Brindar con ellos por una feliz Navidad no era, al fin de cuentas, distinto a arreglarles una radio o mostrarme supuestamente interesado en sus asuntos familiares.

Como jefe de campo Minicucci era un hombre duro, pero más previsible que el comisario Fioravanti de la Policía Federal, anterior jefe del Club Atlético y del Banco. Los policías eran por lo general más corruptos y violentos, mientras que Minicucci, por ser del

Ejército, parecía menos cruento y arbitrario que su predecesor. Incluso trató de implementar cambios para racionalizar el funcionamiento del campo: usar a miembros del Consejo como asesores políticos, algo que también hizo la Armada, aunque hasta donde sé no llegó a permitir visitas a los familiares, como sí ocurrió en la ESMA. Como parte del esfuerzo por hacer del Olimpo un centro clandestino más eficiente, intentó ponerle límites al descontrol del grupo de tareas, que incluía gente de la Policía Federal, la Prefectura y la Gendarmería. Un ejemplo de este descontrol fue aquel operativo de secuestro contra Carlos Fassano y su esposa Lucila Révora, cuyos cadáveres quemaron en un tacho de aceite en el patio cuando ya estaba Minicucci en la jefatura. Fassano era un cuadro de Montoneros y, según información de inteligencia, en su casa guardaba una suma considerable de dinero: cerca de doscientos mil dólares pertenecientes a la organización. Durante el secuestro Fassano y su esposa se resistieron y murieron. También murió un integrante del grupo de tareas apodado Siri (Federico Covino), pero se rumoreaba que había recibido un tiro por la espalda a raiz de un enfrentamiento entre los mismos represores para quedarse con el botín. En el tiroteo también quedó herido otro miembro del grupo de tareas, Centeno (Juan Carlos Avena), al que tuvieron que hacerle un ano contra natura para curarlo. De regreso al Olimpo trajeron una suma considerablemente menor a los doscientos mil dólares y los del grupo de tareas que no habían participado en el operativo terminaron quejándose de que los habían "mejicaneado", vale decir les habían robado su parte del botín.

Poco después el jefe de guardia, un gendarme al que le decían Nelson (Luis Méndez), vino a darle a sus hombres la orden de salir y armarse inmediatamente. Nos dejaron solos en el campo sin guardias a la vista y se corrió la voz de que iban a agarrarse a tiros con los otros por el tema del dinero. La cosa no pasó a mayores y al rato volvieron a entrar, pero se comentó que habían estado a punto de enfrentarse con el otro grupo. Si esto parece una opereta, lo que siguió fue una farsa: un prisionero del Peronismo de Base (Osvaldo Acosta) era abogado, y Minicucci y Nelson, en representación de los grupos en discordia, le pidieron que redactara una especie de expediente para resolver el conflicto. Se armó una pequeña oficina donde el abogado se dedicó a tomarle declaración a las distintas partes, mientras una secuestrada transcribía todo a máquina, en una suerte de juicio interno para tratar de aclarar qué había pasado con el dinero. Todo esto lo sé porque me lo relató el

abogado, aunque desconozco a qué conclusión llegaron: deben haber firmado un pacto de paz entre los dos grupos de represores, porque no se volvió a hablar del asunto.

El mayor Minicucci (el petiso Rolando) era bajito y algo fanfarrón y, como buen militar, miraba a los policías con cierto desprecio y los trataba como inferiores. Se vanagloriaba de ser duro pero ecuánime. No sé si personalmente torturaba pero me consta que estaba presente en los interrogatorios. Un día me llevaron al sector de incomunicados, donde había estado antes un par de veces haciendo arreglos eléctricos, y me hicieron sentar en un banquito junto a la puerta semi abierta de un quirófano donde estaban torturando a alguien. Me pusieron en las manos un termo de agua caliente y un mate, con la orden de cebarles mate a los interrogadores que cada tanto salían del cuartito a descansar. No me hicieron entrar ni me permitieron ver lo que ocurría adentro, pero fue terrible oír los alaridos del torturado a un par de metros mientras yo cebaba mate y trataba de simular indiferencia. Los gritos desesperados se alternaban con la salida de alguien que fumaba un cigarrillo, se tomaba un mate tranquilamente y volvía a entrar para seguir torturando. Esto duró unos quince o veinte minutos que para mí fueron eternos. Uno de los que salía del cuartito a tomar mate era Minicucci.

Quizás la orden de cebar mate fue para ponerme a prueba y ver si podían confiar en mí: fue una experiencia aterrorizante. La única manera de ponerle fin hubiera sido tirar el mate y entrar en el cuartito para que me mataran. Fue una situación de tremenda impotencia estar ahí solo y saber que no podía hacer nada por esa persona; todavía siento en mis oídos los aullidos del torturado. No era la primera vez que escuchaba gritos semejantes pero esta vez yo era parte de una puesta en escena en la que les era útil. Tal vez el horror se magnificó porque, si bien yo colaboraba en el mantenimiento del campo, nunca sentí que me hubiera "pasado al otro lado". Hasta entonces había hecho arreglos de electrónica y tareas de mantenimiento, pero cebar mate durante una sesión de interrogatorio era algo nuevo. Es verdad que había reparado una picana en el Banco, pero el mate es algo que asociamos con momentos compartidos con amigos y familiares; en el Olimpo, en cambio, me hacía compartir el horror de la tortura. Quizás debiera decir que me acercaba más que nunca al funcionamiento del sistema concentracionario y tensaba el papel que yo jugaba en él. Ponía al desnudo lo que ese sistema hace de las personas, sean torturados o torturadores.

Yo seguía firme en mi política de simular un acercamiento a los torturadores para identificarlos y catalogar quién era quién. En el Olimpo llevaba suficiente tiempo como para ir armando un mapa mental de cada uno. La mayoría de los que conocí eran burócratas de la tortura que venían al campo a hacer su trabajo y puedo suponer que, terminada su labor y ya en sus casas, revisaban las tareas escolares de los hijos, llevaban a la esposa al cine los sábados e iban a la cancha a ver un partido de fútbol los domingos. Al Padre (Ricardo Taddei) lo conocí en el Club Atlético y continuó como parte del grupo de tareas en el Banco y el Olimpo. Era uno de los jefes y se lo veía a menudo dando órdenes a los otros. Cuando llegaban secuestrados al campo se les asignaba un interrogador en particular, como Soler o Quintana; el Padre, en cambio, tenía responsabilidad sobre varios interrogadores, cada uno de los cuales tenía sus respectivos prisioneros. Minicucci, en cuanto jefe máximo del campo, confiaba en dos o tres subordinados que podían reemplazarlo momentáneamente cuando por alguna razón él no estaba: el Padre Taddei era uno de ellos. A diferencia de otros torturadores que sabían pegar pero no eran suficientemente astutos como para hacer tareas de inteligencia, el Padre tenía muchos casos a su cargo. Parte de su trabajo era supervisar a los otros interrogadores para que no sólo se sacaran las ganas de pegar sino también obtuvieran información útil. El objetivo inmediato de la tortura es sacarle información al detenido pero también sirve para desestructurar su personalidad, y eso requiere una mentalidad algo más sutil que la del simple pegador. El Padre tenía fama de duro y debíamos cuidarnos de él, aunque a veces se mostraba caballero y le gustaba conducirse como una persona civilizada que no usaba el lenguaje soez de los policías. Se autodenominaba *nazional socialista*, con "z", como él mismo aclaraba. Era un ajedrecista consumado y a menudo preguntaba entre los secuestrados quién era buen jugador para sacarlo a disputar una partida. Cierta vez le dije que yo jugaba al Go pero no al ajedrez y le pareció raro que un físico no fuera ajedrecista.

Calculín (Pedro Santiago Godoy) era un Oficial 1˚ de la Policía Federal: le decían así porque usaba anteojos y parecía un intelectual, como el personaje de caricatura homónimo. Caminaba disimulando su renguera —tenía una pierna más corta que la otra— y quizás por esa limitación física era más dado al mundo de las ideas que a la acción. En el Banco intentó armar un grupo de discusión política con algunos prisioneros y recuerdo haber tenido con él charlas en que usaba un lenguaje similar al de los militantes, ya sea

porque había leído libros o porque había sido militante en una época anterior. Parecía particularmente interesado en Piri Lugones (la hija del Lugones que fue Jefe de Policía, nieta del escritor Leopoldo Lugones), a quien buscaba a menudo para conversar. Lo mismo hacía con Mirta Tratjemberg y Luis Guagnini. Se notaba que era un ser pensante y estudioso, de allí que la jefatura del campo a menudo recurriera a él para hacer análisis de la información obtenida en los interrogatorios y de los procesos políticos externos. Sin embargo no estaba en un puesto de mando. Participaba en los interrogatorios y aunque no tengo conocimiento de que haya torturado con sus propias manos, se decía que era muy hábil para llevar el interrogatorio en una dirección determinada en base a su conocimiento de las distintas organizaciones políticas. Se vanagloriaba de poder sacarle información a cualquiera sin recurrir al tormento físico, para lo cual se preparaba leyendo la historia política del detenido y tomando notas. No era un duro pero, si creía que un prisionero lo estaba engañando, lo amenazaba con mandarlo a torturar. Ya se sabe que en toda situación de tortura hay un policía que hace de "bueno" y otro de "malo": Calculín siempre hacía el papel de bueno.

Colores (el policía Juan Antonio del Cerro), posiblemente apodado así porque era pelirrojo, fue quien me pidió que reparara su picana en el Banco. Tenía una relación campechana con los prisioneros, era capaz de darle trompadas a alguien que le caía mal para al rato venir otra vez a bromear con él. Además de Colores lo apodaban el Tío porque a menudo concedía los favores que se le pedían. Quienes fueron interrogados por él decían que era un torturador muy cruel y a la vez capaz de traerle galletitas a la misma persona que había torturado. Por decisión suya en el Olimpo se instaló un televisor en el comedor del Consejo y nos traía viejas películas semi pornográficas en blanco y negro que él mismo proyectaba sobre una pared. No sé si lo hacía porque las quería ver él o para entretenernos. Conmigo no lo logró: en una ocasión me quedé a ver una pero me aburrí y me fui. En otras oportunidades trajo dibujos animados y hasta una película de cine catástrofe que creo recordar era *Terremoto*.

Colores y el Turco Julián estuvieron a cargo del conocido caso del matrimonio de José Poblete, un chileno sin piernas, y su esposa ciega Gertrudis Hlaczic de Poblete, miembros de la Agrupación de Lisiados Peronistas hoy desaparecidos. Poblete había perdido las piernas en un accidente ferroviario y se movilizaba en una silla de ruedas;

Hlaczic era estudiante de psicología. La pareja tenía una bebita de ocho meses, Victoria Claudia, que se apropiaron para entregársela a un teniente coronel y su mujer. En el Olimpo llegué a cargar a Victoria Claudia en mis brazos; la dejaban al cuidado de las chicas que trabajaban en la lavandería y a veces me la traían al taller para que la atendiera un rato. Antes de que trasladaran a los Poblete, Colores le aseguró a la madre que iban a dejar a Victoria Claudia con sus abuelos, cosa que no cumplieron. A Poblete se lo vio desplazándose por el campo sobre sus manos porque le habían quitado las piernas ortopédicas. Poco después del traslado de la pareja me impresionó mucho ver su silla de ruedas tirada en un pasillo, una confirmación más de que las supuestas granjas de recuperación no existían. Años después Colores fue procesado por el robo de la beba, pero murió de un ataque al corazón en la cárcel antes de que concluyera el juicio; el teniente coronel fue condenado en 2001 por el delito de apropiación. Victoria Claudia fue identificada por las Abuelas de Plaza de Mayo y hoy vive con su familia biológica.

Cobani (Samuel Miara) fue uno de los seres más siniestros que conocí. Ya he hablado de su juego psicológico con Juanita Armelín y conmigo al permitirnos pasar juntos unas noches antes de que la trasladaran. También he contado cómo violó a una prisionera atada a la parrilla y cómo torturó al esposo de otra mujer porque ella no accedió a acostarse por las buenas. Cobani se hizo muy conocido años más tarde como el apropiador de los mellizos Reggiardo Tolosa, hijos de desaparecidos. La madre de los mellizos había sido alumna mía en la universidad y cuando se informó sobre el robo de los niños reconocí su foto en la prensa; todavía me acordaba de ella como una chica muy bonita que participaba siempre en clase con comentarios inteligentes. Por una foto en el diario también reconocí a otro torturador, Clavel (Roberto Antonio Rosa), hombre de la Policía Federal después involucrado en la protección de un juez acusado de participar en orgías con prostitutos masculinos. Clavel era un interrogador menos duro que los otros, capaz de ofrecerle un cigarrillo a un prisionero o protegerlo de un guardia particularmente cruel, lo cual no le impedía hacer su trabajo eficientemente.

Soler (Oscar Augusto Rolón), uno de los tres que me interrogaron cuando llegué al Club Atlético, se daba aires de pensante y podía llegar a tener una conversación culta sobre cine o libros. Al mismo tiempo era muy antisemita y pertenecía al grupo obsesionado por encontrar información sobre la supuesta conspiración sionista en Argentina. Siempre caía

bien parado con sus superiores y era muy poco querido por sus compañeros por mitómano y fanfarrón. El cuartito donde guardaban carpetas con datos sobre el sionismo era precisamente el que Soler usaba como su oficina personal. A pesar de eso nunca lo vi llegar a los extremos de violencia y odio contra los judíos del Turco Julián, a tal punto que entre los dos parecía haber una relación de amor-odio: si bien tenían en común el antisemitismo, Soler lo miraba al otro desde arriba y con cierto desprecio.

La Pepona o Cara de Goma (Luis Rinaldi), que me torturó junto a Soler, era de carácter imprevisible y bastante chiflado. Fue quien sacaba el arma por la ventana y amenazaba a los automovilistas para que cedieran el paso el día que me secuestraron. Su personalidad impulsiva hacía que fuera relativamente fácil engatusarlo a pesar de que se creía una luz. El apodo de Pepona le venía de aquellas muñecas de cara medio aplastada, y lo mismo el de Cara de Goma, porque su rostro parecía el de un boxeador o jugador de rugby que hubiera quedado un poco deforme por los golpes recibidos.

Kung Fu (Juan Carlos Falcón) era un suboficial de la Policía Federal que podía parecer a veces amigable pero en general era un maldito. En una ocasión, en el Banco, me dejó medio día parado con los dedos apoyados contra la pared y el cuerpo inclinado a 45 grados. A los quince minutos la posición forzada me había agotado, pero en cuanto me movía la emprendía a trompadas conmigo. Ser miembro del Consejo no me salvó de ese castigo cuyo motivo hoy no recuerdo; pudo tener que ver con no haber cumplido bien una orden suya. El sobrenombre de Kung Fu le venía de que se jactaba de ser un experto en ese arte marcial: para practicar a veces sacaba prisioneros de sus celdas, los hacía parar con los ojos vendados contra una pared y les lanzaba patadas voladoras a la barbilla o el pecho hasta dejarlos tendidos en el suelo.

El subcomisario de la Policía Federal Eduardo Emilio Kalinec se apodaba Doctor K por la primera letra de su apellido, y también por cierto personaje de película llamado Doctor K. Era un hombre de pelo negro y piel muy blanca, casi pálida, conocido por su actitud patotera hacia los detenidos. No tuve mucha relación con él pero sabía que era peligroso; quienes fueron interrogados por él decían que era bastante brutal. A otro subcomisario de la Policía Federal, Gustavo Adolfo Eklund, apodado El Alemán aunque sus compañeros lo llamaban Bolsa de Mugre por ser bastante sucio, no lo recuerdo mucho porque tuve poco trato con él. También era de la Policía Federal el comisario Raúl

González, llamado el Negro Raúl por su pelo ondulado y tez aceituna. Era pulcro en el vestir y uno de los que reemplazaban al jefe del campo cuando se ausentaba temporariamente. No recuerdo que tuviera actitudes especialmente crueles, pero le temíamos porque jamás se reía e inspiraba respeto por su trato serio. Se lo veía poco por el campo y otros interrogadores recurrían a él cuando tenían consultas que hacerle.

Siri (Federico Covino), muerto de un tiro por la espalda en el allanamiento a la casa de Carlos Fassano donde se guardaba el dinero de Montoneros, era otro al que le gustaba hablar de política. A veces venía a mi taller para conversar, no tanto por escarbar información sino simplemente porque le gustaba el tema. Quien también recibió un tiro en el allanamiento a la casa de Fassano fue Centeno (el miembro del Servicio Penitenciario Juan Carlos Avena), al que como ya mencioné tuvieron que hacerle un ano contra natura. Era de los que podían pasar por "buenos" en comparación con un loco como el Turco Julián: con él no era necesario estar siempre en guardia y bastaba con cuidarse como ante cualquier represor. Años después fue nombrado director de la cárcel de Esquel en la Patagonia. En ese mismo incidente del dinero de Montoneros también estuvo involucrado Nelson (el gendarme Luis Méndez), jefe de la guardia externa del Olimpo, que hizo armar a sus hombres cuando se produjo la pelea por el botín. Nelson no parecía directamente implicado en las tareas de interrogatorio porque su tarea era la custodia del perímetro externo; años después se fue a vivir a Estados Unidos y a fines de 2010 fue extraditado a Argentina para ser sometido a juicio.

También recuerdo a Quintana (Eugenio Pereyra Apestegui), un miembro de Gendarmería que en el Olimpo se conducía como si estuviera al nivel del Padre Taddei. Comandó el grupo que secuestró a Alfredo Giorgi, el ingeniero del INTI cuyo asesinato hicieron pasar como una muerte por cuestión de drogas. Quintana se presentaba como un duro y había que respetarlo. A veces venía al comedor del Consejo y hablaba con nosotros, manteniendo cierta distancia y sin dar lugar a bromas; no era como otros interrogadores que hacían chistes a cada rato. Incluso aprendimos que cuando él entraba al comedor debíamos apagar de inmediato el televisor.

Otro que era bastante verdugo era Baqueta (Juan Carlos Gómez). La baqueta es un instrumento largo y delgado que se usa para limpiar el caño de los fusiles, y supongo que lo llamaban así porque era muy alto y flaco. Durante su guardia le gustaba sacar prisioneros

de las celdas para pegarles. Tenía la particularidad de que traía de su casa un equipo musical y pasaba una cinta con una canción del cantante griego Demis Roussos, de moda en aquella época, que decía algo así como "libre como el ave que salió de la prisión y pudo al fin volar". La ponía continuamente a todo volumen para que la escucharan los secuestrados, y se moría de risa. Eso le parecía muy cómico.

El mayor Guastavino (Raúl Guglielminetti) se hizo conocido cuando, ya reinstaurada la democracia, apareció su foto en la prensa como custodio del presidente Raúl Alfonsín. Guglielminetti no era de la planta permanente de los campos sino que actuaba como enlace entre el mayor Minicucci y su jefe inmediatamente superior (el coronel Ferro), por lo que aparecía esporádicamente dándose aires de importante. Era un hombre de unos 40 años que cuidaba mucho su apariencia, de manos manicuradas y siempre perfumado y afeitado. Tuve contacto con él cuando me hizo instalar, en su Peugeot 504 nuevo, un estéreo de marca Pioneer del viejo Peugeot que conducía: ambos autos eran robados y pertenecían a la flota operativa del campo pero él los usaba como vehículos personales. Guglielminetti se jactaba de tener siempre una picana a mano y de haber participado en el operativo en que mataron a Fassano y su mujer.

Un caso extraño por su ambigüedad fue el de Sangre (Horacio Martín Donatti), un Auxiliar 1° de la Policía Federal cuya tarea principal era salir a secuestrar activistas, a pesar de lo cual cultivaba una imagen de buena persona dentro del campo. Sangre llegó a desarrollar relaciones cordiales con algunos prisioneros, hasta el punto que parecía sentirse más a gusto con nosotros que con sus propios compañeros. Solía sentarse en el suelo frente a las celdas para jugar al ajedrez o charlar con los secuestrados y a menudo les hablaba de sus hijos o de temas cotidianos como cine y fútbol. Sus dos prisioneros favoritos eran Alonso (Luis Guagnini) y Mariano (Guillermo Pagés Larraya), ambos desaparecidos y posiblemente trasladados en julio de 1978. Sangre hablaba mucho con ellos sobre su hijita de 6 años: cómo le iba en la escuela, que tenía una plantita en casa que se le había muerto, y otras cosas por el estilo. Un día trajo la niña al campo para que Alonso y Mariano la conocieran. Abrió la celda e hizo las presentaciones del caso: "le hablé tanto de ustedes y a ustedes de ella que quería que se conocieran". Sangre y la niña pasaron un buen rato sentados en el suelo frente a la puerta, charlando y bromeando con los prisioneros que tenían el tabique levantado sobre la frente. Algunos prisioneros comenzaron a rumorear

que Sangre estaba "quebrado", es decir, que había perdido su convicción como represor y estaba tratando de convencerse a sí mismo de que era un ser humano normal. Un buen día dejó de venir al campo y se comentó que lo habían transferido a otras funciones porque había dejado de ser confiable como integrante del grupo de tareas.

Otro caso extraño fue el del Gordo Rey (Garay), una especie de sádico fetichista que tenía un trato especial con las prisioneras. Aunque no lo vi con mis propios ojos, tuve conocimiento por boca de una de sus víctimas de algo muy perverso que hizo en el Club Atlético. Sacó a dos mujeres desnudas de la sala de tortura y las colgó por los tobillos de un gancho en la pared. Boca abajo y con las piernas abiertas les rasuró el pubis con una hoja de afeitar y les pasó un algodón empapado en alcohol por la zona rasurada provocándoles un fuerte ardor. Supongo que lo hizo para descargar algún tipo de instinto o pulsión fetichista: se afeitaba las axilas y quería convencernos a los prisioneros varones de hacer lo mismo, supuestamente por una cuestión de higiene. Era un suboficial con una panza prominente, poco culto y de formación rudimentaria, que además de trabajar en la policía decía ser pedicuro y ganarse unos pesos extras con eso. En más de una ocasión les ofreció a los miembros del Consejo atenderlos si estaban "con los pies jodidos": me hizo esa misma oferta en el Pozo de Quilmes y decliné de la mejor manera posible.

Aunque no era parte del grupo de tareas que veíamos a diario, debo también mencionar al general Carlos Guillermo Suárez Mason, bajo cuya órbita operaban el Club Atlético, el Banco y el Olimpo. En una oportunidad visitó el Banco (los miembros del Consejo nos enteramos de que era él por confidencias de algunos represores), pero en esa ocasión nos hicieron permanecer encerrados en nuestras celdas. Volvió dos veces más al Olimpo y en una ocasión pidió hablar conmigo y observó con verdadera atención mi taller de electrónica. En aquel tiempo los Montoneros estaban usando equipos móviles de transmisión para hacer interferencias en los programas de televisión y difundir proclamas contra la dictadura. Suárez Mason quería que lo ayudara a resolver dos cosas: quiénes eran los autores de las interferencias y cómo se las podía detectar. Quería también saber si el Ejército podía usar la misma tecnología para emitir sus propias interferencias, haciéndolas pasar por proclamas montoneras a fin de desprestigiar a la organización y causar confusión en sus filas. Le di una explicación muy complicada y lo convencí de que técnicamente era casi imposible contrarrestar las interferencias (en realidad no es difícil y basta con tener un

goniómetro). Aparentemente me creyó porque renunció al proyecto y nunca más se volvió a hablar del tema.

Hubo muchos otros represores que conocí a lo largo de los años cuyos nombres tengo anotados en las listas que entregué a los tribunales y los organismos de derechos humanos al salir en libertad: Cramer (Eduardo Angel Cruz), que participaba en los secuestros y decía haber sido custodio del Banco Nación; el Polaco Chico (Luis Juan Donocik), que en una ocasión me dio dos cajas de cigarrillos por reparar algo suyo diciéndome que una era para mí y la otra "para los muchachos de las celdas"; el Polaco Grande, que me encargó que le fabricara un reloj digital con números grandes para su mesa de luz; Boca (Ricardo Bogado), que me castigó obligándome a hacer doscientas flexiones de brazos; el Ruso (Héctor Mark), un miembro del Servicio Penitenciario Federal que había sido chofer en la fábrica de jabones Palmolive y había estado preso por robo de automotor; Tiro Loco (Alfredo Auliu); Anteojito Quiroga o Führer (Eufemio Jorge Uballes); Bolsa de Mugre (Héctor Luis Friedlander); el Gordo Juan Carlos (Juan Carlos Linares).

Estaban además los miembros del Batallón 601 de Inteligencia que operaban con independencia del grupo de tareas del Olimpo pero pedían oficinas y autos prestados para sus secuestros: Miguel (del Pino); Montoya; el Viejo Pereyra; Cacho; Cortez; Candado. A estos represores que conocí se les agregaron más tarde los de la ESMA: Tomy (Carlos Capdevila), un oficial médico originario de Córdoba que trabajó en el Hospital Naval y participaba en el grupo operativo que salía a secuestrar; Jerónimo (el teniente de navío Adolfo Donda); Espejaime (el prefecto Carnot); Basilio (el cabo 1° Lorenzo Osvaldo Carrizo); Marcelo (el teniente de navío Miguel Angel Cavallo); Abdala (el capitán de navío Luis D'Imperio); Luis (el subprefecto Jorge Manuel Díaz Smith); Humberto (el capitán de navío Horacio Pedro Estrada); Federico (el inspector de la Policía Federal Roberto González); Juan Carlos (el suboficial de la Policía Federal Juan Carlos Linares); Quasimodo (el capitán de corbeta Fernando Enrique Peyón); Jinete (el contralmirante Supiciche), y muchos otros.

Como miembro del Consejo tuve más oportunidad de interactuar con los represores que los prisioneros que pasaban su tiempo en las celdas. Fueron muchos y los fui conociendo a lo largo de casi cuatro años de cautiverio. Algunos me acompañaron desde el Club Atlético hasta la ESMA mientras que otros sólo tuvieron funciones en un campo o

dos. Iban y venían, algunos regresaban después de unos meses de ausencia y a otros no los volvíamos a ver más. Aunque había cierta división del trabajo con algunos dedicados a interrogar y a inteligencia, y otros a secuestrar o proveer la guardia externa, los roles se confundían y superponían. Los miembros "operativos" se encargaban de los secuestros y su función principal era en caso de que hubiera resistencia o un tiroteo. La gente de inteligencia también participaba en los operativos, porque sabían a quiénes buscaban y qué podían llegar a encontrar: en el momento mismo del secuestro intentaban obtener información y comenzaban a torturar ahí mismo si evaluaban que la persona tenía datos que podían dar fruto inmediatamente.

La razón por la que guardo imágenes tan precisas de algunos represores es porque pasaban más tiempo adentro del centro clandestino que afuera, no sólo haciendo su trabajo sino a veces jugando a las cartas con los prisioneros del Consejo o charlando con sus amigos. A veces parecían no tener vida propia, como si sólo dentro del campo se sintieran a gusto. Ese borramiento de los límites hacía que debiéramos tener mucho cuidado porque era fácil interpretar mal nuestra relación con los represores tomando confianza y hablando de más: era necesario simular amistad y a la vez mantenerse en guardia todo el tiempo. Cuando describo a estos torturadores trato de ser objetivo y no dejarme llevar por el odio. No eran personas unidimensionales sino hombres complejos, como la mayoría de los seres humanos. Tenían comportamientos contradictorios y a veces simplemente incomprensibles: en el Olimpo recuerdo, por ejemplo, a dos oficiales que nos hacían rezar de rodillas. Todos a su modo eran brutales y, sin embargo, el Padre Taddei era un gran jugador de ajedrez, el Turco Julián coleccionaba discos de ópera, a Calculín le gustaba discutir inteligentemente de política. No eran, en ese sentido, muy diferentes de los nazis, algunos de los cuales también fueron amantes del arte y de la música clásica. Son personas a quienes desearía no tener que recordar pero lamentablemente sé que sus caras y sus nombres me acompañarán por el resto de mi vida.

6. Pozo de Quilmes

> Allison Bell s/n esquina Garibaldi, en el centro de la ciudad de Quilmes, Partido del mismo nombre, Provincia de Buenos Aires. Local de la Brigada de Investigaciones […] Planta Baja: guardia, oficinas, salas de torturas, pañol, cocina y dependencias. Entrepiso: oficinas, baño, gran depósito utilizado para el botín de guerra y balcón techado. Primer piso: calabozos, celda, patio, locutorio, comedor, cocina y baño. Segundo piso y tercero: calabozos, celda, baños y patio. Los calabozos eran de 2 metros por 1,80 metro. Las celdas eran más grandes.
>
> Comisión Nacional Sobre la Desaparición de Personas, *Nunca Más* (90)

A comienzos de 1979 el general Leopoldo Galtieri fue designado comandante del Primer Cuerpo de Ejército en reemplazo del general Suárez Mason, considerado uno de los más duros dentro del ala dura del Ejército. El mayor Minicucci y algunos miembros de su grupo de tareas eran halcones que se consideraban fieles a Suárez Mason y sostenían que Galtieri era una paloma que venía a aflojar la mano. Soler y hasta el propio Minicucci lo dejaron trascender en comentarios que escuchamos al pasar. Como no estaban dispuestos a dejar todo en manos de una paloma, ni a ceder el negocio que representaba regentear un centro clandestino de detención, decidieron vaciar el Olimpo y mudar el campo de concentración a otra parte. Un día de fines de enero, con total desconocimiento del Primer Cuerpo que no sabía lo que estaba sucediendo, nos subieron a una camioneta junto con las picanas e instrumentos de tortura, el equipo de enfermería, la máquina de rayos X y las carpetas de inteligencia con información sobre los secuestrados en el Club Atlético, el Banco y el Olimpo, y nos mudaron a lo que era entonces la División de Cuatrerismo, una comisaría de la policía de la Provincia de Buenos Aires en la localidad de Quilmes. Sólo quedamos diez integrantes del Consejo escogidos para continuar trabajando como mano de obra esclava porque, con la excepción de unos pocos liberados, el resto de los prisioneros (tal vez unos cuarenta) fueron trasladados.

El ahora "grupo de tareas en oferta" quedó provisionalmente alojado en la División de Cuatrerismo, donde antes había funcionado un campo llamado Malvinas, que para nosotros pasó a llamarse Pozo de Quilmes. El Primer Cuerpo desconocía lo que había pasado con el equipamiento y el material de información acumulado en el Olimpo: los sobrevivientes del Consejo quedamos bajo el control de Minicucci y sus cómplices para la eventual creación de un campo que pensaban llamar Omega y nunca se materializó. La

mudanza al Pozo de Quilmes fue, de hecho, una rebelión contra las autoridades del Primer Cuerpo. Por lo que alcancé a ver no participaron todos los oficiales e interrogadores del Olimpo, ya que los represores responsables de la mudanza secreta al nuevo campo no parecían ser más de seis o siete. Se dio entonces una curiosa situación: los represores comenzaron a buscar una estructura que los acogiera para seguir trabajando como grupo de tareas y se acercaron, entre otros, al general Camps (entonces Jefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires), el General Richieri y el General Etchecolatz para que vieran la mercadería en oferta. Los altos oficiales venían al Pozo de Quilmes como compradores de caballos que les miran los dientes antes de adquirirlos, sólo que en este caso los animales en venta eran las picanas, los equipos de enfermería, la información de inteligencia acumulada y el pequeño grupo de secuestrados que garantizaría el funcionamiento de la nueva estructura. Nos mantuvieron con vida para usarnos como herramientas de trabajo, no muy diferentes a las picanas y los archivos con fichas de inteligencia.

Quienes nos salvamos de ser trasladados cuando se produjo la mudanza al Pozo de Quilmes fuimos diez: el Tano (Oscar Alfredo González), Cristoni (Horacio Cid de la Paz), el Viejo ("Tito" Ramírez), el Ratón (Roberto Angel Laurenzano), el Mogo (Néstor Zurita), Víctor (el médico Jorge Vázquez también conocido como Caballo Loco), Laura (Lucía Deón), Andrés (Daniel Merialdo), Cacho (Osvaldo Acosta) y yo. Eramos necesarios para garantizar la logística interna del nuevo campo con el Tano, Cristoni, el Ratón y Laura dedicados a inteligencia, Víctor como médico, Andrés (que era fotógrafo) a cargo de la falsificación de documentos, el Mogo en tareas varias de mecánica, Cacho como dactilógrafo, Tito Ramírez como dibujante (era arquitecto) y yo, encargado como siempre de la electrónica y la reparación de aparatos. Fuimos diez pero en realidad podríamos haber sido once de no haber mediado un suceso que hoy no sé si calificar de absurdo o surrealista, pero que evidencia la arbitrariedad con que se decidía el destino de las personas en los campos. Un compañero, a quien voy a llamar T. porque después de haber testimoniado en innumerables juicios hoy prefiere mantenerse en el anonimato, estaba secuestrado desde hacía 16 meses y ya había pasado por seis distintos lugares clandestinos. Su caso pertenecía al GT2 (Batallón de Inteligencia 601), que operaba con independencia de las autoridades del Olimpo pero les pedía prestadas celdas y oficinas para sus tareas represivas. Cuando a mediados de enero se empezó a hablar de que se avecinaba una

mudanza a otro sitio, T. fue uno de los miembros del Consejo obligados a desmontar los muebles y equipos, juntar la ropa y preparar los colchones para el inminente cambio. Según me contó cuando nos volvimos a reencontrar años después, la noche anterior a la mudanza estaba profundamente angustiado porque los interrogadores del GT2 le habían prometido que pronto le iban a dar la libertad: ir a otro centro clandestino era como empezar todo de nuevo. Para hacer su situación más inestable aún, los oficiales del GT2 estaba enfrentados por motivos internos con el grupo del Olimpo y por eso prácticamente no aparecían nunca por el campo.

Hacia las 2 de la madrugada entró Colores a comunicarle que no sabían qué hacer con él pues no estaba en la lista de los que se iban. T. se disgustó mucho porque hacía más de un año que estaba secuestrado, a su esposa ya le habían dado la libertad, y su caso en cambio seguía rodeado de incertidumbre. Dos horas más tarde llegó Paco, un represor de cierto nivel, y le dijo que iba a ponerse en contacto con los miembros del GT2 para decidir qué hacer con él. Al día siguiente empezamos muy temprano a sacar las cosas de la mudanza al patio exterior. En ese momento aparecieron dos miembros del GT2, Pereyra y Candado, y le ordenaron que esperara a que se fuera el grupo de la mudanza porque ellos vendrían a buscarlo más tarde. Ante las preguntas repetidas de T., le dijeron que preparara un bolso con ropa porque lo iban a llevar a casa de su suegra. Llegaron los vehículos y T. nos ayudó a cargar todo en un camión Mercedes Benz. Cuando terminamos nos dieron la orden de ponernos los tabiques y subir a otro vehículo, una camioneta algo más pequeña. En ese momento T. se hizo a un costado y el gendarme Nelson le ordenó que se pusiera él también el tabique porque se iba con nosotros. T. se negó, aduciendo que la gente del GT2 le había dicho que se quedara en el Olimpo a esperarlos, y ante la sorpresa de todos dio la media vuelta y entró al edificio. Hubo un breve silencio, como si los represores estuvieran pensando qué actitud tomar ante semejante insolencia, y tras unos instantes los vehículos se pusieron en movimiento con los oficiales y nosotros, los diez secuestrados, a bordo.

Años después T. me contó el resto de la historia. Era el único secuestrado que quedaba en el Olimpo y, mientras algunos guardias trataban de robarse las últimas cosas que quedaban en el edificio semi vacío, otros le preguntaban qué se podían llevar. En ese momento pasó uno de los interrogadores y le dijo algo que se le quedó grabado en la memoria: “¿Y vos qué hacés acá? Vamos a demoler todo con una bomba así que tenés que

irte, pero no te olvidés de apagar la luz". Unos minutos más tarde aparecieron Pereyra y Candado, lo subieron a un vehículo con un par de anteojos oscuros y lo llevaron a casa de su suegra donde por fin recobró la libertad. ¿Se salvó T. de que lo mataran por desobedecer la orden de subirse al vehículo con el resto? ¿Su actitud rebelde fue tan insólita y espontánea que paradójicamente hizo que decidieran ignorarlo? Nadie lo sabrá nunca. Lo cierto es que, sea un golpe de suerte o una de esas decisiones arbitrarias e impenetrables de nuestros secuestradores, nosotros diez debimos pasar todavía meses o años en condición de secuestrados mientras que T. no sólo salvó la vida sino que recuperó de inmediato la libertad.

Posiblemente debido a que el grupo de tareas actuaba sin conocimiento del Primer Cuerpo y buscaba cómo reinsertarse en el aparato represivo, nuestra actividad en el Pozo de Quilmes entre enero y marzo de 1979 no estuvo claramente definida y pasamos la mayor parte del tiempo sin saber qué se esperaba de nosotros y qué destino final nos aguardaba. La media docena de represores complotados en el vaciamiento del Olimpo, encabezados por el mayor Minicucci, se alternaban para aparecer diariamente por la comisaría mientras que al resto de los interrogadores del Olimpo no los volvimos a ver. Hasta donde puedo saber no se produjeron nuevos secuestros durante ese período de un par de meses. La comisaría estaba custodiada por policías y obviamente no podíamos salir, pero teníamos cierta libertad de movimiento dentro del sector de celdas que nos habían asignado como vivienda. Eran celdas individuales con las puertas abiertas durante el día, que se cerraban sólo de noche. Podíamos reunirnos en una sala grade con un televisor y una mesa donde comíamos y jugábamos a las cartas para matar el tiempo.

De los miembros del Consejo que pasaron al Pozo de Quilmes recuerdo sobre todo al Tano y a Cristoni, por su colaboración en tareas de inteligencia. La convivencia con individuos de este tipo era muy difícil; yo la lograba teniendo presente que, si bien eran peligrosos, seguían siendo seres humanos y tan prisioneros como el resto. Cabe recordar que no todos los colaboradores sobrevivieron. El Tano había sido un cuadro del PCMLRA, de altura media, tez blanca y pelo ligeramente ondulado. Se mostraba cordial y amigo con sus compañeros de infortunio pero se ponía frío y distante con aquellos que mostraban estar en desacuerdo con su conducta. Aunque no tenía verdadero poder de decisión dentro del campo, me consta que en algunos casos hizo presión psicológica sobre los interrogadores

para que trasladaran a alguien que no le caía bien —y él sabía perfectamente qué significaban los traslados. Era una persona de cuidado, muy hábil para hacer creer que era un amigo dispuesto a jugarse por uno. En el Banco me tocó compartir con él la celda por tres días y lógicamente no podía decirle "Tano, sos un hijo de puta", aunque lo pensaba todo el tiempo.

Cristoni por su parte era un muchacho alto y delgado que había sido militante de Montoneros, más joven que el Tano y con menos habilidad para simular simpatía y amistad hacia sus compañeros: el trato cordial y amistoso lo reservaba más bien para con los represores. En el Olimpo armó pareja con Anteojito, una de las prisioneras que sacaron conmigo a pasear en el trencito de niños en el parque. Cristoni y Anteojito dormían juntos en la misma celda y ella pasó a formar parte del Consejo. Cuando quedó embarazada y la llevaron supuestamente al Hospital Militar para dar a luz, nos resultó muy sospechoso que Cristoni pareciera muy tranquilo y no hiciera nada por averiguar el paradero de Anteojito a pesar de que tenía suficiente confianza con los interrogadores como para preguntarles. De ahí que nos quedara la duda de si no habría influido en el traslado de Anteojito para no cargar con la responsabilidad de su paternidad. Sólo se sabe con certeza que tanto ella como el hijo están desaparecidos: que yo sepa, Cristoni nunca dio información alguna al respecto.

El Tano y Cristoni empezaron haciendo tareas en el Club Atlético tales como repartir comida y llevar gente a las duchas, hasta que en determinado momento comenzaron a participar en los interrogatorios. Quizás alguien relacionado con las estructuras en que militaban cayó preso, ellos dijeron "a éste lo conozco", y a partir de allí iniciaron su colaboración en inteligencia. Pasaron a trabajar en los gráficos de contacto, unos inmensos papeles desplegados sobre la pared de una oficina donde estaban dibujados los organigramas de las organizaciones con una cantidad enorme de nombres de guerra, direcciones y flechitas. Sus conocimientos ayudaron a armar los gráficos: éste es amigo de aquél, vive en tal parte, trabaja en tal empresa, y así por el estilo. Posiblemente en algún momento se ofrecieron a estar presentes durante el interrogatorio de alguien que conocían para verificar si la información que le extraían era correcta; de allí a convencerse de que lo mejor para cada torturado era hablar para que la guerra se terminara pronto hubo un solo paso. En efecto, el argumento que esgrimían —que escuché de sus propias bocas— era que

estábamos derrotados pero podíamos ayudar a poner fin a la guerra para que se acabaran las muertes. ¿Creían colaborar para que no hubiera más muertos? Sólo puedo conjeturar al respecto y sería importante hablar con ellos para entender cómo racionalizaban sus acciones. Lamentablemente mucha información útil que podrían haber aportado quedó oculta porque, cuando salieron, se fueron a vivir a Europa. Hicieron algunas declaraciones públicas pero los organismos de derechos humanos no les tienen confianza ya que su colaboración activa en la tortura está bien documentada. Su testimonio sería de gran valor pero difícilmente se presenten en la Argentina. Una declaración suya hecha en Londres ante Amnistía Internacional incluye muchos datos correctos junto a otros que no encajan. Por ejemplo, me mencionan como un físico de la Universidad de La Plata apodado "Tito" y dicen no saber mi nombre, algo sencillamente imposible porque como integrante del Consejo me conocían muy bien. Están entre la espada y la pared: para las víctimas fueron cómplices y para los represores son *persona non grata* porque lo que saben podría hundir a muchos.

Me he preguntado muchas veces por el proceso interior que llevó a que algunos colaboraran activamente en la tortura y en tareas de inteligencia: ¿fue un proceso gradual o se dio de pronto? Sólo ellos podrían responder a esta pregunta y me gustaría conversar con ellos para entenderlo. Algunos sobrevivientes afirman que jamás hablarían con el Tano o Cristoni y les darían una trompada si se los cruzaran por la calle. Yo no les daría una trompada, me sentaría a conversar con ellos y trataría de hacerles sentir que no los estoy enfrentando (es posible que sea su conciencia la que los acosa). Es verdad que contribuyeron a mandar a muchos compañeros a la muerte: el Pacho (Pacheco), el Gordo Mariano (Guillermo Pagés Larraya), Alonso (Luis Guagnini) y otros. Pero para mí no son los verdaderos culpables sino un tipo más de víctima: no son lo mismo que el general Videla. Ni el peor colaborador es equiparable a los represores. Conversaría con ellos porque necesito saber qué les pasa por la mente ahora y qué les pasó entonces. No sólo para entenderlos sino para entenderme a mí mismo: son humanos y, como tales, parte de mí mismo. Mientras más entienda los mecanismos profundos de otra gente que fue sometida al sistema concentracionario mejor entenderé los míos. Hoy me resulta fácil afirmar que yo no hubiera torturado, pero de verdad no sé qué circunstancias los empujaron a ellos a

hacerlo; tampoco sé si esas circunstancias se dieron en el centro clandestino o si ya venían de antes. Mi preocupación es sobre todo entender.

El Ratón (Roberto Angel Laurenzano) fue otro miembro del PCMLRA que colaboró activamente en el Olimpo y siguió haciéndolo luego en la ESMA. Se encargaba de analizar la información extraída a los torturados y estudiaba los organigramas de contacto de las organizaciones para proponer nuevos operativos de secuestro. Si por alguna razón los operativos fracasaban se ponía furioso y tildaba de inútiles a los miembros del grupo de tareas, llegando a gritarles que tendría que salir él personalmente a capturar los blancos. El Ratón fue uno de los pocos militantes que se pasaron completamente al bando enemigo. Después de obtener la libertad continuó trabajando con gente de inteligencia. Ya en democracia se asoció con el ex represor de la ESMA Paco (Roberto Naya, suboficial del Servicio Penitenciario Federal) con quien colaboró en una agencia privada de investigación y protección de personas. Otro que era del PCMLRA es Néstor Zurita pero, a diferencia del Tano y el Ratón, no poseía el conocimiento necesario como para colaborar en tareas de inteligencia; lo usaban entre otras cosas para reparar automóviles. Su sobrenombre, puesto por sus propios compañeros, lo dice todo: Mogo, abreviatura de mogólico, porque era un muchacho con apenas dos dedos de frente. Después de salir en libertad se fue a vivir a Mar del Plata y en alguna oportunidad se contactó conmigo para que nos encontráramos, pero no lo volví a ver.

Víctor o Caballo Loco (el médico Jorge Vásquez) había tenido el grado de Oficial Mayor en Montoneros y venía del centro clandestino llamado el Vesubio, donde había presenciado el traslado de varios integrantes del Consejo que tenían allí. Según Víctor, un día los sacaron a todos y luego apareció en los diarios la noticia de un supuesto enfrentamiento armado con dirigentes de organizaciones subversivas reunidos en una casa de Monte Grande, donde al resistirse los habrían rodeado y aniquilado. Los nombres de los muertos que figuraban en las noticias eran los mismos de las personas que Víctor había visto en el Vesubio. Ya en el Banco empezaron a sacarlo de la celda para atender enfermos y heridos, hasta que quedó como médico permanente en reemplazo de la Torda (Laura Crespo), una chica dentista que hasta entonces cumplía esa función. Tanto la Torda como la gorda Estela (la enfermera Teresa Pereyra) pasaron a ser ayudantes de Víctor. Tiempo después, las trasladaron a las dos junto al esposo de la Torda, que hasta entonces se había

salvado gracias a la utilidad que ella prestaba. Víctor siguió como médico hasta su libertad y, según testimonios de algunos sobrevivientes, era quien revisaba a los torturados para determinar si se los podía continuar interrogando.

El caso de Laura (Lucía Deón) ofrece mayores contradicciones. Hay sobrevivientes que dicen que "un represor es un represor, son todos iguales" pero, como vengo sosteniendo, no estoy de acuerdo. Hubo diversos grados de crueldad o de ensañamiento entre los represores, y lo mismo ocurre con los colaboradores: no son todos iguales. Aunque creo que Laura no ayudó a torturar, gracias a las citas y contactos que entregó cayó toda la gente de la Columna Sur de Montoneros. En la oficina de inteligencia ayudaba a elegir blancos y la sacaban a menudo a lanchear. Estaba en una situación relativamente privilegiada respecto al resto de los prisioneros: le daban chocolate, pedazos de torta, ropa de mejor calidad o incluso maquillaje para arreglarse. Sin embargo, a pesar de ser responsable por la caída de tantos compañeros, era generosa y hacía lo posible por compartir con otros detenidos los dulces, comidas o revistas que recibía; ella misma se los alcanzaba o le rogaba a algún guardia que lo hiciera. Su colaboración llegó a un grado extremo —quizás para salvar la vida de su hijo secuestrado junto con ella— pero mantenía una actitud solidaria, como si allí estuviera el límite de su transformación o algo de su vieja ideología perdurara en ella. En lo personal me siento en deuda con Laura por su conducta afectiva para conmigo, aún sabiendo que su prioridad era ante todo salvarse ella con su hijo. No puedo olvidar que, en última instancia, no fue una represora sino que entró al campo secuestrada. Es verdad que luego la quebraron, pero lo lograron mediante la tortura y la amenaza que significaba tener a un hijo también secuestrado.

Cuando Laura salió en libertad armó pareja con un miembro civil del grupo de tareas de la ESMA, el Gato Electrónico (un ingeniero de apellido Gattoni que era profesor de electrónica y había diseñado la picana que ahí se usaba). En el Olimpo estaba acompañada por Matías, su hijito de cuatro o cinco años. Mientras Laura trabajaba en la sala de inteligencia el niño quedaba al cuidado de las prisioneras de la lavandería, frente a mi taller de reparaciones. A veces me lo traían un rato para que lo entretuviera: él jugaba con un osciloscopio sobre la mesa del taller y hacía dibujitos mientras yo actuaba de tío. Después de un tiempo se lo entregaron a los abuelos para que lo criaran. Ya estando Laura en libertad, Matías se fue a vivir con ella y Gattoni; me enteré que más tarde los dos

habrían tenido un hijo. Paradójicamente, aquel niño secuestrado y criado por un tiempo en un campo terminó con un hermanito menor cuyo padre había formado parte del grupo de tareas. Años más tarde me enteré por un amigo del Equipo Argentino de Antropología Forense que Laura, ya separada, vivía en Córdoba y mandaba a decir que le gustaría reunirse conmigo. El encuentro no llegó a materializarse porque al poco tiempo me mudé a Estados Unidos y nunca más supe de ella ni de Matías.

Al pensar en el Tano, Cristoni, el Ratón o Laura podría creerse que los casos de colaboración extrema fueron muchos. Sin embargo no fue así: varios miembros del Consejo sobrevivieron sin adoptar actitudes comprometidas y otros no sobrevivieron despues de serles útil por un tiempo. Entre los primeros viene a mente el caso de Oscar Roberto Ramírez, un arquitecto apodado Tito o el Viejo, que murió años más tarde de cáncer en Suecia. Tito fue tal vez mi mejor amigo en los campos. Lo habían torturado brutalmente porque durante días les daba información que resultaba ser siempre falsa: simulaba quebrarse bajo los tormentos, daba un nombre o una dirección y cuando los represores iban en busca de esa persona se encontraban con que no existía. Volvían furiosos a seguirlo torturando y él otra vez simulaba que no podía resistir más y daba otro nombre falso. Esto siguió así a lo largo de varios días: lo llevaban a la enfermería en muy mal estado, lo ponían otra vez en condiciones y lo regresaban al quirófano. Cayó incluso en coma y el médico Jorge Vázquez logró revivirlo. Eventualmente se cansaron y renunciaron a hacerlo hablar, pero mientras decidían qué hacer con él alguien tuvo necesidad de un dibujante técnico y de esa manera Tito terminó integrándose al Consejo.

Debido a su habilidad, Tito estaba encargado de dibujar los gráficos de contacto que estaban desplegados en las paredes de la oficina de inteligencia con los organigramas de las organizaciones. Su trabajo sin embargo no era de colaboración en inteligencia: le daban los nombres y datos que debía incluir y él se limitaba a dibujarlos con la prolijidad típica de los arquitectos. Terminó haciendo otras tareas de mantenimiento y fue lo suficientemente astuto como para hacerles sentir que era útil: los traslados se sucedían y a Tito nunca lo seleccionaban. Ya en libertad seguimos en contacto y, antes de irse a Europa, me sorprendió obsequiándome un posafuentes artesanal que había hecho con sus manos en la ESMA. En Suecia, poco después de la elección de Raúl Alfonsín como primer presidente democrático, Tito mostró una vez más la madera de que estaba hecho cuando dio una

importante conferencia de prensa para denunciar lo sucedido en los campos. Esa conferencia tuvo repercusión mundial y salió reproducida en la contratapa de la revista argentina *Cuestionario*. Poco después recibí una llamada telefónica de Luis (el subprefecto Jorge Manuel Díaz Smith, encargado de controlar periódicamente a los liberados de la ESMA) que me dijo: "¿Viste lo que hizo ese hijo de puta del Viejo? ¡Cuando lo agarre lo reviento!" Para entonces yo ya estaba declarando ante la CONADEP e intepreté la llamada de Luis como una amenaza velada, pero esa fue la última vez que me telefonearon de la ESMA.

Digo que hubo muchos miembros del Consejo que no tuvieron la suerte de sobrevivir y reviso mis notas para recordar algunos de sus nombres. Me acuerdo por ejemplo de Alonso (Luis Guagnini) y Mariano (Guillermo Pagés Larraya), los favoritos de Sangre que fueron trasladados; a Guagnini lo conocía desde antes de mi secuestro porque su primera mujer y yo éramos amigos y solíamos vernos en una quinta de su familia. También tengo un recuerdo cariñoso de la gorda Estela (Teresa Pereyra), la enfermera que le aplicó la inyección a Juanita Armelín y a los otros en aquel traslado del que fui testigo: era muy maternal y se preocupaba por el bienestar de los prisioneros, haciendo siempre un esfuerzo por conseguir las medicinas que necesitaban. La Torda (Laura Crespo) estuvo un tiempo encargada de la enfermería porque era dentista, y Polilla (Ana María Pifaretti) era una diétologa que también ayudó en la enfermería y fue trasladada en enero de 1979. Recuerdo a Marisa (María del Carmen Artero de Jurkiewicz), que se fue en uno de los últimos traslados del Olimpo; Angelita (Mirta Trajtemberg), posiblemente trasladada del Banco en julio de 1978; Julio Lareu, secuestrado por Colores; Mirta González; Pablo Pavich; Jorge Toscano... Son muchos porque en cada campo hubo varios Consejos y por lo general sólo duraban con vida poco tiempo. También recuerdo con afecto a algunos compañeros que, en distintos momentos, trabajaron conmigo en el taller: Jorge Allega (Federico), Juan Carlos Guarino (Pablo) y José Rubén Slavkin (Clemente). Allega y Guarino son dos ingenieros electrónicos que sobrevivieron; uno hoy vive con su familia en Italia, el otro en Puerto Madryn. Tanto Allega como Guarino aportaron su testimonio en el juicio contra las Juntas y en otros procesos. En cambio Slavkin, un gran experto en electrónica, está desaparecido.

Merecen asimismo un lugar especial en mi recuerdo las mujeres embarazadas que vi en los campos: también ellas posiblemente se ilusionaron con que les perdonarían la vida, pero no tuvieron esa suerte. A veces las atendían hasta que estaban prontas a parir y luego se las llevaban a otro sitio para dar a luz; en ningún caso observé que alguna de ellas volviera al campo después de tener a su hijo. Peor aún, hubo casos en que las trasladaron cuando estaban embarazadas y cercanas al término. Ya he hablado de Anteojito (Lucía Tartaglia), a quien llevaron supuestamente al Hospital Militar a dar a luz, y de la Chilena (Cristina Carreño Araya); lo mismo ocurrió con Paty (Liliana Fontana), que estuvo en el Atlético embarazada y hoy está desaparecida junto con su esposo Erico (Pedro Sandoval). Soledad (Laura Graciela Pérez Rey) estaba embarazada en el Club Atlético y se la llevaron supuestamente a parir a la ESMA antes de trasladarla; su compañero Gerónimo (Rubén Raúl Medina) era el médico que me atendió en la enfermería del Club Atlético y también está desaparecido. A la Gorda (Marta Inés Vacccaro de Dería) la trasladaron con un embarazo a término.

También hubo prisioneros que llegaron a los campos con sus hijos y quizás pensaron que su condición de padres influiría en su destino final. En el Olimpo hubo entre diez y quince niños, incluso bebés, capturados con sus padres. Algunos estuvieron apenas unos días, otros semanas. Las prisioneras del Consejo encargadas de la ropa los cuidaban en una especie de guardería improvisada en la lavandería; a las madres no les permitían tenerlos con ellas en las celdas y sólo podían verlos esporádicamente. Muchas veces vi a bebés en pañales tomando la mamadera y me tocó entretenerlos en mi taller de electrónica. Entre tantos nombres que me vienen a la mente están Gustavo (Marcelo Weisz) y María (Susana González de Weisz) secuestrados con un hijo de un año; José Poblete y Gertrudis Hlaczic con una bebita de 8 meses luego apropiada por Colores y el Turco Julián; Mary (María Elena Gómez) y Chacho (Oscar Manuel Cobacho) con dos hijos de 2 y 4 años; Tato (Graciela Pasalacqua) con dos niñas de 11 meses y 7 años respectivamente. Bety (Susana Larrubia) estuvo secuestrada en el Olimpo con una beba de pocos meses, y lo mismo Mariela (Isabel Fernández Blanco) y su hijito. Enrique Ghezan también estuvo en el campo con un hijo. El hijo de Isabel Cerruti estuvo secuestrado con ella, pero tuvo más suerte y fue devuelto a familiares. Cuando conocí a Bea (Norma Beatriz Longhi) su niño ya no estaba con ella y confiaba en que se lo habían entregado a los abuelos. La Negrita (María

Teresa Manzo de Winkelman) estuvo secuestrada en el Olimpo con una hijita, y en el Banco estuvo Isabel Cerruti con su hijo Norberto, luego devuelto a los abuelos.

Hay poco que contar sobre el corto tiempo que estuvimos en el Pozo de Quilmes, una especie de compás de espera mientras el grupo de tareas del Olimpo identificaba una estructura que le permitiera continuar operando. Sin embargo, en el Pozo de Quilmes se produjo uno de los incidentes más confusos de que tengo memoria durante mi larga permanencia en los campos: la sospechosa fuga del Tano y Cristoni. Por ser colaboradores activos contaban con la confianza de los interrogadores y visitaban a sus familias periódicamente, siempre acompañados de represores. Un tío de Cristoni, hombre de cierta fortuna, era propietario de una quinta muy grande cerca de la localidad bonaerense de City Bell, entre Buenos Aires y la ciudad de La Plata, donde a veces los oficiales del grupo de tareas compartían asados con el Tano, Cristoni y sus familiares. Cierto día Soler llevó al Tano, Cristoni y el Mogo a un supuesto asado en la quinta del tío y volvió solo al Pozo de Quilmes. Nos contó entonces que habían identificado un sitio que funcionaría como nuevo centro clandestino y que los tres se habían quedado para acondicionarlo: el Tano y Cristoni organizando el material de inteligencia y el Mogo haciendo trabajos de reparación. Sin embargo, el Mogo reapareció días después comportándose de un modo extraño y sin querer decirnos dónde había estado, mientras que al Tano y Cristoni no los volvimos a ver nunca más.

Mucho tiempo después pudimos reconstruir lo sucedido en esa extraña historia sobre la que hasta el día de hoy no se ha hecho ninguna investigación. Quienes la vivimos desde nuestra perspectiva de secuestrados sólo podemos especular sobre la base de retazos de información que pudimos obtener y conversaciones que algunos sobrevivientes tuvimos años después ya en libertad. Tito Ramírez, en su testimonio ante la justicia, es quien más parece acercarse a lo que de verdad ocurrió. Según su declaración, el Tano y Cristoni pagaron un generoso soborno en dólares a los jefes del grupo de tareas a cambio de que les permitieran la "fuga" y, posiblemente, acordaron también hacer declaraciones públicas en el exterior a favor de la Junta militar. Con el tiempo Tito pudo comprobar tres cosas que apoyarían esta interpretación: que el tío de Cristoni, propietario de la quinta donde se hacían los asados, vendió por esa fecha unos terrenos por una considerable suma en dólares; que el Tano y Cristoni reaparecieron misteriosamente en Río de Janeiro donde

pidieron asilo al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados; y que la mujer de Cristoni se reunió con él en Río de Janeiro poco después. Por alguna razón que desconocemos, al Mogo lo incluyeron en la salida donde se produjo la "fuga", pero como no tenía nada que ver se constituyó en un estorbo. En el auto Cristoni y el Tano le "arrebataron" el arma a Soler y lo encañonaron, lo obligaron a bajarse del vehículo y, tras manejar unas cuadras, abrieron la puerta y le dijeron al Mogo: "ahora bajate y arreglátelas solo". El Mogo tenía tanto miedo de que lo mataran si lo capturaban que no se le ocurrió mejor idea que entregarse voluntariamente al Ejército, tras lo cual reapareció en el Pozo de Quilmes.

Tiempo más tarde, en la ESMA, el Mogo nos confesó que la supuesta fuga del Tano y Cristoni había sido fraguada y que él había quedado involucrado por error. En cuanto al Tano y Cristoni, una vez asilados en Europa dieron declaraciones ante Amnistía Internacional y revelaron muchos detalles sobre los sitios clandestinos de detención sin mencionar su participación en tareas de inteligencia y planteando más bien que habían simulado colaborar para engañar a los secuestradores. Tampoco suministraron nombres de represores. Este final imprevisto explica tal vez por qué no volvimos a ver a Soler y sus secuaces más cercanos después de nuestra mudanza a la ESMA: quizás los alejaron del aparato represivo debido no sólo a su insistencia en seguir operando un campo tras el cierre del Olimpo sino además por su complicidad en esta historia turbia. Otros represores como Colores y el Turco Julián, que provenían del circuito Club Atlético-Banco-Olimpo pero no habían estado involucrados en el vaciamiento, continuaron apareciendo por un tiempo en la ESMA. También es probable que los interrogatorios que nos hicieron más tarde en la ESMA procuraran arrojar luz sobre esta historia y fueran parte de un sumario interno del Ejército para aclarar esa sospechosa "fuga" a cambio de dinero.

Unos días después del regreso del Mogo al Pozo de Quilmes y su sospechoso silencio sobre la ausencia del Tano y Cristoni, se produjo la que sería mi última mudanza a otro campo. Era de noche y los miembros del grupo de tareas ya se habían retirado, dejándonos al cuidado de los policías que nos custodiaban. Cerca de las nueve estábamos en las celdas preparándonos para dormir cuando se encendieron las luces, se abrieron las puertas violentamente y alguien gritó que saliéramos de inmediato al pasillo: "¡Nadie se mueva! ¡Ponerse los tabiques!" Nos colocaron capuchas, esposas y grillos, y uno por uno

nos hicieron parar frente a un escritorio donde alguien, cuya voz no reconocí, nos hizo preguntas para identificarnos. Nos subieron a un camión sin decirnos palabra. Todos llevábamos meses o años en una situación de relativo privilegio como miembros del Consejo y este regreso al maltrato de los primeros tiempos fue aterrador. El camión arrancó y por una hendija alcancé a vislumbrar las luces de una ruta iluminada. Al rato dejé de verlas y noté que el andar suave del vehículo sobre asfalto cambiaba por el traqueteo típico de la marcha sobre terreno desparejo; supuse que nos habíamos desviado a un camino de tierra. Se escuchaban voces en tono muy bajo —seguramente el conductor del camión y sus acompañantes conversando— y el miedo hizo que imaginara lo peor. El camión se detuvo y pensé que por fin habían decidido aplicarnos la ley de fuga. A mi lado el Mogo lloraba: "¡Tito, nos van a matar! ¿Qué hacemos, Tito, qué hacemos?" Yo trataba de calmarlo y a la vez intentaba calmarme a mí mismo, preparándome a correr cuando abrieran la puerta trasera para hacernos bajar. Tras unos minutos se escucharon motores de autos y otras voces; el camión arrancó nuevamente, anduvo un tiempo por el terreno desparejo y subió otra vez al asfalto.

Comencé a calmarme cuando volví a distinguir las luces de la ruta. Al rato el camión traspuso lo que parecía ser un portón y entró a un lugar bien iluminado. Nos bajaron del vehículo y entramos encapuchados a lo que era sin dudas un edificio donde, para mi sorpresa, tomamos un ascensor. Al salir subimos a los empellones por una corta escalera a un lugar asfixiante y nos hicieron acostar sobre colchonetas separadas por tabiques de madera: todavía no lo sabía pero era Capuchita, el pequeño altillo superior que corona el edificio del Casino de Oficiales de la Escuela de Mecánica de la Armada. Así, a principios de marzo de 1979, llegué al último campo de concentración que me tocó habitar, donde pasaría todavía otros dos años y cuatro meses de mi vida.

7. Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA)

> En la Capital Federal, sobre la Avda. del Libertador al oeste […] El Casino de Oficiales era el edificio destinado al Grupo de Tareas 3.3.2. Tenía tres pisos, un sótano y un gran altillo. En estos dos últimos y en el tercer piso estaban alojados los detenidos […] Al fondo del sótano, las piezas para tortura Nº 12, 13 y 14. A la derecha de la puerta verde, estaban la enfermería, el dormitorio de los guardias y junto a éstos el baño. Siguiendo la línea de la enfermería, el laboratorio fotográfico. Para la ventilación había pequeños ventiluces que daban al patio, ubicados a 20 cm del nivel de tierra […] "*Capucha*": Ocupaba el ala derecha de la mansarda recubierta de pizarras grises del edificio. Era un recinto en forma de "ele", interrumpido de a tramos por vigas de hierro pintadas de gris, que son el esqueleto de la mansarda exterior. No tenía ventanas, sólo pequeños ventiluces que daban a celdas pequeñas denominadas "camarotes" […] No había luz natural, era escasa, se utilizaban dos extractores de aire que producían mucho ruido. El piso, de alisado de cemento […] En ese lugar se encontraban también tres habitaciones, una de ellas destinada a las prisioneras embarazadas.
>
> Comisión Nacional Sobre la Desaparición de Personas, *Nunca Más* (81)

En la ESMA pudimos reconstruir poco a poco lo sucedido. El Primer Cuerpo de Ejército había descubierto dónde estábamos ocultos los prisioneros y los materiales sustraídos durante el vaciamiento del Olimpo y, aprovechando una noche en que nuestros "amos" se habían retirado de la comisaría hasta el día siguiente, nos recuperaron. En pocas palabras, ¡nos secuestraron estando secuestrados! Sin embargo el Ejército no disponía de un campo propio desde el cierre del Olimpo y tuvo que pedirle a la Armada que nos mantuviera en la ESMA hasta resolver la situación. En la ESMA nos interrogaron sin picana pero de manera firme y amenazante. A mí me tocó un coronel del Ejército que quería detalles del vaciamiento del Olimpo para averiguar qué había pasado con ciertos equipos de comunicación importados que me eran familiares. Además de ser el encargado de su mantenimiento por ser experto en electrónica, yo sabía inglés, y así fue que en el Olimpo me hacían hablar por teléfono con los proveedores de los equipos en Estados Unidos para indicarles las especificaciones técnicas necesarias. Como había participado en las negociaciones de compra los conocía muy bien, por eso el coronel estaba particularmente interesado en saber qué había pasado con ellos. También me preguntó sobre la complicidad de los miembros del Consejo en la fuga de Cristoni y el Tano: así fue que me enteré por primera vez, oficialmente, que se habían "fugado". Sólo se me ocurrió decirle: "escúcheme, Coronel, ¿usted cree que yo sería tan estúpido de ser cómplice de una

fuga y no participar en ella? Si fuera cómplice me habría ido con ellos, ¿no le parece?" "Tiene razón", me dijo, y a partir de entonces me dejó tranquilo.

La estadía en Capuchita (un cuarto pequeño sobre el altillo del edificio con un tanque de agua y una bomba que ocupaban la mitad del espacio) fue terriblemente parecida a lo vivido tras mi secuestro un año y medio antes. Permanecíamos acostados todo el tiempo entre los tabiques de madera, engrillados y encapuchados. Igual que en otros campos no había distinción entre hombres y mujeres: estábamos todos mezclados porque, para los represores, no éramos seres humanos sino gusanos. Ante cualquier movimiento los guardias nos pegaban en la cabeza y teníamos absolutamente prohibido hablar con los compañeros en los cubículos contiguos. Aprendimos a comunicarnos en una especie de código morse, con golpecitos suaves sobre la madera: un código simple en el que cierto número de golpes representaba una letra. Llevaba mucho tiempo transmitir un mensaje pero al menos lográbamos comunicarnos. Si bien no eran verdaderas conversaciones, podíamos decirnos cosas como "tengo hambre", "tengo sed", "¿dónde estamos?" Por medio de ese sistema otro cautivo nos hizo saber donde estábamos, algo que me produjo terror ya que la ESMA era conocida entre los militantes como un lugar siniestro. Para hacer nuestras necesidades debíamos pedirle a un guardia que nos llevara abajo porque en Capuchita no había baño. Cuando teníamos suerte de que atendieran nuestro pedido debíamos descender por una estrecha escalera hasta el piso inmediatamente inferior, donde nos permitían quitarnos la capucha para higienizarnos en un cuartito con ducha e inodoro. Ahí pude verme en el espejo con una barba de semanas que me hizo recordar las estampas de Cristo. Ese trayecto al baño era un verdadero suplicio porque los guardias casi siempre nos daban golpes e incluso nos empujaban para hacernos rodar escaleras abajo, un maltrato feroz que duró como un mes.

Del Pozo de Quilmes habíamos llegado ocho (Cristoni y el Tano se habían "fugado") y los guardias nos conocían como "los ocho del patíbulo" por aquella película llamada *Los siete del patíbulo*. Sabían que no éramos propiedad de la Armada sino del Ejército y posiblemente estaban enterados de que en el otro campo habíamos sido miembros del Consejo. Pero no por eso teníamos un trato preferencial: las condiciones eran igualmente duras para todos. El mensaje era que en la ESMA nadie era especial. La comida, casi todos los días, era un sandwich de pan blanco con un bife finito y seco: una

maravilla en comparación con lo que recibíamos en otros campos. Para beber, en cambio, había que rogarle a un guardia y el pedido podía traducirse en un vaso de agua o un golpe en la cabeza. Permanecíamos inmóviles sobre las delgadas colchonetas de gomaespuma con una vieja manta gris por todo abrigo. Fue un mes interminable durante el cual no tuvimos más trato que con los guardias y el coronel del Ejército que nos interrogó al comienzo; jamás vimos a los oficiales de la Armada. De vez en cuando abrían los ventiluces a ras del suelo para que entrara algo de aire, lo cual nos permitía escuchar los ruidos exteriores. Confirmamos que estábamos en la temible ESMA por las señales reveladoras del ruido de tráfico que provenía de la cercana Avenida Libertador y por los aviones que aterrizaban en Aeroparque. Saber dónde estábamos me asustó bastante. Todavía no dimensionaba lo que de verdad representó ese centro clandestino pero sabía lo suficiente como para que la imaginación se me disparara, y me preparé para lo peor.

En Capuchita, por lo regular, se alojaba a los prisioneros durante el primer período de interrogatorio, para ablandarlos; después se los pasaba a Capucha, en el altillo propiamente dicho, que cubría la mitad del último piso del Casino de Oficiales. Transcurrido un mes nos mudaron a Capucha donde las condiciones eran similares — tabiques de madera y colchonetas sobre el piso— pero el maltrato no tan constante como en Capuchita. Ciertos guardias más flexibles nos permitían hablar con los compañeros en los cubículos de al lado; cuando podíamos comunicarnos con un prisionero a través del pasillo sentíamos que era un triunfo y una alegría. En los campos anteriores me mantuve ocupado con mi trabajo como miembro del Consejo pero en Capucha pasé mucho tiempo sin nada en qué distraer la mente. Fue un alivio, sin embargo, escapar de las condiciones infinitamente peores de Capuchita: aquí por lo menos podíamos ir al baño sin tener que bajar las escaleras en medio de trompadas y patadas. Me distraía haciendo muñequitos de miga de pan cuando algún guardia nos permitía levantarnos un poco el tabique. De vez en cuando elegían a un prisionero para que pasara un trapo por el piso del pasillo: para el escogido era tocar el cielo con las manos porque podía moverse y volver a sentirse humano por unos minutos. El resto del tiempo se consumía en pensar y estar atento a los pasos de los guardias, los movimientos de gente yendo al baño o al interrogatorio y los ruidos que indicaban la llegada de la comida.

Las salas de tortura estaban en el sótano del edificio. Los que iban al interrogatorio debían hacer un largo recorrido escaleras abajo, pasando por los tres pisos intermedios donde estaban los dormitorios para oficiales de la Armada y otras dependencias. Rara vez se usaba el ascensor y el detenido, encapuchado y con los pies engrillados, debía bajar la escalera en medio de golpes e insultos. Tuve la suerte de que no me llevaran a la sala de torturara en la ESMA, pero escuché a otros compañeros relatar ese descenso eterno, un preámbulo aterrador a lo que les esperaba en el sótano. Con el tiempo llegué a recorrer esa escalera muchísimas veces porque, semanas después de llegar a Capucha, comencé a trabajar en unas oficinas que estaban abajo, cerca de los quirófanos. Por eso puedo imaginarme perfectamente lo que sentían quienes iban al suplicio.

Para quienes llegamos del Pozo de Quilmes nuestra primera tarea en la ESMA (siendo todavía nominalmente prisioneros del Ejército) consistió en revisar y ordenar las carpetas de inteligencia que venían con nosotros del campo anterior. El Primer Cuerpo quería recuperar la información obtenida por el grupo de tareas del Olimpo y presuponía que los miembros del Consejo tendríamos idea del contenido de esas carpetas. El material venía en tal estado de desorganización que, durante cerca de un mes, nuestra tarea fue revisar y sistematizar enormes pilas de fichas personales de inteligencia. Esa fue la primera oportunidad que tuve de ver el contenido de las fichas e incluso alcancé a leer la correspondiente a mi caso. Nuestro trabajo era una especie de "control de calidad": se suponía que debíamos agregar información nueva o corregir cualquier dato que, a nuestro entender, fuera incorrecto. Yo lo hacía sólo cuando reconocía a alguien muerto o desaparecido. Calculo que serían unas dos mil fichas; obviamente no pude revisarlas todas porque éramos ocho personas dedicados a esa tarea. Consistían en hojas de papel con datos del activista tales como la organización a la que pertenecía, los nombres de sus padres, edad, domicilio y otra información de tipo burocrático. Debajo de esos datos venían las conclusiones a que habían llegado los interrogadores: "conectado con fulano o mengano", "no dijo mucho", "dio datos que llevaron a arrestar a tales personas", "dijo pertenecer a tal organización", "tiene tal nivel en la estructura". En la segunda página, por lo general, figuraba la historia política del secuestrado, muchas veces escrita bajo presión por la víctima misma. Lo que se esperaba de nosotros era que agregáramos cualquier cosa nueva que supiéramos a esas historias de militantes. En una especie de recuadro, en la parte

superior derecha de la primera página, había una letra: "T" por trasladado, "+" por muerto y "L" por liberado. La diferencia entre "T" y "+" era que esta última significaba muerto en un enfrentamiento, por tortura o enfermedad; la primera, en cambio, representaba el "traslado" de alguien que ya no les era útil. No sé precisar qué porcentaje de las fichas correspondía a traslados: creo recordar que eran más de la mitad. Nuestro método de revisión de las fichas no era demasiado eficiente y seguramente no aportó nada nuevo a lo que ya sabían. Fue más bien parte del proceso de desestructuración de nuestra personalidad: al obligarnos a hacer ese trabajo nos convertían en zombies y de paso obtenían algún ocasional dato nuevo. Más que lograr información de dudosa utilidad, el objetivo era hacernos sentir como insectos por colaborar en esa tarea.

La revisión de las fichas no duró demasiado tiempo. Gradualmente nos derivaron a otras tareas hasta que nos incorporaron al Staff. Con este término se referían a los prisioneros que trabajaban como mano de obra esclava en la ESMA. Supongo que la palabra "Consejo" fue un invento de los interrogadores en otros campos porque se usó en el Club Atlético, el Banco y el Olimpo. Como flamantes miembros del Staff, nuestra primera tarea consistió en leer diarios, recortar noticias y hacer resúmenes de su significado. A mí me tocó todo lo relacionado con educación, ciencia y técnica, y a nivel internacional con Africa y Medio Oriente. Otros prisioneros se dedicaban a economía, relaciones exteriores, deportes, espectáculos o cualquier otro tema que les encargaran. Debíamos escribir a máquina un resumen diario de las noticias. Los reportes se juntaban luego en una especie de librito y se hacían diez o quince fotocopias. Estas se distribuían entre miembros del grupo de tareas y oficiales navales que trabajaban en áreas del gobierno tales como relaciones exteriores y educación. Esta síntesis les evitaba tener que leer todos los diarios del día; sólo si les llamaba la atención un asunto en particular recurrían directamente a las fuentes para tener más información.

Al principio ese trabajo se llevó a cabo en el sótano de la ESMA, cerca de las salas de tortura, para lo cual bajábamos diariamente tres pisos por la escalera. Más adelante el trabajo se hizo en la "Pecera", una especie de sector de oficinas en una de las dos alas del altillo. Las "oficinas" eran entre diez y doce pequeños cubículos, con paredes transparentes de acrílico para que los guardias pudieran observarnos todo el tiempo. Allí había escritorios, sillas y todo lo que necesitábamos para escribir los reportes. Mi cubículo

ocupaba un mínimo espacio que el techo inclinado del altillo hacía más reducido aún, y tenía que agacharme para acercarme a la pared. Al final de la Pecera, otro espacio separado por tabiques no transparentes hacía las veces de archivo donde guardábamos los recortes ya sintetizados. Otro cubículo, cerca de la salida del pasillo, contenía un mueble de estanterías metálicas con lo que restaba del archivo de *Noticias*, un diario del peronismo de izquierda identificado con Montoneros, ya inexistente, que usábamos para consultas. Ese archivo había ido a parar a la ESMA después de que el gobierno de Isabel Perón allanara y ordenara el cierre de *Noticias*. Más allá estaba el Pañol, una especie de cuarto donde guardaban todo tipo de objetos robados durante los allanamientos. A lo largo del estrecho pasillo, unos metros más allá, se alineaban las camas estilo cucheta en que dormíamos los trabajadores esclavos. Ir de la casa al trabajo —por así decirlo— nos llevaba apenas un par de segundos.

El trabajo de sintetizar los diarios nos ocupaba de martes a domingos. Los lunes había pocas noticias de interés, pero tampoco ese día estábamos sin hacer nada: escribíamos una especie de editorial que sintetizaba lo ocurrido a lo largo de la semana anterior. Era cuando recurríamos al archivo de *Noticias* para completar algún dato o redondear un editorial. Esa tarea en apariencia kafkiana obedecía a la necesidad de la Armada de estar informada sobre lo que pasaba en el país y en el mundo. Nuestro trabajo esclavo les facilitaba el objetivo: a partir de nuestra síntesis podían decidir si leer los artículos completos o si con nuestro resumen tenían suficiente. No deja de ser curioso que, para seleccionar entre el cúmulo diario de noticias, confiaran en el criterio de un grupo de militantes de izquierda secuestrados. Una anécdota personal es reveladora de semejante absurdo. Como encargado de resumir las noticias sobre el ministro de Educación, Llerena Amadeo, yo apenas disimulaba mi opinión de que era un troglodita de ideas medievales. Pero un lugar donde la Armada tenía oficiales en cargos públicos era precisamente el Ministerio de Educación. Un día vino Marcelo (el teniente de navío Ricardo Miguel Cavallo, encargado de supervisar nuestro trabajo en la Pecera) y me dijo: “flaco, terminala con Llerena Amadeo porque nos estás metiendo en líos; esto llega a Educación, donde tenemos gente, y lo puede ver el propio ministro”. A partir de entonces suavicé el tono de mis síntesis para evitarme problemas. Tiempo después Llerena Amadeo renunció al cargo,

y un día vino Marcelo y me dijo: “flaco, ahora podés escribir lo que quieras sobre educación”.

Puede parecer extraño que la Armada encargara a un grupo de secuestrados el análisis de las noticias. El combatirnos, sin embargo, no les impedía apreciar nuestra preparación intelectual y aprovecharse de ella. El almirante Emilio Massera, jefe de la Armada, tenía ambiciones políticas y trató de capitalizar la mano de obra esclava que mantenía en el campo de concentración. Para la época en que llegué a la ESMA, algunos secuestrados fueron incluso a trabajar en *Convicción*, el periódico que fundó Massera para impulsar su campaña. Si bien no estaban de acuerdo con nuestras ideas, los marinos respetaban nuestra formación política y reconocían que poseíamos herramientas de análisis más sutiles que las suyas. Por eso en los primeros tiempos del golpe militar la ESMA fue una verdadera maquinaria de muerte donde trasladaron a la inmensa mayoría de los secuestrados, pero para la época de mi llegada la ecuación se había invertido y las posibilidades de sobrevivir eran mayores. Massera soñaba con ser presidente y deseaba transformar a los prisioneros de mayor capacidad intelectual en sus cuadros políticos. Al mismo tiempo, mantenía con vida a alguna gente para usarla como una zanahoria que ponía frente a los recién llegados, para convencerlos de que podían sobrevivir si se pasaban a su proyecto político. En la Pecera conocí a algunos ex secuestrados que trabajaban en *Convicción* o en un ministerio, a veces incluso con sueldo. Los traían a la ESMA para que nos hablaran de su buena suerte, que supuestamente podía ser también la nuestra. No eran muchos —tal vez media docena— pero era suficiente para alimentar la esperanza de los cautivos. A algunos les pagaron viajes al exterior, pero esa práctica se acabó cuando dos ex prisioneras dieron una conferencia en Europa, para Amnistía Internacional, y denunciaron todo lo que habían visto en la ESMA. A partir de entonces la vida en la Pecera se endureció por un tiempo y menguaron las visitas de ex secuestrados.

La Pecera ocupaba un ala del altillo. La otra era Capucha propiamente dicha, donde alojaban a los prisioneros que no trabajaban y estaban siendo procesados. En ese largo y angosto pasillo que era la Pecera permanecíamos las 24 horas del día. Allí dormíamos, trabajábamos y matábamos el tiempo como podíamos: en ese estrecho espacio podíamos movernos con relativa libertad. Una especie de puerta separaba ambas alas del altillo, si bien los espacios se reconfiguraban a menudo con tabiques que se cambiaban de lugar

según las necesidades del momento. Desde que me pasaron a la Pecera dejé de tener contacto con los secuestrados en Capucha, pero nos llegaban periódicamente noticias de ellos a través de los guardias. Sabíamos que estaban en peores condiciones que nosotros. A veces le pedíamos a un guardia que les hiciera llegar algo, por ejemplo comida que nos sobraba o que era mejor que la de todos los días. No los alcanzábamos a ver pero sabíamos que estaban allí, tirados sobre las colchonetas, en medio de los tabiques. En una ocasión alcancé a vislumbrar fugazmente a uno cuando lo llevaban al baño. Habíamos dejado de ver ese infierno por el que habíamos pasado pero no podíamos dejar de imaginarlo y sentirlo presente. Me sentía aliviado de estar en la Pecera trabajando, pero sentía que sobre mi cabeza seguía pendiente una condena de muerte a la que trataba de arrebatarle tiempo.

En la Pecera trabajábamos por lo general entre quince y veinte prisioneros. Los ocho del Pozo de Quilmes éramos los únicos provenientes de otro campo; los demás llevaban, en su mayoría, largo tiempo secuestrados en la ESMA. Allí conocí a los compañeros del "grupo Villaflor". Lo llamaban así porque los dirigía Raimundo Villaflor, un importante dirigente del Peronismo de Base. En agosto de 1979 el grupo cayó casi completo y Villaflor murió en la tortura, mientras que otros terminaron trabajando en la Pecera. En un testimonio presentado ante el Juzgado Central de Instrucción N° 5 de la Audiencia Nacional de Madrid, Carlos Gregorio Lordkipanidse, un ex secuestrado que estuvo en la ESMA desde noviembre de 1978, relata lo siguiente: "En el mes de agosto de 1979 fueron secuestrados: José Luis Hazan, Josefina Villaflor de Hazan, Raimundo Villaflor, Elsa Martínez Mesejo de Villaflor, Pablo Lepíscopo, Enrique Ardetti, Ida Adad, Juan Carlos Anzorena y Víctor Basterra. Raimundo Villaflor fue ferozmente torturado por el Subprefecto Carnot, a quien oí decir que 'se le había quedado en la máquina'. Esto quería decir que había asesinado a Villaflor con las aplicaciones de la picana eléctrica". En mi recuerdo el grupo Villaflor se asocia con algo muy traumático que sucedió hacia marzo de 1980, al año de mi llegada. Había desarrollado cierta relación personal con un "verde", uno de los guardianes encargados de llevar prisioneros al baño, controlar que no hablaran entre sí y distribuir la comida. Este "verde" era un muchacho de 16 o 17 años que seguía una especialización técnica dentro de la carrera de suboficiales de la Armada y solía consultarme sobre cuestiones de matemática y electrónica. Se había encariñado conmigo y me había tomado por un "papá" que lo aconsejaba y orientaba. Un día me confesó que se

sentía muy mal en la ESMA: "¡estoy harto de esta mierda!", exclamó. No supe qué decirle y le sugerí: "¿por qué no pedís un pase a otra función?" "Ya lo he pedido mil veces y no me lo dan", me contestó. "Me parece que voy a desertar". Comencé a dudar si era sincero o me estaba tirando la lengua. Me arriesgué: "¿Estás loco? ¿Estás buscando que te chupen como me chuparon a mí? La cosa no es tan sencilla y por mucho menos hay gente desaparecida. Portate bien y tené paciencia, ya te va a llegar el pase". Unos días más tarde volvió a la carga: "Flaco, no aguanto más. He decidido desertar, no me importa lo que vos digas". Le pregunté por qué había tomado una decisión tan drástica y me respondió: "porque trajeron leña". No entendí de qué me hablaba pero algo me hizo sospechar lo peor. Haciéndome el tonto le pregunté, "¿qué, van a hacer un asado?" Con un tono raro de voz me contestó: "sí, un asado… van a matar gente, eso es lo que van a hacer". No supe cómo reaccionar. Sólo atiné a proferir algo como: "¡dejate de joder, no sabés de qué estás hablando!" que puso fin a la conversación.

Poco después recibí autorización para pasar unos días con mi familia, como parte de un sistema de libertad vigilada que explicaré más adelante. Cuando regresé a la ESMA noté que en la Pecera faltaba la gente del grupo Villaflor. En ese momento vino el "verde" que estudiaba para suboficial, a contarme muy alegre que por fin le habían dado el pase a otro destino. Pero enseguida agregó: "¿Viste que era cierto lo que te decía? ¿Ya notaste que faltan seis?" Fue entonces que confirmé un rumor que venía escuchando: en la ESMA a veces se deshacían de cadáveres quemándolos en un campo trasero de la Escuela. El asesinato de los compañeros del grupo Villaflor, a quienes había visto poco antes trabajando conmigo en la Pecera, me llenó de incertidumbre. Quienes estábamos como mano de obra esclava creíamos estar un paso más cerca de la libertad, pero ahora volvía a tener dudas sobre nuestro destino final. Este incidente me recordó que nada estaba garantizado: esos muchachos y muchachas unos días antes compartían la vida con nosotros en la Pecera, y ahora estaban muertos. Nunca supe qué ocurrió: ¿recibieron los interrogadores nueva información sobre el grupo y se convencieron de que no eran "recuperables"? En su testimonio en Madrid, Lordkipanidse dice: "Cuando a mediados de 1981, el Capitán Estrada me comunica que iba a pasar al régimen de libertad vigilada, también me hace saber que él había tomado personalmente la decisión de 'mandar para

arriba' (o sea asesinar) al grupo Villaflor..." Sólo puedo especular respecto a qué pasó porque los oficiales que nos controlaban jamás volvieron a hablar de ellos.

Lo ocurrido con el grupo Villaflor reafirmó mi vieja creencia de que las historias sobre traslados a cárceles legales o campos de reeducación, que venía escuchando desde el Club Atlético, eran fabulaciones sin asidero lógico. Por el contrario, existía un plan sistemático para matar a la mayoría de los secuestrados. Todo esto es hoy de conocimiento público, pero en los campos la mente prefería negar una evidencia demasiado difícil de creer. Por eso es entendible que, muchos años después de las desapariciones, algunos familiares todavía se aferraran a rumores sobre ex secuestrados que supuestamente vivían en Europa bajo nombres falsos. La magnitud de lo sucedido hace que la mente le dé vueltas a la historia: hay algo en ella que no termina de convencer. Allí radica la mayor crueldad de un sistema que no le permite a la gente hacer el duelo porque alimenta la duda perpetua sobre el destino final de los desaparecidos. Al suplicio de los secuestrados se le agrega la tortura permanente de los familiares, los amigos, la sociedad toda. Considero por eso que mi angustiante lucha por sobrevivir un día más en los campos no es mayor que la de los familiares de los desaparecidos que tuvieron que sobrevivir cada día con ese peso adentro.

Otra situación muy tensa en la ESMA se produjo, hacia fines de 1979 y comienzos de 1980, durante la "contraofensiva" de Montoneros. Esta organización había decidido enviar a Argentina a unas pocas decenas de militantes que estaban en el exilio, para reiniciar la lucha armada y supuestamente encabezar un levantamiento popular contra el régimen militar. La contraofensiva fracasó rotundamente por la información de inteligencia que poseía la Armada: a la mayoría de los militantes los secuestraron o mataron cuando intentaban cruzar clandestinamente la frontera norte del país. El médico Jorge Vázquez (Víctor o Caballo Loco) todavía estaba en la ESMA con nosotros y lo enviaron a marcar gente a la ciudad fronteriza de Posadas. Como ex integrante de la conducción de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), antes de que este grupo se sumara a Montoneros, Víctor conocía personalmente a muchos militantes. A pedido suyo trajeron a su esposa, que vivía en Francia, para que lo acompañara. Una vez terminada la fracasada contraofensiva, le dieron la libertad y se quedó a vivir con ella en Posadas. Es una historia terrible no sólo por la manera en que cazaron como animales a los que intentaban reingresar al país: algunos traían consigo documentos secretos de Montoneros y toda esa información cayó en

manos de los marinos. En la ESMA pude ver algunos de esos documentos porque nos pidieron que los analizáramos. Se trataba de estudios de la situación nacional elaborados por la conducción de Montoneros para alimentar políticamente la contraofensiva y dar ánimo a los militantes internos. Pero además contenían los nombres de personas que vivían en Argentina, que los dirigentes en el exilio consideraban posibles aliados a ser reclutados para el movimiento. La caída de los documentos en manos de la Armada permitió la liquidación de muchas de esas personas. Los oficiales de la ESMA nos los mostraban muriéndose de risa y nos decían: "vean, éstos son los dirigentes que ustedes tienen, unos pelotudos que mandan al frente a sus propios compañeros". Supuestamente nos daban a leer los documentos para que extrajéramos de ellos información de inteligencia útil, pero creo que en realidad era para hacernos sentir más indefensos aún ante la incompetencia de nuestros dirigentes. Llegó un momento en que dejé de leerlos para no amargarme más ante la evidencia.

Para esa época ocurrió algo que pudo haber tenido consecuencias negativas para mí, de no haberme cuidado. Yo era dueño de una casa modesta, en el barrio de Ramos Mejía, que había quedado abandonada después de mi secuestro. El grupo de tareas que me secuestró conocía de su existencia pero, quizás por no contar con los medios legales, no hizo nada para apropiársela. Cuando llegué a la ESMA todavía estaba abandonada y nadie había intentado quitármela. Al revisar las fichas de inteligencia que venían del Pozo de Quilmes, los marinos se enteraron de la existencia de la casa y me ordenaron que la traspasara a su poder. Me obligaron a telefonear al escribano que había redactado el título de propiedad original diciéndole que quería una cita porque tenía un comprador interesado; mientras tanto, los marinos se encargaron de desalojar a alguien que la estaba ocupando ilegalmente. Nunca supe si el que compró la casa estaba relacionado con los represores o si, por el contrario, lo consiguieron a través de un anuncio en el periódico y no conocía el origen de la propiedad.

Un día el Gordo Juan Carlos (Juan Carlos Linares) y otro al que le decían Federico porque era de la Policía Federal, me sacaron de la ESMA vestidos de civil y con las armas disimuladas. Nos encontramos con el comprador en la escribanía, donde me entregó un sobre con la suma acordada en dólares, unos 30.000 dólares. Mis acompañantes me indicaron que contara los billetes en presencia del escribano. Me guardé el dinero en un

bolsillo y salimos de la escribanía. Una vez en el auto, el Gordo me dijo: "bueno, flaco, venga la guita". Separó 5.000 dólares, se los guardó y me advirtió: "cuando lleguemos a la ESMA tenés que decir que la casa se vendió en 25.000 dólares". Nadie se enteró de que el Gordo y Federico habían mejicaneado a sus propios compañeros quedándose con una buena tajada de la venta. Es otro ejemplo de cómo se engañaban constantemente unos a otros para sacar provecho de la situación; o tal vez fue una especie de comisión aceptada, o al menos tolerada, por los demás. No podía mencionar nada de esto so pena de echarme al Gordo y Federico de enemigos mortales: me convertí en su cómplice y tuve que mantener para siempre el secreto. Del resto del dinero no sé nada. Supongo que fue a parar al pozo común donde iba todo lo que robaban. Hoy se sabe que Ricardo Miguel Cavallo, ex oficial de la ESMA, montó una empresa de investigaciones con dinero robado a los secuestrados; más tarde armó una empresa millonaria y terminó en el negocio de patentar vehículos en Bolivia, Chile y otros países. Tampoco volví a saber nada de la casa. Años después, cuando testimonié en un juicio en La Plata, el juez escuchó la historia de la vivienda y prometió encargarse personalmente de investigar lo sucedido para que me la devolvieran, pero eso no ocurrió y, al haber emigrado, no insistí.

Por todas estas cosas que ocurrían, los miembros del Staff vivíamos en la incertidumbre de no saber si se produciría nuestra libertad o algo les haría cambiar de opinión a nuestros captores. La ESMA era el reino de la impotencia, del mal, del "maldito si lo haces y maldito si no lo haces". En esa situación un prisionero llega a pensar que el campo de concentración es el mundo. La ESMA es el centro clandestino del que guardo menos recuerdos a pesar de que allí pasé más tiempo que en todos los otros juntos: más de dos años, entre marzo de 1979 y agosto de 1981. En parte esto se debe a que en la ESMA mi vida consistía en una rutina marcada por el trabajo y, con el paso del tiempo, las visitas periódicas a mi familia. Cada vez corría menos peligro de que me trasladaran pero la rutina misma hacía que el cautiverio, una vez superada la primera etapa de maltratos en Capuchita, pareciera no terminar nunca. Mi percepción del tiempo comenzó a alargarse, paradójicamente, a partir del momento en que intuí que podía salir con vida. Desde que contemplé esa posibilidad sentí que el momento tan ansiado no llegaba nunca. Estaba envuelto en una rutina donde cada día era idéntico al anterior y, aunque parezca extraño, eso me agotó más que la lucha por llegar vivo al día siguiente. Mi percepción del tiempo se

invirtió: me parecía corto e intenso en los campos donde me enfrentaba cotidianamente a la posibilidad de la muerte pero largo, monótono y aplastante en la ESMA. Mi razón me indica que no fue así: en la ESMA viví episodios muy intensos, como la matanza del grupo Villaflor o la angustia por la masacre de la contraofensiva montonera. Pero una cosa es la racionalidad y otra la subjetividad.

Otro incidente que se destacó en medio de aquella monotonía fue la mudanza temporaria de un grupo de prisoneros a una isla en el Delta del Tigre que había pertenecido al Episcopado. Su nombre hoy parece siniestro: El Silencio. En setiembre de 1979 visitó el país una delegación de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) para verificar las denuncias que se hacían en el exterior sobre las violaciones en Argentina. Previendo que la comisión pediría inspeccionar la ESMA, los marinos decidieron sacar a los prisioneros del Casino de Oficiales y hacer reformas en el edificio para confundir a los visitantes. Un día nos llevaron a un embarcadero de la Armada donde nos subieron a una lancha. Tras un corto viaje por el río, nos alojaron en una típica casa de las que abundan en esa región del Delta. La visita de la CIDH duró alrededor de una semana pero permanecimos en la isla como un mes. Me tocó la suerte de alojarme en condiciones relativamente cómodas en la casa principal de la isla, junto a otros doce a quince prisioneros. A cada uno se nos asignó una tarea: cocinar, limpiar, cortar a machetazos hojas de formio (una planta semejante a la pita que abunda en esos lugares, de la cual se extraen fibras textiles) que apilábamos para luego transportar a lanchones. Más allá de un arroyo, cruzando un puentecito, se levantaba una casa más pequeña, edificada sobre pilotes de madera según se estila en esos parajes para que el agua no la alcance cuando sube la marea. Bajo esa construcción mantenían, en condiciones infrahumanas, a otros quince prisioneros que traían de Capucha, entre ellos mi amigo Víctor Basterra. El espacio entre la tierra y el piso de la casa, de poco más de un metro de altura, estaba cerrado con chapas de fibrocemento que rodeaban los pilotes; eso formaba una especie de jaula bajo la edificación, subdividida en cubículos donde mantenían a los pobres infelices esposados y engrillados. La tierra en esas islas es por lo general muy húmeda debido a la filtración del agua: los prisioneros, inmóviles y encerrados como animales, pasaban todo el tiempo acostados en esa superficie insalubre, sin luz y expuestos al frío que se filtraba por debajo.

La casa grande donde me alojaba incluía dos habitaciones con camastros superpuestos para los prisioneros, una habitación más pequeña para los represores, un baño y una cocina bastante amplia. No había nada a la vista, salvo esta casa y la otra más pequeña: lo único visible era la vegetación que nos rodeaba. Aunque nos vigilaban guardias con armas largas vestidos de civil, el espacio abierto de la isla parecía ofrecer más posibilidades para una huída que la ESMA. Sin embargo, las condiciones psicológicas que me disuadían de hacerlo eran las mismas de siempre: el temor por lo que pudiera sucederle a mi familia, el desconocimiento de cuántos guardias había y dónde estaban exactamente, y la incertidumbre de a dónde ir y a quién recurrir si lograba huir. Estábamos sin capucha ni grilletes y a veces teníamos a mano los machetes para cortar las hojas de formio, pero eran un pobre rival para las armas largas de nuestros custodios. El muelle, donde a veces quedaba amarrada la lancha en que iban y venían los represores, no quedaba demasiado lejos. Por allí pasaban a menudo lanchas privadas y de pasajeros: no hubiera sido muy difícil hacerle señas a alguien para que se detuviera o lanzarse al agua y nadar hasta una embarcación. Pero el solo hecho de ser uno de los prisioneros de la casa grande implicaba la esperanza de algún día recuperar la libertad; eso contribuía a una especie de actitud sumisa que, en algunos casos, ocultaba el deseo de salir con vida para tomar revancha.

Una vez más me convertí en cocinero porque a los represores les gustó mi ingenio para hacer platos variados con los pocos elementos con que contábamos. Me hice famoso por un puré de papas al que le daba sabor con nuez moscada y una pizca de azúcar como ingrediente secreto. La preparación de la comida me ocupaba buena parte del tiempo: tenía que alimentar a los represores, a los prisioneros de la casa grande y a los encerrados bajo la casita. Aunque a éstos no los veíamos —sólo los guardias trataban con ellos— sabíamos de su existencia e intentábamos enviarles la mejor y más abundante comida cuando nos lo permitía algún guardia flexible. Me esmeraba por cocinar bien y nuestros custodios estaban felices porque podían comer algo mejor que un simple guisote; lo que no sabían era que no lo hacía por ellos sino por nosotros y por los compañeros de la casita que tanto necesitaban ese alimento. A menudo comíamos todos juntos, secuestrados y secuestradores. La tarea de vigilarnos los aburría y organizaban partidos de voleibol para divertirse: prisioneros contra guardianes. Siempre era así, ellos contra nosotros y, a decir verdad, no nos dejábamos ganar ni ellos se molestaban si perdían. Seguramente preferían enfrentarse con adversarios

de fuste y por eso celebraban con verdadero entusiasmo cuando ganaban; nosotros hacíamos lo mismo si éramos los vencedores, lo cual parecía divertirlos mucho.

Tomábamos sol, andábamos sin capucha ni grillos, jugábamos con los represores e incluso bromeábamos con ellos. Mientras eso ocurría, bajo la casa chica nuestros compañeros permanecían encerrados como bestias. Suena cruel decir que ambas realidades coexistían sin entremezclarse, pero esos compañeros estaban todo el tiempo en mi mente y vivía con culpa mi situación de privilegio. Me esmeraba por enviarles la mejor comida posible no sólo por solidaridad sino quizás también por culpa. El soldado en la guerra siente pena por la muerte del camarada que cae abatido a su lado, pero a la vez alivio porque por ahora la bala no le ha tocado a él. Del mismo modo, disfrutaba de mi suerte y trataba de aprovecharla pero no podía dejar de fantasear sobre cómo ayudar a mejorar la situación de aquellos compañeros. Me entristecía lo que les pasaba pero me alegraba de que no me pasara a mí: me aliviaba no estar en su lugar y trataba de no provocar algo con mi conducta que significara terminar donde estaban ellos. Era una sensación horrible. No quiero decir que su espantoso cautiverio de alguna manera permitiera nuestros privilegios: al fin de cuentas, la existencia de ambas realidades no dependía de nosotros sino de los torturadores. Ni los secuestrados bajo la casita ni los de la casa grande habíamos decidido estar donde estábamos. El destino final de cada grupo era, en última instancia, aleatorio y no sabíamos por qué estábamos allí ni qué ocurriría luego; sólo los represores podrían decir qué pasaba por sus mentes cuando tomaban decisiones sobre nuestras vidas. No puedo tampoco especular sobre qué pensaban los otros prisioneros privilegiados, porque había que cuidarse de opinar. Hubo pocos en los que confié, por intuición, y con los que me atreví a hablar. Uno fue Tito Ramírez y otra fue Laura (Lucía Deón). Con ellos comentábamos lo mal que estaban los otros y cómo nos sentíamos al respecto, con lo cual desarrollamos un mínimo lazo afectivo y emocional. Con Tito Ramírez llegamos incluso a fantasear sobre la manera en que podríamos ejercer algún tipo de resistencia y nos alentábamos mutuamente a aguantar mientras simulábamos colaborar. Entre nosotros nos referíamos a los represores como “hijos de puta”, con lo cual él ponía su vida en mis manos y yo, la mía en las suyas.

Regresé a la isla años más tarde acompañando a la fiscalía que llevaba a cabo el primer juicio contra los responsables de la ESMA. Necesitaban un sobreviviente que

pudiera identificarla fehacientemente y dimos varias vueltas por los canales del Delta hasta que la reconocí. Volví, tiempo después, con un grupo de cineastas del History Channel de Canadá. Habían escuchado la historia de nuestra estancia en la isla y querían filmar un documental. Todavía pertenecía a la Armada y había un cuidador que, si bien no era militar, vivía al frente y se encargaba de que no se acercaran los intrusos. Vino a indagar qué queríamos y la gente del History Channel lo distrajo con alguna explicación, mientras dábamos un rápido recorrido. Llegué hasta la casa abandonada y la identifiqué como el lugar donde había estado prisionero. Logramos abrir una ventana y nos metimos. La cocina y las habitaciones de los secuestrados y los represores estaban en las mismas condiciones en que las había visto la última vez: todo exactamente igual aunque más viejo, incluyendo la estantería de la cocina donde acomodaba las ollas cuando trabajaba de cocinero. Identifiqué por fuera la casita pequeña bajo la cual mantenían encerrados a los secuestrados de Capucha, pero no entré porque nunca había estado en su interior durante mi permanencia en la isla y nada podía aportar en ese sentido. Ambas visitas, primero con la fiscalía y luego con los cineastas, me conmovieron profundamente. Todo seguía idéntico, todo resultaba familiar, pero nada indicaba que alguna vez hubiera habido allí secuestrados, seres humanos aislados del mundo.

He mencionado que algunos integrantes del Staff estábamos de franco cuando mataron a la gente del grupo Villaflor, y debo explicar ahora cómo llegué a esa insólita situación por la que me permitían pasar algunos días con mi familia fuera de la ESMA. Ya había salido algunas veces de los campos bajo vigilancia: cuando me sacaron a lanchear en el Banco para que marcara a compañeros y me crucé con mi amigo Raúl, que por suerte pasó a mi lado sin reconocerme; o cuando me sacaron del Olimpo para llevarme al parque junto con las dos embarazadas. En la ESMA también me sacaron a lanchear una vez, cuando se enteraron de que conocía a un militante muy buscado —un muchacho de apellido Pereyra Rossi, a quien le decían Carlón, asesinado más tarde en Rosario por el comisario Patti— y pretendían que lo reconociera, cosa que no hice. Además de esas salidas a la calle me habían permitido dos llamadas telefónicas a Ada, mi mujer en aquel entonces. Quería averiguar si mis familiares estaban bien y hacerles saber que estaba vivo. Para eso engañé a mis captores: "va a haber protestas internacionales porque soy muy conocido como físico y las asociaciones de científicos se van a movilizar si se enteran de

que estoy desaparecido; si me dejan llamar a mi mujer, le voy a mentir que estoy fuera del país". Me llevaron a una oficina y me alcanzaron un teléfono con una especie de ventosa adosada que les permitía seguir la conversación. Antes me advirtieron: "cuidado con lo que decís porque si te equivocás te vas para arriba". Cuando Ada atendió el teléfono no podía creer que era yo. Después de calmarla le dije: "estoy en el extranjero y me encuentro bien, pero no te puedo decir dónde porque he decidido alejarme para siempre de la militancia y *ahora quiero ganar plata*".

Recalqué con énfasis "quiero ganar plata" para que entendiera la mentira: me conocía lo suficientemente bien como para saber que el dinero me importaba poco y nada. El truco resultó. Años después me contó que apenas recibió el llamado se comunicó con mi padre para decirle que yo estaba secuestrado. Mi padre salió de inmediato a presentar un recurso de *habeas corpus*. Cerca de un año después de mi secuestro, me permitieron telefonear a Ada por segunda vez. Mi posición como integrante del Consejo estaba más afianzada y ahora no tuve necesidad de mentirle: sin entrar en detalles pude decirle que estaba bien, que tranquilizara a mi familia y que tenía posibilidades de salir en libertad. Esas fueron las dos únicas veces que me permitieron llamarla. Fue una experiencia muy dura escuchar la voz de una persona querida tan fuera de mi alcance. En la celda me la pasaba pensando en Ada y en mi familia con la angustia de sentir que mis lazos afectivos estaban cortados. A veces recitaba su nombre como en una especie de letanía: "Ada, Ada, Ada…"

En la ESMA me fui ganando gradualmente la confianza del grupo de tareas. Al principio me dejaban salir para comprar material electrónico. Me acompañaba Tomy (el médico Carlos Capdevila), que me llevaba a los negocios de la zona para comprar condensadores, circuitos integrados y otras cosas necesarias para las reparaciones. Un día dos oficiales vinieron a la Pecera sin previo aviso y me dijeron: "flaco, preparate que hoy te llevamos a tu casa a visitar a tu familia". No sabía qué contestar y les pregunté si podía telefonear primero a mi mujer para asegurarme de que estuviera en casa. No me lo permitieron y, para no perder la costumbre de atormentarme, encima se burlaron de mí: "imaginate si llegás y está en la cama con otro…" Ada vivía en un departamentito de la calle Peña. Cuando abrió la puerta y me vio parado allí casi se desplomó del susto. Los oficiales le dijeron: "Señora, le traemos a su esposo para que la visite. Si usted y él se

portan bien puede salvar la vida". Después de prepararnos té, Ada salió a comprar cerveza y una botella de sidra que compartimos con mis guardianes mientras hablábamos de cosas sin importancia; un par de horas después me llevaron de vuelta al centro clandestino. La segunda visita fue unos meses después, en el Tigre, en la casa donde vivían mi hermana, su esposo y mi padre. Esta vez me permitieron avisarle por teléfono a Ada para que se nos uniera. Pasamos varias horas sentados a la mesa y charlando; Juan Carlos y Federico, los miembros del grupo de tareas de la ESMA que me acompañaban, se mostraban buenos y generosos como si de ellos dependiera que yo estuviera con vida.

La tercera visita se produjo, tiempo después, en el departamento de mi mujer. Esta vez, para mi sorpresa, los oficiales me informaron que no se quedarían sino que vendrían a buscarme al día siguiente para dejarme pasar la noche a solas con ella. Pero antes de irse aclararon: "No vamos a dejar un guardia en la puerta, así que podés escaparte si querés. Pero acordate de que la pagan tu papá, tu hermana, tus sobrinos… Si te escapás no te olvidés de llevártelos con vos". Cuando volvieron al otro día yo estaba esperándolos. Para esa época llevaba varios meses trabajando en la Pecera y comenzaba a sentir que tenía verdaderas posibilidades de salir en libertad. Ese pensamiento complicaba mi existencia de secuestrado: si antes mi ilusión era simplemente llegar vivo al día siguiente, ahora la posibilidad de sobrevivir me llenaba la mente de proyectos y me hacía sentir aún más inseguro. Podía pensar en un futuro hipotético —reconectarme con mi pareja y mi familia, retomar mi carrera, reconstituir mi vida destruida— y a la vez debía cuidarme de los cantos de sirena. Cada visita a mi familia era como una expansión de la euforia, pero una euforia que debía controlar. Nada estaba asegurado. En casa de mi mujer ya no me era necesario repetir "Ada, Ada" para exorcisar el sufrimiento de estar en una celda: ahora la tenía a mi lado. Sin embargo, no podía entrar en detalles sobre lo que había vivido ni revelar demasiado sobre mi situación actual, para no ponerla en peligro. Esa época fue, paradójicamente, la más compleja y difícil de mi cautiverio.

Con el tiempo las visitas, para algunos miembros del Staff, se hicieron más frecuentes. Llegó un momento en que ya no nos acompañaban a ver a nuestras familias: nos dejaban en un bar cercano a la ESMA, a una cuadra de la Comisión de Energía Atómica, y de allí cada uno tomaba un autobús y se iba solo a su casa. Estas visitas comenzaban por lo general el viernes a la noche o el sábado por la mañana; el domingo por

la noche debíamos estar otra vez en el bar desde donde telefoneábamos a la ESMA para que nos pasaran a buscar en un auto. Todavía conservo en mi cuaderno de notas los números de teléfono correspondientes al centro clandestino: 70-5959, 70-4143, 701-4418 y 701-1539. El regreso al campo estaba marcado por una rutina totalmente absurda: al subir al vehículo debíamos taparnos los ojos para no ver dónde íbamos, cuando sabíamos perfectamente que, tras cruzar la avenida, trasponíamos los portones de la ESMA. Llegó un momento en que simplemente nos pedían que, al subir al auto, agacháramos la cabeza y cerráramos los ojos, cosa que hacíamos como un reflejo mecánico sin sentido. Las visitas se multiplicaron hasta cubrir casi todos los fines de semana. Incluso nos permitieron extenderlas hasta los lunes por la mañana. Se impuso una rutina semejante a la de los soldados conscriptos que durante la semana trabajan en el cuartel y los sábados y domingos salen de franco. Seguía sin atreverme a escapar, algo que hubiera sido relativamente fácil a esas alturas: bastaba con conectarse con un organismo internacional para salir del país. Pero seguía temiendo por la suerte de mi familia y, por eso mismo, no me atrevía a hablar con nadie de mi situación. Tampoco mi familia me pidió que me escapara, si bien poco a poco les iba revelando lo que seguía ocurriendo en la ESMA, como la matanza del grupo Villaflor.

Eventualmente se eliminó hasta el sistema de pasarnos a buscar por el bar: nos dieron una tarjeta de identificación de plástico que debíamos mostrar a la guardia, en la entrada, para que nos permitiera ir caminando solos hasta el Casino de Oficiales. Relato esto y tengo plena conciencia de lo surreal que resulta lo que digo: éramos prisioneros golpeando a la puerta de un campo de concentración donde todavía estábamos técnicamente en condición de desaparecidos, ¡para que nos dejaran entrar! Los francos se multiplicaron. Durante el resto de 1980 y comienzos de 1981 tuve como promedio uno cada quince días, y hacia agosto de 1981 se convirtieron en uno por semana. Para las fiestas de fin de año de 1980 hubo incluso un franco de cinco días. Todavía estaba en esa extraña condición de secuestrado con "libertad vigilada" cuando, en mayo de 1981, me obligaron a presentarme ante un Juzgado de Instrucción para dejar constancia de que nunca había estado desaparecido. Mi padre había presentado un recurso de *habeas corpus* ante el Juzgado Federal del Dr. César Marcelo Tarantino, quien lo rechazó. Sin embargo, la causa abierta por privación ilegítima de la libertad pasó al Juzgado Nacional de Primera Instancia

en lo Criminal y continuaba allí. Los represores de la ESMA me conminaron a presentarme para que la justicia dictara el sobreseimiento definitivo, cosa que en efecto ocurrió: en base a mi propia declaración se dejó constancia de que nunca había estado secuestrado.

La Navidad de 1980 fue la cuarta y última que pasé en un centro clandestino. Esa noche nos bajaron al sótano a los ocho o diez miembros del Staff que estábamos en la Pecera (no incluyeron a nadie de Capucha) y trajeron pan dulce y sidra para brindar con los oficiales del grupo de tareas. En un momento dado bajó, vestido de uniforme, el director de la ESMA (creo que para entonces el contraalmirante Otero ya había reemplazado al contraalmirante Supiciche) y ofreció un brindis. Nos deseó un feliz año nuevo y expresó el deseo de que en el futuro nos viéramos todos —marinos y prisioneros— del mismo lado. Meses después, en agosto de 1981 quedé en completa "libertad" cuando los oficiales navales me anunciaron que ya no debía regresar a la ESMA. De todas maneras debía llamar por teléfono todos los días para reportarme. Las llamadas pronto se espaciaron a una por semana, hasta que por fin un día me permitieron no hacerlas más. Por un tiempo continuó el control esporádico de mi persona: un viernes de octubre o noviembre de 1981 me convocaron porque se habían descompuesto unas antenas y me necesitaban para repararlas. Ya se había desmantelado el campo de concentración propiamente dicho y lo que quedaba del grupo de tareas, junto a un par de secuestrados que todavía retenían (entre ellos el fotógrafo Victor Basterra), seguía funcionando en un edificio contiguo al Casino de Oficiales llamado Coy. Allí mantenían una pequeña oficina de inteligencia, un depósito de armas y una sala de comunicaciones con los aparatos cuyas antenas debía reparar. Ese regreso a la ESMA me resultó angustiante, no tanto porque alcancé a ver desde afuera el edificio donde estuve secuestrado más de dos años, sino porque me di cuenta de que todavía seguían usándome como mano de obra esclava. Ya vivía en mi casa y tenía un trabajo permanente pero, aún así, no era completamente libre: faltaban todavía varios años para que me sintiera capaz de salir mentalmente de aquellos sitios del horror que mi cuerpo ya había abandonado.

8. Libertad y después

> "Mamá la libertad / siempre la llevarás / dentro del corazón. / Te pueden corromper / te puedes olvidar / pero ella siempre está"
> Charly García, *Inconsciente colectivo*

Cerca de un mes después de mi "libertad" conseguí trabajo en la empresa de un amigo que fabricaba aparatos electrónicos para el agro y representaba a una firma norteamericana en Argentina. Mi situación seguía siendo ambigua: no tenía mi DNI (documento nacional de identidad) original porque me lo habían quitado cuando me secuestraron en 1977 y andaba con los documentos falsos que me había hecho Víctor Basterra en la ESMA por orden de los oficiales navales. Los documentos de los secuestrados casi siempre quedaban en manos del grupo de tareas para ser usados en la confección de documentos falsos. Para la sociedad yo existía y no existía: era un desaparecido que reaparecía poco a poco y con cautela. Debía moverme por la ciudad con cuidado. Era peligroso que la policía me detuviera por cualquier motivo y me encontrara en posesión de documentos falsos con mi nombre verdadero. Todavía existía el antecedente del *habeas corpus* presentado por mi padre y podían pensar que me estaba haciendo pasar por una persona desaparecida. En esa situación de semi legalidad, el único que me podía contratar era mi amigo.

La empresa norteamericana que él representaba me invitó a una semana de actividades en los Estados Unidos, a raíz de una convención de ventas y un curso de entrenamiento para técnicos y representantes en el extranjero. Cuando les expliqué a los oficiales de la ESMA que necesitaba viajar a ese país, me dijeron que no había ningún inconveniente, pero antes debía solicitar un pasaporte y gestionar el reemplazo de mi DNI. Eso sí, me aclararon, tras hacerlo debía devolver a la ESMA el DNI falso. La única condición que me impuso Horacio (el capitán de corbeta Oscar Rubén Lanzón) para permitirme viajar a los Estados Unidos fue que le trajera de regalo unos ejemplares de la revista pornográfica Penthouse, en aquel entonces prohibida en Argentina. Con la excusa de que había perdido mis documentos me presenté en la Policía Federal con mi partida de nacimiento y pude obtener un nuevo DNI y un pasaporte. Después regresé a la ESMA y entregué el DNI falso, siguiendo sus órdenes al pie de la letra. Lo que ellos no sabían es

que, además del DNI, Basterra me había hecho un carnet de conductor falso para que pudiera manejar en mi nuevo trabajo. Ese olvido resultó providencial: en el juicio a las Juntas, en 1985, lo entregué al tribunal como prueba material de que había estado secuestrado en la ESMA.

Las visitas y llamadas periódicas de control siguieron por el resto de 1981 y durante todo 1982. En 1983, año del regreso de la democracia con la elección de Raúl Alfonsín a la presidencia, todo parecía haber terminado. Sin embargo, cuando parecía que no tendría más noticias de mis captores, en agosto de 1984 me llamó por teléfono a mi oficina Luis (el subprefecto Jorge Manuel Díaz Smith) para preguntarme cómo andaba y si tenía algún problema. Si necesitaba comunicarme con ellos —me dijo— podía dejar un mensaje a nombre de Horacio Lázaro (¡nombre hecho a la medida para un resucitado!) en la casilla de correo 5343 del Correo Central, y él me llamaría de inmediato. Por supuesto nunca lo hice y, por el contrario, denuncié esa llamada a la CONADEP. La última vez que supe de la injerencia del grupo de tareas en mi vida fue un día antes de que mi padre y yo declaráramos en el juicio a las Juntas en 1985. Mi padre recibió una llamada telefónica amenazando que si hablábamos nos iban "a reventar a todos". Mi padre debía testificar antes que yo y estuvo a punto de no hacerlo, pero logré tranquilizarlo y todo transcurrió con normalidad. Luego de testimoniar le hice saber al fiscal Strassera lo que pasaba y me dijo: "tranquilo, yo recibo dos de esas amenazas por día".

Trabajé en la empresa de mi amigo varios años hasta llegar al cargo de vicepresidente. Para retomar de a poco mis actividades profesionales comencé a dar, simultáneamente, clases particulares de física y matemática en institutos que preparaban alumnos para el ingreso a la universidad. Estuve un tiempo en la CNEA y posteriormente me incorporé como profesional en el INTI (Instituto Nacional de Tecnología Industrial) gracias a mi licenciatura en física; no pude en cambio volver a la universidad en calidad de docente. En aquellos primeros años de democracia nos juntábamos en casas de sobrevivientes y activistas de derechos humanos para organizar eventos en relación a los juicios, y en una de esa reuniones conocí a mi actual esposa Rosita Lerner. Trabajé en el INTI otros quince años hasta que me jubilé y, para seguir fiel al ritmo aleatorio de mi existencia, terminamos mudándonos a Miami por razones familiares.

La razón por la que vinimos a los Estados Unidos es curiosa. Mariana, la hija de Rosita, estaba de novia con un profesional cubano que vivía en Buenos Aires y tenían pensado mudarse a Miami para estar cerca de su familia. Un día nos hablaron de un sistema de lotería de visas por el cual el gobierno norteamericano concede permisos de residencia a cerca de 50.000 aspirantes de todo el mundo. Sabíamos que las solicitudes suman cientos de miles y Rosita quería intentarlo. Llenamos los formularios y, para mi sorpresa, salí escogido. Eso me dio derecho a pedir para mi familia la "green card" o tarjeta verde que permite residir legalmente en este país. Cuando me comunicaron que había ganado la lotería me enviaron un formulario a llenar con mis datos personales e historia familiar. En el formulario preguntaban si tenía antecedentes penales, pero lo mío no consistía en un arresto legal ni una causa judicial. No había una sección donde pudiera explicar mi historia de ex desaparecido y no quería ocultar esa parte de mi vida. Adjunté entonces una hoja escrita a máquina detallando que, en mi carácter de opositor al régimen militar, había sido secuestrado por mis actividades políticas. Expliqué también que durante la dictadura la WOLA (Washington Office for Latin America) me había incluido en sus reportes sobre las violaciones cometidas por el régimen, y que el Departamento de Estado norteamericano bajo la presidencia de Jimmy Carter había pedido informes sobre mi situación al gobierno argentino. Jamás me cuestionaron nada y la visa llegó a mi casa sin demoras. Fue así que, tras algunas idas y venidas que incluyeron un par de viajes de prueba, nos mudamos definitivamente a Miami en setiembre de 2003.

Desde que salí en libertad me propuse ayudar a que no se sepultara la memoria de lo ocurrido. Para eso debía empezar por reconstruir las identidades de las personas que vi en los centros clandestinos: a la mayoría sólo las conocía por sus nombres de guerra, ya que a los prisioneros no se nos permitía usar nuestros nombres sino apodoes. Durante años llevé conmigo, a todas partes, un cuaderno de tapas duras donde anotaba cualquier información recogida en conversaciones o reuniones con otros sobrevivientes. Lo llevaba al supermercado, al cine, incluso cuando me iba de vacaciones a la playa, por si aparecía alguien con un dato útil que me sirviera. En el cuaderno llegué a compilar información sobre unos 290 secuestrados y 180 torturadores. Nombres, apodos, rasgos físicos: todo lo compartí con cuanta organización de derechos humanos y tribunal judicial pude. Más adelante pasé todo a un archivo digital en la computadora, pero por mucho tiempo ese

cuaderno (que aún conservo) fue la herramienta que me permitió ir sumando piezas para rearmar la historia. Al principio me resultaba difícil acercarme a los familiares de los desaparecidos para darles información o pedirles un detalle que confirmara algo que ya sabía, porque siempre asomaba la desconfianza. "Mi hijo (o mi hermano, mi primo)" —me decían— "desapareció: ¿por qué vos estás con vida?" A pesar de todo insistí e iba a menudo a los organismos de derechos humanos a ofrecer datos y testimonios sobre lo que había visto en los centros clandestinos. Dejé mi "currículum" (un listado de las fechas y campos donde estuve) en las oficinas de la CONADEP, la APDH (Asociación por los Derechos Humanos) y el CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales) para que pudieran contactarme.

Cuando los familiares se me acercaban, a veces podía ayudarlos con un dato: "sí, lo conocí, su código era X-86". A su vez ellos me daban un nombre o una característica que agregaba a mi lista. Cuando me reunía con sobrevivientes también intercambiábamos pedacitos de información. Era como armar un rompecabezas entre muchos jugadores, con el inconveniente de que cada uno tenía a lo sumo una pieza que los demás hasta entonces no habían visto: uno sabía el color de pelo de un torturador, otro le había escuchado decir que era de tal ciudad, un tercero podía reconocer su voz. Un día estaba en el CELS y unos familiares me mostraron la foto de un desaparecido e inmediatamente reconocí a Gerónimo, el que me atendió en la enfermería del Club Atlético después de la paliza que me dio Poca Vida. Recién entonces aprendí su verdadero nombre: Rubén Rául Medina. Algo semejante me pasó con aquel muchacho del Olimpo que murió después de que le hicimos respiración artificial, de quien ni siquiera conocía su nombre de guerra. Un día estábamos reunidos en mi casa y una compañera describía a su esposo desaparecido. Yo estaba a la vez contando el incidente de cuando le di respiración artificial a aquel preso anónimo, ¡y de pronto atamos cabos y caímos en cuenta de que estábamos hablando de la misma persona! Fueron años de armar el rompecabezas y a veces los datos aparecían por caminos inesperados. Cuando apresaron en Suiza a Leandro Sánchez Reisse, Rubén Osvaldo Bufano y Luis "Japonés" Martínez (ex miembros del Batallón 601 de Inteligencia que secuestraron en 1979 al financista Fernando Combal con fines extorsivos), el Japonés reconoció, en declaraciones hechas en la cárcel al periodista Daniel Baños, que había sido parte del grupo que me secuestró en 1977. Ofreció también los nombres y apodos de otros

represores que habían actuado con él en el Club Atlético y esos datos nuevos me permitieron seguir tirando de los hilos de la madeja. En otro caso fue gracias a una casualidad que pude reconocer a un ex represor: una foto de Clavel (Roberto Antonio Rosa) salió publicada en los diarios por una cuestión de tipo policial: al verla recordé su cara y pude, por primera vez, saber su verdadero nombre.

Esos tiempos también incluyeron algunos encuentros fortuitos con ex represores. Me encontré tres veces con el Turco Julián. La primera fue en una plaza que yo cruzaba a diario en diagonal para ir al trabajo, frente al Ministerio de Educación y el consulado de Siria. Iba caminando distraído cuando escuché que alguien me gritaba: "¡Tito!" El Turco estaba sentado en un banco de la plaza y me dijo, con tono misterioso: "estoy haciendo una vigilancia". No recuerdo de qué hablamos, me quería alejar inmediatamente. Ese encuentro me dejó tan mal que ese día no fui a trabajar. La segunda vez fue en la esquina de Santa Fe y Paraná, a la salida de la estación de subte. Venía mirando los escalones y, al levantar la vista, lo vi apoyado en la vidriera de una farmacia. Otra vez me llamó y, para no mostrarme asustado, me acerqué. "¿Qué hacés, flaco, vamos a tomarnos un café?", me invitó. Le dije que no podía porque estaba trabajando y me respondió burlón: "¿tenés miedo de quemarte si te ven conmigo?" Le pregunté en qué andaba y empezó a quejarse de lo mal que le iba: "estoy para el carajo, sin trabajo y vendiendo cosas por ahí para sobrevivir". "Escuchame, Turco" —le dije— "con las relaciones que vos tenés entre los militares, ¿por qué no vas y les pedís que te den algo?" Su respuesta fue sorprendente: "yo para esa gente soy un quemo; no me dan bola esos tipos, no quieren saber nada de mí". Entonces le largué lo que siempre quise decirle: "¿viste que al fin de cuentas sos un condón que se usa y se tira?"

Le conté que trabajaba en una oficina y le pareció que con mis conocimientos de electrónica podía aspirar a algo mejor: "¿por qué no vas a verlo a Sivak de parte mía?", me ofreció. Sivak era el dueño de una financiera al que ya en democracia habían secuestrado por dinero, y aparentemente el Turco había trabajado para su hermano investigando quiénes estaban detrás del secuestro. "Turco, ¿le digo a Sivak que voy de parte del Turco Julián o de Julio Simón?", le contesté. Usé a propósito su nombre verdadero porque yo lo había dado a conocer en el juicio a las Juntas y ya estaba circulando en la prensa. Me espetó con tono ofendido: "¡flaco de mierda, vos siempre el mismo!" Mientras me alejaba apretando el paso alcancé a escucharle que quedaba pendiente la invitación a tomar un café.

Doblé a la derecha por una calle, luego a la izquierda, subí al primer autobús que pasó, y a otro más. El nerviosismo que me causó ese encuentro me desató, de manera inconsciente, la puesta en práctica de maniobras de antiseguimiento aprendidas en los años de militancia. Llegué a la oficina dos horas más tarde de lo normal. Mi socio, preocupado por mi demora, me preguntó por qué estaba tan pálido.

El tercer y último encuentro se dio cuando trabajaba en el INTI y militaba en la Asociación de Trabajadores del Estado. Caminaba de noche por Independencia cuando una persona pasó a mi lado y me gritó: "¡Tito!" Me sorprendí como la vez anterior porque, fuera de la gente que me conoció en los campos, son pocos los que usan ese nombre. Me pareció que era la voz del Turco Julián y, al darme vuelta, comprobé que no me equivocaba. Volvió a contarme que le iba mal, que vendía ropa y estaba viviendo con una prostituta. Yo tenía conocimiento de que el Turco había trabajado por un tiempo como guardaespaldas de un curandero brasilero, y no me sorprendió que lamentara su mala fortuna. Tras un breve intercambio nos separamos y nunca más se me cruzó por la calle. Sólo lo volví a tener frente a mí cuando volví de Miami a Buenos Aires para testimoniar contra él en un juicio. Aquel hombre que tuvo poder de vida y muerte sobre nosotros entró esposado a la sala del tribunal y se mantuvo callado mientras yo contaba todo lo que sabía de él. En un momento dado el presidente del tribunal me preguntó si era verdad que en los centros clandestinos había una división de tareas, con represores encargados de secuestrar, otros de torturar y otros, de la guardia y el funcionamiento del campo. Contesté que las tareas no estaban claramente delimitadas, que algunos hacían de todo un poco, pero aclaré que mis observaciones se basaban en los pocos datos que pude recoger en mi condición de secuestrado. Entonces, señalando al Turco Julián, agregué: "si usted, señor Juez, quiere saber sobre la organización exacta del campo, aquí en la sala hay un experto". La gente estalló en aplausos que se oían a través del vidrio divisorio que separa el público del estrado, y el juez amenazó con desalojar la sala si no se hacía silencio. El rostro del Turco Julián pasó de una expresión de arrogante indiferencia a la rabia primero y luego a la preocupación. Su incomodidad fue aumentando a medida que yo enumeraba sus acciones, en especial la brutal muerte del maestro judío al que le perforó los intestinos con un palo de escoba. Hoy el Turco Julián está alojado en una cárcel común, condenado a prisión perpetua por sus crímenes.

Volví a los centros clandestinos en distintas oportunidades, con motivo de mi participación como testigo en los juicios y mis actividades en grupos de derechos humanos. A veces los lugares se me achicaban en relación al recuerdo, otras no. Es curiosa la manera en que la mente registra los espacios físicos donde uno estuvo cautivo. Incluso, estando desaparecido, pude visualizar un campo antes de conocerlo personalmente. Fue cuando me llevaron al Pozo de Quilmes y algo me resultó familiar, como si ya hubiera estado ahí. Luego comprendí el por qué de esa sensación: en el Banco dos compañeros me habían descrito con lujo de detalles un campo llamado Malvinas, donde habían estado, y en el Pozo de Quilmes reconocí las mismas estructuras. Un día me atreví a preguntarle a uno de los represores: "esto antes era Malvinas, ¿no?" El oficial se quedó sorprendido: "¿y vos cómo sabés eso?", fue lo único que atinó a decir. Con el retorno de la democracia entré a la ESMA, en 1985, acompañando a los fiscales durante el juicio a las Juntas. Estaba bastante cambiada: una pared tapaba la abertura de lo que había sido el ascensor en que subí a Capuchita el día que ingresé al campo y, sobre un pequeño monumento, una placa homenajeaba a "Los héroes de la lucha contra la subversión". Los oficiales navales observaban nuestra visita y me sentí presionado e incómodo. La relación con el sitio fue distinta cuando participé en una manifestación de las Madres de Plaza de Mayo y la organización H.I.J.O.S., que se congregaron frente al edificio principal conocido como Cuatro Columnas. Esa vez no entré al Casino de Oficiales pero desde Cuatro Columnas miré en dirección al altillo, donde estuvo el centro clandestino. Por primera vez lloré al recordar a tantos compañeros que conocí y hoy están desaparecidos.

Cuando en 2003 el Estado se hizo cargo del predio y desalojó a la Armada para construir un Museo de la Memoria, con un grupo de sobrevivientes acompañé en una visita al entonces presidente Néstor Kirchner, su esposa Cristina y algunos funcionarios del gobierno. Cuando entramos al Casino de Oficiales y recorrimos el sótano, Capucha y Capuchita, por primera vez logré apropiarme de ese espacio. Parado en el preciso lugar donde estuve encapuchado y tirado sobre una colchoneta, volvieron a mí las caras de los compañeros que entonces estaban a mi lado. Me angustió que no pudieran compartir ese momento conmigo. Sentí un disfrute amargo porque, si bien de alguna manera les habíamos ganado, la conciencia de que mucha gente que debía haber estado ahí no estaba ni estaría jamás sepultó mi alegría. Deseé intensamente tener frente a mí a Marcelo, a

Horacio o a cualquiera de los oficiales del grupo de tareas para decirles en la cara lo que realmente pensaba de ellos. Esa doble ausencia —la de mis compañeros y la de los represores— si bien por distintas razones me produjo un nudo en la garganta que me acompañó a lo largo del recorrido.

A partir de 1984 declaré en todo tipo de juicios. Desde que, ese mismo año, testimonié ante la Comisión Nacional por la Desaparición de Personas, no he cesado de hacerlo en tribunales del país y del extranjero. En 1985 testifiqué en el primer juicio contra los comandantes de la dictadura militar y a partir de entonces en innumerables procesos entablados por familiares de desaparecidos que conocí en los campos. El de 1985 fue mi primer testimonio oral y público. Cuando entré a la sala llena de gente, el presidente del tribunal me hizo parar frente a una mesita y levantar la mano derecha para prestar juramento. Me flaquearon las piernas y tuve que apoyarme en la mesita para no perder el equilibrio. Evidentemente, los nervios me hacían una mala jugada, pero una vez que comencé a testimoniar me calmé y no dejé de hablar por varias horas. Más aún, comencé a sentir cierto placer cuando me di cuenta de que mis respuestas a los abogados de la defensa ponían nerviosos a los acusados: ahora eran ellos y no yo los que tenían razón para temer. Mi presencia en los tribunales se hizo tan habitual que un oficial de justicia bromeó: "¡vos venís tan seguido que tendrías que alquilarte una oficina en el Palacio de Justicia y quedarte a vivir acá!"

El entusiasmo inicial durante el juicio de 1985, al que siguieron las leyes de Punto Final, Obediencia Debida y más adelante el indulto del presidente Menem en 1990, se vio reemplazado por una especie de fatiga. En la década del 90 y el comienzo de la siguiente, hubo una sucesión de juicios que parecían no llevar a ninguna parte. Era como apretar la tecla de "Rewind" y luego la de "Play" en un grabador: en un juicio de instrucción tras otro me encontraba sentado frente a un oficial de justicia que transcribía en un teclado mi declaración. A veces ese oficial de justicia simpatizaba con mi historia y se mostraba solidario; otras veces se limitaba a cumplir su tarea burocrática. Como a tantos otros sobrevivientes y familiares de desaparecidos que caminaron durante dos décadas los pasillos de los tribunales, esa situación reiterada me desanimaba cada tanto porque no se vislumbraba el final. Pero nunca me negué a testificar y colaboré en cuanta causa me llamó como testigo.

Mi primer viaje al exterior, en septiembre de 1997, fue con motivo de las investigaciones que en Madrid llevaba a cabo el juez Baltasar Garzón sobre ciudadanos españoles desaparecidos en Argentina. Yo había puesto a su disposición una lista de personas que vi en los campos, y Baltasar Garzón pudo identificar entre ellos a muchos españoles. En ese entonces se trataba de un juicio de instrucción previo al de sentencia, pero abrió el camino a investigaciones posteriores que dieron pie a las acusaciones internacionales contra el primer presidente de facto de la dictadura, el general Jorge Rafael Videla. Yo ya estaba ducho en todo tipo de procesos judiciales e iba preparado para el nerviosismo habitual que generan estos procedimientos; el juez Garzón, sin embargo, me hizo sentir inmediatamente cómodo con su trato cálido y respetuoso. Aproveché ese viaje a Madrid para dar charlas en distintas instituciones y concedí entrevistas a periódicos como *El País* y otros. Fue muy emotivo encontrarme con familiares de los desaparecidos españoles y con algunos sobrevivientes radicados en España, incluyendo a dos ex secuestrados españoles que conocí en el Olimpo: Mili (María de las Delicias Gonzalo) y otro muchacho cuyo nombre no recuerdo. El reencuentro con Mili fue muy especial porque, después de verla por última vez en el Olimpo, no supe más de ella, y me alegró mucho conocer en Madrid a su madre y su familia. Volví a España dos veces más. En febrero de 2005 fui para atestiguar en el juicio por genocidio que se le siguió al capitán naval Adolfo Scilingo en la Audiencia Nacional de Madrid, en un proceso que concluyó con su condena a 640 años de prisión. Durante mi testimonio Scilingo estuvo sentado detrás de mí; podía haberle tocado la rodilla con sólo estirar una mano hacia atrás. Si bien en la ESMA no llegué a conocerlo personalmente, fue extraño sentir tan cerca a uno de los participantes en los vuelos de la muerte.

En otras oportunidades viajé a Italia. En junio de 1998 me convocó el Juez de Instrucción D'Angelo, pero mi testimonio se pospuso para el año siguiente y aproveché la ocasión para dar una conferencia de prensa en la Casa Valdese. Cuando regresé a Roma, en marzo de 1999, para la continuación del juicio, también fui a Milán para una conferencia sobre los desaparecidos italianos en Argentina, organizada por la orden de los Valdenses, y a Turín para un coloquio sobre el Operativo Cóndor. En esa ocasión compartí la habitación y me hice muy amigo de José Luis D'Andrea Mohr, un ex militar argentino de ideas progresistas que se opuso a la dictadura y denunció la desaparición de muchos soldados

conscriptos. Antes de regresar a Buenos Aires volé a Cerdeña invitado por un diputado de esa región interesado en el caso de un sardo desaparecido en Argentina. Volví a Italia en septiembre de 2000 como testigo en un juicio por desaparecidos de origen italiano en la Corte Criminal de Roma, donde los ex generales Guillermo Suárez Mason y Santiago Omar Riveros fueron condenados *in absentia* a cadena perpetua. En Francia estuve, en septiembre y octubre de 2001, en el Tribunal de la Grande Instance de Paris. Ahí participé en el juicio por la desaparición de dos hermanos de nacionalidad francesa a quienes conocí en el Banco: Pablo Daniel y Rafael Arnaldo Tello. Fue muy conmovedor encontrarme con la madre de los Tello y contarle sobre sus hijos. Respecto a los juicios en otros países, no viajé a Israel pero redacté un informe para la investigación que se hizo sobre el particular ensañamiento de los militares argentinos con los secuestrados judíos. Tampoco viajé a Alemania, pero fui llamado a declarar en la embajada de Buenos Aires por el caso de los ciudadanos desaparecidos de ese origen.

En algunas oportunidades tuve la suerte de poder contribuir a la justicia fuera de los tribunales. Fue el caso del arresto del teniente de navío Miguel Angel Cavallo, aquel "Marcelo" que conocí en la ESMA como encargado del trabajo en la Pecera. Ya mencioné la empresa de investigación privada que fundó cuando se retiró de la Armada, y su trabajo en varios países como encargado del registro y patentado de automóviles, que lo llevó eventualmente a radicarse en México. Al privatizar ese país los servicios públicos, Cavallo ganó la licitación para llevar a cabo el registro de automotores. Pero el diario mexicano *La Reforma* comenzó a revisar las licitaciones. Al enterarse de que el ganador del lucrativo negocio de los automotores era un ex militar argentino, encargó a su corresponsal en Buenos Aires, José Vales, que llevara a cabo una discreta investigación sobre sus antecedentes. En los archivos del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) Vales descubrió una vieja declaración mía donde hablaba de un tal "Marcelo", un represor de la ESMA de apellido Cavallo. Pidió en el CELS el teléfono de mi trabajo y me llamó para preguntarme si se trataba de la misma persona. "No puedo saberlo" —le contesté— "a menos que vea una foto". En minutos tuve en mi correo electrónico dos fotos de Cavallo que me envió Vales: una de cuando era joven, la que figuraba en el pasaporte, y otra más reciente tomada en México. Fue cuestión de abrir las fotos en mi pantalla para reconcerlo de inmediato: "¡es él!" Para confirmar el hallazgo me contacté con otros sobrevivientes.

Víctor Basterra, el fotógrafo cautivo en la ESMA, verificó que la foto del pasaporte era la misma con la que había confeccionado el documento falso de Cavallo para operar en el centro clandestino.

Ante la noticia Vales estaba entusiasmadísimo y quería actuar de inmediato, pero le advertí que si Cavallo se daba cuenta de que estaba siendo investigado intentaría huir de México. Me ofrecí a telefonear a mi amigo Carlos Slepoy, un abogado argentino que trabajaba con el juez Baltasar Garzón en Madrid, para que pidiera la extradición a Interpol. Slepoy estaba de vacaciones en la playa pero por suerte tenía su celular a la mano y pude dar con él: "¡lo encontraron a Cavallo, está en México!", le grité sin poder contenerme. El tiempo corría y cada hora contaba porque, contra mis indicaciones, Vales se había comunicado con *La Reforma* y el periódico había confrontado a Cavallo, preguntándole si en efecto él era el represor de la ESMA. Como era previsible, Cavallo tomó un avión para escapar, pero en una escala técnica en Cancún fue interceptado por Interpol. La razón por la que se lo pudo detener 48 horas —tiempo suficiente para que desde España el juez Garzón gestionara su extradición— fue como un acto de justicia poética: ¡se lo arrestó por falsificación de documento porque el número coincidía con el que Víctor Basterra había usado en el pasaporte falso hecho en la ESMA! Fueron dos días de gran nerviosismo mientras esperábamos que llegara la orden de extradición: temíamos que Cavallo se saliera con la suya y le permitieran seguir vuelo. Finalmente llegó la orden y el represor terminó en una cárcel española. Después de varios años se dieron las condiciones para extraditarlo a Argentina, donde ahora permanece preso. Esa noche, en Buenos Aires, Rosita y yo pudimos respirar y celebramos tomándonos una botella entera de Limoncello.

Mi más reciente participación en los juicios fue a fines de 2010, cuando testifiqué en las causas "ABO" (Atlético-Banco-Olimpo) y "ESMA". Por problemas de salud no pude viajar a Buenos Aires pero declaré vía teleconferencia desde el consulado argentino en Miami, ante funcionarios consulares y representantes del tribunal. Mi declaración en la causa "ABO" duró entre cuatro y cinco horas (el mismo tiempo que me llevó declarar en el juicio a las Juntas en 1985) y algo menos en la causa "ESMA". En la pantalla alcancé a vislumbrar a los acusados cuando entraban y salían de la sala, y lamenté mucho no estar físicamente presente para verles la cara mientras denunciaba sus atrocidades. Sé que éstos no son los últimos juicios pero sí la culminación de un largo camino: ya no se trata como

antes de juicios de instrucción sino de sentencia. Algunos acusados murieron durante la espera —Colores, por ejemplo, en la cárcel antes de ser juzgado— y llegué a temer que el paso del tiempo cerrara nuestra historia sin más. En los momentos de mayor desaliento pensé que era un esfuerzo inútil, pero por suerte no fue así. Fueron muchos años de tirar de un carro muy pesado que a menudo parecía estancado. Ahora, en cambio, se lo siente más liviano. Fueron años de hacer fuerza casi sin permitirse el descanso.

Desde que salí en libertad me enfrenté a las dificultades propias del sobreviviente traumatizado por sus experiencias. Los primeros tiempos estuvieron marcados por la readaptación a la cotidianeidad. Rosita cuenta que era un espectáculo verme caminar por la vereda o cruzar la calle como quien reaprende cosas tan simples. Un día andaba por la ciudad y la hija de un arquitecto que había sido socio de mi padre me vio por la ventanilla de un autobús. Quedó tan impresionada que llamó a mi padre para preguntarle qué me había pasado, porque me había visto con cara de viejito agobiado —yo tenía entonces poco más de 40 años. A eso se le sumó, al principio, la sensación de que gente conocida se cruzaba de vereda para evitarme, ya sea porque perduraba el miedo o porque no sabían qué decir. Cuando se sale de los campos es imposible no sentir alivio, pero a la vez queda un inmenso agotamiento. Vivir, día tras día, con la tensión de estar alerta todo el tiempo para distinguir entre el torturador, el colaborador y el compañero lo deja a uno exhausto. En los campos, paradójicamente, uno está solo y rodeado de gente: no sabe en quién confiar y en quién no. Eso produce una constante tensión entre la inmensa necesidad de afecto que se siente ahí adentro y el instinto de desconfiar por precaución. Es algo agotador, pero no se puede renunciar porque eso equivaldría a suicidarse, a bajar los brazos y delegarles la decisión de la propia muerte. Estoy vivo, pero eso significó años de aquel ejercicio aplastante de intentar sobrevivir.

Las fuerzas se acaban y uno no sabe cuánto más podrá aguantar. No es lo mismo pasar cuatro días que cuatrocientos en un centro clandestino: yo estuve secuestrado más de mil trescientos días. Ese cansancio incluyó el pánico permanente a que se repitiera la tortura, el temor de volver a la parrilla. Siempre podía caer un nuevo secuestrado con datos sobre mí que los interrogadores desconocían, o podía quedar atrapado en una interna de poder dentro del campo y terminar mal. De ese miedo no se salvaron siquiera quienes colaboraron en el suplicio de sus propios compañeros. La tortura psíquica que representa la

posibilidad de ser nuevamente sometido a tormentos fue peor aún que la tortura física: ante eso no había excepciones ni paréntesis por "buena conducta".

No sé si atribuirlo a las condiciones de vida en los campos, pero después de salir en libertad tuve enfermedades y secuelas físicas de importancia: un mixoma en el corazón, tumor benigno que me produjo una trombosis y me causó la pérdida definitiva de la visión en el ojo derecho, y trastornos circulatorios que van desde obstrucciones coronarias severas hasta microinfartos cerebrales. Pero más profundas que las huellas físicas son las psicológicas. Cuando estaba en libertad vigilada y seguía sujeto a los controles periódicos de los oficiales de la ESMA, se presentó en Buenos Aires un festival de cine español que incluía la película *El crimen de Cuenca*. En una escena la policía española tortura a un detenido para obtener una confesión. Al escuchar los gritos de la víctima me encontré de pronto en mi celda del Club Atlético, en medio de los alaridos provenientes del quirófano. Me dio nauseas y tuve que salir corriendo de la sala pero no alcancé a llegar a la calle: en el lobby del cine me senté en el suelo con la espalda contra la pared y esperé un rato para calmarme. Me fui sin ver el resto de la película. Algo semejante me ocurrió unos años después cuando tuve que operarme y el médico entró a la habitación para anunciar: "vamos al quirófano". Tuve el impulso de escaparme del hospital y me costó seguir adelante con la cirugía. Tal es el significado siniestro que han cobrado para mí algunas palabras que antes eran inocentes.

A tres décadas y media de mi secuestro todavía tengo sueños relacionados con los campos y si alguien me despierta, alzo los brazos y me cubro la cara en actitud defensiva. No son exactamente pesadillas sino sueños sobre situaciones de la vida diaria en los centros clandestinos, momentos "normales", no siempre los más horrorosos. En algunos revivo circunstancias en que debía "muñequear" mi relación con los represores para mejorar mis posibilidades de sobrevivir. He soñado varias veces con el Turco Julián. No hace mucho Rosita me escuchó gritar dormido: "¡no puedo más, no puedo más!", y no sé de qué se trataba. Casi siempre me despierto con la impresión de estar reviviendo la incertidumbre de aquellos años, aquel oprimente mandato de que debía seguir peleando para vivir un día más. En ese entonces se trataba de un esfuerzo desesperado por encontrar la forma de engañar a mis captores para que no les resultara tan fácil matarme. Ahora, cuando me despierto, me pregunto: "¿Pero cómo? Creía que aquello se había terminado, ¿y ahora

resulta que tengo que seguir viviéndolo en sueños?" Muchos sueños transcurren adentro de los campos pero en otros estoy afuera, en tramas que involucran a los represores y mi necesidad de engañarlos. Siempre transcurren en Argentina, raramente sueño que estoy en Estados Unidos. Hoy, después de tantos avatares, tengo síntomas que me llevaron a recurrir a ayuda profesional, resultando en un diagnóstico de desorden de estrés postraumático.

Cuando hablo de mis experiencias se me presentan pantallazos de cosas olvidadas y sepultadas en la memoria. Son imágenes o palabras, piezas de un rompecabezas que se arma en mi mente y de inmediato se desarma otra vez. Hay una escena en particular que regresa en esos pantallazos: la de estar esperando la reacción violenta de los interrogadores, con miedo a que descubran que los he engañado y que me torturen de vuelta. Es la misma sensación que me acompañó durante años en los centros clandestinos, aunque entonces se le sumaba el temor de que algo semejante le ocurriera a compañeros secuestrados por quienes sentía un especial afecto. La palabra que mejor define mi memoria de los campos es, por este motivo, la angustia. Sin embargo, sobre todo me vuelven a la mente las cosas rutinarias. Ciertos recuerdos —como el impacto de la tortura— son imposibles de desterrar, pero otros se desvanecen. Puedo recordar cosas que me impresionaro mucho en su momento pero no recuerdo *cómo* me impactaron: sé que me hicieron sentir muy mal pero no puedo *sentir* ahora lo que sentí entonces. Cuando pienso que les cebé mate a los interrogadores junto a la puerta del quirófano mientras escuchaba los gritos del torturado, siento una sensación indeleble de rabia e impotencia, pero no puedo recordar ahora el tono de voz de la víctima. Cuando recuerdo que le di respiración artificial al muchacho agonizante con la aguja hipodérmica clavada en el pecho, pienso en mi miedo a clavarle por accidente la aguja en el corazón. Pero me pregunto: ¿es lo que sentí, o lo que pienso hoy que debí haber sentido?

Me gustaría poseer una memoria perfecta para conservar todos los detalles. Me angustia que eso no sea posible. Si bien puedo testimoniar sobre muchas cosas que pasaron y ofrecer una interpretación, me alejo cada día más de los hechos desnudos tal y como sucedieron. Como con las *mamushkas* rusas, esas muñecas que contienen adentro copias cada vez más pequeñas de sí mismas, el paso del tiempo convierte a la memoria en el recuerdo de un recuerdo. Quizás son mecanismos de autodefensa propios de toda persona que ha vivido situaciones extremas, cuya mente no puede acarrear cada nimio detalle. Me

gustaría encontrarle una solución al dilema de querer recordarlo todo sabiendo que no es factible. Tal vez es saludable que así sea. Con el paso del tiempo el olvido hace lo suyo y eso también es un tormento. ¿Olvidar es un pecado o una salvación? Quisiera olvidar pero el imperativo de recordar es más fuerte.

Para hablar de lo que atravesamos es necesario endurecerse como si se formara un callo en las emociones. Cuando me junto con sobrevivientes a repasar esos tiempos, quienes nos escuchan —amigos, familiares o gente que está allí para recoger testimonios— por lo general se angustian. Rosita me confiesa que muchas veces estuvo a punto de desmayarse cuando los sobrevivientes nos juntábamos a rememorar. Lo único que le permitía continuar escuchándonos, sin salir corriendo, era plantearse: "si ellos vivieron lo que cuentan yo no puedo desmayarme, tengo que ser al menos capaz de oírlo". Por eso aprendí a respetar los tiempos de las personas y a no forzar a nadie a escuchar mi historia: hubo amigos que durante meses y años no se atrevieron a preguntarme sobre lo que viví, si bien podían sospecharlo. Aprendí asimismo a aceptar las preguntas, no importa cuán desconfiadas o ingenuas sean. Es común que me pregunten en qué militaba y qué hice para merecer ese castigo. A menudo los que preguntan se sorprenden de que los miembros de las fuerzas de seguridad pudieran llegar a esos extremos, todavía no pueden imaginar que los encargados de combatir el delito sean los que delinquen. Más común es que quieran saber cómo hago para soportar el legado de ese pasado y cómo puedo relatar mi historia con tanta tranquilidad. A Rosita le cuesta entender que los sobrevivientes encontremos humor en ciertas reminiscencias. Hemos aprendido a desdramatizar nuestro relato: usamos la disociación como un mecanismo de supervivencia y, como resultado, a los que nos escuchan eso les produce un gran malestar. Me ocurrió cuando di testimonio en Italia ante el juez D'Angelo por el caso del general Suárez Mason. Como estaba siendo juzgado en ausencia, lo defendían de oficio dos jóvenes abogadas italianas a quienes se les caían las lágrimas durante ciertos pasajes de mi testimonio. Hasta la intérprete que traducía mi declaración se levantó en un momento dado y desapareció por un rato: luego me confesó que había ido al baño a vomitar por el impacto de mi relato. Eso me sorprendió mucho porque me he acostumbrado a contar lo que viví como si se tratara de algo normal.

Pero no siempre la disociación funciona. Cuando doy testimonio en un juicio o relato mi historia es como si me metiera de nuevo en los campos y eso es muy duro.

Cuando estaba adentro pensaba que estaba condenado a muerte y hacía un esfuerzo por no sentir; cuando me "meto" con la mente, en cambio, sé que voy a salir y, como no necesito suprimir las emociones, se me hace durísimo. A veces la emoción puede más que la voluntad. Una querida amiga y dedicada activista de los derechos humanos, Ana, estuvo desaparecida en el Atlético donde su madre fue asesinada. En una ocasión se hizo la ceremonia anual de recordación de las víctimas en la iglesia de la Santa Cruz y se decidió que cada participante pronunciara en voz alta el nombre de su familiar o amigo desaparecido. Ana quiso pronunciar el nombre de su madre pero no pudo y me pidió que lo hiciera yo: a pesar de llevar años denunciando y hablando sobre su historia familiar, la emoción pudo más que su voluntad. Somos conscientes de que enterrar las emociones es negativo y que la disociación es un signo de mala salud pero en los campos nos acostumbramos a hacerlo para no sufrir, hasta que terminó por convertirse en una forma de vida que ahora puede hacernos daño. Cada vez que siento que debo suprimir el sentimiento es precisamente cuando empieza a aparecer la puntita de algo que pugna por salir: tal vez allí está la posibilidad de resolver esa petrificación de las emociones.

La vida en los campos estuvo plagada de dilemas: qué es lo correcto o lo incorrecto, dónde están los límites entre lo normal y lo aberrante, qué distingue a un torturador de un prisionero obligado a denunciar a sus compañeros. Para mí las situaciones dilemáticas por excelencia fueron reparar una picana para que no siguieran torturando con un cable pelado, darle respiración artificial a un compañero agonizante sabiendo que si se salvaba lo iban a regresar al quirófano, o servir mate a los interrogadores mientras torturaban. Pero los dilemas de los campos no fueron únicos: también el resto del país vivió situaciones aparentemente sin solución, como tener que adaptarse a vivir en dictadura o decidir no meterse cuando se llevaban a un vecino de noche. Esto es inevitable y resulta utópico pensar en una sociedad sometida al terror que no se enfrente a semejantes dilemas. En ese sentido, Marx tenía razón: la sociedad avanza o retrocede sobre la base de sus contradicciones. La realidad de los campos fue alucinante pero nada de lo que sucedió en ellos fue sorprendente dentro de la lógica interna de ese mundo. Hoy repaso aquellos años y me doy cuenta de todo lo insólito que viví durante mi cautiverio: partidos de ping-pong entre prisioneros y guardianes; transmisiones de fútbol y obras de teatro para secuestrados; las películas pornográficas de Colores y las guitarreadas de Poca Vida; comer pan dulce en

Navidad y andar en un trencito de niños con represores y embarazadas. Todo parece tan irreal que apenas me sorprendió que durante el juicio a las Juntas en 1985, después de escuchar durante horas mi testimonio, un abogado defensor de los comandantes alegara algo increíble: "¡Este verborrágico testigo, Mario Villani, está en deuda con las Fuerzas Armadas! ¡En realidad debiera agradecer porque lo alojaron durante casi cuatro años gratis!"

Me interesa que se condene a los culpables. Pero más me interesa que se investigue y salga a luz todo lo que ocurrió en los campos: los jueces luego decidirán si hay que condenar y a quién. La satisfacción que siento no es tanto por la posibilidad del castigo sino porque puedo decirme a mí mismo: yo tenía razón, no soy un loco que soñó lo que contaba, y ahora la sociedad sabe que lo que digo fue cierto. Sé que nunca convenceremos a todos y que aún hoy hay gente que niega lo sucedido. Sin embargo, estoy acompañado por todos aquellos que aceptan la verdad de lo ocurrido; me siento, en una palabra, convalidado. Tal vez una de las mayores satisfacciones en ese sentido fue cuando vivía en Buenos Aires y con Rosita frecuentábamos un restaurante en nuestro barrio. La dueña me conocía porque me había visto varias veces por televisión en programas sobre los juicios. Un día me dijo con mucho orgullo: "el otro día entró a comer el general Harguindeguy y le dije que se retirara porque la casa se reserva el derecho de admisión". Saber que esa señora decidió, por su cuenta, negarse a servirle comida a un ex represor me reconforta. En cuanto a los que hoy están en el banquillo de los acusados, no siento rabia ni resentimiento hacia ellos. Si hoy me cruzara con el general Videla por la calle, seguramente lo podría saludar como se saluda a cualquier persona, cosa que él en cambio no haría conmigo. A lo sumo, desprecio: aquellos hombres se creían omnipotentes y hoy me parecen unos pobres diablos desnudos. Antes infundían temor con su sola presencia, ahora sólo repulsión. Son irrelevantes y nadie les tiene miedo. Me hicieron mucho daño y por culpa de ellos dejé partes de mi vida en el camino. Pero no los odio: odio, en cambio, el sistema que los hizo posibles.

Me enorgullece haber contribuido a que los procesos judiciales se hagan, no porque considere que los juicios son una especie de revancha personal sino por lo que significan para la sociedad. Cada vez que declaro trato de no hacer prensa amarilla ni de que la sangre parezca salir de mi boca: cuento todo lo que vi lo más objetivamente que puedo y dejo que

quien escucha llegue a sus propias conclusiones. Cuando digo que el Turco Julián le introdujo un palo de escoba en el ano a un prisionero y lo mató con descargas eléctricas me limito a describir lo que pasó: cada cual podrá, si quiere, tratar de imaginar lo que ese pobre muchacho sintió en ese momento. No digo que no me gratifique que mi testimonio contribuya al castigo de un criminal, pero eso no es lo más importante. A veces un simple papel es mucho más que un papel: así como un certificado de matrimonio representa un compromiso de dos personas dispuestas a que su pareja tenga un reconocimiento oficial y público, una condena judicial significa que no soy yo, Mario Villani, quien condena a los represores. Quien lo hace es la sociedad a través de sus jueces. Es la sociedad la que debe decidir si aquellos crímenes merecen castigo.

No sé qué ocurrirá a partir de ahora con quienes pasamos décadas dando a conocer nuestra historia: qué vacío espiritual o emocional pueda abrirse en nosotros cuando se acaben los juicios. Todo lo que debí decir sobre el Turco Julián, Colores, Cobani y los demás represores ya lo dije. Lo que importa ahora es qué hace la sociedad con esas historias y esas condenas: qué deciden los jueces pero, mucho más, qué hace la gente cuando toma un periódico y lee sobre alguien como el Turco Julián. ¿Entenderá la gente que lo que ocurrió en Argentina fue parte de una metodología y que a los torturadores se los crea cuando se los necesita? ¿Sabrá comprender que la desaparición y la tortura no fueron una aberración inexplicable sino un fenómeno que, dadas ciertas condiciones, podría repetirse en cualquier lugar del mundo? Me alegraré si lo que nos ocurrió sirve para que el mundo sea un poco mejor gracias a que insistimos en contar nuestra historia; pero ya no lo veré porque eso será parte de las generaciones futuras. Me basta con guardar la esperanza y saber que contribuí mi granito de arena.

Hoy me reconforta saber que el 21 de diciembre de 2010 concluyó, en el Tribunal Oral en lo Criminal Federal Nº 2, el juicio que se conoció como "ABO" (Atlético-Banco-Olimpo). Las condenas para la mayoría de los represores fueron las máximas permitidas por la ley argentina. Cobani (Samuel Miara): prisión perpetua. El Turco Julián (Julio Héctor Simón): prisión perpetua. Soler (Oscar Augusto Rolón): prisión perpetua. Clavel (Roberto Antonio Rosa): prisión perpetua. Quintana (Eugenio Pereyra Apestegui): prisión perpetua. El Negro Raúl (Raúl González): prisión perpetua. Centeno (Juan Carlos Avena): prisión perpetua. El Dr. K (Eduardo Emilio Kalinec): prisión perpetua. Führer (Eufemio

Jorge Uballes): prisión perpetua. El Polaco Chico (Luis Juan Donocik): prisión perpetua. Cortés (Guillermo Víctor Cardozo): prisión perpetua. Miguel (Enrique José del Pino): prisión perpetua. Cuatro represores merecieron condenas de 25 años de prisión: el Padre (Ricardo Taddei), el mayor Guastavino (Raúl Antonio Guglielminetti), Carlos Alberto Roque Tepedino y Mario Alberto Gómez Arenas. En cambio se declaró inocente a Kung Fu (Juan Carlos Falcón) y para sorpresa de muchos se ordenó su inmediata libertad. En la mayoría de los casos la sentencia oficial tipificó los delitos como: "homicidio calificado por su comisión con alevosía y con el concurso premeditado de dos o más personas, en concurso ideal con el de privación ilegítima de la libertad agravada por haber sido cometida por funcionario público con abuso de sus funciones o sin las formalidades prescriptas por la ley, por mediar violencia y amenazas, como así también por su duración de más de un mes, en concurso ideal con la imposición de tormentos".

¿Por qué hoy estoy vivo? No lo sé, no soy yo quien lo decidió. Puedo suponer dos razones: que les fui útil haciendo reparaciones eléctricas y mantenimiento, una colaboración que a mi entender no contrarió mis principios éticos; y que querían dejar a algunos de nosotros libres, siguiendo un criterio en gran medida azaroso, para que al salir nuestro relato difundiera el terror en la sociedad como parte de una metodología de control social. Cuando veo lo que ocurrió en Irak, con las torturas de presos en la cárcel de Abu Ghraib infiero que la historia se repite, pero no como farsa sino otra vez como tragedia. Los lugares y los nombres cambian pero la tortura sigue denigrando al torturador, al torturado y a la sociedad que los contiene. En las fotos de la prensa sobre Abu Ghraib veo los mismos lúgubres pasillos, las mismas celdas de puertas enrejadas, las mismas expresiones de terror en las caras de los prisioneros que conocí; en esas fotos percibo mi rostro y los de mis viejos compañeros de cautiverio. Esos prisioneros desnudos y encapuchados me recuerdan mi propia capucha y mi humillación. Vuelvo a sentir el olor inconfundible del miedo. Veo las fotos de prisioneros apilados, algunos cubiertos de sangre, y me recuerdo en una pila similar, encapuchado y golpeado por guardias que se mofan de nosotros mientras caminan sobre esa montaña humana con sus botas militares.

Estos métodos deshumanizan también a los verdugos. He visto a interrogadores argentinos burlarse y festejar frente al cadáver de un prisionero que se les quedó en la tortura; ahora veo las fotos de los soldados Charles Graner y Sabrina Harman, de la

Compañía de Policía Militar 372, festejando junto al cadáver del detenido iraquí Mandel al-Jamadi. Los verdugos buscan el dolor, el sufrimiento y la muerte de sus víctimas tanto o más que la información que les arrancan: los cadáveres no confiesan. Combatir el terrorismo con terror es como combatir a los caníbales comiéndoselos. Si la tortura no sirve sólo para obtener información confiable: ¿para qué más sirve? Quizás para aterrorizar a las víctimas y, sobre todo, a la población de la que son parte, dejando trascender la existencia de la tortura mientras oficialmente la niegan. El terror como herramienta de control social hace que se extiendan por la sociedad la indiferencia y el individualismo del "sálvese quien pueda": la impunidad de los responsables implanta la sospecha de todos sobre todos, no sabemos ya si el que se sienta a nuestro lado en el cine es un torturador. Estos regímenes volverán a generar torturadores cuando lo crean necesario. Por eso no alcanza con condenar a los represores del pasado: debemos poner fin a la existencia de los regímenes que necesitan la tortura para subsistir.

Hay muchos responsables de lo que pasó y demasiada culpa todavía dando vueltas. Ante eso me viene a la mente una historia que alguien me contó y ni siquiera sé si es cierta o una fábula. Existe una tribu en Africa donde los niños que nacen se consideran hijos de la tribu, más que de las madres que les dieron a luz. Antes del parto las mujeres embarazadas se van a un bosque donde escogen una canción para cada niño, ya sea inventada o elegida entre las conocidas por la tribu: esa canción se la cantan al niño cuando todavía está en el vientre. Durante el parto las personas alrededor de la madre le cantan esa canción, y lo mismo en cada hito de su vida: cuando pasa de la niñez a la adultez, cuando se muere un familiar, cuando se convierte en padre. Esa es su canción y la escucha en cada momento importante de su existencia. Si un día ese individuo roba, mata o comete cualquier acción prohibida, no lo castigan sino que lo rodean para cantarle su canción. Se la cantan una y otra vez hasta que, abrumado por la culpa, pide perdón: en ese momento le permiten reintegrarse a la tribu.

No sé si esa tribu existe pero me gustaría que algo así sucediera en Argentina. No para reemplazar a la justicia —que es necesaria— pero sí para sumarle lo que le falta. Que cada uno escuche la canción que le fue asignada y, si fuera posible, se arrepienta de sus crímenes: ése sería mi mayor deseo.

9. Bibliografía

Bibliografía citada

Actis, Munú y Cristina Aldini, Liliana Gardella, Miriam Lewin y Elisa Tokar. *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2001.

Andruetto, María Teresa. *La mujer en cuestión*. Córdoba: Alción Editora, 2003.

Anguita, Eduardo. *Sano Juicio*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2001.

Barnet, Miguel. *Biografía de un cimarrón*. 1966; Madrid: Alfaguara, 1984.

Bonasso, Miguel. *Recuerdo de la muerte*. Buenos Aires: Bruguera, 1984.

Calveiro, Pilar. *Poder y desaparición: Los campos de concentración en Argentina*. 1998; Buenos Aires: Ediciones Colihue, 2001.

Cargas, Harry James. *Harry James Cargas in Conversation with Elie Wiesel*. New York: Paulist Press, 1976.

CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas). *Nunca Más*. Buenos Aires: EUDEBA, 1984.

Des Pres, Terence. *The Survivor: An Anathomy of Life in the Death Camps*. New York: Pocket Books, 1976.

Feitlowitz, Marguerite. *A Lexicon of Terror. Argentina and the Legacies of Torture*. Oxford: Oxford University Press, 1998.

Figari, Carlo. El Tano, Desaparecidos italiani in Argentina. Cagliari: AM&D Edizioni, 2000, pgs. 191-196.

Fonteneau, Françoise. *La ética del silencio. Wittgenstein y Lacan*. Trad. Víctor Goldstein. 1999; Buenos Aires: Atuel/Anáfora, 2000.

García Hodgson, Hernán. *Wittgenstein y el Zen*. Buenos Aires: Quadrata, 2007.

Gillespie, Richard. 1982; *Soldados de Perón: Los Montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo, 1987.

Heker, Liliana. *El fin de la historia*. Buenos Aires: Alfaguara, 1996.

Levi, Primo. *Los hundidos y los salvados*. 1989; Barcelona: Muchnik Editores (personalia Editorial Biblos), 2000.

Martínez, Tomás Eloy. "El Olimpo del horror". *El País.com* (1 de enero de 2006). www.elpais.com/articulo/portada/Olimpo/horror/elpeputec/20060101elpepspor_4/Tes

Martyniuk, Claudio. *ESMA. Fenomenología de la desaparición*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2004.

Menchú, Rigoberta y Elizabeth Burgos-Debray. *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. 1983; Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1998.

Proyecto de Recuperación de la Memoria Centro Clandestino de Detención y Tortura "Club Atlético". Publicación de la Asociación de Sobrevivientes del CCD "Club Atlético". Buenos Aires, sin fecha.

Rubin de Goldman, Bejla. *Nuevos nombres del trauma. Totalitarismo – shoah – globalización – fundamentalismo*. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2003.

Strejilevich, Nora. *Una sola muerte numerosa*. Miami: North-South Center Press, University of Miami, 1997. Reeditada en 2006 por Alción Editora, Córdoba, Argentina.

Verbitsky, Horacio. *El Silencio*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2005.

Vezzetti, Hugo. *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2009.

Bibliografía recomendada por Mario Villani

Alleg, Henri. *The Question*. New York: George Braziller, 1958.

Arendt, Hannah. *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*. New York: Penguin Books, 1994.

AA.VV. *Torture, a collection*. Ed. Sanford Levinson. Oxford: Oxford University Press, 2004.

Begin, Menahem. *White Nights: The Story of a Prisoner in Russia*. New York: Harper & Row, 1977.

Castillo, Alejandro Castillo. "Doctrina de la Seguridad Nacional". http://www.analitica.com/bitblioteca/alejandro_castillo/seguridad_nacional.asp

Comblin, Joseph. *Le Pouvoir militaire en Amérique latine. L'idéologie de la Sécurité Nationale*. Paris: Delarge, 1977

Conroy, John. *Unspeakable Acts, Ordinary People: The Dynamics of Torture*. Berkeley: University of California Press, 2001.

Goldhagen, Daniel Jonah. *Hitler's Willing Executioners, Ordinary Germans and the Holocaust*. New York: Vintage Books, 1997.

Graziano, Frank. *Divine Violence: Spectacle, Psychosexuality, & Radical Christianity in the Argentine "Dirty War"*. Boulder, CO: Westview Press, 1992.

Hollander, Nancy Caro. *Love in a Time of Hate: Liberation Psychology in Latin America*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1997.

Langbein, John. *Torture and the Law of Proof*. Chicago: University of Chicago Press, 2005.

Levi, Primo. *I Sommersi e I Salvati*. Torino: Einaudi, 1986.

Maran, Rita. *Torture: The Role of Ideology in the French-Algerian War*. New York: Praeger Publishers, 1989.

Pagés Joan i Montserrat Casas. *Republicans i republicanes als camps de concentració nazis*. Testimonis i recursos didáctics a l'ensenyament secundari. Barcelona: Institut d'Educació de l'Ajuntament de Barcelona, 2005.

Peters, Peters. *Torture*. Basil Blackwell, 1985

Reich, Wilhelm. *Psychology of Fascism*. 3rd ed. Maine: Orgone Institute Press, 1946.

Rodríguez Molas, Ricardo. *Historia de la Tortura y el Orden Represivo en la Argentina*. Buenos Aires: Eudeba, 1984.

Scarry, Elaine. *The Body in Pain: The Making and Unmaking of the World*. Oxford: Oxford University Press, 1985.

Sironi, Françoise. *Bourreaux et victimes, psychologie de la torture*. Paris : Odile Jacob, 1999.

Suedfeld, Peter. *Psychology & Torture*. Londres: Taylor & Francis Group, 1990.

Velásquez, Édgar de Jesús. "Historia de la Doctrina de la Seguridad Nacional". http://convergencia.uaemex.mx/rev27/27pdf/Edgar.pdf

Wechsler, Lawrence. *A Miracle, a Universe: Settling Accounts with Torturers*. Chicago: University of Chicago Press, 1990.

10. Base de datos de Mario Villani: lista de secuestrados

#	APELLIDO	NOMBRE	COD.	APODOS	DESDE	HASTA	DEST.	CAMPO	OBSERVACIONES
1	**ACOSTA**	OSVALDO		CACHO	29/05/1978		L	B,O,OM,E	
2	**ADAD**	IDA			?/879	??/3/80	T	E	Grupo Villaflor
3	**ALLEGA**	JORGE	Z97	FEDERICO, INGENIERO	??/??/1977	??/07/1978	L	A,B (otros)	
4	**ALMEIDA**	RUFINO	G 56	PELO	04/06/1978	27/07/1978	L	B	Grupo Tellos
5	**ANZORENA**	JUAN CARLOS			?/879		T	E	Grupo Villaflor
6	**ARCONDO DE TELLO**	MARIANA PATRICIA		MARITXU	31/05/1978	16/06/1978	L	B	Esposa de Rafael Arnaldo Tello
7	**ARDITI**	ENRIQUE			?/8/79	??/3/80	T	E	Grupo Villaflor
8	**ARMELIN**	JUANA		JUANITA	24/02/1978	??/04/1978	T	B	
9	**ARTERO**	MARÍA DEL CARMEN		MARISA			T	O	
10	**ASSAM**	ESTEFANOS MANSUR		TURCO	27/11/1978	??/11ó12/1978	L	O	
11	**AYERBE**	PATRICIA			??/02/1978	??/04/1978	T	B	
12	**BARROS**	OSVALDO		ANTEOJO			L	E	
13	**BASILE**	ENRIQUE LUIS		RAÚL	10/11/1978	01/02/1979	T	O	
14	**BASTERRA**	VÍCTOR		VÍCTOR 2	?/879		L	E	Grupo Villaflor
15	**BELLIZZI DE SCUTARI**	DOMINGA			16/11/1978	??/11/1978	L	O	
16	**BENFIELD**	CELINA		REBECA	??/07/1978	26/01/1979	L	B,O	
17	**BENITEZ**	MIGUEL ÁNGEL					L	O	
18	**BERNAL**	NORA			??/01/1978		L	B	
19	**BLASTEIN**	LÁZARO		EL RUSO			L	E	
20	**BRAIZA**	JORGE		CAROZO			L	O	
21	**BRODSKY**	FERNANDO		RULO			T	E	
22	**BRULL DE GUILLÉN**	MÓNICA		CIEGUITA	06/11/1978	02/01/1979	L	O	Ciega, esposa de J. A. Guillén

23	**CABASSI**	MARIO GUILLERMO		MANGUCHO	??/06/1978	??/08/1978	T	B	
24	**CÁCERES MOLTENI**	HEBE MARGARITA	G61	PITA, PETISA	06/06/1978		L	B	Grupo Tellos, emigró a España
25	**CANTERO FREIRE**	EDISON OSCAR		MELENA	06/06/1978	18/07/1978	T	B	Grupo Tellos, uruguayo
26	**CARIDE**	SUSANA		NEGRA	??/07/1978	??/12/1978	L	B,O	
27	**CARREÑO ARAYA**	CRISTINA MAGDALENA		CHILENA	??/08/1978	12/06/1978	T	B,O	
28	**CERRUTTI**	ISABEL		MORI	20/07/1978	26/01/1979	L	B,O	
29	**CETRÁNGULO**	SERGIO		DARÍO	??/07/1978	01/02/1979	T	O	
30	**CHANGAZZO**	FRANCISCO JOSÉ		DON PEDRO	26/01/1978	??/04/1978	T	B	
31	**CHANGAZZO**	HÉCTOR		PATO	26/01/1978	??/04/1978	T	B	
32	**CHAVARINO CORTÉS**	GUSTAVO ADOLFO	X100	GALLEGO	??/11/1977	??/04/1978	T	A,B	
33	**CID DE LA PAZ**	HORACIO GUILLERMO		CRISTONI	15/11/1977	18/02/1979	L	A,B,O,OM	
34	**CIOCCHINI**	ANA INÉS		LALA	26/07/1978		L?	B,O	
35	**COBACHO**	OSCAR MANUEL		CACHO, JUAN	31/11/1978	3 ó 4/12/1978	T	O	
36	**COSE**	NORMA CRISTINA		MONI			L	E	
37	**CRESPO**	LAURA		LA TORDA	06/12/1977	15/07/1978	T	A,B	
38	**CRESPO**	RODOLFO ALBERTO		ROFI,POPEYE	05/02/1978	15/07/1978	T	B	
39	**CRUZ SOSA DE REBAGLIATTI**	ALICIA			06/12/1977	??/04/1978	T	A,B	
40	**DÁVILA**	CLAUDIO		TUITI	06/06/1978	15/07/1978	L	B	Grupo Tellos
41	**DE FORLENZA**	NORA		TURCA		06/12/1978	T		
42	**DEON**	LUCÍA		LAURA,LUCY	??/12/1978		L	O,OM,E	
43	**DERÍA**	HERNÁN		TITO	??/11/1978	??/12/1978	T	O	
44	**DÍAZ CÁRDENAS**	FERNANDO R.		PATA	06/06/1978	15/07/1978	T	B	Grupo Tellos, uruguayo
45	**ELICABE URRIOL**	OSCAR		INDIO	06/06/1978	19/07/1978	L	B	Grupo Tellos

46	**ESQUERI**	CARLOS ALBERTO		CALI		25/12/1978	T	O	
47	**ESTÉVES DE ALMEIDA**	CLAUDIA			04/06/1978	27/07778	L	B	Esposa de Rufino Almeida, grupo Tellos
48	**FALCONE,Dr.**				??/01/1978	??/03/1978	L	B	
49	**FASSANO**	CARLOS GUILLERMO					M	O	Llega muerto en un tiroteo en la calle Avellaneda y Belén, el 10 u 11 de oct. de 1978
50	**FERNÁNDEZ**	ADRIANA		LALY			L	O	
51	**FERNÁNDEZ**	JUAN CARLOS		GUALINCHO	26/10/1977	01/02/1979	T	A,B,O	
52	**FERNÁNDEZ BLANCO DE GHEZAN**	MERCEDES ISABEL	P74	MARIELA	28/07/1978	28/01/1979	L	B,O	Esposa de Enrique Carlos Ghezan
53	**FERREIRA**	MARÍA EMILIA		PACHA	06/06/1978	16/06/1978	L	B	Grupo Tellos
54	**FIRPO**	ALEJANDRO		EL RATA			L	E	
55	**FONTANA**	LILIANA		PATY	01/07/1977	26/12/1977	T	A	
56	**FONTANELLA**	ADOLFO		PUCHI, FÜRER	06/11/1978		T	O	
57	**FONTEVECCHIA**	JORGE			??/11/1978		L	O	Director de la revista "Perfil"
58	**FORLENZA**	OSCAR		TURCO		06/12/1978	T		
59	**FUKMAN**	ENRIQUE		CACHITO			L	E	
60	**GAJNAJ**	LEÓN		LEO	??/10/1977	??/05/1978	T	A,B	
61	**GHEZAN**	ENRIQUE JULIO	P76	QUIQUE	28/07/1978	28/01/1979	L	B,O	
62	**GIORGI HERRERO**	ALFREDO ANTONIO			27/11/1978	01/02/1979	T	O	
63	**GÓMEZ DE COBACHO**	MARÍA ELENA		MARY	31/11/1978	01/02/1979	T	O	
64	**GONZÁLEZ**	MIRTA		VERÓNICA	26/10/1977	??/03/1978	T	A,B	
65	**GONZÁLEZ**	OSCAR ALFREDO		TANO	02/11/1977	18/02/1979	L	A,B,O,OM	Fuga simulada (coima)
66	**GONZÁLEZ DE WEISZ**	SUSANA		MARÍA	12/02/1978	01/02/1979	T	B,O	Esposa de Marcelo Weisz

67	**GONZALO**	MARÍA DE LAS DELICIAS		MILI	28/08/1978	28/01/1979	L	B,O	
68	**GORFINKIEL**	JORGE ISRAEL		INGENIERO GIROTTI	??/11/1977	??/04/1978	T	A,B	
69	**GUAGNINI**	LUIS	D71	ALONSO	21/12/1977	15/07/1978	T	A,B	Secuestrado con Dora Salas y Marta Bassano
70	**GUARINO**	JUAN CARLOS		PABLO	21/09/1977	30/01/1979	L	B,O (otros)	
71	**GUILLÉN**	JUAN AGUSTÍN		GORDO, CHICHE	06/11/1978	02/01/1979	L	O	Esposo de La Cieguita
72	**HASSAN**	JOSÉ LUIS			?/8/79	??/3/80	T	E	Grupo Villaflor
73	**HLACZIC DE POBLETE**	GERTRUDIS			28/11/1978	02/01/79	T	O	Esposa de José Poblete
74	**JARA DE CABEZAS**	THELMA			30/04/1979		L	E	
75	**JOLLY**	GUILLERMO PABLO			??/11/1978		M	O	Se suicidó en la estación de San Miguel
76	**JURQUIEVICH**	CRISTINA			10/10/1978	??/10/1978	L	O	
77	**JURQUIEVICH**	MARÍA DEL CARMEN		MARISA	10/10/1978	02/01/79	T	O	
78	**LA RUBIA**	SUSANA		BETY	??/11/1978	??/09/1979	T	O	
79	**LAREU**	JULIO		DON JULIO, CARPINTERO	29/05/1978	??/12/1978	L	B,O	
80	**LAURENZANO**	ROBERTO ÁNGEL		RATÓN,PERICO, TEO	22/02/1978		L	B,O,OM,E	
81	**LAZZARA**	ROBERTO		TANGA	10/10/1978		M	O	Muerto en la tortura
82	**LECUMBERRI**	OSMAR					L	E	
83	**LEIRACHA de BARROS**	SUSANA		KUKY			L	E	
84	**LEPÍSCOPO**	PABLO		PISCO	?/8/79	??/3/80	T	E	Grupo Villaflor
85	**LETO**	NORMA TERESA			??/07/1978	??/3/80	T	B	Compañera de Santiago Villanueva
86	**LEWY**	JORGE CLAUDIO			10/10/1978	25/12/1979	T	O	Esposo de Ana María Sonder

87	**LOMBARDO**	ELSA	LILY	28/07/1978	23/08/1978	L	B,O	
88	**LONGHI**	NORMA BEATRIZ	BEA	02/11/1977	15/07/1978	T	A,B	
89	**LÓPEZ TRUJILLO**	FERNANDO	FLACO	??/06/1978	16/06/1978	L	B	Gupo Tellos
90	**LORDSQUIPANITZE**		VÍCTOR 1,HUIDINI			L	E	
91	**LUGONES**	SUSANA	PIRÍ, ROSITA	14/12/1977	??/04/1978	T	A,B	
92	**LUNA**		PETY	??/12/1978	02/01/79	T	O	
93	**MAERO**	MABEL VERÓNICA	CRISTINA, CORDOBESA	01/07/1978	06/12/1978	T	B,O	
94	**MANZO DE WINKELMAN**	MARÍA TERESA	NEGRITA	03/11/1978	02/01/79	T	O	
95	**MARÍN**	JORGE	FLACO	06/06/1978	16/06/1978	L	B	Grupo Tellos
96	**MARQUAT DE BASILE**	ADA CRISTINA		10/11/1978	21 ó 22/12/1978	L	O	
97	**MARTÍNEZ DE RAMÍREZ**	ELSA		??/06/1978	15/07/1978	L	B	Esposa de Hernán Ramírez, grupo Tellos
98	**MARTÍNEZ MESEJO DE VILLAFLOR**	ELSA DELIA		?/8/79	??/3/80	T	E	Esposa de Raimundo Villaflor
99	**MASUCO**	ADRIANA	NEGRA	??/06/1978		L	B, O	
100	**MEDINA**	RUBÉN RAÚL	GERÓNIMO	02/03/1977	27/12/1977	T	A	Compañero de Laura Pérez Rey (a) Soledad, médico, actuó en enfermería
101	**MENDEZ DE FALCONE**	ELBA		??/1/1978	??/03/1978	L	B	
102	**MERIALDO**	DANIEL	ANDRES	15/11/1977	??/??/1981	L	A,B,O,OM,E	
103	**MEROLA**	HUGO	HUESO			L	O	
104	**MIRES**	CARLOS	ALE			L	O	
105	**MOLLER**	GUILLERMO		22/06/1978	06/12/1978	T	B,O	
106	**MONTEQUIN**	MARIANO		06/12/1977	15/07/1978	T	A,B	
107	**MOYA**	RICARDO	RICHARD	06/12/1977	15/07/1978	T	A,B	Esposo de Laura Crespo

108	**MOZUELOS**	CARLOS GUSTAVO		JUANCHO			T	O	Sanjuanino
109	**MUÑOZ**	CARLOS		QUIQUE			L	E	
110	**NESICH**	IRMA		PEQUI	??/06/1978	06/12/1978	T	B,O	
111	**OLIVERA CANCELA**	RAÚL		ANTEOJITO	??/06/1978	15/07/1978	T	B	Grupo Tellos, uruguayo
112	**OSORIO**	PABLO HORACIO		PACHO, PACHECO	??/12/1977	15/07/1978	T	A,B	
113	**PAGÉS LARRAYA**	GUILLERMO		MARIANO	??/12/1977	06/12/1978	T	A,B,O	
114	**PALADINO**	JORGE OSVALDO	T41		10/02/1978	21/12/78	L	O	
115	**PASALAQUA**			TATO	10/12/1978		T	O	
116	**PAVICH**	PABLO		PASCUAL	??/07/1976	06/12/1978	T	A,B,O	
117	**PELLEGRINO**	LILIANA MARCELA			18/11/78	?/?/?	L	E	Esposa de C. Lordkipanidse
118	**PEÑA**	ISIDORO			??/07/1978	06/12/1978	T	B,O	
119	**PEÑA**	JESÚS		ELOY	??/07/1978	06/12/1978	T	B,O	
120	**PEREYRA**	CLAUDIA LEONOR					T	B,O	
121	**PEREYRA**	TERESA		ESTELA			T	A,B	Integró el Consejo como enfermera
122	**PÉREZ REY**	LAURA GRACIELA		SOLEDAD	14/03/1977	??/12/1977	T	A	Compañera de Rubén Raúl Medina (a) Gerónimo, embarazada, fue llevada a parir
123	**PICCINI**	HÉCTOR EDUARDO		TATA	24/08/1979	??/02/1980	L	E	
124	**PIFFARETTI**	ANA MARÍA		INÉS,POLILLA	02/06/1978	06/12/1978	T	B,O	
125	**POBLETE**	CLAUDIA VICTORIA			28/11/1978	??/12/1978	Apropiada (robada)	O	Niña de 8 meses de edad, hija de José Poblete y Gertrudis Hlaczic de Poblete

126	**POBLETE ROA**	JOSÉ LIBORIO		EDUARDO	28/11/1978	02/01/1979	T	O	Esposo de Gertrudis Hlaczic
127	**PRIGIONE**	ARMANDO			??/02/1978	15/07/1978	T	B	
128	**PRIGIONE**	JUAN HÉCTOR			??/01/1978	??/03/1978	T	B	
129	**RAMÍREZ**	ROBERTO OSCAR		GUILLERMO, VIEJO	??/06/1978	??/01/1981	L	B,O,OM,E	
130	**RAMÍREZ ACHINELLI**	HERNÁN			??/06/1978	15/07/1978	T	B	Esposo de Elsa Martínez, grupo Tellos
131	**REARTE**	JULIO		TOTO	01/06/1978	??/06/1978	L	B	Grupo Tellos
132	**REBAGLIATTI**	AUGUSTO GONZALO		PIPA	06/12/1977	??/04/1978	T	A,B	
133	**RÉBORA**	LUCÍA					M	O	Compañera de Fassano, llega muerta al Olimpo, con un embarazo avanzado.
134	**RENGUEL PONCE**	GILBERTO DANIEL		BOLI	06/11/1978	02/01/1979	L	O	Cristianos para la Liberación
135	**RETAMAR**	DANIEL			??/12/1978	01/02/1979	L	O	
136	**REZZANO DE TELLO**	MARÍA DEL CARMEN		CUQUI	31/05/1978	16/06/1978	L	B	Esposa de Pablo Tello
137	**RIGONE, Sra. de**			LAURA, MIREYA	16/11/1977		T	A	
138	**RÍOS**	JOSÉ IGNACIO		TOTE	24/05/1978	15/07/1978	T	B	
139	**RÍOS**	OSCAR DIONISIO		CABEZÓN, CHINO	02/11/1977	15/07/1978	T	A,B	
140	**ROBASTO**	JORGE ENRIQUE	T 47	PATO	11/04/1978	22/12/1978	L	O	
141	**ROMERO**	MARIO		HERNÁN	??/08/1978		T	O	Brutalmente torturado, llevado al Hospital Militar
142	**RUGILO**	JUAN		SERENATA	??/08/1978	06/12/1978	T	O	
143	**SÁENZ**	RICARDO		TOPO			T	E	
144	**SAKOLSKY**	REBECA		TITA	??/07/1978	??/10/1978	L	B, O	
145	**SALAZAR**	RUBEN OMAR		NINO	??/12/1977	??/06/1978	T	A,B	

146	**SALDARRIAGA**	ROBERTO ALEJANDRO		TITO	??/06/1978	06/12/1978	T	B,O	
147	**SCUTARI**	FRANCISCO			16/11/1978	??/11/1978	L	O	Permanece una semana
148	**SCUTARI**	FRANCISCO GENARO			16/11/1979		M	O	Muere en el campo
149	**SCUTARI**	HORACIO			16/11/1978	??/11/1978	L	O	Permanece una semana
150	**SERRA SILVEIRA**	HELIO				06/12/1978	T	O	
151	**SINOLE DE BASILE**	EMILIA			??/10/1978		L	O	
152	**SLAVKIN**	JOSÉ RUBÉN		CLEMENTE	??/09/1977	01/02/1979	T	B,O (otros)	
153	**SONDER DE LEWY**	ANA MARÍA		ALICIA	10/10/1978	25/12/1978	T	O	Esposa de Jorge Claudio Lewy
154	**SOSA DE CRUZ**	ALICIA			06/12/1977	??/04/1978	T	A,B	
155	**SQUARI**	JUAN CARLOS		CALY	??/10/1978	25/12/1978	T	O	
156	**TAGLIANI**	JORGE	P75	CHALA	28/07/1978	26/01/1979	L	B,O	Esposo de Graciela Trotta
157	**TARTAGLIA**	LUCÍA VICTORIA		ANTEOJITO			T	A,B,O	
158	**TELLO**	PABLO DANIEL		BIGOTE	30/05/1978	15/07/1978	T	B	Esposo de María del Carmen Rezzano, grupo Tellos
159	**TELLO**	RAFAEL ARNALDO		RATA	30/05/1978	15/07/1978	T	B	Esposo de Mariana Arcondo, costilla rota, grupo Tellos
160	**TILGER**	MARTA ELVIRA		JULIA	10/10/1978	25/12/1978	T	O	Compañera de Ernesto
161	**TORNAY NIGRO**	JORGE ALBERTO					T	O	
162	**TOSCANO**	JORGE		MARIO,JUANCITO	??/01/1978	01/02/1979	T	B,O	
163	**TRAJTEMBERG**	MIRTHA EDITH		ÁNGELA	??/11/1977	15/07/1978	T	A,B	
164	**TROITERO**	ALFREDO AMÍLCAR		ERNESTO					

165	**TRONCOSO**	MARÍA DE LAS MERCEDES		MECHA			L	O	
166	**TROTTA**	GRACIELA	P73	PATO	28/07/1978	26/01/1979	L	B,O	Esposa de Jorge Tagliani
167	**VACCARO DE DERÍA**	MARTA INÉS		GORDA	??/11/1978	??/12/1978	T	O	Trasladada con un embarazo a término
168	**VÁZQUEZ**	JORGE		VICTOR, CABALLO LOCO	??/04/1977	??/??/1981	L	(LP,E,V)B,O,OM,E	
169	**VIDAL**	JOSÉ EDUARDO		EDUARDO	??/11/1978	02/01/1979	T	B,O	Ex preso común
170	**VILLAFLOR**	RAIMUNDO			?/8/79		M	E	Muerto en la tortura
171	**VILLAFLOR DE HASSAN**	JOSEFINA		LA NEGRA	?/8/79	??/3/80	T	E	Esposa de José Luis Hassan y hermana de Raimundo Villaflor
172	**VILLANI**	MARIO CÉSAR	X96	TITO	18/11/1977	??/08/1981	L	A,B,O,OM,E	Autor de éste archivo
173	**VILLANUEVA**	SANTIAGO		CHINO	??/05/1978	06/12/1978	T	B,O	
174	**VILLAR RAMOS**	PATRICIA GRACIELA ó GABRIELA		PATO	06/12/1977	15/07/1978	T	A,B	
175	**WEISZ**	MARCELO		GUSTAVO	16/02/1978	01/02/1979	T	B,O	Esposo de Susana González (María)
176	**WOLFSON**	NORA		MARIANA			T	E	
	ZABALA RODRÍGUEZ								
177		JULIA			10/10/1978	25/12/1978	T	O	En dic./79 ó ene./90 fue llevada a la ESMA
178	**ZOTTARELL**	GIAN FRANCO		TANO	06/06/1978	16/06/1978	L	B	Grupo Tellos
179	**ZURITA**	NÉSTOR		MOGO			L	B,O,OM,E	
180				BETTY			L	E	
181				CAMILO	22/11/1977	??/04/1978	T	A,B	
182				CHIFO	??/06/1978	??/11/1978	T	B,O	Ex preso común
183				COCO			L	E	

184	CRISTINA O GRACIELA			M	O	Llega herida o muerta, compañera de Luna
185	CUCA		06/12/1978	T	O	
186	DANIELO			L	E	
187	DERE			T	O	Compañero de Pasalaqua
188	DICHI			L	E	
189	HERNAN			L	E	
190	MATY		06/12/1978	T	O	Comp. del Pelado ó Pedro
191	NITA			L	O	Esposa de Carozo
192	NUCHA				A,B	
193	PATRIARCA	??/11/1977	??/05/1978	T	A,B	
194	PELADO, PEDRO		06/12/1978	T	O	Compañero. de Maty
195	RAMON			L	E	
196	ROBERTO	??/06/1978	01/02/1979	T	B,O	Ex preso común
197	TARTA		28/01/1979	T	O	
198	TÍA IRENE			T	E	
199	TURCA			T	O	
200	TURCO			T	O	

11. Base de datos de Mario Villani: lista de represores

#	APELLIDO	NOMBRE	APODOS	CAMPO	OBSERVACIONES	VISTO POR	HECHOS
	ALLARA	WALTER		E	Cap. de Navío ARA, visitó ESMA	M. VILLANI	
2	**ARRAES ó VIGLIOLA AUTRÁN**	JORGE MIGUEL	NITO	B,O	Cuerpo de información Pol. Fed.	M.VILLANI	
3	**AULIU**	ALFREDO	TIRO LOCO	A,B	Inspector Pol. Fed.	M.VILLANI	
4	**AVENA**	JUAN CARLOS	CENTENO	A, B, O	Adjutor Princ.S.P.F.,herido en el estómago, luego Dir.Cárcel de Esquel	S.CARIDE R.ALMEIDA M.VILLANI	Participó en el asesinato de Carlos Guillermo Fassano y Lucía Rébora en octubre de 1978. Tiroteo en la calle Avellaneda y Berlin. Muere Siri y queda herido Centeno, ambos por sus propios compañeros
5	**AZIC**	JUAN ANTONIO	CLAUDIO	E	Subof. Ayudante ARA	M. VILLANI	
6	**BAGLIORETO**		RICARDO	E	Teniente de Navío ARA	M. VILLANI	
7	**BARRIONUEVO**	JUAN LORENZO	JERINGA	E		M. VILLANI V. BASTERRA C. LORDSKIPANITZE E. FUKMAN	
8	**BENGOECHEA**		VASCO	E	Teniente de Navío ARA	M. VILLANI	
9	**BOGADO**	RICARDO	BOCA	A,B,O	Ayudante de 2ª S.P.F.	M.VILLANI	
10	**BRAVO**	JAIME DONARDO	TOTO	E	Suboficial ARA	M.VILLANI	
11	**CAMPS**			OM	Coronel EA	M.VILLANI	
12	**CAPDEVILA**	CARLOS	TOMY	E	Capitán de Corbeta médico ARA	M.VILLANI	
13	**CARDOZO**	GUILLERMO	CORTEZ	O	2º Com.GN.	M.VILLANI S.CARIDE J.PALADINO	
14	**CARELLA**		JUAN	E	Capitán de Corbeta ARA	M.VILLANI	

15	**CARNOT**		ESPEJAIME, RICARDO	E	Prefecto, PNM	M.VILLANI	
16	**CARRIZO**	LORENZO OSVALDO	BASILIO	E	Cabo 1o ARA	M.VILLANI	
17	**CASTELVI**	CARLOS MARIO	LUCAS	E	Capitán ARA	M.VILLANI	
18	**CAVALLO**	MIGUEL ÁNGEL	MARCELO	E	Teniente de Navío ARA	M.VILLANI	
19	**COCIÑA**	JUAN CARLOS	MIGUELITO			M.VILLANI	
20	**COVINO**	FEDERICO	SIRI	A,B,O	Oficial PF, muerto en enfrentamiento, por sus compañeros	S.CARIDE R.ALMEIDA M.VILLANI	Ver Avena
21	**CRUZ**	EDUARDO	CRAMER,EDUARDO	B,O	Civil, ex seguridad de Bco.Nac. Arg., secuestró a A.Giorgi	M.VILLANI S.CARIDE	Participó en el secuestro de Alfredo Giorgi
22	**DE SANTIS**		SABINO	E	Cabo 1o ARA	M.VILLANI	
23	**DEL CERRO**	JUAN ANTONIO	COLORES	A,B,O,E	Aux. 2º Inteligencia	M.VILLANI S.CARIDE R.ALMEIDA J.ROBASTO J.PALADINO H.CÁCERES M.D'AGOSTINO A.CAREAGA D.BARRERA	Torturador, violador, raptor de la hija de Poblete
24	**DEL PINO**	MIGUEL	MIGUEL	B,O	Capitán EA, Bat.601 Int., herido brazo	M.VILLANI S.CARIDE	
25	**DÍAZ SMITH**	JORGE MANUEL	LUIS	E	Subprefecto, PNM	M.VILLANI	
26	**D'IMPERIO**	LUIS	ABDALA	E	Capitán de Navío ARA	M.VILLANI V. BASTERRA	Jefe del GT
27	**DOMINGUEZ**		FACUNDO	A,B,O	Subof.PF	S.CARIDE M.VILLANI R.ALMEIDA	
28	**DONATTI**	HORACIO MARTÍN	SANGRE	A,B	Auxiliar 1o. PF	M.VILLANI S.CARIDE	
29	**DONDA TIGEL**	ADOLFO MIGUEL	DUNDA,PALITO,GERÓNIMO	E	Capitán de Corbeta IM	M.VILLANI V. BASTERRA	
30	**DONOCIK**	Luis Juan	POLACO CHICO	A,B,O	Subof. Pol. Fed.	M,VILLANI S.CARIDE	
31	**EKLUND**		EL ALEMÁN	A,B		M.VILLANI	

32	**ESTRADA**	HORACIO PEDRO	HUMBERTO	E	Cap. de Navío ARA	M, VILLANI	
33	**EYZAGUIRRE**	OMAR	RATÓN	E	Cabo Principal ARA	M. VILLANI	
34	**FALCON**	Juan Carlos	KUNG FU	A,B	Subof. Pol. Fed.	D.BARRERA M.VILLANI H.CÁCERES	Torturador, participaba en los secuestros y en los "traslados". Torturó a Hebe Cáceres
35	**FERNÁNDEZ**		DE FELICE	A,B,O	Principal PF	M.VILLANI	
36	**FERRO**			O	Coronel EA, superior de Minicucci	M.VILLANI S.CARIDE J.PALADINO	
37	**FIORAVANTI**	ANTONIO BENITO	TORDILLO, CORRONEL, DE LUCA	A,B	AAA, Comisario PF	M.VILLANI D.BARRERA M, D'AGOSTINO A.CAREAGA	Jefe del Atlético y primera época del Banco. Actualmente fallecido.
38	**FRIEDLANDER**	HÉCTOR LUIS	PEPE,BOLSA DE MUGRE	B		M.VILLANI	
39	**GARAY**		GORDO REY	A,B,O,OM	Subof. PF	M.VILLANI	Torturador y sádico, en especial con las mujeres
40	**GENEROSO**	ORLANDO	FRAGOTE, AGUSTÍN, SÉRPICO	E	Of. SPF	M. VILLANI	
41	**GODOY**	PEDRO SANTIAGO	CALCULÍN, PEDRO	A,B,O	Of.1o. Pol. Fed.,	M.VILLANI S.CARIDE R.ALMEIDA H.CÁCERES	Torturador, anteojos, rengo (pierna más corta)
42	**GÓMEZ**	JUAN CARLOS	BAQUETA	A,B	Principal Serv. Pen. Fed.	M.VILLANI	Formaba una dupla especialmente dura con "Anteojo Quiroga" o "Fürer"
43	**GONZALEZ**	RAÚL	RAÚL,NEGRO	A,B,O	Comisario PF	M.VILLANI R.ALMEIDA	Participó en el secuestro de Rufino Almeida y Claudia Esteves
44	**GONZÁLEZ**	ORLANDO	HORMIGA	E	Subof. ARA	M. VILLANI	
45	**GONZÁLEZ**	ROBERTO	FEDERICO	E	Inspector PF	M. VILLANI	

46	**GUGLIELMINETTI**	RAÚL	GUASTAVINO	O	Asistente de COCO (Coronel Ferro)	M.VILLANI S.CARIDE	
47	**INFANTINO**		PATÁN	A,B	Oficial PF	M.VILLANI	Participó en el secuestro de Luis Guagnini
48	**JEIJO**	LUIS	DANIEL, NITO	E	Suboficial ARA	M.VILLANI	
49	**KALINEC**	EDUARDO EMILIO	DOCTOR K	A,B,O	Principal PF	M.VILLANI D.BARRERA	
50	**LAIÑO**	JUAN CARLOS	RODILLA	O,E	Subof. PNA	M.VILLANI S.CARIDE	Participó en el secuestro de Susana Caride
51	**LANZÓN**	OSCAR RUBÉN	HORACIO GURATTI	E	Capitán de Corbeta, ARA	M.VILLANI	Reemplazó a D'Imperio como Jefe del GT
52	**LINARES**	JUAN CARLOS	JUAN CARLOS	E	Suboficial PF	M.VILLANI	
53	**LUNA**	ALBERTO	MONTOYA	B,O	GT2	M.VILLANI S.CARIDE	
54	**MARK**	HÉCTOR	RUSO	A,B	SPF,	M.VILLANI	Ex chofer de Palmolive, ex preso por robo de automotor
55	**MARTÍN**		MERLUZA	E	Cabo 1o ARA	M.VILLANI	
56	**MARTÍNEZ**	LUIS	EL JAPONÉS	A,B	Subof. Pol. Fed.	M.VILLANI R.ALMEIDA	Participóen el secuestro de Mario Villani
57	**MAZZONI**		GATO VIEJO	A,B		M.VILLANI	
58	**MENDEZ**	LUIS	NELSON	O	1er.Alférez GN.	M.VILLANI J.PALADINO S.CARIDE	
59	**MÉNDEZ**	MARCOS	FROILAN	E	Cabo Principal.ARA	M.VILLANI	
60	**MENDOZA**		ALBERTO	E	Suboficial Principal ARA	M.VILLANI	
61	**MIARA**	SAMUEL	COBANI,TURCO GONZALEZ	A,B		M.VILLANI D.BARRERA R.ALMEIDA S.CARIDE H.CÁCERES M.D'AGOSTINO	Torturador, violador, responsable de los "traslados". Apropiador de los mellizos Reggiardo-Tolosa.

62	**MINICUCCI**	GUILLERMO ANTONIO	PETISO ROLANDO, ODERA	B,O,OM	Mayor EA.,Jefe de B yO, fue Jefe de policía en Paraná durante 1979	M.VILLANI S.CARIDE R,ALMEIDA J.PALADINO H.CÁCERES	Sucedió en le jefatura del Banco a Fioravanti, fue jefe del Olimpo y del grupo residual fue fue a Quilmes. Participa en la liberación de Susana Caride
63	**NAYA**	ROBERTO	BETO, PACO	E	Suboficial SPF	M.VILLANI	
64	**OTERO**		HONDA	E	ContraalmiranteARA	M.VILLANI	Director de la ESMA durante 1980-1981
65	**PEPE**	MIGUEL ÁNGEL	POGGI	B,O,OM	Oficial PF	M.VILLANI S.CARIDE J.ROBASTO J.PALADINO	Participó en la liberación de Jorge Robasto. Participó en el secuestro de Susana Caride.
66	**PEREYRA**	ANTONIO	LEONARDO	E	Suboficial 2o IM	M.VILLANI	
67	**PEREYRA APESTEGUI**	EUGENIO	QUINTANA	B,O	1er.Alferez Gend.Nac.	M.VILLANI S.CARIDE J.PALADINO R.ALMEIDA	
68	**PEYÓN**	FERNANDO ENRIQUE	GIBA, QUASIMODO, MOCHILA	E	Cap. de Corbeta ARA	M. VILLANI V. BASTERRA C. LORDSKIPANITZE E. FUKMAN	
69	**PITANA**	CLAUDIO	FAFÁ	E		M. VILLANI	
70	**POLCHI**		CHOLO	E	Subof. ARA	M. VILLANI	
71	**RICCHIERI**			OM	General EA,	M.VILLANI	Jefe de Policía de la Provincia.de Buenos Aires
72	**RINALDI**	LUIS	CAP.LEO, PEPONA, CARA DE GOMA	A,B	Subcom. PF	M.VILLANI	Torturó a Mario Villani
73	**RODRÍGUEZ**		ANGEL	E	Capitán de Corbeta ARA	M.VILLANI	
74	**ROLÓN**	OSCAR AUGUSTO ISIDRO	SOLER	A,B,O,OM	Auxiliar 2o. PF	M.VILLANI S.CARIDE R.ALMEIDA J.PALADINO	Torturó a Mario Villani
75	**ROSA**	ROBERTO ANTONIO	CLAVEL	A,B,O,OM	Pincipal PF	M.VILLANI S,CARIDE J.PALADINO	
76	**SÁNCHEZ**	ROBERTO	ROLANDO	E	Cabo 1º ARA	M. VILLANI	

77	**SCIFO MODICA**	RICARDO	ALACRÁN	A,B,O	Principal PF,	S.CARIDE M.VILLANI	Ex Jef. Serv. Atenc. Victima Pol. Fed.
78	**SIMÓN**	HÉCTOR JULIO	TURCO JULIÁN	A,B,O	Subof. Pol. Fed., ex custodio de Lorenzo Miguel	M.VILLANI S.CARIDE A.CAREGA R.ALMEIDA H.CÁCERES M.D'AGOSTINO J.ROBASTO D.BARRERA	Torturador, sádico, nazi, particularmente antisemita
79	**SPINA ó ESPINA**		PACO	A,B,O	Oficial PF,	M.VILLANI S.CARIDE R.ALMEIDA J.ROBASTO J.PALADINO	Muy alto, flaco, bigotes, Paricipó en el secuestro de Rufino Almeida y Sra. y en el de Jorge Robasto
80	**SUÁREZ**	JORGE ANTONIO	LOCO SUÁREZ	E	¿Of. ARA ó civil?	M. VILLANI	
81	**SUÁREZ MASON**	GUILLERMO	PAJARITO	O	General EA,	M.VILLANI S.CARIDE R.ALMEIDA J.ROBASTO	Comandante del 1er Cuerpo de Ejército hasta fines de 1988. Supervisaba los CCD
82	**SUPICICHE**		JINETE	E	Contraalmirante ARA,	M. VILLANI	Director ESMA 1979-1980
83	**TADEY**	EDUARDO	PADRE	A,B,O	Principal PF.	M.VILLANI R.ALMEIDA S.CARIDE	Participó en el secuestro de Rufino Almeida y Sra.
84	**TEJERINA**		CÉSAR	E	Comisario PF	M. VILLANI	
85	**UBALLES**	JORGE EUFEMIO	ANTEOJO QUIROGA, FÜRER	A,B	Principal PF	M.VILLANI D.BARRERA	AAA Ver también "Baqueta"
86	**VALDIVIA?**	RICARDO	MIRALEJOS, BALDERRAMA	B,O	Subcomisario PF.	M.VILLANI	
87	**VITALE**	OMAR RUBÉN	CHACAL	E	Subof. 2º ARA, músico	M. VILLANI	
88	**ZAMMAMES**		ZAMA	E	Cabo 1º ARA	M. VILLANI	
89			ANGELITO	B,A		M.VILLANI R.ALMEIDA	Participó en el secuestro de Rufino Almeida y Sra.
90			CACHO	B,O	Oficial EA, Bat.601 Int.,GT2	M.VILLANI	
91			CANDADO	B,O	GT2,PF.	M.VILLANI	
92			ARIEL	E	Tte. de Navío ARA,	M. VILLANI	Piloto de helicópteros

93	CATORCE	A,B,O		M.VILLANI	
94	CANO	E	Subof. ARA	M. VILLANI	
95	CHISPA	A,B,O		M.VILLANI	
96	COCO	A,B		M.VILLANI	
97	CORTEZ	B,O	GT2	M.VILLANI	
98	CATRIEL	E	Subof. ARA	M.VILLANI	
99	DANTE	E	Subcomisario PF	M. VILLANI	
100	DELFOR	E	Subof. ARA	M. VILLANI	
101	EL VIEJO, PEREYRA	B,O	GT2	M.VILLANI S.CARIDE	
102	DOGOR, LUCIANO, TOMÁS	E	Tte. de Fragata ARA,	M.VILLANI	Fotógrafo aficionado, con premios
103	FOCA	A,B	Subof. Pol. Fed.	M.VILLANI	
104	GATO	A,B,O		M.VILLANI S.CARIDE	
105	GONZALITO	A,B		M.VILLANI	
106	FLORENCIO	E	Cabo 2º ARA	M. VILLANI	
107	GUERRA	A,B		M.VILLANI S.CARIDE	
108	JUAN	A,B,O	SPF,	M.VILLANI	Mató a Fassano con un tiro de FAL
109	JUANCITO	A,B,O	Cocinero	M.VILLANI	
110	GUANTE	E	Suboficial ARA	M.VILLANI	
111	LITO	B,O		M.VILLANI S.CARIDE	
112	MOSCA	A,B		M.VILLANI	
113	LINDORO	E	Subof. ARA	M. VILLANI	
114	NENE	A,B,O		M.VILLANI S.CARIDE	
115	ÑATO	E	Suboficial ARA	M.VILLANI	
116	NEURUS	E	Cabo ARA	M.VILLANI	
117	ORLANDO	E	Teniente de Navío ARA	M.VILLANI	
118	PEPE	A,B,O		M.VILLANI D.BARRERA	

119	POCAVIDA	A,B		M.VILLANI D.BARRERA	
120	POLACO GRANDE	A,B,O	Oficial PF	M.VILLANI S.CARIDE	
121	RATÓN	A,B		M.VILLANI	
122	ROMERO	A,B,O		M.VILLANI	
123	SAMY LA FOCA	A,B,O		M.VILLANI D.BARRERA S.CARIDE	
124	SANDOKAN, SANDOVAL	A,B,O		M.VILLANI R.ALMEIDA S.CARIDE	
125	SAPO	A,B		M.VILLANI	
126	SERGIO	B,O	GT2	M.VILLANI S.CARIDE	
127	SOLDADO	A,B		M.VILLANI	
128	PANCHITO	E	Axiliar de Inteligencia, asistente de D'Imperio	M.VILLANI	
129	TORDO	O	Médico EA.	M.VILLANI	
130	TOSO	A	Oficial PF	M.VILLANI	Torturó a M. Villani.
131	TATÚ	E	Suboficial ARA	M.VILLANI	
132	WILLY	E	Suboficial ARA.	M.VILLANI	